Veladas de familia.

Locuras Humanas

por

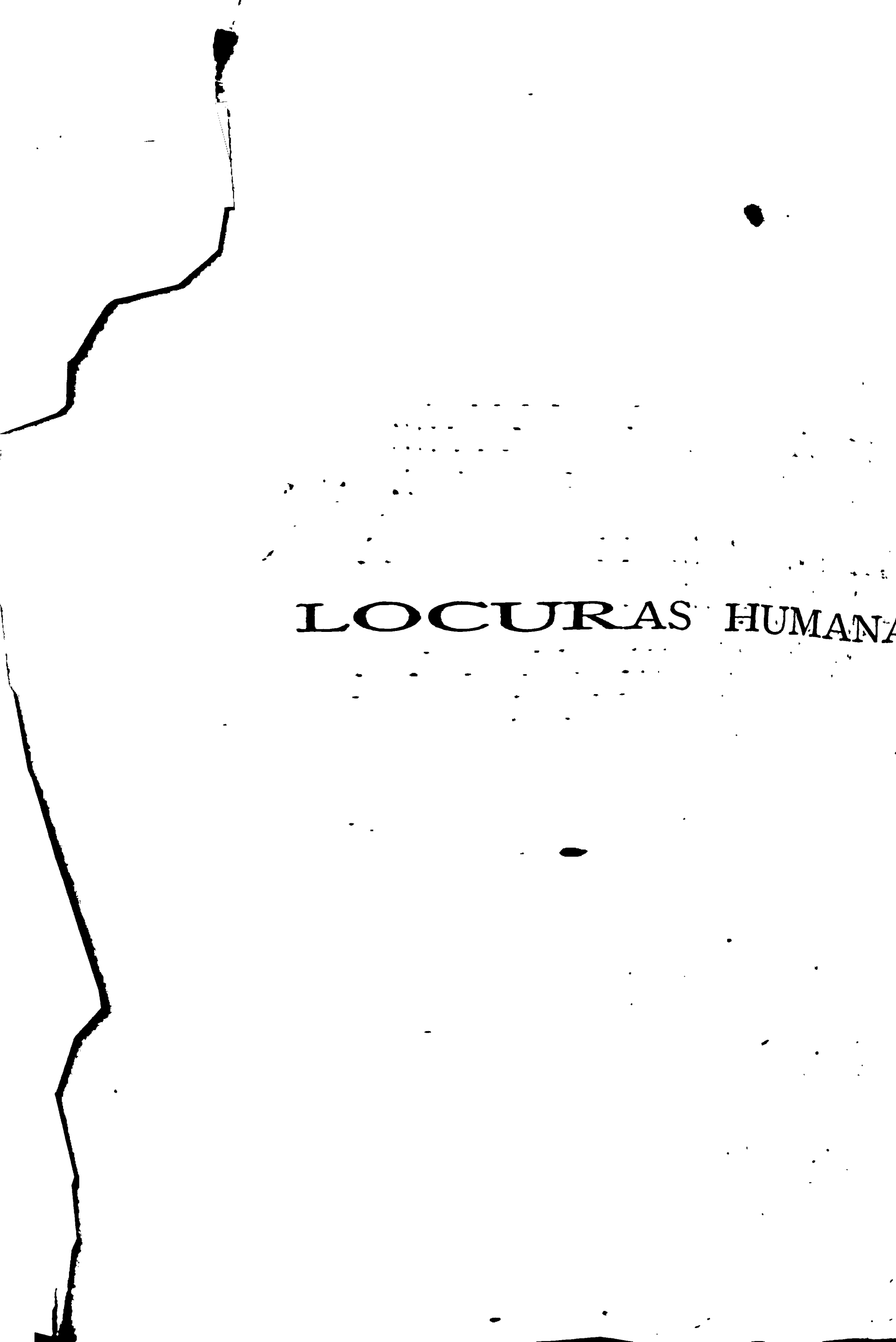
MARÍA DEL PILAR SINUÉS

La mayor parte de nuestras desgracias, llegan á nosotros porque les allanamos el camino.

LEVIS.



MADRID
JUAN ROLDÁN
9—Nuncio—9
1890



LOCURAS HUMANA

OBRAS DE LA MISMA AUTORA

	Pesetas.
Hija, Esposa y Madre, 2 tomos..............	8
El Angel del Hogar, 2 tomos.................	7
El Alma Enferma, 2 tomos.................	7
Una Herencia Trágica, 1 tomo..............	4
La Dama Elegante, 1 tomo.................	4
Narraciones del Hogar, 2 tomos.............	7
Dramas de Familia, 2 tomo.................	7'50
Verdades Dulces y Amargas, 1 tomo.........	3'50
Un Libro para las Jóvenes, 1 tomo...........	4
Combates de la Vida, 1 tomo................	4
Isabel, 1 tomo............................	3'50
La Vida Real, 1 tomo..........	4
Mujeres Ilustres, 3 tomos..................	9
Como aman las Mujeres, 1 tomo.............	3'50
La Senda de la Gloria, 1 tomo..............	4
La Mujer en nuestros días, 1 tomo..........	2
Un Libro para las Damas, 1 tomo...........	3
El Sol de invierno, 1 tomo..................	4
La Vida íntima, 1 tomo....................	4
La Abuela, 1 tomo........................	4
Un libro para las Madres, 1 tomo............	4
La Ley de Dios, 1 tomo....................	1'50
A la Luz de una Lámpara, 1 tomo...........	1
Dos Madres para una hija, 1 tomo...........	2'50
Páginas del Corazón, 1 tomo................	4
Un nido de Palomas, 1 tomo................	3
Plácida, 1 tomo..........................	3

Los pedidos de estas obras se harán al Administrador, D. Juan Roldán, calle del Nuncio, núm. 9, Madrid.

Veladas de familia.

Locuras Humanas

por

MARÍA DEL PILAR SINUÉS

(Arreglo del francés.)

La mayor parte de nuestras desgracias, llegan á nosotros porque les allanamos el camino.

LEVIS.



MADRID
JUAN ROLDÁN
9—Nuncio—9
1890

MADRID, 1890.—Tipografía Franco-Española, 26-Bailén-26.

LA HIJA DEL ESPECIERO

I

Plebeyos de los tiempos antiguos. Charlatanes de nuevo estilo.

Hace pocos años que en una de las calles vecinas de la plaza Verde de Ambéres se encontraba una tiendecita antigua y muy acreditada, de especería y comestibles: legada de padres á hijos, era conocida desde hacía trescientos años por la buena calidad de sus géneros y lo módico de sus precios.

El último propietario de esta tienda se llamaba Juan Van-Rosmal, y se había casado con Siska (1) Pot, descendiente del célebre Pécter Pot, que ha dado nombre á una de las calles de Ambéres.

Estos esposos, habituados desde la infancia á una vida útil y laboriosa y constantemente ocupados de su pequeño comercio, no

(1) Diminutivo flamenco de Francisca.

habían tenido tiempo de participar del progreso de la civilización actual, ó dicho de otro modo, *para afrancesarse*: sus vestidos, hechos de tela sólida, eran de una extrema sencillez y no cambiaban nunca de forma; sólo se dividían en dos clases: traje de los días de trabajo y traje de los días de fiesta; había también un vestido llamado de Pascua; pero éste no salía del armario más que en los días grandes, cuando los Van-Rosmal iban á comulgar, cuando eran padrinos de algún niño ó cuando asistían á la boda del hijo de algún amigo; aquellos trajes los habían estrenado los esposos Van-Rosmal el día de su casamiento.

Se comprenderá que, con aquellas galas, los esposos Van-Rosmal hacían una pobre figura al lado de algunos otros mercaderes que vestían á la moda; éstos miraban con desprecio al matrimonio, que no se inquietaba nada por ello, y decía para sus adentros:

—Cada uno trae su lote á este mundo: para vosotros, el viento; para nosotros, los doblones.

Demasiado ignorantes para saber que las personas distinguidas no comían al medio día, se sentaban á la mesa á las doce en punto y no se olvidaban jamás de rezar antes y después de la comida: no comprendían una sola palabra del francés, ni les importaba nada el ignorar esta lengua: eran piadosos, activos, modestos, y sobre todo, de un carácter en extremo apacible: el esposo amaba tiernamente á la esposa, la cuidaba

y partía con ella todos sus ligeros pesares, todas sus inocentes alegrías: la esposa respetaba á su marido, le admiraba y le amaba con entrañable cariño: en fin, para acabar este ligero retrato de los esposos Van-Rosmal, diremos que ambos pensaban que era mejor ganar cada día un sueldo honradamente, que hacer una fortuna rápida por malas artes, con pesas cortas, ó dando mal género á los parroquianos.

Maese Juan tenía una hija de cerca de quince años: una hija única, á la que él y su esposa amaban más que á la luz de sus ojos: se llamaba como su madre, Siska: era bastante alta para su edad, delicadamente formada y de lindo rostro: sus ojos azules estaban llenos de inocencia y de alegría: sus cabellos blondos se agrupaban en gruesos bucles sobre su frente, blanca como el náçar: era, en fin, una encantadora niña.

Desde que cumplió los ocho años, madama Van-Rosmal, ocupada en las faenas de su casa y en ayudar á su marido á servir á los parroquianos, la había enviado á una escuela donde iban las hijas de muchos artesanos y mercaderes de la ciudad: allí había aprendido Siska á hablar bien su idioma nativo, la aritmética y todas las labores de su sexo que una joven de su clase debe saber, desde hacer bien unas medias hasta remendar con primor una pieza de ropa blanca. Era sencilla como sus padres, piadosa, obediente, afectuosa, reflexiva, aplicada, y en fin, verdaderamente capaz de hacer feliz á

un esposo y de continuar el comercio de sus padres, tan acreditado, y, aunque modesto, tan lucrativo.

En la vecindad de Van-Rosmal vivía un maestro zapatero, que era el mejor amigo de aquél: juntos iban á dar un paseo los domingos que la señora Siska quería quedarse en casa ó ir á la iglesia con su hija: por la noche jugaban su partida y maese Spinael, que así se llamaba el zapatero, no encontraba placer en nada si Van-Rosmal no se hallaba á su lado.

El zapatero era viudo y padre de dos hijos, llamados Juan y Teresa; ésta, de la edad de Siska, y aquél un poco mayor: el padre ganaba bastante en su oficio, y había logrado con sus economías comprar la casa en que vivía, marchando su comercio cada día mejor y más floreciente.

Hacia la época en que comienza esta historia, maese Van-Rosmal fue atacado de una fiebre maligna, que le tuvo algunos días en el lecho: cuando se levantó y pudo bajar á su tienda y echar una mirada á lo largo de la calle, quedó como petrificado de asombro.

La tienda de su amigo Spinael había desaparecido, pues la que había en su lugar le parecía otra del todo distinta.

En vez de una puerta tenía ahora dos, y sobre los cristales de ambas se veía, en letras rojas, la siguiente inscripción en francés:

A la bota sin costura: almacén de botas y zapatos de París.

Un poco más abajo había expuesta una estampa, en la que se veía un caballero que había quedado ciego ante el brillo del sol, sobre una bota barnizada, y encima de esta obra maestra de la farsa francesa, se leían estas palabras:

Verdadero charol inglés.

En fin, en los cristales de la parte inferior se leía:

Zapatos de charol para señoras: polvo de jabón: suelas de corcho.

Maese Van-Rosmal se frotó los ojos como un hombre medio dormido, y consideró estupefacto todas las casas, creyendo hallarse en un barrio desconocido.

—¿Qué es lo que miro?—se preguntó.—¿Esta es la tienda de Spinael? ¿Se habrá mudado de casa en tanto que he estado enfermo? ¿Habrá tomado su tienda algún otro farsante francés de esos que vienen aquí con sus detestables mercancías á engañar á la gente?

En tanto que Van-Rosmal se hallaba absorto en estos pensamientos, un caballero abrió la puerta de la tienda de su amigo y se adelantó hacia el umbral: hallábase vestido pomposamente, con un paletó á cuadros azules y verdes, un pantalón color de chocolate y un chaleco blanco, sobre el cual cruzaba una enorme cadena de oro, que sos-

tenía unos lentes; espesas patillas de un negro brillante adornaban su cara; su cabeza estaba artísticamente peinada, y se parecía maravillosamente á uno de esos bustos de cera que se ven en los escaparates de los peluqueros, como moldes para exponer sus peinados.

—¡Ah!—pensó Van-Rosmal.—Este es el francés farsante. ¡Qué vergüenza! ¡Un mocetón de seis pies y aderezado como una madama!

A este tiempo el nuevo vecino le vió, dejó el umbral de la tienda del zapatero y fue á la de Van-Rosmal, al que dió un golpecito en la espalda y le preguntó:

—¿Cómo va de fuerzas, amigo mío?

El buen hombre reconoció, con un asombro profundo, la voz de Spinael: dió dos pasos atrás: examinó á su amigo de la cabeza á los pies y exclamó sencillamente:

—¡Cáspita! ¡Qué elegante estáis! ¿Habéis ganado á la lotería de Rusia? ¿habéis heredado? En estos casos, recibid la enhorabuena; ¡pero yo recuerdo que teníais los cabellos tirando á rojos y ya entrecanos!...

Spinael sonrió con una especie de piedad, y respondió con ese tono ligero que hemos convenido en llamar el *chic* francés:

—Van-Rosmal, vos no seréis jamás rico; la moda ha cambiado: mal género, bien ofrecido, está medio vendido; el que tiene que vivir de la venta que haga á los plebeyos, trabaja como un esclavo hasta la vejez, porque quieren buen cuero, buena obra y mu-

cha baratura; pero la obra francesa... ¡oh! ¡esa, esa se vende con gran facilidad; los que la compran pagan á buen precio un par de botas, que se rompen antes de quince días!

Van-Rosmal, atónito, no sabía si dormía, y se preguntaba si Spinael tenía sus cinco sentidos.

—Pero,—observó,—según he oído, los petimetres amigos de la moda francesa suelen olvidarse de pagar lo que compran; yo tengo de esa calaña algunos deudores. ¿Y qué haré con pedirles? Querer tundir donde no hay lana; por lo demás, les he dado tan buéna mercancía como á todos; en mi casa, no hay mal género, porque, ante todo, quiero la conciencia limpia.

—Amigo mío,—respondió el zapatero,— ya volveremos á hablar de esto dentro de dos ó tres años, y veremos quién ha medrado más de los dos. Mi hijo Julio ha ido á París para saber á qué altura se halla allí el *arte* de la zapatería, y espero mucho de él.

—¿Quién ha ido á París? ¿Qué Julio es ese? yo creía ser el padrino de vuestro hijo único, y que éste se llamaba Juan, como yo.

—Y bien, sí, ¡Juan está en París! Pero ha cambiado su nombre, que era demasiado vulgar, por el de Julio, que es mucho más elegante; y mi hija, que acaba de salir del colegio francés, se llama Hortensia; os digo esto para que no les volváis á llamar Juan y Teresa delante de mis parroquianos.

Maese Van-Rosmal sacudió su cabeza,

contempló alternativamente las inscripciones de los cristales y el traje de su antiguo amigo y dijo con un tono medio burlón:

—No creo que sea bueno vuestro proyecto, amigo Spinael: he visto llegar á la miseria, siguiendo ese camino, á muchos que antes de tomarle tenían muy sólidamente hecha su fortuna; pero, en fin, cada uno es dueñó de hacer lo que le parezca mejor; no son asuntos míos, y así, no hablemos más. Decidme: ¿habéis olvidado que hay hoy reunión de la cofradía de nuestra señora? ¿No me acompañáis, según costumbre?

—¡La cofradía de Nuestra Señora!—exclamó el zapatero riéndose.—Ya no pertenezco á ella, amigo mío; un hombre que calza á los primeros actores del teatro no puede ir á las procesiones con un cirio: ¡eso sería ridículo!

—Adiós, pues,—dijo Van-Rosmal con tristeza, alejándose y dejando al zapatero afrancesado en el umbral de su flamante tienda.

Algunos días después, Spinael fue á casa del especiero, y después de hablar mucho y de ponderar el excelente estado de sus negocios, hizo mención de una gran partida de cuero que se iba á poner á la venta: declaró esta compra un *brillante negocio*, y lo pintó de suerte, gracias á la farsa que había aprendido de los franceses, que el sencillo y bondadoso Van-Rosmal le prestó, en memoria de su amistad, quinientos florines, reembolsables al cabo de tres meses; el especiero hizo que le tomase medida de un par de za-

patos: á los ocho días los zapatos estaban del todo rotos é inservibles, y llegado el plazo señalado para solventar su deuda, Van-Rosmal recibió, en vez de su dinero, algunas buenas palabras é infinidad de promesas.

Esta última circunstancia despertó entre los dos vecinos una sorda enemistad: cesaron de dirigirse la palabra; pero sus hijos no les imitaron y continuaron viéndose todos los días.

II

Buen consejo.—Mala resolución.

Desde que la hija de Spinael había salido de su pensión francesa, Siska Van-Rosmal había perdido mucho de su casta é ingenua sencillez: con demasiada frecuencia había visto ya, sentada detrás del mostrador del zapatero, cómo los jóvenes pisaverdes *á la francesa* hacían alarde de galantería con su amiga, y cómo ésta sabía responder á sus cumplimientos con el gracioso lenguaje francés, acompañado de miradas lánguidas y es-

tudiadas. Inocente todavía y no sospechando las obscenas pasiones que se ocultaban bajo una fingida galantería, más de una vez Siska había enrojecido de vergüenza cuando alguno de aquellos fatuos le dirigía la palabra y ella no podía responderle en el idioma mismo que su amiga: por este motivo rogaba á su madre todos los días que la enviase á un colegio francés.

Madama Van-Rosmal, que amaba á su hija con ceguedad, veía también con envidia que Hortensia, ó más bien Teresa Spinael, aunque bastante fea, atraía todas las miradas, y que su pobre Siska tenía el aire casi vulgar, comparado con el de la brillante hija del maestro zapatero: en su maternal orgullo pensaba que no era ya conveniente dejar por más tiempo á su hija en tal estado de inferioridad respecto de una persona que pertenecía á una clase más humilde que la suya: después de haber hecho durante muchos días estas reflexiones á su marido, decidieron al fin, de común acuerdo, que Siska iría á un colegio francés, después de haber consultado al doctor Pelkmans acerca de este punto importante.

Era Mr. Pelkmans el Médico de la familia, como su padre lo había sido del padre y del abuelo de Van-Rosmal; frecuentemente había dado sabios consejos al especiero en circunstancias difíciles; pero lo que le había conquistado, sobre todo, una profunda afección de parte de los esposos Van-Rosmal, era que había salvado á Siska dos veces de

graves enfermedades, y la última, de una muerte cierta en la época del cólera morbo: los esposos habían comprendido, en medio de su reconocimiento, que el Doctor, por estas circunstancias, había adquirido algún derecho sobre la vida y el porvenir de su hija, y no decidían nada que la conviniese sin consultarle antes.

El anciano Pelkmans era un hombre probo y de claro talento, qué lo examinaba todo con ese buen sentido perspicaz que pertenece esencialmente al carácter flamenco.

El día señalado, el Doctor estaba sentado en la trastienda con el padre y la madre Van-Rosmal, y la conferencia fue abierta en estos términos por el padre de la joven:

—Señor Doctor, mi mujer quiere absolutamente enviar á Siska á un colegio francés: en cuanto á mí, me he opuesto á ese proyecto durante largo tiempo; pero las lágrimas de Siska me han hecho cambiar al fin de opinión.

—¿A un colegio francés?—repuso el Doctor sorprendido.—Seguramente hay buenas escuelas en la ciudad, y en ellas puede estar la niña á la vista de sus padres.

—¡Ah! ¡ah!—exclamó la madre riendo con una especie de desdén.—¿Y qué se aprende en las escuelas de Ambéres? A tejer calcetas, á coser, á marcar la ropa blanca, á cortar una camisa y á hablar flamenco! ¡Lo que sabe todo el mundo! ¡Ved la hija de Spinael! ¡Ha venido hecha toda una señorita; habla francés, es fina, cortés y amable para los

jóvenes... y no tiene más que escoger para casarse entre los muchos que la rodean!

El Doctor alzó los hombros y sacudió la cabeza.

—Verdaderamente me entristecéis, madama Van-Rosmal,—dijo.—¡No sé qué mal espíritu os inspira y ha obscurecido de repente vuestro sano juicio! Esos jóvenes ricos de que habláis, ¿sabéis quiénes son! Sastres, cómicos inferiores y humildes comisionistas franceses, sujetos á un mísero sueldo y que van á casa del zapatero como las moscas á la miel: conozco bien á Hortensia Spinael, y os aseguro que daría la mitad de lo que poseo por impedir que Siska se le parezca jamás. ¿Queréis acaso que se pierda esta bella, cándida y pura niña? ¿Queréis separarla de la religión, de las buenas costumbres, de la rectitud flamenca, para hacer de ella una ligera y despreciable coqueta? ¡Tened cuidado! ¡Quizás mis consejos sean ahora infructuosos: en ese caso, os compadezco!

Los esposos fueron impresionados de una manera muy distinta por la palabra severa del Doctor: ambos sonrieron: el padre, de alegría porque preveía el triunfo del Doctor: la madre, de despecho, y repuso con voz alterada:

—¡Ah, señor Doctor, vos sois demasiado duro! ya sé que detestáis todo lo que es francés; pero pensad en que nosotros estamos criados á la antigua, y en que ahora ya no se educa así á los jóvenes.

—¡Madama Van-Rosmal,—respondió el

Doctor,—cualquiera diría que no queréis entenderme! No me opongo yo á que se aprendan las lenguas extranjeras, y ya sabéis que mi hijo Luis las aprende también: ¿no conoce él perfectamente el francés? ¡Mucho mejor que esos imbéciles que vuelven la cabeza del revés á Hortensia Spinael y que os deslumbran á vos! ¡No me miréis así! Lo repito: son unos imbéciles, qae sólo saben un poco de mal francés, que destrozan despiadadamente! Ni siquiera conocen bien su lengua nativa; y en cuanto á las ciencias, aun las más útiles, hasta el nombre les es desconocido: todo su talento consiste en un falso barniz y en palabrotas que pescan en los periódicos y en las novelas; pero todo esto me hace montar en cólera y me hace separar de nuestro objeto: y yo os digo que hay colegios excelentes; pero que hay muchos más muy malos; los primeros son aquellos en que sus directoras comprenden su sagrada misión y tienen un fin más útil que el de hacer adquirir á las jóvenes un barniz mundano con perjuicio de su piedad y de su modestia; donde las directoras velan sin cesar por separar de sus educandas el veneno extranjero, por combatir su vanidad, por corregir su ligereza; donde saben las personas encargadas de instruir á las jóvenes cuantas buenas cualidades tiene su raíz en el carácter flamenco, y cuan peligroso es afrancesarlo: en una palabra, donde no se proponen formar señoritas á la moda, sino buenas y dignas madres de familia. ¿Es á uno de estos

colegios donde vos quereis enviar á vuestra Siska? En ese caso nada tengo que decir; lejos de eso, lo celebraré muchísimo; todo depende de que sepáis escoger. Os lo repito: la mayor parte de las pensiones francesas son nidos de perdición y de inmoralidad; no obstante, es fácil hallar uno bueno si se le busca con cuidado: si lo deseáis, yo os lo indicaré: la pensión de madama X..., por ejemplo.

—¡La pensión de la señora X!...—exclamó la madre;—No; en ese caso Siska no saldrá de casa; ya conocéis á Ana Straten; fue á esa pensión, y al cabo de tres años ha salido lo mismo que entró; á la verdad, ella es modesta, afable y piadosa, y he oído decir que conoce todo lo que debe saber para dirirgir bien una casa; más ¡para esto no se necesita ir á una pensión!

—Pues ¿para qué pensáis que debe ir Siska, señora?—exclamó airado el Doctor;—para *afrancesarse*, ¿verdad? ¿para aprender tonterías y olvidar toda compostura, como Hortensia? ¿Para gastar en adornos y trajes que no se avienen con su condición, y hacerse coqueta y dar que reir á todos?

—Pero, Doctor,—observó maese Van-Rosmal,—si la mayor parte de las casas de pensión son, para las niñas, escuelas de corrupción, ¿cómo es que todas las gentes ricas envian á ellas á sus hijas? ¿Acaso son todos fatuos?

—Escuchadme, amigos míos,—replicó el viejo Doctor con más calma;—cada condi-

ción social tiene su manera de ver las cosas y sus costumbres; lo que es bueno, decente y útil para la hija de un noble, es casi siempre malo, inconveniente y funesto para la hija de un mercader. El mal que hay en la educación que se da á las jóvenes en las casas de pensión de que hablamos, estriba, sobre todo, en que es la misma para la que está destinada á ganarse su vida con su trabajo que para la que no tendrá que servirse de su inteligencia más que para conjurar el fastidio de una lujosa ociosidad; en que se inspiran las mismas ideas á la hija de un botero ó de un quinquillero que á la de un gran señor ó un hacendado; la sociedad se malea en esas casas hasta sus cimientos, toda joven quiere hacer la señorita, y el gusto del lujo trae la pereza, los locos gastos, la ligereza de conducta... y algo peor algunas veces. Salen de ellas muchas coquetas *á la francesa,* ¡pero muy pocas madres de familia buenas, laboriosas y flamencas!

Maese Van-Rosmal se levantó bruscamente, y dijo con un tono resuelto:

—¡Vamos, vamos! Sois demasiado bueno, Doctor en disertar tanto tiempo acerca de esas cosas; tenéis razón; Siska irá á la pensión de la señorita X... ó á ninguna, y esto es tan cierto como que yo soy el amo de mi casa; y tú, mujer, déjame en paz con el francés; ¡cualquiera diría que tenemos á menos el que nuestra hija hable nuestra lengua natal! Lo que está bien es bueno, y el que quiere de lo bueno llegar á lo mejor es un teme-

rario... lo dicho: Siska seguirá estando á nuestra vista.

Pero el buen hombre había contado sin la huéspeda, ó por mejor decir, sin su mujer; ésta exclamó con un tono lleno de acritud:

—¡Poquito á poco, maese Van-Rosmal! Sentáos y no os alteréis tan pronto; y vos, Doctor, decidme qué mal habría en que Siska fuese bien educada y supiese el francés tan perfectamente como la más noble señorita. ¿Sería ella menos buena por eso?

A esta interpelación el Doctor comprendió que tenía que luchar contra un partido tomado y sostenido por toda la terquedad femenina; así, pues, cambió de tono y respondió con gravedad:

—No, si en la pensión á donde queréis enviarla recibiese una buena y sólida educación, y adquiriese conocimientos útiles; pero ¿sabéis lo que las jóvenes aprenden de sus directoras, y sobre todo, las unas de las otras en esos establecimientos? ¿Es preciso que os lo diga? Escuchad, pues, estas tristes verdades: se aprende el francés, es cierto; pero con el idioma se aprende también á lanzar tiernas ojeadas, á hacer toda clase de gestos; se aprende de qué modo se engaña á los padres, á beneficio de un amor romancesco; es decir, oculto; se llena la cabeza de una turba de ideas que aniquilan el alma; se sabe pronto cómo se usan toda clase de perfumes y cosméticos, cómo se rizan los cabellos *á la nieve, en tirabuzones* ó *á la china;* cómo hay que vestirse para *negligé*, para paseo y para

baile; cómo es preciso hacer reverencias é inclinarse, según el rango de las personas á quienes se saluda: profundamente delante del rico, casi nada ante los plebeyos, y nada absolutamente para los pobres; se aprenden necias canciones francesas, que, bajo una frívola apariencia, despiertan prematuramente las pasiones y enseñan á una inocente niña palabras y cosas que no debería jamás saber; canciones que, con una cubierta dorada, entrañan la inmoralidad y la corrupción. ¿Son éstos los conocimientos que convienen á la niña modesta y piadosa, hija de buenos y honrados mercaderes?

El Doctor se apercibió de que sus palabras hacían una viva impresión en el ánimo de sus dos oyentes: éstos tenían fijos sus ojos sobre el severo Pelkmans y estaban inmóviles, como si la voz austera del viejo orador les hubiera petrificado: el Doctor, que deseaba salvar á toda costa de la perdición á la niña por quien sentía tan tierna afección, prosiguió con un tono más expresivo todavía:

—Bajo la ardiente exaltación de esas pasiones el corazón de las jóvenes se deseca y se cierra á los sentimientos naturales; sus padres llegan á ser para ellas seres insoportables, regañones y avaros; si se casan, califican de enemigos de todo placer á sus maridos, cuyo bolsillo no está nunca tan lleno como ellas necesitan, y tienen la desgracia de no parecerse á los encantadores héroes, á los seductores caballeros que su imaginación enferma había soñado; no pueden dedicar

una afección sincera al hombre honrado y grave que se une á ellas; violan la fidelidad conyugal y todas las leyes del honor con facilidad, extraviadas por las locas ilusiones: ¿y sabéis de dónde vienen todas esas bellas cosas? ¡De París, de ese foco de impiedad y de corrupción! ¡Ved á Hortensia Spinael! ¿Qué es ya más que una insustancial coqueta, oyendo todo el día las galanterías de los actores que estafan el calzado á su padre, prestando oídos á impúdicas bromas que harían ruborizar mi frente, arrugada bajo mis cabellos blancos? ¡La reputación de esa desgraciada niña está ya perdida! ¿Qué será de ella? ¿Pensáis que hará fortuna, que hallará un marido rico? ¡Ah, no, tanto tocará al fuego, que al fin se quemará! Y entonces, ¡adiós coquetería, adiós obsequios: despreciada por todos y detestada por cada uno, pasará su vida en llorar su honor perdido! ¡Oh amigos míos! ¿y esta es la suerte que preparáis á vuestra única hija? ¿Os atreveréis á presentaros delante de Dios después de haber sacrificado el honor de vuestra Siska y su virtud? ¿La condenaréis á pasar la vida entre los remordimientos? ¡Ah, decidme que no, yo os lo ruego!

Al oir estas palabras, maese Van-Rosmal, que lloraba, se levantó, asió la mano del Doctor, y exclamó:

—¡Gracias, gracias, amigo mío. Vuestro buen consejo será seguido; comprendo que mi mujer tiene empeño en enviar á Siska al colegio francés; pero no se hable más de es-

to, ó yo la haré ver que su obstinación no debe durar más tiempo que el que yo quiera soportarla.

Madama Van-Rosmal comprendió, en la alteración de la voz de su marido, que por esta vez hablaba sériamente, y respondió con frialdad:

—Decís bien, no hablemos más; Siska no saldrá por ahora de casa, y vos dispondréis lo que se haya de hacer.

Esta resolución afligió al Doctor; comprendió que la obstinada madre no estaba convencida, pero empezó á creer que había evitado la ida de Siska al colegio, y se despidió de los padres de ésta medio satisfecho y medio triste.

Como unos tres meses después, el Doctor se halló un día en la calle á maese Van-Rosmal; el buen hombre tenía el aire profundamente triste, y contra su costumbre, andaba muy lentamente; el doctor Pelkmans le detuvo y le tomó el pulso diciendo:

—¿Estáis acaso enfermo? ¡Vuestro pulso es muy débil! ¿Qué tenéis, amigo mío?

Van-Rosmal alzó la cabeza; dos lágrimas se deslizaron por sus mejillas, y respondió con un suspiro:

—¡Siska está en la pensión!

—No veo un mal en eso,—respondió el Médico;—pero supongo que no habrá salido de Ambéres.

—¡Está en Francia, en el colegio de Hortensia Spinael! No me riñáis, amigo Pelkmans, no ha sido por mi gusto; dos meses he

tenido un infierno en mi casa antes de consentir; pero ya no podía soportar más tiempo los reproches, las quejas, los debates incesantes, los lloros de la madre y de la hija. ¡Ya veis qué flaco estoy!

Un sentimiento de tristeza oprimió el corazón del Doctor, que tùvo piedad de su amigo, y respondió sonriendo:

—Amigo Van-Rosmal, los antiguos griegos han escrito las hazañas de un héroe que llamaron Hércules, y que, según dicen, llevó á cabo muchas empresas gigantescas; él quebrantó rocas, rompió la nuca á muchas bestias feroces, estrujó serpientes, cortó el cuello á un dragón de siete cabezas; pero que haya ablandado la cabeza á una mujer, no han osado atribuírselo. ¿Cómo, pues, lo hemos de hacer nosotros? Consoláos, porque en otro tiempo os hablé acerca del asunto lo peor que pude; no es cosa tan mala como pensáis, y en todo caso, Siska vendrá á su casa dos veces por año durante las vacaciones, y ya podremos remediar el mal con tiempo, si es tan grande que se haga notar.

El buen padre sonrió consolado y alegre, estrechó con reconocimiento la mano del Doctor, y prosiguió su camino con paso más rápido.

III

Cuanto más alto se vuela, más profunda es la caída.

Siska había ido á la pensión con trajes á la vez limpios y sencillos, y un cofre bien provisto de ropa blanca nueva; pero á los ocho días de hallarse allí empezó á buscar pretextos para pedir dinero á su madre; su primera carta estaba concebida en los términos siguientes:

Querida y muy amada mamá: yo soy la peor vestida de todas las pensionistas; las demás señoritas se burlan de mí y me llaman la aldeana; *no hago más que llorar, estoy muy triste, y seguramente caeré enferma si vos no tenéis compasión de vuestra desgraciada Siska. La hija del peluquero que en esa va á afeitar á papá está también en este colegio, y tiene, como las otras, hermosos vestidos de seda; ¡yo sola llevo vestido de percal!... ¡No tengo ni sombrero, ni botas, sino unos zapatos muy feos· creo que he*

de volverme jorobada, porque la vergüenza de estar tan mal vestida me hace llevar siempre la cabeza baja; me he puesto flaca y pálida, y os lo repito, caeré enferma, querida mamá, si durante más tiempo me veo despreciada aquí por todo el mundo; ya leo francés en el Telémaco, *y bailo tan bien, que todas las demás señoritas educandas me tienen envidia.*

Mis cumplimientos á papá.

Vuestra hija, adicta hasta la muerte,

EUDOXIA VAN-ROSMAL.

La madre no se atrevió á enseñar esta carta á su marido: conocía que se hallaban en ella los signos precursores del mal que había señalado el doctor Pelkmans: reinaba en aquellos renglones un tono de coquetería y de ligereza que la asustaba: la fórmula final parecía más bien propia de una carta de amor, y no fue sin una inmensa tristeza como la pobre madre se esforzó en hallar la explicación del nombre de Eudoxia, que acabó por considerar como la traducción francesa del de Siska: llena de lástima hacia los sufrimientos de su hija, le envió dos veces más dinero del que ésta se hubiera atrevido á esperar.

Esto se repitió varias veces. Siska poseyó muy pronto el arte de forjar mentiras inocentes y de explotar el cariño de su madre exprimiéndole como si fuese una esponja: entre sus compañeras había muchas que con sus palabras y su ejemplo le enseñaban esos

pecadillos, esos inocentes caprichos que trae consigo la coquetería unida á la vanidad y al amor propio.

El primer mes tuvo Siska un traje de seda: el segundo, un sombrero de raso guarnecido de flores; el tercero, una sombrilla de las más caras; el cuarto, dos trajes de muselina escotados; el quinto, colocó en su tocador un hermoso frasco de pomada y una linda caja llena de pasta de almendras para las manos: además guardó con sumo cuidado otra cajita, de la que cada mañana tomaba con la punta del dedo un poco de colorete, que extendía sobre sus frescas mejillas: su educación francesa fue sobre este punto una educación completa.

El sexto mes trajo consigo las vacaciones; cada pensionista debía ir á su casa, y Siska se acordó de este consejo que su madre le dió al oído al dejarla en la pensión:

—Sé prudente, Siska, y cuando vengas en las vacaciones, no te muestres ni aturdida ni vanidosa: porque si el doctor Pelkmans se apercibe de esto y se lo hace notar á tu padre, éste no te permitirá volver á la pensión.

Siska había hecho el retrato del viejo amigo de su familia á sus compañeras; se había burlado *del Doctor que se metía en todo,* y se había concertado con ellas sobre los medios de engañar su perspicacia.

Una tarde Siska apareció en el umbral de su casa acompañada de su madre, que la había ido á buscar: llevaba un traje sencillo

y modesto: sus cabellos no caían en rizos como en la pensión, sino que estaban trenzados sin pretensión alguna: no llevaba sombrero, sino un gorrito de encajes á la flamenca: tenía los ojos bajos, y parecía la niña más tímida y modesta.

El Doctor la interrogó, y ella respondió con tal sencillez, parecía tan reservada, hablaba tan poco, que el buen señor quedó engañado y Siska pudo volver á la pensión.

Mientras que la hija de maese Van-Rosmal gustaba todos los encantos de la educación *á la francesa*, las cosas no iban muy bien en el almacén y en la familia de maese Spinael: la juventud francesa que componía la compañía dramática pagaba muy mal, y al fin de cada temporada teatral todos los actores levaban anclas, bien provistos de botas y zapatos, que no habían pagado.

Hortensia, por su lado, malgastaba gruesas sumas en trajes, bagatelas, golosinas y dulces, que, colocados en una linda caja sobre el mostrador, repartía á sus adoradores.

Maese Spinael se hallaba cargado de deudas, y su casa grabada de hipotecas.

En tan triste situación el zapatero empezó á abrir los ojos: quitó la muestra del caballero cegado por el brillo de una bota de charol, la envió al granero, y dejó esta sola inscripción que tenía debajo la traducción flamenca:

ALMACÉN DE ZAPATOS.

Pero los compradores flamencos habían

olvidado el camino de la tienda del charlatán, si bien se acordaban perfectamente de los zapatos que tan pronto se les habían roto: maese Spinael, con su pantalon color de chocolate, su paletó y su gran cadena, no sabía qué partido tomar.

El vicio es tiránico: cuando ha encontrado el camino del corazón y es bien acogido, quiere poseerle entero y arrancar hasta la raíz de todas las virtudes nativas. Nada resiste á sus asaltos incesantes: aniquila todo sentimiento de deber, todo instinto de justicia y de probidad, y toma posesión del hombre como de un esclavo.

Maese Spinael hiso esta terrible experiencia: sus negocios se hallaban en el estado más deplorable: lleno de deudas, sin recursos, presa de mil inquietudes, deplorando su imprevisión, buscó algún consuelo al lado de su hija; pero sólo recibió reproches, y á pesar de la vida de miseria á la cual su padre se iba reduciendo, Hortensia estaba bastante pervertida para continuar sus locos gastos y contraer deudas por su lado, á fin de satisfacer sus instintos de vanidad.

Poco tiempo después, Juan Spinael, ó más bien Julio, como él mismo se llamaba, volvió á París; pero en lugar de ocupar su sitio en el taller y de ayudar á su desgraciado padre, no pensó más que en vestirse con elegancia, en ir al café, en fumar y en lucir su gracia francesa: el hermano y la hermana formaron una detestable coalición contra su pobre y débil padre, forzándole á vender la

casa, y malgastando lo poco que quedaba después de pagadas las deudas: poco á poco maese Spinael llegó á tal grado de miseria, que sus vestidos y su fisonomía daban de ella elocuentes muestras: sus mangas dejaban ver la camisa por el codo: iba sucio y abandonado, porque no tenía el valor de disimular su angustia; pero sus hijos seguían comprando cada día nuevas galas, y continuaban, con una abyecta imprudencia, llevando una vida de escandaloso lujo: se habían apoderado del dinero de la venta de la casa para satisfacer sus caprichos, y los miserables rehusaban partirle con su padre.

Un domingo que maese Spinael, avergonzado de sus míseros vestidos, no se había atrevido ni aun á ir á la iglesia, y que, con los ojos llenos de lágrimas y la cabeza inclinada sobre el pecho, pensaba en la perversidad de sus hijos, un joven, rizado, compuesto y atildado, se acercó á la puerta de su casa, donde se hallaba tristemente sentado, y preguntó por Hortensia y Julio Spinael.

Tomó al pobre padre afligido por un criado, y le dijo en perverso frances:

—Vé á decir á Mr. Julio y á Mlle. Hortensia que sólo á ellos se espera para partir.

Y como Spinael, estupefacto, le mirase sin contestar, el joven le lanzó este apóstrofe brutal, aprendido de memoria en el último *vaudeville* que había visto en el teatro.

—¡Ah! ¿No quieres anunciarme, miserable lacayo?

Volvióse Spinael extremadamente pálido, y tembló de un modo espantoso; sus ojos lanzaron relámpagos sobre el joven: éste, irritado, alzó su bastón y gritó cou una voz amenazadora:

—¡Bribón! ¡Yo te enseñaré á obedecer!

Un grito de rabia se escapó del pecho de Spinael; de un saltó asió un tirapié, le tiró al rostro del que le insultaba, y le arrojó después á la calle antes que hubiera tenido tiempo para pronunciar una palabra; después, temblando aún de cólera, cerró la puerta y subió la escalera en busca de sus hijos.

Desde hacía largo tiempo Spinael no tenía valor para dirigirles una sola reconvención; pero entonces, animado por la cólera, se sentía bastante fuerte para atreverse á reprocharles la infamia de su conducta; encontróles elegantemente vestidos, con la sombrilla y el bastón en la mano y prontos á salir, para hacer, según dijeron, con una alegre sociedad un viaje de placer á Bruselas; las reconvenciones de su padre fueron amargas; pero es imposible pintar el desdén con el cual fueron acogidas por aquellos hijos culpables; cuanto más crecía el enojo de su padre, más crecía también su insolencia; después de haberse reído de él durante algún tiempo, le dieron irónicamente los buenos días y se dispusieron á salir.

El padre, poseído de una rabia ciega al ver tanta perversidad, se lanzó delante de la puerta para impedirles salir, y gritó:

—¡Serpientes; no os basta haberme redu-

cido á la pobreza; queréis además hacerme perder el juicio con vuestras insolentes burlas! ¡No es bastante que hayáis disipado en un lujo escandaloso el fruto de mis sudores, mientras yo estoy reducido á vivir como un mendigo, sin vestidos y casi sin comer; no es bastante que un fatuo á la moda me crea el lacayo de mis hijos y se atreva á amenazarme con su palo; no es bastante que tenga hambre y vierta lágrimas amargas, en tanto que vosotros corréis de placer en placer; es preciso que muera abandonado, y que baje al sepulcro despreciado de todos y maldito de vosotros, sin que mi muerte despierte un sentimiento de tristeza! Pero no; ¡la medida está llena, no saldréis de aquí! ¡Id á quitaros al instante esos trajes, cuyo lujo insulta mi atroz miseria, ú os aniquilo bajo mis pies como á las víboras venenosas!

Una ruidosa carcajada saludó esta explosión de cólera, y el padre conoció con amargo dolor que aquellos hijos desnaturalizados no creían ni en su fuerza material, ni respetaban su fuerza moral; el hijo se dirigió audazmente á la puerta, resuelto á abrirse camino aunque fuese por la violencia.

Entonces tuvo lugar una escena sin nombre y que nuestra pluma se resiste á describir.

Algunos instantes después Julio y Hortensia Spinael franquearon la puerta de la casa; en el subido color de sus semblantes, en el esfuerzo con que arreglaban el desorden de sus trajes, se conocía bien que acababan de

sostener una lucha violenta; sin embargo, una sonrisa burlona entreabría sus labios, como si acabasen de triunfar de un enemigo despreciable, y se dirigieron á toda prisa á reunirse con la alegre sociedad, en cuya compañía iban á hacer el viaje de placer á Brüselas.

Un mes después, y un sábado por la tarde, maese Van-Rosmal se hallaba sentado en su trastienda y ocupado en transcribir sus cuentas al gran libro; desde hacía una hora se hallaba buscando tres ochavos con una terquedad paciente y reposada; sin embargo, su frente quemaba ya, y sentía que algunos vértigos embargaban su vista, cansados por la fatiga, exclamando al fin con cómica desesperación:

—¡Imposible! ¡no los puedo encontrar! y, sin embargo, las sumas sueltas de la semana hacen un total de sesenta y cinco florines, ocho stuivers y cinco ochavos; ¡y no poder encontrar más que dos ochavos en estos malditos papeles! ¡yo los podría dejar perder, despreciarles; pero á cada uno lo suyo. y al diablo nada! Contemos otra vez todavía.

En el instante en que Van-Rosmal volvía á la caza de sus tres ochavos, la puerta de tienda se abrió y entró un hombre con aire temeroso; el especiero alzó la cabeza de sus guarismos, y contempló al recién llegado con atención, pero sin decir una palabra.

Este, que no había osado dar más que dos pasos, parecía agobiado de la más espantosa miseria; flaco, pálido, con los cabellos en

desorden, los vestidos llenos de remiendos y desgarrados en mil partes, el calzano destrozado, se había detenido en la actitud de un mendigo que implora una limosna: Van-Rosmal no le reconoció á primera vista, y le miraba de un modo interrogativo; el infeliz inclinó la cabeza ante su mirada, y dos lágrimas corrieron por sus flacas mejillas.

—Maese Spinael, ¿qué me queréis?—exclamó el especiero conociéndolo al fin, y con un acento en el que se leía la desconfianza.—¡Si venís otra vez á pedirme dinero, podéis volveros; no estoy para semejante cosa!

Al oir estas palabras, las dos lágrimas silenciosas que corrían por las mejillas del zapatero se convirtieron en un raudal de llanto.

—Señor Van-Rosmal,—respondió con voz humilde,—no vengo á pediros dinero; ¡si supierais cuán desgraciado soy, me tendríais lástima, á pesar de los motivos de queja que que os he dado! ¡Todos me desprecian, y no puedo tener el consuelo de hallar á un solo amigo en mi miseria! ¡Yo os he engañado, Van-Rosmal, pero vos habéis sido mi amigo otras veces! ¡no me rehuséis hoy, á lo menos vuestra piedad!

El especiero escuchaba sorprendido esta voz suplicante; comprendió desde luego que no tenía que temer un nuevo engaño de parte de Spinael, y que una verdadera y profunda miseria agobiaba al hombre que había sido, durante largo tiempo, su amigo íntimo; la generosidad se sobrepuso á la memo-

ria de la ofensa que había recibido de Spinael; brillaron en sus ojos lágrimas contenidas con pena, levantóse, tomó la mano del zapatero, aproximó una silla y dijo:

—Ya veo que sois desgraciado, amigo mío; por consiguiente, todo lo anterior queda olvidado; sentáos y decid qué puedo hacer por vos, nada temáis, yo os ayudaré, ¡cueste lo que cueste!

—El único beneficio que espero de vos,—repuso Spinael,—es que me permitáis contaros mis sufrimientos y depositar mis pesares en el seno del único amigo sincero que he tenido; durante dos años he huído de vos, Van-Rosmal, no porque os estimase y amase menos, sino porque me reconocía culpable y no osaba presentarme ante un hombre leal y respetable como vos; hoy he llegado al extremo de tener que abandonar mi patria é ir, como un vagabundo, á ocultar en un país extraño mi vergüenza y mis pesares, y me he atrevido á pensar, Van-Rosmal, que me concederéis vuestro perdón antes de partir para no volver jamás á los sitios donde nací.

Estas palabras, pronunciadas con el acento de una profunda tristeza, enternecieron vivamente al especiero, que asió la mano de Spinael y le respondió con un afectuoso interés:

—No dudo que seais muy desgraciado, pero ¿podéis pensar en dejar vuestra patria, Spinael? No desesperéis aún; yo he estado buscando, durante dos horas, tres ochavos que me faltan en una cuenta, y seguiré bus-

cándolos hasta que los encuentre; el orden ante todo, y yo lo considero como el origen de la riqueza; pero esto no me impide sacar de apuros al mejor amigo que he tenido, sin que para ello deba abrir una ancha brecha en mi fortuna; hablad, pues, Spinael, hablad sin reparo, me complaceréis así, pues deseo ayudaros.

Una sonrisa de reconocimiento iluminó las marchitas facciones de Spinael, en tanto que dos gruesas lágrimas volvían á correr por sus mejillas; con voz profundamente enternecida contestó al especiero:

—¡Cuánto bendigo á Dios por haberme inspirado la idea de venir á buscar en vuestro afecto mi último consuelo, Van-Rosmal! ¡Desde hace un año éste es mi primer instante de alegría! ¡Gracias, gracias! Pero escuchadme y veréis cómo es imposible darme otro socorro que una generosa piedad; ya sabéis la insensatez con que me empeñé en imitar las fanfarronadas francesas; yo abjuré de las costumbres de nuestros padres y de la antigua probidad flamenca, para buscar la fortuna en la mala fe y en el engaño, arriesgando en este juego peligroso el fruto de largos años de trabajo contra una vana apariencia; el proverbio dice verdad, amigo mío: *¡Vale más un pájaro en la mano que ciento volando!* ¡Si yo hubiera comprendido esto antes! Mas, para mi perdición, no me he limitado á ocnparme de culpables apariencias; he querido también que mis hijos bebiesen en la copa emponzoñada de lo que se llama

la civilización francesa: ésta es la causa de haber llegado á su colmo mi miseria; si no hubiera enviado á Teresa á un colegio francés, yo sería aún aquel Spinael á quien todos conocían y amaban en el barrio... ¡Pero vos palidecéis, Van-Rosmal!... ¡Tembláis!...

—No es nada, proseguid; pensaba en mi Siska, que se halla también en la misma pensión...

—¡Sacadla de ella, Van-Rosmal! ¡Os lo ruego, sacadla de ella! ¡Acaso no la reconoceréis ya!

—Tal vez tenéis razón, mi querido amigo; pero proseguid, quiero saber si os puedo ser útil.

—Aún me restaba bastante sentido común para retirarme de mis locas empresas al ver próxima mi ruína; pero ¡ay! mis hijos estaban ya *civilizados* á la francesa, y no quedaba en sus almas ningún sentimiento honrado; yo he sido el criado, ellos los señores, han comido, bebido, jugado, hasta que han dado fin con todo lo que tenía; y áun después han persistido en su escandola conducta, han contraído deudas y han vendido cuanto había en casa, me han tratado como á un loco ó á un imbécil, y se han burlado de mí cuando me he atrevido á dirigirles algunas reflexiones; hace ya un mes que han colmado la medida de su perversidad, han llegado hasta maltratarme, Van-Rosmal. ¡Me han golpeado! ¡He estado enfermo y me han dejado abandonado, como si desearan mi muerte!

Calló Spinael; su voz, al pronunciar las últimas palabras, había tomado un tono sordo, que decía cuanto aquella narración desgarraba su alma; el especiero calló también, no pudiendo creer lo que estaba oyendo.

—Y ahora,—prosiguió Spinael,—mi casa está vacía y desierta, como si nadie la habitase; ahora mis hijos han partido, llevándose todo lo que quedaba; mi hija, á quien yo amaba tanto, á la que amo todavía no obstante su odiosa conducta, mi Teresa recorre las calles de Bruselas con un cómico... Mi hijo Juan, vuestro infeliz ahijado, se ha vuelto á París; en cuanto á mí, Van-Rosmal, es preciso que abandone esta población; cada persona que encuentro es un acreedor que me acusa de mala fe; con la desgracia me ha vuelto el sentimiento del honor, yo no puedo vivir así... Y ¿qué haré? Nadie me da trabajo, los demás maestros zapateros no quieren tomarme como oficial; no tengo pan que llevarme á la boca, ni cama en qué reposar, ni vestidos; mi casa está ya alquilada á otras personas y debo dejarla pasado mañana... ¡Oh, Van-Rosmal, yo he querido volar muy alto, y ya lo véis, he caído muy bajo!

Van-Rosmal había escuchado con atención y con los ojos húmedos la narración de su amigo; cuando éste acabó de hablar, exclamó con cólera:

—Spinael, yo no sé por qué queréis ocultarme lo que deseo saber. Decís que os precisa dejar el país, esto no me parece muy claro; un amigo leal puede hacer mucho cuan-

do quiere. Decidme, ¿á cuánto ascienden vuestras deudas?

—Os comprendo,—exclamó Spinael sorprendido,—pero no podéis pensar en eso; soy bastante dichoso al ver que hay todavía un hombre que me juzgue digno de sus socorros. Dejadme partir, Van-Rosmal, yo trabajaré como un esclavo, y si no consigo pagar lo que debo antes de dejar este mundo, la buena voluntad, al menos, no me habrá faltado; dadme la mano con un adiós consolador y rogad alguna vez por mis hijos, amigo mío.

El especiero pareció renunciar de pronto á su propósito, y se levantó diciendo:

—Si no queréis admitir mi ayuda, nada más puedo hacer; pero, á lo menos, beberéis conmigo un vaso de vino á vuestro dichoso viaje; hay en mi cueva algunas excelentes botellas; sentáos Spinael, y no perdáis el valor: pasa mucha agua por el río en un año: una desgracia llega muy pronto, pero la dicha la sigue y viene cuando menos se la espera: Dios sabe lo que puede sobrevenir, y es forzoso no desesperar: sentáos.

El buen Van-Rosmal salió dichas estas palabras, corrió á la cueva y volvió algunos instantes después; colocó dos vasos sobre la mesa, los llenó hasta los bordes y dijo:

—Vamos, Spinael, puesto que queréis partir, á vuestro buen viaje y á vuestra salud. Excelente vino, ¿verdad? Ahora, ya que no queréis por ningún caso aceptar mis servicios, decidme á cuanto ascienden vuestras

deudas y de qué modo pensáis pagarlas: con el trabajo solo no se gana gran cosa, á no ser en el comercio, y esto lo sabéis tan bien como yo.

—Seguramente que lo sé; pero para la tranquilidad de mi conciencia, yo me quitaré el pan de la boca á fin de pagar cada año una parte de mis deudas, y si Dios me dá larga vida, tal vez consiga pagarlas todas; porque, en fin, no es imposible reunir en veinte años seiscientos florines poco á poco.

—¿Secientos florines decís? ¿Florines de Holanda?

—No, florines de Brabante. Debía más; pero cuando vendí mi casa pagué alguna cosa.

—¿Seiscientos florines de Brabante, sin pico alguno?

—Con diez y seis stuivers y seis dineros. Ya veis que sé de memoria lo que debo.

—Bebamos otro vaso, Spinael; tenéis razón, es muy posible ganar esa suma; además, vuestros hijos pueden volver al buen camino; todos hemos sido jóvenes, Spinael; la sabiduría llega con los años, dice el proverbio; pero veo que no tenemos aquí nada con qué acompañar al vino. Esperad un instante, que voy á buscar algunas tortas.

Maese Van-Rosmal estuvo ausente mucho más tiempo del necesario para buscar las tortas; á su vuelta colocó un plato lleno sobre la mesa y dijo al zapatero con tono serio:

—Spinael, hemos sido educados juntos como vecinos; vuestro padre era el mejor ami-

go del mío; hemos jugado los dos siendo niños, y hasta la edad de catorce años hemos sido tan inseparables como dos hermanos. Vos no habéis sido desde entonces acá mi enemigo, porque, á serlo, no hubierais venido á contarme vuestras penas; yo he sido siempre vuestro amigo, porque, de lo contrario, vuestra desgracia no me hubiera traído las lágrimas á los ojos. Tengo, pues, derecho á calmar vuestra angustia y á prestaros algún dinero para el viaje; pero como las cuentas claras conservan las amistades, deseo que me déis un recibo de la suma que os presto; aquí está ya escrito; firmadle tal como está y sin ver la cantidad; no quiero que os pongáis en viaje con ocho ó diez florines, y que os veais en la miseria; y á fin de prevenir toda oposición de vuestra parte, os reitero mi súplica, como amigo, de que firméis este papel sin leerle.

Spinael, que en realidad no tenía un ochavo, y que quizás se contemplaba dichoso por haber encontrado un amigo generoso que le prestase con qué hacer el viaje, estrechó con efusión la mano del especiero, tomó la pluma y firmó.

Van-Rosmal le arrebató el recibo, levantó su vaso y exclamó:

—Brindo por vuestra dicha en vuestra querida patria, amigo mio, y por la prosperidad de vuestro nuevo almacén. Vamos, vamos, bebed conmigo; no me miréis así, Spinael; habéis caído en mis redes; estáis preso, completamente preso.

—No comprendo, á la verdad, lo que queréis decir,—observó Spinael estupefacto.—Os reís de tan buena gana, que casi tengo deseos de hacer otro tanto. Pero ¿de qué se trata?

—¿De qué se trata? Ved de que suma me habéis dado recibo.

Diciendo estas palabras, mostró el papel ál zapatero, é indicó con el dedo un ángulo, en el que se veía en grandes guarismos la cifra de mil.

—¡Mil florines!—exclamó Spinael, lanzándose hacia el papel y sin poderlo asir.

—Sí, mil florines,—dijo Van-Rosmal triunfante y arrojando sobre la mesa algunos billetes y un saquito con dinero.—¡Aquí están!

—¡Yo no lo quiero! ¡Oh! ¡No me obliguéis á aceptar este dinero!—exclamó con acento suplicante el zapatero, á quien la emoción arrancaba abundante llanto.—¡Oh! ¡No creáis que yo he venido con este fin!

—Pienso que no haréis la tontería de dejarme este recibo sin llevaros el dinero; pero hablemos seriamente, Spinael. Yo soy rico; Siska, mi única hija, no puede verse nunca necesitada, á no ser por culpa suya; nuestra tiendecita nos deja cada año algunos miles de florines; tenemos fincas y dinero bien colocado; ¿qué son, pues, para mí esos mil florines? Nada, nada más que algunos meses de trabajo. ¿Dejaré ir á la ventura á mi mejor amigo por semejante miseria? Ved aquí mi proyecto: vais á pagar á vuestros acree-

dores, que, de enemigos, serán amigos vuestros; yo tengo al fin de la calle una casa desalquilada, é iréis á habitarla: compraréis cuero, buscaréis dos oficiales de reconocida laboriosidad y buena conducta; yo os ayudaré á encontrarlos y á poner vuestro comercio en un pie bajo el cual pueda marchar; en la muestra de vuestra tienda no pondréis más que este letrero: *Juan Spinael, maestro zapatero;* venderéis buen género y trabajado con lealtad y buena fe; yo os enviaré parroquianos, y como no hay término de pago fijado en vuestro recibo, podéis devolverme poco á poco el dinero que os presto; cuando vuestros hijos hayan sido instruidos por la desgracia, volverán á implorar vuestro perdón; y ahora, amigo Spinael, recobrad cuanto antes vuestro antiguo estado, porque el domigo, después de misa, hemos de ir juntos á Stenembrug á beber una botella de cerveza fuerte y á echar una partida de cartas: os doy cien puntos de ventaja si queréis admitir.

—¿Me atreveré á aceptar lo que vuestro excelente corazón me ofrece?—exclamó Spinael fuera de sí.

—¡Venid á mis brazos! — respondió Van-Rosmal; la dicha que hoy siento al socorreros vale más de diez mil florines. ¡Venid á mis brazos, amigo Spinael!

Los dos amigos se abrazaron, derramando lágrimas de alegría, y permanecieron mudos algunos instantes. Después, sin hablar una palabra, vaciaron cada uno su vaso; al cabo

de un instante Van-Rosmal replicó con más calma:

—Spinael, es preciso no decir nada de esto á mi mujer; las mujeres son generosas también, pero á su manera, y sufren con dificultad que sus maridos lo sean. Pagadle á ella el alquiler de la casa, y no os deis por entendido de nada; pero cuidado con la juventud á la francesa, de triste memoria.

—No temáis, amigo mío, mi asno no tropieza dos veces con la misma piedra; ya conozco á esos pájaros, y tendré cuidado de no olvidar sus maneras y sus costumbres. Cualquiera que venga á pedirme en francés un par de zapatos, tiene ya para mí muy mala recomendación.

— No es preciso ir tan lejos, amigo Spinael. Los franceses que se han fijado en Ambéres y tienen aquí su comercio son todos personas respetables, y yo cuento entre ellos buen número de mis mejores parroquianos; pero esas ratas peladas que han asaltado nuestras casas desde el año treinta son los entes sobre los que hay que tener la vista fija. Vamos á ver vuestra nueva casa, que es muy bella y cómoda. Guardad ese dinero y esos billetes.

Algunos días más tarde, Spinael se hallaba instalado en la casa que Van-Rosmal le había alquilado; el almacén estaba guarnecido de calzado hecho y de fardos de cuero; dos obreros trabajaban con Spinael: al cabo de algunos meses éste tuvo numerosos compradores, tanto por la excelente calidad de

la obra que vendía, como por las infatigables recomendaciones de Van-Rosmal; cada domingo los dos amigos iban á Stenembrug, y jugaban en el cafe su partida por la noche; en una palabra, recobraron sus antiguas costumbres, y á no haber sido por la inquietud que causaba á Spinael la suerte de sus hijos, éste hubiera sido el hombre más dichoso de la tierra.

IV

Educación francesa.

La escandalosa conducta y la vergonzosa suerte de Hortensia Spinael habían alarmado de tal modo á maese Van-Rosmal, que no cesó hasta persuadir á su mujer de que Siska debía volver á casa. El doctor Pelkmans le ayudó en esta tarea. En fin, después de haber disfrutado durante tres años todos los encantos de una educación francesa, en el último de los cuales rehusó venir á pasar á su casa las vacaciones, Siska fue avisada de que iba á volver al lado de sus

padres; el día primero del mes se escribió á la Directora una carta de gracias, y se previno en otra á la joven que el día quince del mismo mes, y á las cuatro de la tarde, iría su madre á buscarla á la estación del camino de hierro.

Legó el día prefijado; el tiempo estaba sereno y hermoso; una media hora antes de la llegada del tren, una mujer que casi llegaba á la vejez estaba sola delante del despacho del camino de hierro; hallábase aseadamente vestida, y sus cabellos canos veíanse cubiertos con una gorra á la flamenca, guarnecida de encaje de gran valor; sobre sus hombros llevaba un capotillo de paño fino, y en toda su figura se reconocía á una mujer del pueblo, vestida con su traje de los domingos; sin duda para preservarle de todo ataque del mal tiempo llevaba, á pesar de que la tarde estaba serena, un paraguas de extraordinarias dimensiones.

La ternura maternal hacía palpitar violentamente el corazón de la esposa de Van-Rosmal, porque ella era, en efecto. Iba á abrazar á su hija, á su querida Siska; iba á estrechar contra su seno á aquella niña tan amada, y á saborear desde entonces la recompensa de todos los combates que había tenido que sostener, de todos los pesares que había devorado, de todos los obstáculos que había tenido que vencer para conseguir que le diesen una brillante educación.

El tren silba á lo lejos; los dependientes de servicio corren por todas partes; la voz

metálica del gigantesco vehículo hace, como por magia, de la estación silenciosa el centro del ruído y del movimiento, y aquel se detiene en medio de los gritos y las voces de todos.

El seno de la madre se agita con más fuerza; ¡ha llegado el instante feliz!

La pobre mujer se coloca á la entrada de la estación, é interroga con ansiedad á los semblantes de todas las mujeres que pasan rápidamente por delante de ella.

En breve los carruajes de alquiler van tomando uno á uno el camino de la ciudad; los pesados ómnibus cierran la marcha, y á los pocos instantes la estación queda vacía, y los empleados ocupan sus sitios respectivos; los viajeros han desaparecido, y todo se sumerge en el más completo silencio.

Madama Van-Rosmal ve que se cierran todas las puertas; su corazón se oprime de tristeza y un doloroso suspiro se escapa de su pecho.

¡No ha visto á su querida Siska!

No obstante, permanece en su sitio inmóvil y como si una fuerza misteriosa la hubiese clavado en él. Quizá hubiera estado por largo espacio de tiempo sumergida en sus tristes pensamientos, si no hubiera visto á lo lejos á una joven parada al lado de un carruaje de alquiler, en la actitud de una persona que espera y pasea sus miradas en torno suyo.

—¿Será aquella mi Siska?—pensó la madre; — pero ¡no, imposible! Aquella es una

dama opulenta; su traje de seda de un color claro deja descubiertos su cuello y sus hombros... Verdad es que una pañoleta de gasa parece que trata de recatarlos, pero no lo consigue; á cada uno de sus movimientos flotan por sus mejillas largos bucles de cabellos; en su magnífico sombrero se mecen ricas plumas; lleva en la mano una sombrilla bordada, y á sus pies se ven quince cajas de todas formas y dos enormes cofres... ¡No, esa no puede ser Siska!

Tales eran los pensamientos de la señora Van-Rosmal y las reflexiones que se hizo; de repente la elegante joven hizo un gesto de impaciencia, y este movimiento puso en evidencia sus facciones.

—¡Oh cielos, es Siska!

La pobre madre, cuyo paso era de ordinario tan lento, se lanza como una loca en busca de su hija; las lágrimas brotan de sus ojos; una radiosa sonrisa ilumina su semblante, abre los brazos y exclama con frenética alegría:

—¡Oh Siska, hija mía!

Sin duda el nombre de Siska causó á la joven una impresión penosa, porque se la vió enrojecer de repente; pero este rubor desapareció al momento, y aquella dió algunos pasos hacia su madre; ésta quiso echar los brazos al cuello de su hija, pero la joven afrancesada no quiso servir de espectáculo á los curiosos, asió la mano de su madre, la detuvo con fuerza y huyó de sus brazos.

— Buenos días, mamá, — la dijo friamen-

te.—¿Cómo os va? ¿Y papá? Tened mucho cuidado con no aplastar mis cajas. ¡Ya hace media hora que os estoy esperando!

Estas palabras atravesaron el corazón de la buena madre como si fueran la hoja de un puñal. ¿Era éste, en efecto, el lenguaje que Siska debía tener después de un año de ausencia? Ni un solo beso, ni un apretón de manos para la que durante tres años había vivido en una perpetua contienda con su marido para complacerla. Para la que había cifrado toda su esperanza en el cariño de su adorada hija.

Su seca y desgarradora acogida causó tan honda pena á la pobre mujer, que ésta llevó la mano á sus ojos y se puso á sollozar y á llorar.

No estaba, sin embargo, sofocado todo sentimiento natural en el corazón de Siska hasta el extremo de poder contemplar la emoción de su madre sin compadecerse de ella; lejos de eso, su buena índole se sobrepuso á todo; arrojóse al cuello de la infeliz mujer, la abrazó y cubrió de besos sus mejillas con una viva efusión; la anciana se sintió dichosa y consolada, retuvo á su hija junto á su seno y contempló ávidamente su rostro encantador.

De repente oyó la joven que se reían á su espalda; era un caballero, espectador irónico, que se burlaba de semejantes demostraciones de ternura; el rubor de la vergüenza subió á las mejillas de Siska, que se arrancó de los brazos de su madre y volvió á tomar

el aire indiferente que poco antes se observaba en su fisonomía.

Mientras esto tenía lugar, habíanse colocado las cajas y los cofres en el carruaje; el vehículo estaba tan lleno, que era imposible que hallasen cabida en él dos personas; Siska, temerosa de que se ajasen los delicados objetos que encerraban sus cartones, dió orden al cochero, que vivía en su barrio, para que condujera sus efectos á la casa paterna, y resolvió ir á pie á la ciudad.

Sin riesgo de equivocarnos, podemos asegurar que no eran extraños el orgullo y la vanidad á esta determinación, y que la joven coqueta se apresuraba á aprovechar la ocasión de exhibir su linda *toilette* á sus conocimientos de Ambéres.

Siska abrió su sombrilla, tomó un aire altivo y se dirigió hacia la ciudad, sin dar á su madre ninguna nueva muestra de afecto.

Madama Van-Rosmal experimentó una sensación dolorosa con semejante frialdad; no se atrevía á acusar á su hija de tener perversos sentimientos, pero veía que el Doctor no se había mostrado mal consejero.

Absorta en su triste preocupación, caminaba como una criada que sigue á su señora.

Ya hacía algún tiempo que reinaba el silencio, y ya habían llegado á la ciudad las dos mujeres, cuando Siska, contemplando con una mirada extraña á su madre de la cabeza á los pies, la dijo:

—Pero, mamá, ¿cómo os habéis vestido?

Parecéis una pobre idiota con esa gorra extravagante y ese capotillo tan antiguo. Me estáis avergonzando. Ocultad ese paraguas de familia debajo de vuestro abrigo, porque nos van á tomar por dos paletas que vienen de su aldea.

Madama Van-Rosmal contestó con un acento tranquilo, pero que revelaba la pena que destrozaba su corazón:

—¡Siska, hija mía, no seas tan exigente! Yo visto como vestía mi difunta madre; ¿puedo cambiar en mis últimos días? No hagas caso de los que nos miran; nada tienen que ver con nosotras, porque, á Dios gracias, á nadie debemos nada.

En tanto que madama Van-Rosmal se expresaba de este modo, Siska observaba á los que pasaban, para ver si hacían efecto en ellos las gracias de que estaba adornada.

Unos cuantos jóvenes aturdidos que hablaban y se reían se ocupaban de ella al parecer, y á juzgar por la expresión de su fisonomía, decían:

—¡Qué hermosa es!...

La pobre madre se animó hasta el punto de preguntar á su hija si se había aburrido en la pensión, si se encontraba mejor en su casa y al lado de sus parientes, y otras muchas cosas por el estilo; pero cuantos esfuerzos hizo para entablar una conversación franca y familiar fueron inútiles. La ligera Siska estaba harto preocupada con el cuidado de imprimir á su modo de andar la elegancia necesaria y de recoger las lisonjas

que se imaginaba leer en el semblante de cuantos la miraban.

De pronto se le acercó un joven con la sonrisa en los labios, y con tal familiaridad, que cualquiera le hubiera creído su hermano.

Madama Van-Rosmal abrió cuanto pudo sus ojos con el objeto de ver si reconocía al recién llegado; pero jamás le había visto.

Este, sin hacer caso de las escudriñadoras miradas de la madre, se plantó atrevidamente delante de Siska y con un tono afectado la dijo en francés:

—¡Ah, buenos días, señorita Eudoxia! ¿Habéis dejado el colegio? ¿Ambéres va á tener la dicha de poseer á una joven tan encantadora? En verdad que esto es una fortuna para nosotros, que deploramos sea tan raro volver á encontrar tantos hechizos reunidos.

Siska dirigió á su interlocutor una seductora mirada, y con tímido acento respondió:

—¡Os chanceáis, señor Jorge! ¿Y cómo está vuestra hermana Clotilde?

—Bien, muy bien, contestó el joven con alguna indiferencia.

Después, dando á sus facciones una expresión irónica, dijo señalando á la anciana:

—¿Es vuestra criada?

Esta pregunta hizo enrojecer á Siska: la señorita, educada á la francesa, se avergonzaba de su madre.

Algunos instantes pasaron antes de que respondiese, llena de turbación.

—No... ¡es mi madre!

—¡Ah!—exclamó el joven; y dirigiéndose á la anciana, la dijo, saludándola compasivamente:

—Mad. Van-Rosmal, me atrevo á haceros presentes mis respetos. Tenéis una hija encantadora.

La anciana no comprendió una palabra; pero se apercibió de lo que pasaba, y se convenció de que ella era el objeto de las imprudentes burlas de aquel fatuo. No obstante, correspondió á su saludo con una inclinación de cabeza.

El joven se alejó, diciendo á Siska:

—¡Pobre mujer! Hace muy bien en tratar de llevaros cosida á su falda, porque hay muchos entre nosotros que os querrían robar. ¡Hasta la vista, señorita Eudoxia!

La madre había contemplado esta escena con una profunda ansiedad, y habría de seguro prorrumpido en amargas quejas, si un sentimiento doloroso no hubiera comprimido su pecho.

La infeliz preguntó con marcado desprecio:

—¿Por quién nos ha tomado ese pisaverde? Á no dudar, te ha confundido con otra, porque te nombra Eudoxia. ¿Cómo has podido contestar á las habladurías de semejante necio, de un hombre que no te conoce?

Estas palabras disgustaron á Siska: era fácil apercibirse de ello al ver la expresión afectada de su fisonomía; después la joven contestó con una especie de orgullosa piedad:

—¿Acaso creéis que he pasado tres años en un colegio francés para ser impolítica y grosera? Ese joven es conocido mío: su hermana Clotilde era mi compañera y amiga, y venía con frecuencia á verla.

—¿Es por casualidad Pedro Vandertangen?—preguntó la madre.

—Sí; es el señor Vandertangen.

—Siska, ¿no te avergüenzas de tratar con esa familiaridad al hijo del hombre que afeita á tu padre? ¿A ese pícaro holgazan, que no sabe hacer otra cosa que pasear y comerse lo poco que tienen sus parientes?

—Escuchadme, mamá: á pesar de todo eso que decís, Jorge puede haber recibido una buena educación; ha vivido en París, y aunque no sea más que un *peluquero,* es un hombre de mundo.

—¡Ah! ¿A eso llamáis tener mundo? ¡A no hacer nada, á ser pesadilla de sus parientes! Pues bien, Siska, te digo que no debes tener relaciones con sumejantes ganapanes. Y en cuanto á tu nombre, tú te llamas Siska como yo. Dios sabe de qué almanaque habrá sacado eso de Eudoxia.

—¿Tengo yo acaso la culpa,—respondió Siska con enojo,—de que mis compañeras de colegio hayan cambiado mi nombre por ser demasiado vulgar? Además, prefiero llamarme Eudoxia á Francisca: este nombre me desgarra los oídos.

¡Madre infeliz! En este momento se acordó de la miserable conducta de Hortensia Spinael, y la angustia la hizo temblar.

De seguro hubiera dirigido á su hija una reprimenda más viva; pero llegaban entonces á su tienda, en la cual entraron.

Sólo hallaron á monsieur Van-Rosmal ocupado en moler café: Siska le abrazó sin esfuerzo: no había ninguna mirada extraña que pudiera hacerla enrojecer. El noble padre, en este primer momento, se abandonó por completo á su ternura natural, y besó y estrechó contra su corazón á su hija; pero estas cariñosas demostraciones fueron muy pronto interrumpidas por Siska, que preguntó en francés:

—Mamá, ¿dónde está mi cuarto? ¿Puedo acaso dejar mis cajas en la tienda? Cochero, ayudadme á subirlas.

Una hora después Siska, encerrada en su cuarto, sacaba sus numerosos sombreros y vestidos, arreglaba sus botes de pomada y sus frascos de esencia, y ahuecaba sus bucles á fin de hacerlos flotar más ligeramente.

Su voz se oía desde la tienda: entonaba una canción francesa.

Mister Van-Rosmal permanecía absorto detrás de su mostrador: una de sus manos descansaba pesadamente sobre el manubrio del molino del café, con la otra se frotaba la oreja como un hombre desesperado; le absorbía una profunda y penosa meditación: pensaba también en Hortensia Spinael y murmuraba de vez en cuando:

—¡Qué imbécil soy! Ojalá que hubiese roto los brazos y las piernas á mi mujer primero que... El doctor Pelkmans tenía razón...

Pero ¿de qué sirven ahora los lamentos?

Una ansiedad más viva, una inquietud más grande, y sobre todo, amargos remordimientos de conciencia torturaban á la pobre madre. Sentada en un rincón de su sombría cocina, y presa del más cruel dolor, lloraba por intervalos y con tanta mayor abundancia cuanto más tristes eran sus reflexiones.

Por desgracia, ni los lamentos ni las lágrimas produjeron mejor efecto que las reflexiones y los ruegos: todo fue inútil. Siska persistió en hacer su voluntad.

No obstante, el amor maternal se fue apoderando poco á poco del corazón de la señora de Van-Rosmal, y gracias á los esfuerzos que debió hacer para proteger á Siska contra el enojo de su padre, concluyó por no ver en su hija nada malo en el fondo: ésta tenía muchos caprichos, pero no hacía ningún mal en tenerlos.

Por efecto de esta indulgencia, la madre volvió más afectuosa á la hija para con ella, y se consolaba diciendo á los parroquianos:

—Nuestra Siska posee una extraordinaria instrucción, vecino. Sabe el francés mejor que el flamenco. ¡Es una perla!

Como todas las jóvenes de la clase humilde educadas en un colegio francés, Siska poseía una rara instrucción. Respecto del francés no sabía más que cambiar algunas frases vacías de sentido: ignoraba hasta los rudimentos de la Aritmética; esta es una ciencia demasiado difícil para tan delicadas criaturas. En cuanto á Geografía, no había

aprendido más sino que París es la más hermosa ciudad del mundo, el paraíso de las jóvenes, donde se juega y se baila siempre, donde hay más teatros que iglesias, donde se inventan las modas y las pomadas. En Mitología sólo había aprendido que la diosa del amor se llama Vénus, y que Cupido es su hijo. Conocía, además, los nombres franceses de todos los trajes femeninos, de todas las telas, de todas las pomadas, esencias y productos de la perfumería, de todos los pastelillos y tartas del mundo.

En esto consistía la instrucción de Siska.

¿Era ésta una perla, ó una loca á la francesa?

Maese Van-Rosmal no hubiera dado á esta pregunta una respuesta favorable, á juzgar por las siguientes palabras que dirigía por entonces al doctor Pelkmans:

—Si hubiéramos seguido vuestro consejo, Doctor, nuestra Siska estaría hoy, dichosa y modesta, detrás de su mostrador. Ella nos amaría sinceramente, y nosotros trabajaríamos muy contentos para dejarla al morir una fortuna regular y una tienda acreditada; pero ¡ay, qué diferencia! Siska se sienta detrás del mostrador con un delantal de seda y los cabellos rizados; está charlando todo el día con una caterva de necios que, con el pretexto de comprar cigarros, invaden mi casa y arrojan de ella á mis buenos compradores: ya he perdido la mitad de mis parroquianos: amigo Pelkmans, cuando yo me muera, la tienda de mi padre se desacredita-

rá por completo, porque Siska no querrá casarse jamás con un joven de su condición; y hacedme el favor de decir: ¿qué hay que esperar de todos esos fátuos que la rodean? Teníais razón, Doctor: una sólida educación flamenca hubiera hecho de mi Siska una hábil, económica y ejemplar ama de su casa: poseería conocimientos mucho más útiles que los que posee: sería piadosa y modesta como antes; pero ¡cómo ha de ser! Le fue preciso ir á un colegio y aprender francés. ¿Y será posible que semejante educación convenga á las hijas de la alta clase? aunque me resisto á creerlo, lo que sé es que causa la completa perdición de las jóvenes de la clase humilde. Y ¿qué remedio, Doctor? Como vos decís, después del asno muerto...

V

Más vale arrepentirse tarde que nunca

Desde el primer día que volvió á la casa paterna, Siska no hacía otra cosa que lamentarse de todo.

Sus honrados padres no podían hacer na-

da que no fuese vulgar, malo é inconveniente; y la señorita, traviesa como ella sola, manejaba y torcía la voluntad de sus padres como si fuera de cera.

Siska no podía comer antes de las tres, porque su estómago no era un estómago vulgar.

Así que se apercibieron de esta novedad, el padre se encolerizó y la madre tuvo un profundo pesar; ambos habían comido á una misma hora durante toda su vida, y se asustaban con la idea de un cambio tan capital, cambio que debía alterar todas sus ocupaciones; pero Siska empezó á disgustarse y á representar el papel de víctima resignada: de nada le sirvtó este recurso, si bien la madre, compadecida, acudió en su ayuda. Entonces Siska fingió un desmayo, tuvo terribles ataques de nervios, y cualquiera, al verla, hubiera dicho que estaba á las puertas de la muerte. Un médico francés, que tenía vastísimos conocimientos acerca de las enfermedades particulares de las jóvenes bien educadas, dijo tantas cosas horribles de los nervios de las mujeres, que los padres de Siska, llenos de ansiedad, resolvieron al instante comer á las tres en punto.

¡Cuántas veces, sin embargo, tendrían que sufrir los rigores del hambre, levantándose siempre de cuatro á cinco de la mañana, y estando en ayunas hasta tan tarde! En cambio, la ociosa Siska no miraba más que su comodidad, ni bajaba de su cuarto antes de las nueve.

¿Y en cuanto á la cocina? ¡Oh, qué miserable cocina la de su casa! ¡Siempre patatas, coles de Saboya y carne cocida ó asada! ¡De vez en cuando Siska se encontraba tan débil!... Era preciso darla un pichoncito ó algún otro plato por este estilo, que conviniera más á su gusto y le sentara mejor. Sus bolsillos estaban siempre llenos de pastillas de menta y de limón, y no sin motivo, porque la pobre criatura padecía mil enfermedades: dolor de estómago, dolor de corazón, dolor de cabeza, excitación de nervios... ¡Oh, desgraciada joven!...

No puede ir con su madre á la misa de las seis: en invierno hace mucho frío; en el verano no quiere encontrarse entre gentes ordinarias que asisten á ella; esto podría indisponerla. La misa mayor es muy larga; se le enfriarían los pies sobre las baldosas azules. La que más le conviene es la misa del cuarto de hora (1): en ella ve, además, hermosas *toilettes*, que se promete imitar. Al salir de la iglesia puede pasear un buen rato, y lucir su traje en la plaza y entre la juventud elegante.

Como consecuencia de todo esto, ha obligado á su anciana madre á sustituir su gorra de encajes con un sombrero de seda, y sus zapatos con unas botitas que la molestan; de otro modo, no hubiera consentido salir con ella.

(1) Todos los domingos á las doce se dice en la catedral de Ambéres una misa, llamada *de cuarto de hora*, porque apenas dura este tiempo: asisten á ella los que se levantan tarde ó quieren hacer ostentación de vistosos trajes.



Pero ¡qué aspecto tan lastimoso presentaba Mme. Van-Rosmal bajo su techo de cartón! Contínuamente se estrujaba las orejas que no podían acostumbrarse á la presión del sombrero, y no podía dar tres pasos sin sacudir los pies, que se le entumecían á cada momento; los cordones de sus botas no podían avenirse con sus piernas.

¡Pobre mujer!

Los vecinos se burlaban lastimosamente de ella, y la infeliz sudaba, como suele decirse, la gota gorda, queriendo, en su confusión, que la hubiera tragado la tierra.

Pero todo lo sufría por su hija y devoraba su dolor en silencio.

En cuanto á maese Van-Rosmal, todavía estaba más atormentado que su mujer por la caprichosa Siska: había sido siempre el dueño absoluto de su casa, y dirigía sus negocios con tanta prudencia, que en toda su vida se habían torcido una sola vez.

A la sazón preveía que todo se le iba á embrollar, pero no tenía el derecho de hacer observación alguna: lo que le parecía bueno, su hija lo condenaba; y algunas veces se atrevía á decir que su padre tenía las ideas muy limitadas.

Si el infeliz tomaba á mal la opinión de su hija, toda la casa se ponía en conmoción; él por un lado, Siska y su madre por otro.

Ya se sabe, desde el momento que se trata de discutir y cuestionar, el hombre no es más que un niño impotente, comparado con la mujer: convierte su sangre en veneno; da

unos cuantos puñetazos sobre una mesa; rechina un poco los dientes... ¿pero ha sido jamás su palabra la última?

El doctor Pelkmans tenía tantas quejas de la familia Van-Rosmal, que había tomado aversión á su casa y temía como al fuego poner en ella los pies.

Maese Van-Rosmal no podía acostumbrarse á las cuestiones y á las disputas: estimaba la paz como la felicidad mayor de la tierra, y por esta razón acabó por dejar que se hicieran muchas cosas contra su gusto, á fin de evitar discusiones, que además concluían siempre por ser inútiles.

A pesar de esto, la eterna violencia que tenía qne hacerse, y el repentino cambio que sobrevino en la marcha de su casa, llenaron su alma de una profunda tristeza, y con alguna frecuencia sucedió que alguno de sus conocidos le saludó en estos términos:

—¡Qué delgado estáis, Van-Rosmal! ¿Habéis estado enfermo?

Van-Rosmal había conseguido hasta entonces hacerse fuerte en un solo punto: en lo tocante á las diarribas continuas que Siska dirigía contra la humilde tienda que sus padres habían heredado de los suyos, y á la que debían el bienestar y la riqueza.

Siska no cesaba de dar á entender que todo el almacén debía reformarse; pero Van-Rosmal se hacía el sordo, y para conseguir la joven su objeto necesitaba emplear muchos artificios y vencer no pocas dificultades.

Maese Van-Rosmal había sido educado de-

trás de aquel viejo mostrador: allí se hallaba todavía la silla en que su madre le había mecido dándole el pecho: el pobre anciano, antes de saber hablar, había conocido á los barriles de los *hors d'œuvres* y á las cajas de pasa y conservas, que aún servían para guardar sus mercancías: no había en la vetusta anaquelería de la tienda una grieta, una marca que no le trajese un dichoso recuerdo: mostrándole la alcancía donde guardaba sus ahorros de muchacho, le había dirigido su padre la víspera de su muerte una larga serie de reflexiones y consejos sobre la economía, que habían quedado grabados para siempre en su memoria: las manchas obscuras de un barrilito verde que había en un armario habían sido impresas por sus manecitas de niño; de él veía sacar á su buena madre el terroncito de azúcar que le daba al levantarse, y cuando ésta despachaba á sus parroquianos, él se forzaba en abrirle para tomar más azúcar: en un barquito de madera que pendía del techo había grabadas dos letras: J. S.... significaban Juan, Siska, y las grabó él en memoria dulce de su primero, de su único amor: aquella tienda era la patria, el universo de maese Van-Rosmal: todo lo que había en ella formaba parte de su existencia.

Larga tarea sería enumerar los torrentes de lágrimas que Siska tuvo que verter, los ataques de nervios y desmayos que tuvo que sufrir para quebrantar la inflexible voluntad de su padre y obtener de él que la tienda fuese restaurada á la francesa.

Todo este vorgonzoso, culpable y cruel manejo duró un año entero: ¡doce interminables meses de querellas, de pesares domésticos, de dolores para los padres de Siska, se pasaron antes que el anciano Van-Rosmal inclinase su encanecida cabeza como un soldado vencido y dijese á su mujer y á su hija con los ojos llenos de lágrimas:

—¡Haced lo que queráis!

¡Ay, estas palabras, que le destrozaron el corazón, hirieron á la par su espíritu y su cuerpo!

Con una rapidez espantosa se le vió languidecer, volverse pálido, debilitarse de día en día, y avanzar precipitadamente hacia el sepulcro, devorado por un mal misterioso. Algunas veces temblaba Siska como la hoja en el árbol, cuando los tristes ojos de su anciano padre le dirigían una mirada acusadora; pero el pobre hombre había llegado al último límite de sus fuerzas: se hallaba aniquilado por un año de resistencia, y nada decía, limitándose á contemplar fija y dolorosamente á los obreros ocupados en trastornar su querida tienda; vió desaparecer sucesivamente todos sus hermosos recuerdos, y á medida que los borraba la brocha del pintor ó el cepillo del carpintero, su respiración era más penosa, y se abreviaba rápidamente su vida.

Bien pronto la modesta tienda fue transformada en un soberbio almacén; el bronce brillaba por todas partes, sobre el mostrador se veían algunos ángeles pintados, que se

ocupaban en moler café, en fumar y en pesar tabaco; las vidrieras eran enormes, y estaban cubiertas de inscripciones á la francesa; el gas alumbraba aquella magnífica decoración; una joven y un muchacho, dependientes de la tienda, estaban con los brazos cruzados detrás del mostrador, y Siska, ó madamoiselle Eudoxia Van-Rosmal, se hallaba sentada sobre un alto taburete, al lado del escaparate, leyendo una novela de un autor francés.

Tal estado de cosas duró algún tiempo, aumentando las penas del desgraciado padre; pero éste llegó al fin á parecer indiferente á todo, hasta á la amistad de Spinael, quien, siguiendo los consejos de Van-Rosmal, había emprendido el comercio de cueros, y había ganado en poco tiempo tanto dinero, que podía haberle devuelto fácilmente sus mil florines, si el padre de Siska no hubiese rehusado obstinadamente aceptarlos.

Por consecuencia del desorden que reinaba en la tienda de Van-Rosmal, y que iba agotando sus fondos, cayó éste enfermo y se vió obligado á guardar cama; pero como no se quejaba de mal alguno, se creyó, ó se quiso creer, que lo que tenía era una ligera indisposición, y todos se contentaron con cuidarle con algún esmero.

Una mañana ordenó el infeliz anciano que fuesen á buscar al doctor Pelkmans y á su amigo Spinael.

Este último se hallaba aquel día en Colo-

nia, donde le habían llamado algunos asuntos de su comercio: el Médico acudió en seguida al llamamiento.

Largo rato permaneció solo con el enfermo, y nadie supo lo que ambos hablaron: al cabo de una hora se oyeron en la escalera los pasos del Doctor, y éste apareció en el umbral del almacén; su venerable semblante estaba cubierto de una palidez mortal: sus ojos brillaban de indignación, y sus labios temblaban como si fuera presa de una violenta cólera: bajo su capa se veían sus puños violentamente apretados; desde su entrada en la tienda, sus ojos irritados se habían dirigido como una acerada flecha hacia Siska.

Pasó lentamente por detrás del mostrador y se adelantó hacia la joven: ésta, llena de inquietud y de ansiedad, extendió sus manos como para separar de su vista aquella severa aparición; pero el Doctor la asió por el brazo y exclamó con acento terrible:

—¡Vuestro padre va á morir, y vos sois la causa!

Siska dejó escapar un grito desgarrador: se levantó como sacudida por una conmoción galvánica, y volvió á caer sin sentido sobre su silla.

El Doctor salió de la tienda y fue á buscar á un Sacerdote para que trajera el Viático, y con el cual se dirigió junto al lecho del enfermo.

Cuando el anciano hubo recibido los inefables consuelos de la Iglesia, y el sacerdote

desapareció, dijo con un profundo suspiro:

—Doctor, quisiera ver á mi hija... á mi Siska... Perdonadla y no la aflijáis con palabras demasiado duras.

—Voy á buscarla,—contestó el Doctor;—pero es preciso imponerla un castigo... quizá de este modo pueda un día descender desde lo alto del cielo vuestra mirada sobre vuestra hija virtuosa y arrepentida.

El Doctor pasó al cuarto de la joven: la madre y la hija se hallaban allí llorando amargamente, con el rostro entre las manos: el desgarrador dolor de Siska hubiera enternecido á un corazón de piedra: sollozos, gritos y gemidos se escapaban de su seno. ¡Oh, esta vez no era fingida su desesperación!

Las palabras fulminantes que el Doctor pronunciara, como el anatema de Dios ofendido, habían arrancado violentamente el velo que la cegaba: el dictado de parricida estaba ante sus ojos en letras candentes y quemaba su alma como una centella del fuego infernal que la esperaba.

El paso fuerte del Doctor le hizo levantar la cabeza con espanto: al verle creyó contemplar al Ministro de las venganzas celestes; los ojos del anciano penetraron hasta el fondo de su alma: bajo aquella mirada Siska sintió que sus fuerzas desfallecían y que un temblor glacial heleba la sangre en sus venas... Arrancóse al fin á esta fascinación, se lanzó hacia el Doctor, cayó de rodillas á sus pies, y levantando los brazos al cielo, exclamó:

—¡Vuestra cólera es justa!... ¡Yo soy una culpable y miserable criatura!... ¡Pero, en nombre de mi padre moribundo, piedad, piedad para mí!

Dos lágrimas se deslizaron por las mejillas del Doctor; sus facciones perdieron de repente su airada expresión para no guardar más que la de una tristeza profunda; aproximóse á la joven, la tomó de la mano y la dijo, sin levantarla del suelo:

—Siska, degraciada niña, habéis ofendido terriblemente á Dios, porque Dios ha dicho: *ama á tu padre y á tu madre,* y vos ¿qué habéis hecho? No, no temáis, prosiguió al ver á la joven temblar y desfallecer: no pronunciaré el terrible dictado que habéis merecido: aún hay un medio de reconciliaros con Dios y con vuestro padre: venid; ¡éste agoniza ya y os llama! ¡Pero tened presente que si deja este mundo sin llevar la convicción de que estáis arrepentida, si espira sin consuelo, sin paz, sin esperanza de vuestra enmienda, Siska, la maldición de Dios os perseguirá hasta más allá de esta vida!

Por amargas, por dolorosas que fuesen para su corazón estas palabras, Siska pareció recobrar algún valor: besó la mano del Doctor, se levantó y corrió al cuarto de su padre, exclamando:

—¡Gracias, señor, gracias, y Dios os pague el inefable consuelo que os debo al permitirme que me despida de mi padre!

Cuando Siska entró en la alcoba de Van-Rosmal, éste apenas respiraba ya; no obs-

tante, al contacto del desesperado abrazo de su hija, aún pudo sonreir y apoyar su descarnada mano en la cabeza de la joven: ésta, lívida de espanto, con los cabellos destrenzados y lanzando gritos desgarradores, se dejó caer de rodillas al lado del lecho, dando señales de una verdadera demencia.

La vanidad había huído; el amor filial traía el arrepentimiento, tardío, inútil, y por lo mismo más terrible.

¡El padre va á morir; pero mirad: una expresión de inefable felicidad hace parecer al de un santo su rostro venerable y enflaquecido por largas penas!... ¡Sus ojos empiezan á apagarse, y á pesar de eso, se fijan con amor en su hija!

Siska, arrodillada, cubre de besos la mano del pobre anciano, y exclama sin dejar de sollozar:

—¡Perdón, padre mío, perdón!... ¡Yo seré otra: cuidaré á mi madre; seré modesta, humilde, laboriosa! ¡No me dejéis así!... ¡No os vayáis al cielo sin haberme perdonado!...

Los labios del agonizante se entreabrieron y murmuraron estas palabras:

—¡Yo bendigo mi muerte si ella puede curarte de tus errores, hija mía!... ¡Yo también soy culpable de debilidad, porque no supe educarte!... ¡Pero te amaba tanto!... ¡Perdonada quedas!... ¡Ruega á Dios por mi alma, para que suba pronto al cielo!...

Madama Van-Rosmal se inclinó sobre su marido; los sollozos la ahogaban; ¡madre infeliz! Su extremada ccndescendencia para

su hija era el orígen de todos sus males, y perdía al compañero de toda su vida.

Este la estrechó la mano, alzó al cielo sus ojos, y en el momento en que el alma inmortal desplegaba sus alas para dejar el cuerpo, balbuceó:

—¡Siska!... ¡hija mía! ¡bendita seas!... ¡bendita seas!...

La antigua tienda de Van-Rosmal se halla hoy cerrada.

La madre y la hija viven en la más completa soledad; ambas recuerdan, con un dolor que no se amengua nunca, la causa de sus desgracias, y añaden á su letanía de cada noche este versículo:

¡De la inmoralidad francesa, líbranos, Señor!

Si queréis ver á Siska Van-Rosmal, id un viernes á las seis de la mañana á la iglesia de los Dominicos de Ambéres, abrid la puerta de la derecha, atravesad la empalizada del antiguo cementerio hasta una bóveda situada debajo del calvario y consagrada á las almas del Purgatorio: allí encontraréis á una joven arrodillada y enteramente envuelta en una capa negra, cuya capucha cae sobre su rostro; si escucháis con atención, oiréis pasar entre sus dedos las cuentas de un rosario, y de tiempo en tiempo un profundo suspiro que se escapa de su pecho;

miradla levantarse al cabo de una hora, llevar el pañuelo á los ojos para enjugar sus lágrimas, salir lentamente del cementerio, y podéis decir con seguridad que habéis visto á Siska Van-Rosmal.

Ninguna proposición de casamiento ha querido aceptar, y vive sólo para su madre, y para la oración, por medio de la cual habla con su padre, mártir de su vanidad.

No os enseñaremos á la hija de Spinael: se halla en uno de esos lugares que no se pueden nombrar; en cuanto á su hermano, está en una de las cárceles de Francia, que ofrecen seguro asilo para los bribones, falsarios y estafadores.

FIN

HISTORIA DE UNA FAMILIA

I

La niña mimada

—¡Deja en paz ese pobre animal! ¡Basta, Angela! ¡es cruel lo que haces!

—¡Quiero jugar y divertirme! ¡Corre *Galaór*, corre!

La niña dió un talonazo en los hijares del viejo perro. Este levantó tristemente la cabeza y se esforzó, aunque en vano, para correr, ó á lo menos para andar más de prisa, el peso de Angela sentada sobre su lomo; aunque tan ligero, abrumaba su debilidad. *Galaór* no tenía ya de brillante y de caballeresco más que el nombre; en días anteriores, joven, valiente y atrevido, recorría el bosque y la llanura; había detenido á la tímida liebre, había hecho palpitar de espanto el corazón de la perdiz, inquieta por sus hijos, y había hecho frente á un lobo y á un ciervo. Mas ahora, abrumado por el peso de los años y de las fatigas, buscaba el descanso bajo el bello sol de la Turena, y en el terra-

do de una de esas hermosas casas, tan graciosas y tan alegres, que dominan el pintoresco panorama del Loira, claro y caudaloso.

Generalmente, nadie le turbaba en su bien ganado reposo, pero aquel día se le había ocurrido á Angela elegirle por su cabalgadura y ver *la facha que hacía* llevándola sobre su lomo. Y lo que quería Angela se llevaba á cabo; los años de servicios del veterano, su ceguera, su debilidad, no bastaron para defenderle; después de haber sufrido los caprichos de la niña, tuvo que sufrir sus impaciencias, que se tradujeron de una manera un poco viva.

Angela, por su parte, no tenía de angélico más que el nombre, porque ni aun su lindo rostro ofrecía nada de celeste. La mirada imperiosa de sus ojos obscuros, su naricilla arqueada, su boca altanera, no eran la imágen de esos espíritus, todos dulzura y bondad; era una niña mimada y nada tenía de común con los ángeles.

Después de haber mortificado á *Galaór*, de todas las maneras posibles, la niña, impacientada con la inmovilidad paralítica del pobre animal, le espoleó con el talón é hizo sonar en sus oídos un látigo, digno juguete de un déspota. El perro no se movió ya, abrumado de fatiga; pero el ruido amenazante atrajo á la ventana á las dos hermanas mayores de Angela, Germana y Valentina; penetradas ambas de compasión al ver los esfuerzos impotentes del animal y su triste-

za resignada, reconvinieron á su hermana. Angela las miró riéndose, y continuó sus crueldades.

—¡Eres mala de veras!—exclamó Valentina,—¡deja ya á *Galaór*!

—¡Si papá te viera!—añadió Germana.

—Si papá me viera,—contestó Angela,—me reñiría, es verdad; pero mamá diría que hago bien...

—¡Vas á obedecerme!—gritó Valentina exasperada, y abriendo la puerta ventana que daba al terrado.

Tomó en sus brazos á la niña y quiso separarla del perro; pero Angela se resistió y se asió á las orejas de *Galaór*, que se quejó de una manera lamentable. Valentina, obstinándose á su vez, la levantó con un esfuerzo, encerrándola, á pesar de sus gritos de cólera, en la casilla donde guardaba el jardinero sus útiles de labranza.

—¡Dios mío!—exclamó Germana;—¿qué es lo que has hecho?... ¿y qué dirá mamá?

—¡Abridme!—gritó Angela enfurecida,—¡abridme, que tengo miedo!... ¡Yo se lo diré á mamá!

Sus gritos atrajeron á una joven y elegante dama. El oído de las madres está siempre inclinado hacia donde se hallan sus hijos.

—¿Qué habéis hecho á Angela?—preguntó á las dos niñas mayores.

—Mamá, estaba atormentando á nuestro viejo *Galaór*. No me hizo caso cuando le dije que lo dejase, y la encerré.

Madama Darboys corrió á la casilla, la

abrió y se vió aparecer á Angela, roja y con las facciones inflamadas por la cólera, con los ojos brillantes detrás de sus lágrimas.

—¡Tengo miedo!—repitió arrojándose en los brazos de su madre.

—La cabrilla tiene más miedo de oirla gritar que ella misma,—dijo en voz baja Valentina á su hermana, mostrándole con la mirada .una cabrita del Thibet atada á un árbol, y que balabá al oir los gritos de la niña, mirando alrededor suyo con aire asustado y salvaje.

—¡Ha sido Valentina quien me ha encerrado!—dijo Angela cuando su madre hubo enjugado sus lágrimas, besando tiernamente sus ojos.—¡Nunca me deja jugar!...

—En verdad, señorita,—dijo severamente madame Darboys,—sois dura para vuestra hermana; parece que no podéis soportarle nada.

—Mamá, hacía tanto daño al pobre perro de papá... yo pensé que hacía bien en impedírselo...

—Otra vez me dejaréis á mí ese cuidado; sé demasiado que ni Germana ni vos amáis á esa pobre niña; desgraciadamente me he apercibido muy bien de esta triste verdad.

—Querida mamá,—dijo Germana aproximándose;—¿puedes pensar que no amamos á la niña?

—¡Basta!—repuso la joven madre.—Estas escenas me causan un mal espantoso. Id á estudiar... y tú, angel mío, ven; quiero que bebas un poco de agua azucarada.

—Sí, mamá, y me pondrás una cucharada de azahar.

Angela se asió de la linda mano de su madre, sacó la lengua con un gesto insolente á sus hermanas, y dió un fuerte puntapié á *Galaór*, que tendido al sol procuraba recobrar sus fuerzas perdidas.

—¿Lo ves?—exclamó Valentina, mirando alejarse al pequeño tirano con su madre.—¡Esto es insufrible, siempre lo mismo!... ¡Ah, que odiosas preferencias!...

—¡Ten paciencia!—respondió la amable Germana.—Mamá nos ama en el fondo.

—¡No digas eso!—exclamó exasperada Valentina;—¿qué me importa? ¡la superficie es insoportable!

II

Diplomacia

—Yo creo, amigo mío, que esta medida es de todo punto indispensable,—decía madama Darboys á su marido que la escuchaba con aire pensativo; desde hace largo tiempo

estoy viendo que el carácter de nuestras gemelas se altera; ambas tienen contra su hermana una antipatía increíble, y la mortifican sin cesar, sobre todo Valentina.

—Valentina tiene, en efecto, el carácter vivo,—repuso el padre con acento indulgente, pero su corazón es muy bondadoso.

—Sí, por cierto, amigo mío, nadie como yo conoce sus buenas cualidades y de ellas estoy orgullosa; pero desearía que su carácter algo altanero se doblegase bajo el yugo de una regla, que aprendiese á vivir con otras niñas.

—Yo creo que vive bien con Germana, amiga mía.

—¿Qué tiene de extraño? Son gemelas y puede decirse que las une una total conformidad de gustos y de naturaleza; lo que yo digo se refiere á las relaciones de nuestras dos hijas mayores con Angela.

—¡Ah! ¡la dificultad de siempre!—suspiró monsieur Darboys.

—Las dos alimentan contra esta niña unos celos sordos, y que irán creciendo, si no se detiene su progreso.

—¿Y de qué modo?

—Ya lo he dicho; alejando temporalmente á Germana y á Valentina. El Sagrado Corazón de Marmontier está muy cerca de aquí.

—Pero no es la casa paternal.

—Es á lo menos una dirección excelente; estaremos tranquilos acerca de la educación de nuestras hijas, y ellas se hallarán bien y serán dichosas.

—¿No sabes que mi deseo era que ninguna de nuestras hijas se alejasen de nuestro lado?

—Sin duda; pero contra lo imposible no hay razones; yo declaro que me es imposible educar á las mayores.

—Susana,—repuso monsieur Darboys con gravedad,—¿has reflexionado en esa imposibilidad pretendida, y en cuáles son sus motivos?

—¿Qué quieres decir?

—Que no puedes educar á tus dos hijas mayores, no obstante ser buenas y encantadoras, no porque detesten á Angela, sino porque tú misma amas locamente á esa niña, á la que concedes sobre sus hermanas una preferencia demasiado visible.

—¡Esas son ideas tuyas!—dijo madama Darboys con mal humor.

—En todo caso, no son ideas nuevas: desde los primeros años de Angela, te he dicho que la amas sin medida y sin razón, y que le sacrificabas á sus hermanas.

—¿Es decir que soy una mala madre?

—¡Dios me guarde de pensarlo! pero...

—¡Pero qué! acaba...

—¡Pero tus preferencias mal justificadas te hacen injusta.

—¡Angela es tan pequeña!

—Ya tiene ocho años.

—¡Y es tan bonita!

—¿Pues acaso no lo son Germana y Valentina? y además, ¡como han sido educadas con dureza y sin mimos, son más amables y

más tiernas que lo ha de ser jamás tu favorita!

—Convendrás conmigo, Augusto, en que si yo tengo alguna leve preferencia, no estás tampoco exento de ese mal; ¡para tí las gracias de tus gemelas no tienen número ni fin!...

—Sí, confieso que hago justicia á mis hijas; Germana es un modelo de dulzura y su corazón es afectuoso y noble. ¡Y Valentina, aunque tenga el carácter algo vivo, abriga el alma más generosa!

—¡Con qué fuego hablas! ¿y no me será permitido añadir que mi pobre Angela es cariñosa y llena de gracia?

—Sí, cariñosa para tí sola; sus gracias salen sólo cuando quiere conseguir alguna cosa; es egoista, muy egoista y la falta es tuya.

—¡Ah! ¡qué injusticia!

Y madama Darboys, sobreexcitada por esta discusión echó á llorar; su marido, como todos los hombres verdaderamente valerosos, no sabía resistir á las lágrimas; éstas eran el argumento irresistible que le doblegaba siempre.

—Vamos, mi querida Susana,—le dijo tomándole una mano,—ya que así lo quieres, y ya que la educación en común tiene también un lado bueno, nuestras dos hijas mayores irán al Sagrado Corazón; pero la menor irá también.

—¡Ay, amigo mío! ¡Angela es tan delicada! ¡necesita de un cuidado continuo!

Monsieur Darboys meció la cabeza con aire incrédulo.

—Angela,—repuso,—es un poco endeble; pero el régimen que sigue en casa, y que está solo arreglado á su afición á las golosinas, es detestable; la buena sopa, las legumbres, el asado del refectorio, le aprovecharán más que los dulces y las frutas, y cuando se levante á la seis y se acueste á las nueve, tendrá pronto la frescura de su edad.

—Separarme de ella...

—Hagamos un pacto. Angela irá á la pensión cuando tenga doce años; la edad que hoy cuentan sus hermanas.

—¡Cuatro años ganados!—pensó con alegría madama Darboys; y pasando un brazo al derredor del cuello de su esposo, dijo en voz alta:

—Se hará como tú quieres, amigo mío; hasta entonces su salud se robustecerá... es, pues, un asunto arreglado... Pero es preciso pensar en la partida de las niñas mayores; las clases se abren en Marmontier dentro de ocho días.

—¡Ah!—murmuró el buen padre con acento triste,—¡qué pronto van á dejarnos nuestras hijas! Pero más vale así; porque aquí, en la casa de sus padres, no eran nada dichosas.

—¡Dios mío! ¿por qué dices eso?—exclamó con acento doloroso la joven aún y elegante Susana,—yo no soy para ellas una madrastra y tú las idolatras.

—Las amo, y amo también á la menor.

aunque conozca sus defectos; pero los deberes de mi cargo me detienen fuera de casa, y entretanto mis hijas sufren aquí...

—¡Pero Augusto! ¿es posible que me creas capaz de hacer sufrir á mis hijas? ¡Oh, qué ceguedad! ¿no son mías también?

—Voluntariamente no les causas penas, lo sé; pero á cada instante dejas ver una preferencia injusta por Angela que debe herir el corazón de sus hermanas.

Madama Darboys, afligida de veras otra vez, llevó el pañuelo á sus grandes y bellos ojos empañados por las lágrimas, y guardó silencio. Después de algunos instantes su marido se levantó, dió una vuelta por la estancia y dijo con voz alterada por la emoción:

—Yo mismo quiero prevenir á mis hijas. Tú, querida Susana, ocúpate de sus equipos; que nada se economice en ellos... no se puede hacer menos por las pobres niñas después de separarlas de nuestro lado... No olvides que Angela irá también á la pensión.

Salió dicho esto, y Susana quedó triste y pensativa; le era imposible desconocer lo fundado de los reproches de su marido, y se esforzaba en hallar excusa á sus propios ojos.

Dentro de nosotros existe un tribunal; la conciencia es al mismo tiempo el Fiscal y el Juez; mas los gustos y las pasiones son muy hábiles abogados, y con frecuencia su voz sofoca la de la verdad.

¡Ay! muchos de nosotros sólo en los últimos límites de la vida, sólo ante las luces de la eternidad comprendemos que el Juez tenía razón, y que el Abogado no era más que un sofista.

Madama Darboys se decía:

—Yo amo á Angela, lo mismo que á sus hermanas; pero es tan pequeña, tan débil, tan bonita... ¿Cómo podría pasar sin mis cuidados? Valentina y Germana han llegado ya á la edad de la razón; y además, ¿tengo yo la culpa de ser amante de la belleza? Angela será muy bonita, ya lo es ahora, y nunca sus hermanas han halagado como ella mi vanidad de madre; esperemos en Dios que durante estos cuatro años mi marido, que no verá ya á sus hijas mayores, tomará cariño á la menor, y no pensará en sujetarla al régimen del convento.

Mientras Susana hacía estas reflexiones Angela entró bruscamente y saltó sobre sus rodillas; había corrido y un suave matiz rosado se extendía sobre sus mejillas; sus gruesas trenzas estaban casi deshechas y había cogido una rama de hojas de vid y de pámpanos, que se había puesto á manera de guirnalda sobre sus cabellos; era, á la verdad, una inocente y encantadora Erigona, y su madre, al ver aquel gracioso rostro, aquella mirada que para ella se volvía cariñosa, al encontrarse enlazada por aquellos bracitos desnudos, su madre sintió subir á su corazón una ola de ternura, abrazó á la niña con toda confianza, porque no estaban pre-

sentes los ojos que la acusaban de su ciego amor hacia ella, y le dijo esas mil palabras de amor, con las cuales la había mecido en la cuna.

—¿Está papá enfadado por lo de *Galaór?*—preguntó Angela algo cuidadosa.

—No, ángel mío, no,—respondió su madre;—¿quién se puede enfadar contigo?

—Mejor; así me traerá alguna cosa bonita cuando vaya á Tours; encárgaselo tu, ¿lo oyes, mamá? y que no se te olvide.

III

El convento

—No eres razonable, hermana mía,—decía Germana estrechando la mano de Valentina;—al oirte, pensaría cualquiera que nos envían á las antípodas.

—¡Quizás tienes razón, Germana! Pero, por más que reflexiono, yo estoy mortalmente triste al pensar que vamos á salir de casa. ¡Jamás pensé que esto pudiera llegar! ¡amo tanto todo lo que nos rodea!

Al decir estas palabras, Valentina extendió su mirada cubierta de acerbas lágrimas por la estancia; y luego sepultó su lindo rostro entre ambas manos y empezó á sollozar.

Las dos gemelas, que contaban doce años y algunos meses, eran encantadoras: ambas tenían el cabello rubio, pero el de Valentina algo más obscuro que el de su hermana, armonizaba perfectamente con sus grandes ojos castaños, con el dulce sonrosado de sus mejillas, con su boca arqueada y pequeña, con su delicada nariz y graciosa frente. Valentina era una niña muy hermosa, y prometía ser una joven adorable; delgada y alta para su edad, la elegancia y distinción de su figura eran una copia de las gracias de su madre, á la que, á pesar de su desdén, se parecía en extremo.

Germana era rubia como las espigas; sus espesos cabellos, recogidos bajo un peine de concha obscuro, guarnecían en ondas su frente de marfil; sus rasgados ojos azules recordaban la profunda y dulce mirada de su padre; una expresión de calma y de resignada reflexión era lo que dominaba en aquel lindo rostro de doce primaveras, hablando muy poco en favor de la dicha de la pobre niña. Germana tenía la belleza de un ángel, sus mejillas redondas ostentaban dos hoyitos encantadores; su barba fina, su nariz recta, sus dientes de nacar, su cuello algo largo, le prestaban en conjunto una suavidad encantadora; la vista erraba complacida y encantada sobre aquellas dos preciosas

criaturas sin saber cuál era la más linda.

Germana, como Valentina, extendió en torno suyo una mirada triste, y luego miró por la ventana abierta.

El paisaje era encantador: desde el terrado del castillo de la Bichardiere, porque es sabido que en la Turena todos los castillos tienen un nombre, se descubría hasta las majestuosas torres de San Gracian; á la izquierda el faro de la Roche Corbon proyectaba sobre las colinas una sombra gigantesca: en frente del terrado, el engañador y bello Loira rodaba sus aguas tranquilas, y sobre las elevadas colinas se veía la animación y la alegría de las vendimias. Los racimos color de ambar y de amatista caían bajo las tijeras: veíase á la puerta de las blancas casitas abiertas en la falda de las rocas á las mujeres sentadas, y ocupadas en bordar, según la costumbre de la Turena, donde todo es fácil y dulce, el aire, la vida y hasta el trabajo.

A una gran distancia y á través de la atmósfera luminosa de la tarde, se descubría, siguiendo el curso caprichoso del río, un grupo de árboles que velaban á medias un edificio y sus torres: era la antigua Abadía de Marmontier, el primer Monasterio de las Galias, lleno de los recuerdos de San Martín, tan querido de los primeros Reyes; hoy pertenece á las damas del Sagrado Corazón.

Valentina, al encontrar aquel detalle del cuadro, separó la vista con expresión de impaciencia y de pesar.

—Veremos, aunque sea desde lejos la casa de nuestros padres,—dijo Germana para consolarla;—esto ya vale algo; yo creo que seré dichosa sólo con ver desde lejos la cima de nuestros grandes álamos.

—Sin duda,—respondió Valentina enjugándose los ojos,—yo no saldría tan descontenta de casa á no ser porque nos arrojan de ella.

—La palabra es dura.

—¿Y acaso no es justa? ¿no estaba convenido entre papá y mamá que seríamos educadas las tres á su lado? ¿tienen alguna queja de nosotras? ¿no estamos tan instruidas como todas las niñas de nuestra edad?

—No podemos hacer la comparación,—respondió dulcemente Germana.

—¡No te hagas la modesta y sé sincera! Si no es por Angela, ¿por quién mamá nos arroja de casa? Papá nos deja marchar porque supone, y con razón, que sufrimos aquí; ¡ah, pobre papá! cede por la paz y por nuestro bien; ¡pero él sí que nos ama de veras!

—Y nuestra madre también; pero, ¿qué remedio? Está encantada con la niña, y luego, unas muchachas tan grandes como nosotras, que pronto tendremos trece años, no podemos ser mimadas y acariciadas como Angela. Conven conmigo en que tengo razón.

—Me admira tu afán de querer justificar lo que es incalificable, mi buena hermana; mis recuerdos no son antiguos ni está lejana la época en que tú y yo teníamos ocho años; conven á tu vez en que mamá ni nos adula-

ba ni nos acariciaba: dame á tu vez la razón.

—Si me apuras así, me obligarás á hacerte una confidencia.

—Habla.

—Pues bien, he prometido á Dios que desde el instante, aún tan cercano de nuestra primera comunión, no tendría más celos de Ángela.

—Lo que quiere decir que los tenías y que tenías motivo.

—¡No me atormentes! He prometido amar siempre á la niña y respetar á mamá. No me hagas faltar á mi promesa, Valentina, porque se la he hecho á Dios cuando descendía á mi alma en la comunión.

—Y para mí,—observó Valentina sonriendo,—¿no has prometido nada?

—¿Acaso tengo yo que prometer el amarte con todo mi corazón?—preguntó Germana tomando entre sus manos la cabeza de Valentina y besándola en la frente y en los cabellos.

—A lo menos no nos separan,—dijo Valentina,—y esto es un consuelo: si tuviera que dejarte, hermana, creo que me moriría.

—Está tranquila; jamás, en nuestra vida nos separaremos; ya verás como Marmontier te agrada: estoy segura.

En aquel instante se oyó la voz aguda de Angela que disputaba con la doncella de su madre.

—Lo cierto es,—dijo Valentina con resolución,—que allí estaremos en paz, que ten-



dremos amables compañeras, y que no asistiremos á las escenas que aquí estamos presenciando sin cesar con esa niña mal criada.

Germana prosiguió calmando á su hermana con mil tiernos razonamientos: el carácter sensible y vivo de Valentina se irritaba á cada instante con visibles injusticias; y aunque le entristecía la idea de separarse de su padre, tan bueno y afectuoso para ellas, comprendía que la permanencia en la casa paterna podía perjudicar á los sentimientos de amor y respeto que ella quería guardar inviolables para su madre, y llegó hasta á mirar con alegría la perspectiva de algunos años pasados en un asilo apacible y piadoso y bajo una dirección dulce é igual.

Al día siguiente las dos hermanas entraron en la abadía de Marmontier. Germana encontró allí todo lo que esperaba. Valentina no halló nada de lo que temía.

La calma de aquella tranquila morada, la atractiva dulzura de las religiosas, el recogimiento que reinaba en la capilla, la emulación sin envidia, que dominaba en las clases, la alegría del recreo, todo convenía al alma amorosa de Germana, todo contribuía á extender la paz en el alma apasionada de Valentina.

Cuando el primer jueves, después de su instalación, su padre fue á verlas, ambas le dijeron al abrazarle:

—¡Papá estamos contentas y somos dichosas!

Por la tarde escribieron las dos á su ma-

dre una carta afectuosa, que se terminaba por algunas líneas alegres y cariñosas dirigidas á Angela.

IV

Sacrificio

El año se pasó pronto, porque nada hace tan ligero al tiempo, como la regularidad.

Entre el *Angelus* de la mañana, alegrado con el himno de las alondras y de los ruiseñores, y el de la noche que sonaba al volver los rebaños de la campiña, y al aparecer las primeras estrellas en el cielo; entre estas dos horas la del despertar y la del reposo, todas las horas estaban encadenadas en Marmontier por una marcha regular de estudio y de descanso: el rezo y el trabajo las consagraban alternativamente y arrojaban al fastidio, ese huésped importuno de los días vacíos y de las existencias ociosas.

Valentina y Germana se hallaban felices, como lo habían dicho á su padre; no obstante, la segunda, cuando llegaron los largos

días del verano, empezó, según costumbre de las pensionistas, á mirar las columnas del almanaque, á contar cada día que pasaba y los que faltaban aún para que llegasen las vacaciones.

El mes de agosto le pareció prodigiosamente largo, y por la primera vez vió llegar con alegría los primeros matices que anuncian la llegada del otoño.

En fin, la fecha anhelada llegó: las pensionistas cambiaron sus adioses: algunas se despidieron más larga y más tristemente, porque ya no debían volver á Marmontier.

—No lloréis,—decían las que se quedaban:—quizá nos encontraremos en el mundo: ¿quién sabe?

Otras se despidieron con el alegre: ¡hasta la vista! Estas debían volver á las pocas semanas.

Las religiosas las abrazaban, les daban mil consejos, recibían sus promesas de ser buenas; y en medio de este tumulto, una sirvienta dijo á Germana y á Valentina estas dulces palabras:

—Señoritas, vuestro señor padre os espera en el salón.

Las dos niñas echaron á correr; su padre las abrazó con su ternura acostumbrada.

—¿Y mamá?—preguntaron á la vez las gemelas.

—Os espera, hijas mías, y con mucha impaciencia; ya sabéis que el carruaje la fatiga y por eso no ha venido también á buscaros: ¡ea! ¡en marcha!

Las dos niñas abrazaron á las buenas religiosas, que las despidieron con mil caricias, y las acompañaron hasta el carruaje.

—¡Ah! ¡qué dicha!—exclamó Valentina saltando ligeramente al cabriolé.

El camino les pareció delicioso: á un lado distinguieron el faro de la roca Corbón, y al pie la casa de sus padres que se destacaba blanca y graciosa sobre un fondo de verdura.

—Ya váis á estar en vuestra casa, señoritas,—les dijo su padre mirándolas con ternura,—¿oís á nuestro viejo *Galaór* que quiere ladrar para festejar vuestra llegada?

—¡Cómo me late el corazón!—dijo Germana apoyando su rubia cabeza en el hombro de su padre;—¡y qué bueno es volver á su casa!

—Mejor hubiera sido no salir de ella,—repuso Valentina.

—Si no hubiéramos salido no estaríamos ahora tan contentas, hermana mía.

Mr. Darboys oía á sus hijas con un sentimiento de tristeza; pero hizo un violento esfuerzo para que no lo conociesen; y apresurando el paso del caballo, algunos instantes después entró triunfalmente en el castillo de la Richardier.

Madama Darboys esperaba á sus hijas en el peristilo: el recibimiento que las hizo fue tierno y afectuoso. Susana, joven aún, bella y conservando una distinción perfecta y una graciosa coquetería, adoraba á su marido, era virtuosa y quería tiernamente á sus dos

gemelas: pero idolatraba á la menor sobre todas las cosas y todos los intereses de su vida. Para Angela guardaba todas sus simpatías, todas sus ternuras y todas sus sonrisas.

Sin embargo, abrazó mil veces á las adolescentes y besó con cariño entrañable sus frentes y sus cabellos.

—¡Oh! ¡qué hermosas estáis, hijas mías!—exclamó.—¡Qué talles tan bonitos! ¡qué elegantes maneras! ¡ah! mi Valentina, ¡ya eres casi tan alta como yo! ¡cómo han crecido tus cabellos, Germana! ¡qué hermosos y abundantes rizos de oro! Vamos, cojéos de mi brazo y vamos al salón para que mi digáis lo que habéis aprendido.

La joven madre y las dos gemelas se dirigieron, en efecto, al salón. Angela, muy descontenta, se asió con aire contrariado de la mano de su padre, que las seguía con el rostro radiante.

—Voy á que suban los cofres de estas niñas,—dijo monsieur Darbois cuando hacía ya un cuarto de hora que estaban en el salón,—así que los coloquen en su cuarto que vayan á cambiar de traje.

Madama Darboys, que oía con visible alegría la relación de los progresos de sus hijas en la pensión, quedóse como cortada; pero repuesta enseguida, respondió precipitadamente:

—Hijas mías, ocuparéis la sala encarnada, que está dispuesta á recibiros.

—Pero ¿y nuestro cuarto?—preguntó Valentina contrariada.

—Angela ha estado enferma; el Médico ordenó que se la cambiase de habitación... Ahora ocupa vuestro antiguo cuarto, y no quisiera desposeerla de él, porque se halla tan contenta...

—Bien está, querida mamá,—repuso Germana con dulzura, mientras sus expresivos ojos se fijaban en los de su hermana para recomendarle la resignación;—donde quiera que nos pongáis estaremos satisfechas.

Mr. Darboys se alejó con aire descontento. No obstante, al volver, la fisonomía alegre de sus hijas le engañó á él mismo, tan perspicaz en esta parte.

Susana había causado á sus hijas un gran dolor: las dos amaban la linda habitación que habían ocupado juntas por espacio de cinco años. Aquella salita encerraba para ellas mil recuerdos de afectos, de juegos y de estudios que les eran comunes: las dos gemelas gustaban de ver el Loira desde su ventana y muchas veces habían seguido con los ojos sus claras corrientes hasta una larga distancia; más de una vez en el dormitorio de Marmontier, en medio de aquellas jóvenes que les eran extrañas, Germana y Valentina habían pensado en su cuartito, retiro querido y apacible donde vivían solas siempre unidas, y del cual gozaban en plena propiedad.

Ahora la propiedad había pasado á otras manos: Angela disfrutaba del inmueble y de los muebles: poco tiempo antes Valentina se hubiera mostrado irritada y Germana hubie-

ra derramado algunas lágrimas; ahora su razón alumbrada por una piadosa enseñanza, su carácter formado por una dulce y acertada disciplina, las hizo someterse, y no quisieron que su vuelta á la casa paterna fuese señalada por las disensiones y la agitación.

Sin embargo, cuando entraron en la sala encarnada, Valentina suspiró y dijo:

—¡Ay! ¿dónde están nuestras preciosas vistas? Aquí no veremos más que las gallinas y las palomas del corral; por cierto que no será muy recreativo.

—¿Qué te importa? Mientras nos dejen juntas, en todas partes estaremos bien: para mí, la primera dicha es verte á mi lado, Valentina.

—Y para mí también: me hace mucha falta mi sabio Mentor; y si hace poco no me hubiera mirado, creo que mamá no hubiera quedado contenta de mí.

—¡Pobre madre! Procuremos hacerla dichosa, Valentina.

Esta conversación fue interrumpida por Angela, que entró como un torbellino, y saltó al cuello de sus hermanas, una después de otra: luego, mirándolas de los pies á la cabeza, exclamó:

—¡Uf! Qué feos son vuestros vestidos negros.

—Es el uniforme del colegio,—dijo Germana,—dentro de tres años le llevarás tú también.

—¡Ni por pienso! ¡No me pondré yo ese vestido de lana y esa gran esclavina!

—¡Verás cómo sí!

—¡Vosotras veréis cómo no!

—Vamos, niña, haz honor á tu nombre y no te enfades,—dijo Germana acariciando su frente y sus cabellos.

—No me enfadaré si me dejáis ver vuestros baules.

—Míralos,—dijo Valentina;—nada contienen de curioso; la *Gramática*, la *Historia sagrada;* nuestros bordados, agujas y útiles de labores, cosas que no te gustan nada.

Las dos hermanas mayores empezaron á arreglar su equipaje en la cómoda y los armarios. Angela lo miraba todo, lo tocaba todo y no cesaba de hacer preguntas.

—¿Qué es esto?—preguntó tomando una cinta de raso violeta.

—Esta cinta sostiene la medalla de los santos ángeles, tus patronos; ven y te la pondré al cuello.

Angela rechazó la cinta que Germana la presentaba y preguntó señalando un voluminoso paquete atado con mucho cuidado:

—¿Y esto, qué es?

—Cuidado con que toques á él.

—¿Es, pues, un secreto?

—Sí, un gran secreto.

—¡Ah! Yo sabré descubrirlo; se lo preguntaré á mamá.

—Ve,—dijo Valentina riéndose:—también nosotras vamos á decírselo.

Las dos hermanas tomaron el paquete misterioso con sumo cuidado, y lo llevaron á la habitación de madama Darboys á quien

dijeron algunas palabras al oído: la madre se levantó sonriendo, tomó el paquete y lo colocó en la tabla más elevada de su armario de vestir. Angela, al ver que nada le decían, se puso mohina y descontenta.

Era, en efecto, un inocente secreto el que contenía el paquete: al día siguiente era San Agustín, santo de su padre, y las dos niñas habían preparado un trabajo, hecho en comunidad y en el cual, según costumbre, sus manos y sus corazones se habían unido: era un elegante copero de terciopelo verde bordado por la mano de Germana. Valentina había pintado dos acuarelas que representaban dos lindas vistas de Marmontier, á saber, la gruta y el monasterio de San Martín: estas dos lindísimas vistas ocupaban los dos frentes principales de la caja de terciopelo que encerraba el copero, y este regalo filial estaba destinado á recordar al padre sus hijas ausentes.

Al día siguiente, antes del desayuno, las dos gemelas bajaron al jardín y cortaron un verdadero haz de flores, que, ayudadas por su imaginación viva y llena de frescura, arreglaron en artístico desorden en una canastilla rústica.

—Pondremos el copero en el centro,—dijo Valentina,—en medio de este grupo de rosas y de reseda. Angela presentará la canastilla. Mamá quedará encantada y papá sorprendido.

—Y encantado también,—añadió Germana,—si Angela hace bien lo que le digamos.

Vamos á buscarla y á que repita lo que le estamos enseñando.

Angela no se hallaba en el cuarto de su madre; la estaban vistiendo, operación que sus caprichos hacían siempre bastante larga. Madama Darboys, iniciada en el proyecto que debía hacer brillar á su favorita, se sonrió y dijo á sus hijas:

—Alcanzad el copero de aquel armario donde lo puse y arreglad la canastilla: yo me encargo de decir á Angela lo que ha de hacer... cuando quiere es encantadora...

Germana se alzó sobre la punta de los pies, tomó el paquete y lo dió á Valentina, que exclamó en seguida:

—¡Lo han abierto! ¡Dios mío! ¡todo está echado á perder!

—¡Oh, qué lástima!—añadió Germana, sin poder disimular su pena.

El paquete había sido desatado en efecto: la cubierta de papel desgarrada y la caja de terciopelo asida por manos poco diestras, estaba completamente estropeada; los cristales que cubrían las acuarelas aparecieron rotos, la cerradura forzada, el terciopelo y el moaré manchados y sin brillo.

Madama Darboys miraba consternada aquel destrozo, como si una voz secreta le hubiera advertido quién era el autor del delito.

—¿Quién puede haber hecho esto?—murmuró Germana con los ojos llenos de lágrimas.

—¡Angela!—respondió Valentina, cuyas

mejillas ardían con la llama de la cólera,—acuérdate de su curiosidad de sus amenazas... y por si eso no basta, aquí hay otra prueba.

Valentina, al decir estas palabras, mostró un pedazo de foulard arrancado al delantal de su hermana menor, enganchado á los goznes del armario; y sobre el terciopelo bordado de la caja la impresión de unos deditos que habían dejado una marca negra y muy visible.

—¡Angela comió moras ayer tarde!—prosiguió Valentina.—¡Ella ha manchado esto! ¡Ella nos priva de ofrecer á nuestro padre la memoria que le habíamos preparado!

Germana, silenciosa, miraba á su madre; ésta se hallaba muda y triste; las faltas de su hija predilecta, la necesidad de castigarlas, el sentimiento de las injusticias de que un amor exclusivo y apasionado la hacía culpable, todas estas ideas tristes oprimían su corazón y le causaban un pesar indecible.

—¡Mas papá lo sabrá,—concluyó Valentina,—y le pedirá cuenta de su curiosidad!

—¡No, no!—exclamó Germana.—No entristezcamos este día de fiesta. No seamos causa de que castiguen á Angela.

—¿Te chanceas?—exclamó Valentina.

—Te lo pido como una gracia: ¡silencio, hermana mía!

Jamás Germana había suplicado en vano; como la hija del tirano de Atenas, podía decir á su hermana:

—Dime que sí, ¡tú que no sabes rehusarme nada!

Esta vez, después de un corto debate, triunfó también. Valentina enjugó una lágrima rebelde, y dijo:

—¡Sea así! Angela tendrá todo el honor de la jornada.

—Así debe ser, —añadió Germana riendo,—la niña presentará á papá el canastillo lleno de flores. Mamá le regalará el bello tintero de jaspe, y nosotras...

—Y nosotras, nada...

—Nosotras cantaremos á duo el nocturno que papá no conoce todavía.

Madama Darboys no pudo resistir más, y confundió á las dos gemelas con un solo abrazo.

—¡Ah, hijas mías!—exclamó,—¡qué buenas y amables sois! Os doy gracias por Angela, y os prometo que la reñiré mucho...

Las dos hermanas salieron llevando una triste sonrisa en los labios.

La canastilla tuvo un gran éxito; el nocturno fue escuchado con gran placer. Angela estaba sentada en las rodillas de su padre; las dos gemelas, de pie, detrás de su silla; una atmósfera de paz y de dulce tranquilidad reinaba en torno de aquella familia, y madama Darboys comprendió, aunque pequeño en la apariencia, cuanto valía el sacrificio de sus hijas.

—Amigo mío,—dijo á su marido,—nuestras hijas te habían preparado un recuerdo encantador. Desgraciadamente,—añadió mi-

rando severamente á su hija menor,—ha sufrido una pequeña avería, que muy en breve quedará reparada, dentro de dos días te lo presentarán.

Angela se puso como la grana, pero no dijo nada, las dos gemelas se miraron llenas de contento, y la velada terminó tomando té, helados y dulces.

V

Luto

Las vacaciones se pasaron mezcladas de horas tristes y dichosas de sol y de lluvia, de placeres y de penas, como todas las cosas humanas.

Germana y Valentina volvieron á Marmontier, y experimentaron un sentimiento de bienestar al verse de nuevo entre aquellos tranquilos muros, donde no habían creído hallar grandes dichas, pero donde tampoco habían encontrado ninguna decepción.

En el seno de su familia, aunque tan queridas, les faltaba alguna cosa: *el pensar alto* y

el hablar bajo. de la intimidad, no se hallaban allí; en su presencia su madre se hallaba coartada, y su padre disgustado y triste; las dos gemelas, cuyo juicio había madurado precozmente con la desgracia, temían á cada instante provocar entre su padre y su madre á los què tanto amaban y respetaban, una de esas divisiones amargas y profundas que no se borran nunca, y temían igualmente la frialdad de la una y la afección ardiente y tierna del otro.

En esta disposición de ánimo, Marmontier les pareció un lugar de asilo y de reposo; allí recordaban con delicias el amor de su padre, y veían á su joven madre bajo los rasgos más amables.

Angela misma les aparecía adornada con sus gracias de niña; los lados angulosos de la vida de familia se igualaban con la distancia, y la dulzura regular de la vida del convento hizo pasar de nuevo los días como el agua que huye sin obstáculo y sin ruído.

Este año y el siguiente pasaron con rapidez: las vacaciones las llevaron de nuevo á la casa paternal; llegaron á ella con alegría, y siempre los sufrimientos más acentuados por el tiempo, se dejaban sentir. La preferencia de su madre por su hermana crecía. La omnipotencia de Angela crecía también, y monsieur Darboys parecía más frío con su mujer, más severo y menos indulgente con Angela, más afectuoso y expansivo con ellas.

Las dos niñas estaban ya cerca de los

quince años, y sus gracias no habían hecho más que crecer cada día, Valentina, sobre todo, era encantadora, y la rubia Germana, no tan bella, tenía esa gracia dulce y suave que atrae y fija quizá más que la hermosura misma.

— Viajaremos, hijas mías,— les decía su padre,— iremos á los Pirineos, yo necesito tomar las Aguas Buenas, y así que salgáis de la pensión, nos iremos, pasaremos los montes, y veréis un rincón de España.

—¡Ay! — se decía Germana,— ¿y mamá? ¿Querrá papá separarnos de ella? ¿Será posible que nuestro regreso traiga una división en la familia? ¿Es, pues, imposible que nuestros padres nos amen igualmente á las tres y que nosotras les amemos igualmente á los dos?

El porvenir espantaba á esta niña angelical, y hubiera deseado retener cada día que se pasaba y que las acercaba á ella y á su hermana, á esta época de placer y de libertad deseada tan ardorosamente por todas sus compañeras. Germana miraba con temor lo que se le aparecía bajo los velos del horizonte más próximo; ¡mas cuantos más motivos tenía de temblar por lo que ignoraba!

El invierno tan clemente en Turena, avanzaba hacia su fin; las dos hermanas le habían hallado dulce y corto; sus estudios les parecían cada día más atractivos, el trabajo les era fácil, sus facultades se desenvolvían y los días parecían demasiado rápidos, para esa necesidad de comprender y de saber

que cada lección excitaba más vivamente.

Germana y Valentina tocaban el umbral de la juventud cuando caen los velos de la infancia, cuando el juicio se forma, la memoria se enriquece cuando la inteligencia busca el apropiarse en los conocimientos humanos, todos los talentos, como la abeja busca la miel de todas las flores; en ese momento, en fin, en que el corazón conoce todo su fuego, y todo el que reparte en derredor suyo, entonces es cuando gozamos la más bella estación de la vida, entonces es cuando disfrutamos la primavera del alma, y la aurora llena de luz, cuyo recuerdo jamás nos abandona. Pero la primavera tiene sus frías lluvias, la aurora sus tormentas, y la juventud sus dolores.

De repente las religiosas se manifestaron inquietas; con frecuencia se agrupaban en las ventanas más elevadas del monasterio, como para interrogar al horizonte; un vago sentimiento de tristeza pesaba sobre la casa y poco á poco se empezó á decir en voz baja:

—El Loira sube por el lado de Blois.

Estas palabras espantosas no necesitaban comentarios; desde que se pronunciaron por primera vez, se interrumpieron las clases, y las discípulas, como las maestras, miraban el río que crecía, y que desbordaba ya por la campiña sus aguas espumosas.

El monasterio no estaba amenazado, y no obstante, en presencia de las fuerzas desconocidas de la naturaleza, el terror oprimía todos los corazones.

Germana y Valentina temblaban por los ausentes; rezaban más fervorosamente y durante más largo tiempo en la capilla. Por fin recibieron una carta de su madre en la que les decía que todo estaba tranquilo en la Richardier, y añadía este párrafo:

No estéis inquietas por vuestro padre, queridas mías; sus quehaceres le han llevado á Montrichard; mas esta mañana he recibido una larga carta suya, en la que me dice que el Loira vuelve á tomar su curso ordinario. Angela os abraza, y me ruega os diga que sabe ya muy bien el catecismo, y que podréis hacerla cuantas preguntas queráis. Pronto espero que haga su primera comunión.

Adiós, mis queridas hijas; vuestro padre os escribirá así que regrese.

Esta carta calmó la inquietud que se había apoderado de las gemelas; los que amaban estaban seguros; el cielo recobraba su serenidad, y ellas volvieron á su método de vida ordinario.

Tres días después de recibida esta carta, las llamaron al salón; la hora y el día eran igualmente inusitados, y las dos exclamaron:

—¿Quién será? ¿Quién nos llama?

—¡Tengo miedo!—murmuró Germana.

—¡Y yo también! —añadió Valentina al entrar en el salón y ver que las esperaba la doncella de su madre.

—¡Ah, señoritas!—exclamó corriendo ha-

cia ellas,—la señora me envía para que os lleve á casa, el señor está muy malo... os ha llamado... ¡vamos, venid, el carruaje está á la puerta...

Una religiosa entró en aquel momento con el semblante alterado, y dijo á las dos niñas:

—Aquí traígo vuestras manteletas y vuestros sombreros; daos prisa, hijas mías.

Temblorosas, heladas de espanto, las gemelas se dejaron envolver en sus abrigos, y conducir al carruaje; la camarera subió con ellas, y á sus preguntas interrumpidas por los sollozos, contestó lo siguiente:

Monsieur Darboys estaba bueno cuando partió para Montrichard, donde debía reunirse con los demás ingenieros de los que era jefe; pero el río Cheye se había desbordado también, y había causado muchas desgracias. Monsieur Darboys, que bajaba á caballo por el camino, se vió detenido por las aguas que arrollaban todo: haces de mieses, animales, muebles, todo bajaba entre la espumosa corriente. Monsieur Darboys vió flotar una cuna de mimbres con un niño dentro; su buen corazón le hizo olvidar todo peligro; se arrojó al agua, y con mucho trabajo llevó al niño á la orilla; era un inocente de seis meses, hijo del carretero. Monsieur Darboys lo dió á las pobres gentes que estaban á salvo en una eminencia del terreno, y siguió su camino con los vestidos empapados en agua; dos días hacía que había entrado en su casa, con una gran fiebre y violento dolor de costado.

—Ayer,—concluyó la camarera,—estuvo peor y hoy... ¡ay! señorita, todos tememos una desgracia, porque la fiebre no baja.

Las dos hermanas lloraban oyendo este triste relato.

—¡Oh padre mío!—exclamó Germana,—¡qué bella acción corona tu vida!

—¡Será posible que le perdamos!—añadió Valentina.—¡Ah! ¡cuánto desearía morir en su lugar!

Cuando las dos adolescentes entraron en la habitación de su padre, vieron lo que jamás en su tierna edad habían imaginado: el aparato solemne de la muerte, la muerte del cristiano, grave y tranquila, sin terrores y sin alarde de su valor.

Su madre de rodillas al lado del lecho, tenía una mano de su marido, y la besaba con transportes de dolor; el cura de la parroquia, que acababa de administrar al que moría los últimos Sacramentos, estaba sentado á la cabecera, y fijaba sobre el que había sido su amigo, una mirada apacible y religiosa. Angela estaba sentada en un rincón, muda y como espantada. Monsieur Darboys, en medio de esta turbación y de estas lágrimas, parecía disfrutar una calma inexplicable; el cuerpo solo luchaba y sufría; el alma miraba ya á las regiones de inmutable serenidad.

—¡Amigo mío, mi querido Augusto, ya están aquí nuestras hijas,—dijo Susana inclinándose hácia él.

El pareció comprender, y una débil sonrisa entreabrió sus labios.

—¡Hijas mías... dijo con voz apenas perceptible;—yo os bendigo con todo mi corazón... Venid... las tres... que yo os abraze por última vez... ¿Dónde está Angela?...

Susana fue á buscar á su hija, y la trajo al lado del lecho; las tres niñas se inclinaron, llorando, sobre el pecho de su padre moribundo.

—Pensad en vuestro padre...—murmuró...—no lloréis así... soy dichoso... el niño queda en salvo... amad y respetad siempre á vuestra madre...

Monsieur Darboys habló todavía algunas palabras que se hicieron ininteligibles. Empleó sus últimas fuerzas en besar el crucifijo; y durante su larga agonía ningún movimiento de dolor vino á alterar la majestad de su hermoso y noble semblante.

Por la noche, las tres hermanas eran huérfanas de padre, y dos días después un gentío inmenso seguía, al lugar del último reposo al hombre de bien, muerto por obedecer al gran mandato de la ley divina:

Amad al prójimo como á vosotros mismos.

Solo después de algunos días llegaron á convencerse de su inmensa desgracia Germana y Valentina; el sonido lúgubre de las campanas, los cantos fúnebres que se oían en el fondo de la casa, les parecían los efectos de una atroz pesadilla, y les fue preciso

visitar la habitación que el huésped amado había dejado para siempre, para que se persuadiesen de que su padre no estaba ya con ellas.

La aflicción violenta de su madre se apagó pronto entre lágrimas y sollozos. Los lloros de Angela eran los de la infancia, y cesaron en breve; pero el dolor de las dos gemelas fue más amargo y más durable.

—¡Todo lo hemos perdido á la vez!—decían llorando:—nuestro padre y nuestro amigo; no hay una hora en el día que no nos recuerde su amor y sus cuidados. ¡Y sus cartas... sus queridas y buenas cartas! ¡Ah, ya no las recibiremos más!

Las dos niñas volvían los ojos atrás en el corto camino de su vida, y no había un paso que no les ofreciera algún recuerdo de la ternura paternal. No podían consolarse sino llorando sin cesar y llorando juntas.

Se decidió, y ellas mismas lo deseaban, que volvieran á Marmontier; aquella santa casa sería un dulce asilo para su dolor.

—Hijas mías,—les dijo su madre un poco confusa,—no estoy decidida todavía á enviar allí á Angela; su salud necesita grandes cuidados y pienso que será prudente el tenerla conmigo: por otra parte, ella no tiene por Marmontier el gusto que vosotras. Según creo, habéis dicho á vuestro tutor que deseáis pasar allí todavía año y medio y estudiar el curso superior, ¿no es verdad?

—Sí, mamá,—respondieron las dos hermanas.

—Si ese es vuestro deseo, yo consiento,— dijo Susana, tirando uno de sus hermosos rizos rubios para disimular su satisfacción;— completaréis allí vuestra educación; en tanto yo arreglaré los asuntos de sucesión, siempre tan tristes, y antes de dos años nos reuniremos para siempre.

El plan fue adoptado sin réplica. Ciertamente no era este el de monsieur Darboys; pero sus dos hijas mayores se conformaron á él, diciéndose que así obedecían á la voluntad de su padre, puesto que procuraban no alterar la paz de la casa maternal, y con el alma á la vez triste y sumisa, volvieron al Sagrado Corazón.

—¿Te parece que pagamos poco caro el haber crecido?—preguntó á su hermana la impetuosa Valentina, al salir su madre del salón del convento después de dejarlas en él.

—Calla,—dijo Germana, poniéndole dulcemente la mano en la boca:—no hables así, que nuestro padre nos oye desde el cielo.

Valentina tomó aquella mano, la estrechó, y ambas lloraron durante largo rato.

Los últimos años de estudios de las dos niñas fueron sólidamente empleados: pero la alegría llena de esperanzas de la adolescencia no habitaba ya con ellas.

¡Ay! habían ya conocido la tristeza; una sombría nube se había extendido sobre el pasado y el porvenir les ofrecía sólo una perspectiva aflictiva! su mejor amigo no existía ya, y en el corazón de su madre otra tenía la parte mejor.

Valentina, sobre todo, cuyo natural había sido siempre tan alegre y tan vivo, parecía desfallecer bajo el peso de tan tristes preocupaciones; su hermana observaba su aire pensativo, su silencio y se inquietaba al ver que con frecuencia, en medio de una caricia, ó de una conversación familiar, se interrumpía con las lágrimas en los ojos.

Más de una vez la estrechó con repetidas preguntas. Pero Valentina permanecía muda ó respondía con tono evasivo:

—¡Hemos tenido tantas penas!

Más un día, conmovida por la inquietud de Germana, no pudo ya resistir á sus lágrimas y á sus besos, á sus preguntas llenas de ternura y de ansiedad, y le contestó:

—Tengo que hacerte una confidencia.

VI

El porvenir

Valentina recayó de nuevo en su silencio, como si una penosa confesión se hubiera detenido en sus labios.

—Habla, yo te lo ruego,—dijo Germana con ansiedad.

—No me atrevo.

—¿Por qué? Yo creo que no será nada de grave lo que vas á decir... alguna broma quizás...

Germana quiso sonreir al pronunciar estas palabras, pero no pudo: su instinto le decía que la viva emoción de su hermana tenía alguna causa grave y dolorosa; no podía creer en una falta, conociendo el alma pura de Valentina; era, pues, una desgracia.

—Hermana mía,—le dijo,—¿puedes tú ocultarme algo? Si tienes penas, ¿no es derecho mío el participar de ellas?

—Pues bien,—repuso Valentina tomándola una mano,—ayúdame, procura adivinar... yo no me atrevo á decírtelo...

—¿Es acaso una gran desgracia lo que quieres comunicarme? ¡Ay! desde la muerte de nuestro pobre padre, yo creo, Valentina, que no hay en la tierra más que una sola persona, que ocupe mi corazón; y esa eres tú, Valentina, tú, hermana mía, de quien no me he separado jamás.

En este instante una joven novicia á la que se había enviado, á causa de su débil salud, á respirar el aire embalsamado de la Turena, vino á pasar por delante de las dos hermanas. Valentina la siguió con los ojos.

—Ella también tenía una hermana, y la ha dejado,—balbuceó con voz trémula.

Germana palideció: un horrible temblor

sacudió todo su cuerpo, levantóse con espanto, y exclamó azorada:

—¿Qué es eso, Valentina? ¿quieres dejarme sola? ¿abandonarme? ¿quieres ser religiosa?

Valentina la estrechó en sus brazos, con indescriptible ternura.

—¡Tú sola me detendrías!—murmuró,—sólo temo á tu dolor.

—Nosotras no debíamos separarnos jamás, era cosa convenida; ¿ya has olvidado nuestros proyectos?

—¡Olvidarlos, Germana! ¡Cuántas veces los he acariciado! ¡Pero eran sueños de niñas, y nada más! Ya he visto que la vida no se arregla como se quiere. Supongamos que yo vuelva á casa contigo: se tratará de casarnos, una de las dos consentirá, y ya este es un motivo de separación. Tu marido, porque tú serás la que se case, te llevará á Tours ó á Orleans ó á Poitiers; he aquí el alejamiento: la distancia está entre nosotras: tendremos una existencia diferente, otras relaciones, otras costumbres... adiós la vida común... ¿puedes negarme esto?

—Pero, ¡podríamos vivir juntas en casa de nuestra madre!

—¿Es esto posible, Germana? ¿Puedes tú pensarlo y desearlo? No permanece una donde no halla la dicha, y tú sabes, que dichosas la una por la otra, sufriríamos sin embargo, mil pinchazos de alfiler, que al poco tiempo harían intolerable nuestra existencia en casa de mamá. Yo he pensado mucho en

esto y me he dicho.—Preciso será que un día me separe de Germana: la fuerza de las cosas lo querrá así. Pues bien, haré á Dios un sacrificio de buena voluntad, y ya que me llama, le responderé.

—¡Y por eso quieres hacerte religiosa!—exclamó Germana, echándole los dos brazos al cuello y deshaciéndose en lágrimas.—¡Quieres dejarme! ¡Oh, hermana mía! ¡Jamás lo hubiera esperado de tí!

—Voy á decirte mis razones,—respondió Valentina con una firmeza triste que parecía el resultado de largas y sérias reflexiones,—en tanto que nuestro buen padre ha vivido, la idea de ser religiosa ha atravesado alguna vez por mi cabeza, pero jamás me he detenido en ella; su rápida muerte me ha hecho ver lo inseguro de nuestros placeres y de nuestras afecciones. Además, temo más cada día la época en que debemos volver á casa; la presencia de mi padre bastaba para hacerme llevaderas mil tristezas, para dulcificar mil contrariedades; pero mi padre no existe; Dios le ha llamado á sí, y de hoy en más estaremos solas con mamá y con Angela, dos partidos, dos bandos opuestos.

—¡Dos bandos! ¡Ah, hermana mía! Espero que jamás habrá guerra en nuestra casa. Yo pertenezco al congreso de la paz.

—Gracias á tu buen carácter, no tendrás guerra; pero créeme, Germana, yo me conozco; y esta posición que aceptas, y de la que sabrás sacar partido, llegaría á ser peligrosa para la paz de los otros y para la mía: te lo

repito, me conozco y me hago justicia; tengo un carácter fogoso que la sinrazón irrita hasta un grado supremo; se amar, pero se odiar también; y ¡qué sería de mí, gran Dios, si un día llegase á odiar á esta niña, que mamá prefiere, y quién sabe si también á nuestra misma madre! Esta idea me horroriza, y no obstante, yo se, yo siento que sería posible que esto sucediese! Así, pues, déjame que huya del combate, antes de ser vencida en él; en otro centro, no teniendo que luchar á la vez con el cariño y con el resentimiento, guiada por buenos ejemplos, apoyada en una regla que ha conducido tantas almas al cielo, podré hacer algún bien, ó á lo menos evitaré el mal.

—¿Y son esos tus motivos?—preguntó Germana tristemente.—¡Ah! si mamá pudiera sospechar el mal que nos hace!

—No la acuses: te repetiré ahora lo que tú me has dicho tantas veces: no la juzguemos. Verdad es que el temor de no ser para ella lo que debería ser, ha contribuído á afirmarme en mi resolución; pero otros motivos me la han inspirado. No amo el mundo; le prefiero una vida oculta y laboriosa; me agradan los pobres y los niños... ¿Te acuerdas, Germana, que en la época de nuestra primera comunión iba al campo á enseñar el catecismo á las niñas que guardaban las cabras y los corderos?

—¡Oh, sí que me acuerdo! y recuerdo también que cosiste en dos días el vestido que mamá dió á Anita, una de tus educandas.

—Tienes razón: pues bien, eso es lo que necesito: vivir con los niños, instruirlos, cuidarlos, amarlos; ese es mi más vivo deseo, y por eso quiero hacerme Hermana de la Caridad.

Valentina había hablado con una decisión tranquila, que no era habitual en ella: sus palabras no nacían del entusiasmo del momento, eran hijas de largas reflexiones, de silenciosos combates habidos en el fondo de su corazón.

Germana, que conocía á su hermana, no esperó hacerla cambiar; no obstante, lo intentó: sus lágrimas, más elocuentes que sus palabras, defendieron su causa: evocó mil dulces recuerdos de su infancia en medio de sus sollozos: su cariño de toda la vida: Valentina lloraba escuchándola; pero al terminar Germana, respondió:

—¡Créeme, vale más que yo me vaya lejos... tú lo verás más tarde... Vivirás en paz con nuestra madre y con Angela, y yo no podría, ¡yo os turbaría á todas!... ¡Si obedezco á Dios, si le hago el más grande de todos los sacrificios, el de la privación de verte y de vivir á tu lado... créelo, Germana, nuestra familia será bendita, y de aquí á algunos años dirás que he tenido razón!

Reinó el silencio algunos instantes, al cabo de los cuales preguntó Germana:

—¿Sabe nuestra madre tu proyecto? ¿Se lo has escrito ya?

—No, hermana mía, se lo diré cuando, dejando ya la pensión, volvamos á casa.

Muchos días pasaron sin que Germana pudiera habituarse á la idea de no vivir con su hermana; todo el porvenir se volvía obscuro y confuso á sus ojos, si no lo partía con Valentina, y sin embargo, al observar á ésta no podía dudar de que su vocación era tan verdadera como sublime.

Valentina, por humildad, confesaba el temor del mal, pero no decía el deseo ardiente del bien de que estaba devorada, la necesidad de abnegación y de sacrificio que reinaba en su alma, el amor de Díos que la convidaba á las más dulces como á las más heróicas virtudes; pero Germana comprendió que su hermana se había alimentado con las palabras del Salvador:

Todo lo que hagáis por uno de los desgraciados, lo miraré como hecho á mí propio.

—Hermana mía,—le dijo un día Valentina,—yo sería más dichosa y partiría más contenta, si me dijeras: *Apruebo lo que haces.* ¿No me dirás esa dulce palabra?

—¡No puedo todavía!—murmuró Germana, cuyos ojos se llenaron de lágrimas.—¡Déjame el tiempo de aceptar tan terrible sacrificio! ¡Oh, si pudiera acompañarte!

—No, tú no eres llamada á esta vocación; quédate al lado de nuestra madre; quizá llegue un día en que tenga gran necesidad de tí, Germana; tú te casas, me traerás á tus hijos, y seremos dos para amarlos.

—Mas ¿por qué renunciar tú al matrimonio, á la familia? Tan bella, tan elegante y

distinguida... ¡Ah, Valentina! ¡que yo lo hiciera se comprende, pero tú!

—Si valgo alguna cosa, tanto menos indigno será de la grandeza de Dios, el don que le hago de todo mi ser,—respondió sonriendo Valentina.

Germana suspiró y murmuró en voz baja y desolada:

—¡Nosotras no debíamos separarnos jamás!

Dos ó tres días después de esta conversación, Susana fue á ver á sus hijas, y á decirlas que se preparasen á dejar la pensión para ir á su lado.

Cuando supo la resolución de Valentina quedó atónita y como espantada, porque la vida ruda que lleva al cielo asusta casi siempre: hizo á su hija todas las objeciones de una madre prudente y que comprende su deber; Valentina la escuchó con sumisión, la respondió con respeto, y aunque permaneció firme en su decisión, accedió á pasar un año en la casa materna, á fin de reflexionar durante él y consultar consigo misma, antes de comprometerse para siempre.

Madama Darboys había cumplido su deber; pero si alguna mirada hubiera podido penetrar en el fondo de su corazón, quizá hubiera hallado en él una alegría silenciosa.

Ella misma lo había confesado á su marido algún tiempo antes; concedía un gran precio á los dones exteriores y la belleza de Angela, su gracia infantil, habían cautivado de una manera invencible su corazón.

Durante algunos años la había comparado con amor á sus hijas mayores, y le parecía que éstas no lisonjeaban en nada esa vanidad que todas las madres, desde Niobe, ocultan en un pliegue de su corazón. Esta preferencia había crecido con los años, se había fortificado con la contradicción, y la había alejado poco á poco de los débiles seres que tenían los primeros derechos á su cariño.

No fue, pues, sin un sentimiento secreto de celos que se apercibió del cambio que el tiempo, siempre favorable á la juventud, había operado en Valentina. La niña graciosa, la adolescente delicada, se había hecho una joven seductora. Habíase realizado en Valentina esa metamorfosis que la primavera opera cuando transforma una rama árida y olvidada en un ramillete rosado y florido.

Había crecido mucho: su talle esbelto y elegante anunciaba la fuerza y la salud; sus cabellos, de un rubio pálido cuando niña, habían tomado los dorados reflejos tan queridos de los pintores venecianos, y guarnecían con espesos y sedosos bucles, y con gruesas trenzas, una frente serena y abovedada, que parecía el asiento del candor y de la reflexión: sus ojos, de color azul obscuro, tenían en su mirada centellas y caricias; la nariz, ligeramente aguileña, la boca, de un adorable dibujo, sonreia de acuerdo con los ojos, y la tez, de una palidez de nacar y rosa, y de la que ninguna

fatiga había alterado los dulces matices, acababan de dar á aquel rostro encantador la doble belleza que resulta de la armonía y pureza de las líneas y de la gracia de la expresión.

Angela, á pesar de su hermosura, á pesar de sus ojos y de sus cabellos negros, no podía brillar jamás al lado de su hermana mayor. Su madre se apercibió de esto, y quizá se regocijó al pensar que Valentina iba á ocultar su joven belleza bajo la gran cofia blanca y el hábito de estameña, que han ocultado tantos nombres ilustres, tantos hermosos rostros y tantas brillantes esperanzas.

Germana no la inspiraba los mismos temores; los años habían añadido poco á su gracia sencilla, á su dulce encanto de adolescente. Se parecía á Valentina, menos en el brillo y la gracia soberana. Dorados se habían quedado sus cabellos y azules como el cielo sus grandes ojos; tenía la misma cabellera que su hermana, menos los opulentos reflejos, las mismas facciones, menos la delicada cinceladura, la misma tez, menos la finura exquisita. Se reparaba poco en ella y ella misma deseaba pasar desapercibida.

Todo en Germana era tranquilo; la modestia se veía en su voz, en sus ademanes, en su silencio, en su sonrisa: durante largo tiempo podía pasar desapercibida, pero una vez conocida y amada, ya no se la olvidaba jamás.

VII

Las gemelas

Nada tuvo de amargo aquel año de espera y de reflexión; aunque las dos hermanas no podían llevar los ojos al porvenir sin entrever una separación terrible, disfrutaban de la dicha de estar juntas como se goza de la belleza del cielo, aunque una nube negra crezca en el horizonte.

No se separaban nunca; Madama Darboys iba á Tours, hacía visitas, se vestía con elegancia, hacía pequeñas excursiones de negocios, y llevaba siempre consigo á su hija menor, que había llegado á ser su inseparable compañera.

Valentina y Germana quedaban entregadas al placer de su intimidad. Su madre las excusaba con sus numerosas amigas, diciendo:

—No traigo á Germana, porque la queda ya muy escaso tiempo que pasar con Valen-

tina; en cambio me traigo á la menor, que por ser muy viva molesta á sus hermanas.

Solas casi siempre las dos gemelas, trabajaban, leían juntas y se paseaban en aquel jardín que su padre había amado tanto, y del cual él mismo había dibujado las calles y los cenadores. Su madre las hallaba atentas y sonrientes. Angela misma, aunque no tenía igual en invenciones caprichosas y molestas, no podía cansar su paciencia. La paciencia, cualidad natural en Germana, y virtud adquirida en Valentina.

Esta, en medio de una existencia que pertenecía aún al mundo, no perdía de vista el fin que se había fijado: rezaba con frecuencia y durante largo tiempo, y cercana á separarse de lo que más amaba sobre la tierra, se aproximaba á *Aquél* que debía serlo todo para ella; le buscaba en su casa, en la iglesia, y cerca de los pobres, de los tristes y de los enfermos.

Aunque la Turena no conoce esa indigencia extremada que es la desolación de los países dedicados á la industria, su cielo clemente no preserva, sin embargo, de las enfermedades, y Valentina buscaba los desgraciados dolientes, los niños endebles y los ancianos que hallaban los días tan largos, y que sentados á las puertas de sus cabañas, miraban el sol subir y descender, sin que ninguna visita animase la monótona soledad de sus horas.

La hermosa niña iba á ver á los que sufrían, ó á los que se apagaban en un melan-

cólico abandono, y siempre tenía para ellos una palabra dulce, un presente cordial, una lectura agradable y bien escogida, y cuidados que parecían los de una hija ó de una hermana.

Dios había puesto en el corazón de su joven esposa esa ternura mezclada de fuerza, que cumple en este mundo las grandes obras de la caridad cristiana. Ningún dolor, ningún peligro la hacían retroceder, y todo dolor sufrido por otro enternecía su alma.

Germana la seguía algunas veces en sus caritativas excursiones, y se decía que sería imperdonable el arrebatar á los desgraciados tan sublime amiga, tan dulce servidora, é impedir á un corazón tan grande y tan puro el consagrarse á Dios. No obstante, estas reflexiones desgarraban su alma, porque el tiempo volaba y cada día se llevaba las alegrías íntimas que ya no debían volver jamás.

La hora de la separación iba á sonar muy pronto, y Germana no tenía aun fuerzas reunidas para el gran sacrificio.

Un día en que buscaba á su hermana recorrió el jardín, la pradera, y no hallándola, fue á examinar con inquietud el camino que conducía á la iglesia: una pequeña columna de humo azulado que se elevaba entre unas rocas, le recordó que una pobre vieja, muy enferma, habitaba una choza situada en aquel lado, y que Valentina la visitaba con frecuencia. Llamó á Angela, que acudió saltando y tomándola por la mano se pusieron

en camino entre los viñedos y las cuestecitas festoneadas de verdor.

—¡Ahí veo una culebra!—¡exclamó Angela.—¡Tengo miedo!

—Ella tiene más miedo que tú: mira como corre á ocultarse,—respondió Germana.

—¡No importa, es un animal malvado! Yo no soy como Valentina que nada teme.

—Es verdad, qrerida mía, Dios le ha dado un gran valor, y quizá tendría necesidad de él. Piensa, Angelita, que nuestra hermana irá á países llenos de animales salvajes en los que hay verdaderas serpientes y grandes cocodrilos, que son algo más terribles que las culebras y los lagartos de aquí.

—¿Por qué va pues?

—Por obedecer á Dios, y hacer bien á los desgraciados. Allí cuidará á los enfermos, enseñará la doctrina á los niños, convencerá á los paganos de que tienen un alma y dará el agua del bautismo á los niños chinos: ya sabes, aquellos que sus padres arrojan al río.

—¡Bah!—dijo Angela haciendo una mueca,—es bien fastidioso todo eso! á mí me gustará más cuando sea grande como vosotras ir al baile, al teatro, y tener bonitos trajes, en vez de esa espantosa cofia, y de ese vestido de estameña á grandes pliegues, que Valentina quiere ponerse: y además le cortarán los cabellos.

Germana suspiró al oir el acento desdeñoso y disgustado con que hablaba la niña. ¡Cuánto se avivaba su dolor al pensar en que

iba á separarse de Valentina, comparando el alma de Angela, con el alma amante y entusiasta de aquella, cuyos pensamientos hallaban siempre los suyos!

La joven guardó silencio en tanto que su hermana menor continuaba enumerando lo fastidioso de la vida y del traje de las hermanas de la Caridad, y de esta suerte llegaron á la cabaña habitada por la vieja Martina.

Un vivo rayo de sol penetraba en aquel mísero recinto, y hacía parecer pálida la llama del hogar. Martina estaba acostada en un lecho que debía su limpieza perfecta á los cuidados de la señorita Darboys; la pobre mujer tocaba en lo más decrépito de la vejez; pero su cara, morena y arrugada, tenía una expresión plácida y conmovedora. Miraba con una dulce atención á Valentina, sentada á la cabecera de su lecho, y que había interrumpido su lectura al entrar sus hermanas; la pobre viuda, que llegaba al fin de su carrera, y la jovencita, que ponía apenas el pie en los umbrales de la vida, ofrecían uno de esos contrastes que la religión sólo presenta y que enternece hasta á los más indiferentes.

Germana se sintió vivamente conmovida: adelantóse hacia el lecho de Martina, que la saludó con una sonrisa y le dijo con el lenguaje familiar de los aldeanos de la Turena:

—Sois muy buena en venir á verme, hija mía; y vos también, mi pequeña señorita.

Como veis, no puedo moverme, pero vuestra hermana me hace compañía... ¡ah qué ángel es vuestra hermana!

—No digáis eso, mi buena amiga,—dijo Valentina con tono suplicante.

—Dejadme decirlo, porque necesito desahogar mi corazón. Tengo hijos á los que he criado y educado, pero están lejos de mí. Mi hijo es herrero, y vive á seis leguas de este país: mi hija está casada en Vouvray; el menor de todos, mi pobre pequeño, es soldado: tengo aún otra hija, que está sirviendo lejos de aquí, y el caso es que con cuatro hijos me veía sola, pobre y enferma; pero no, ya no estoy sola, puesto que la señorita Valentina está aquí: ella me cuida como si yo fuera á la vez su madre y su hija, me hace compañía, me lee libros hermosos y consoladores, me canta dulces canciones y me trae todo lo que necesito: una hija no haría más... Vamos, señorita, dejadme hablar, porque es muy justo que se sepa!

—Lo sabe Dios, Martina, y eso basta.

—¿Y quién, sino vos, me ha enseñado á conocer á Dios? Yo le había ya olvidado, trabajando y sufriendo, como he hecho toda mi vida. No pensaba por cierto en él, cuando estaba aquí desolada y sola; pero habéis venido, me habéis recordado mis oraciones, mi religión, y me habláis tan bien del cielo, que me parece que le veo. Así es, hija mía, que ya que otra cosa no puedo, rezo por vos, y os bendigo con todo mi corazón como si fuerais mi hija; toda vuestra

vida seréis bendita por lo buena que sois para mí.

—Gracias, Martina,—respondió dulcemente madamoiselle Darboys estrechando la mano de la anciana.

—Me acariciáis,—dijo Martina;—una pobre criatura como yo no os causa asco ni disgusto. Sí, hija mía, os lo repito. Dios os bendecirá.

Valentina, toda confusa, la interrumpió de nuevo. y empezó á ocuparse de los últimos arreglos para la noche.

Puso al alcance de la mano de la enferma algún alimento, una bebida, encendió la lamparilla, cubrió el fuego, arregló las ropas del lecho, presentó el agua bendita á Martina para que se santiguase, y le dió afectuosamente las buenas noches.

—¡Hasta mañana!—dijo la pobre Martina con un suspiro y una sonrisa.

Las tres hermanas salieron y Angela exclamó:

—¡Qué calor hace hay dentro, y cómo debes fastidiarte al lado de esa vieja, mi pobre Valentina!

—No lo creas,—respondió la joven;—si esto me fuera penoso, ¿qué haría luego en los hospitales?

Angela no respondió; con el descuido propio de su edad, echó á correr delante de sus hermanas desgranando acá y allá los racimos de las zarzamoras que estaban á su alcance. Germana miró á Valentina con las lágrimas en los ojos y le estrechó la mano.

—¡Apruebo lo que haces!—le dijo después de un largo silencio.

Valentina la abrazó, y dijo á su vez mirándola con ternura:

—¿Cuidarás de Martina cuando yo no esté aquí ya?

—Sí,—respondió Germana;—te lo prometo.

VIII

La separación

El día de los adioses había llegado al fin.

Valentina, que había concluído un corto noviciado, se hallaba en el locutorio de las Hermanas de la Caridad, hablando por la última vez con su familia, antes de partir para la casa á donde estaba destinada, y en la que debía pasar otro año de prueba ó de segundo noviciado.

Los momentos pasaban rápidos: la última hora tocaba ya á su fin, todos tenían mil cosas que decirse, y el silencio reinaba.

Germana tenía apoyada la cabeza en el

hombro de su hermana gemela, sus manos se hallaban unidas. Madama Darboys tenía en las suyas la otra mano de su hija. Angela estaba de pie delante de ellas, mitad curiosa, mitad enternecida.

—¡Te vas! ¡mañana ya no te veré!—dijo Germana con voz oprimida.

—¡Siempre estaré contigo por el pensamiento!—respondió Valentina abrazándola con efusión,—hermana mía muy amada, no me quites el valor... ¡me es necesario mucho para dejarte!

Germana calló; no hubiera podido hablar sin llorar, y temía que sus lágrimas cayesen sobre el corazón de Valentina.

—Mamá,—dijo esta,—permitidme que os recomiende á Germana, tendrá mucha necesidad de afecto porque nunca se ha separado de mí...

Los ojos de Susana se llenaron de lágrimas: hallábase más turbada y más llena de aflicción de lo que había creído; sentía que dentro de su corazón se rompía una fibra, al ver partir aquella niña, á la que una injusta preferencia contribuía quizá á arrojar del techo maternal. Mirábala con angustia, se acordaba de cuan amante y afectuosa era su alma y pensaba en que la perdía por su propia culpa. Un secreto embarazo helaba en sus labios las palabras de un cariño tardio y reflexionaba tristemente, en tanto que Valentina abrazaba á su hermana menor, y la decía:

—Adiós, Angelita mía: sé buena y ama-

ble para nuestra madre, y no atormentes á Germana... ¡ámala un poco por mí! ¿me lo prometes?

—Sí,—respondió la niña; ¿pero por qué te vas tú? ¡quédate con nosotras! ¿con quién jugaré ahora á las damas? ¡Germana no sabe!

—Hija mía,—dijo al fin en voz baja mas dama Darboys,—aún es tiempo; ¿quiere-quedarte á nuestro lado?

—No puedo, querida mamá; Dios me llama á otra parte!... ¡adiós, mamá mía! ¡perdonadme si os he ofendido, y rogad por mí!

—Mi pobre Valentina,—esclamó Susana estrechando contra su corazón aquella hija que era la imagen de su belleza,—no tengo nada que perdonarte... tú sí que has debido hallarme algunas veces fría y hasta severa... ¿te vás ofendida conmigo, hija mía?

—¡Oh, mamá!—exclamó la amable niña,—¿y podéis pensarlo? sólo me llevo el recuerdo de vuestras muchas bondades.

—¡Dios mío!—exclamó Germana abrazando convulsivamente á Valentina,—¡la hora terrible ha llegado!

En efecto, dos hermanas de la caridad ancianas, que debían conducir á Valentina á París, acaban de entrar y se habían detenido silenciosamente al lado de la puerta; esta era la señal:

—¡Adiós, mamá! ¡Hermanas mías, adiós!—dijo Valentina, que ya conocía los rudos deberes de la obediencia.—¡Germana, no nos separamos para siempre! Ya nos volveremos á ver...

Las dos gemelas se abrazaron por última vez. Y Valentina, reuniendo su firmeza, se alejó con sus compañeras, sin atreverse á volver la cabeza, de miedo á que se viesen su palidez y sus lágrimas.

Germana estaba ya sola.

La vuelta al castillo tuvo para ella algo de esa impresión desgarradora que sigue á la muerte de un ser amado.

Por todas partes buscaba á su hermana; en el cuarto que habían ocupado juntas, en las calles del jardín que tantas veces habían recorrido, apoyadas la una en la otra, en aquellos senderos que conducían á la iglesia y á casa de los pobres.

Algunas veces se creaba ella misma una ilusión consoladora, llamando:

—¡Valentina!... ¡Valentina!

Mas no podía engañar durante largo tiempo á su dolor, y cuando elevando los ojos al horizonte descubría las torres de San Gracian, y se decía que Valentina ya no vivía á su sombra, y que ya no podía ir á buscarla á aquella santa casa donde había hecho el ensayo de sus penosos deberes; cuando se repetía que Valentina estaba lejos, que ya pertenecía á la familia religiosa, á otro destino, á otros cuidados, que estaban separadas en fin, entonces su pena se despertaba más amarga que nunca, y sufría en el fondo del alma una de esas heridas que el tiempo, ese gran encantador, no puede curar jamás enteramente.

Durante algunos días, madama Darboys

pareció cambiada y trató á Germana con una dulzura afectuosa y condescendiente, que no tenía costumbre de usar con su hija mayor. Angela, sorprendida por la partida de su hermana, recobró bien pronto sus impertinencias de niña mimada, sus risitas insultantes, sus burlas y sus imperiosos caprichos.

A todas partes seguía á su madre; la acompañaba á las visitas, á sus viajes á Tours y á paseo, y Germana quedaba en una soledad que la complacía, porque dejaba libre curso á su dolor.

Sin embargo, la pobre niña tenía dos amigos verdaderos, dos amigos tiernos, como lo son los ancianos para la juventud, y que tomaban un vivo interés en su suerte.

Eran monsieur Félix Darboys y su hermana madamoiselle Honorina, tíos ambos del difunto padre de Germana.

El tío Félix, como le llemaban todos en la casa, era tutor de sus sobrinos, llevaba con valor sus sesenta y cinco años, y ni su cuerpo ni su alma vacilaban bajo su peso; amaba tiernamente á los hijos de su sobrino; de largo tiempo conocía y deploraba la preferencia que favorecía á Angela y relegaba á la sombra á sus dos hermanas.

Mas de una vez había tenido explicaciones con madama Darboys acerca de esto; pero había fracasado ante aquella dulce terquedad, ante aquella sumisa obstinación, que Susana empleaba para acoger las observaciones que no eran de su agrado.

Angela temía por instinto al viejo tío y á sus miradas escrutadoras; el anciano tenía un talento particular para poner en relieve los defectos y caprichos de la niña; y cuando había hecho resaltar así algún gran pecado, miraba á Susana moviendo la cabeza y sus ojos grises brillando bajo sus espesas cejas parecían decir:

—¿Qué os parece de vuestra favorita?

Un día, después de comer, el tío Félix envió á Angela al jardín donde ya se hallaba Germana, y se dirigió con tono serio á madama Darboys.

—Sobrina mía,—le dijo,—espero que me harás justicia, y que recordarás que no te he reconvenido ni culpado por el sistema de educación que sigues con tu hija menor, tan diferente del de sus hermanas. Has deseado tenerla á tu lado, y no me he opuesto á ello; esperaba que tú misma la hubieras instruído y educado, lo que pudieras muy bien haber hecho, pues tienes dotes sobradas para llenar tan sagrada misión. Pero me he apercibido, no importa cómo, de que Angela está en una ignorancia vergonzosa. Hace dos días me escribió un billete, esmaltado de faltas de ortografía; hoy mismo, á los postres, la he hecho algunas preguntas, y nos ha dicho un millar de disparates en historia y en geografía; francamente, mi querida Susana, esto no es tolerable en tu posición y en la época que alcanzamos. En mi tiempo podía dispensarse alguna ignorancia en la mujer; hoy es otra cosa.

—Tenéis razón, querido tío,—respondió madama Darboys con su suavidad acostumbrada.—La educación de Angela está descuidada; viuda del hombre á quien tanto amaba, quise guardarla á mi lado... ¡tenía tanta necesidad de consuelo!...

Susana se detuvo esperando una palabra de aprobación. Pero el anciano guardó un severo silencio, y ella prosiguió así:

—No he podido ocuparme de Angela de una manera tan sostenida como hubiera deseado; porque los negocios de la casa me lo han impedido; pero ya la he dado las profesoras más en boga en Tours.

—¿Por qué no has traído una á casa?

—Tío mío, esas señoritas son tan exigentes...; se necesita para ellas la paciencia angélica que tenemos el derecho de exigir para nuestras hijas.

Monsier Félix tosió para excusarse de contestar á Susana.

—Nuestras ideas están de acuerdo,—prosiguió ésta con inalterable dulzura;—yo estoy muy preocupada por Angela, y mirad la causa: acabo de recibir este billete de miss Emma, en el que me dice que sus multiplicadas obligaciones le impiden el venir al castillo de la Richardiere, lo que me es muy sensible, porque enseña muy bien.

—No quiero informarme de los motivos verdaderos que han aconsejado esa determinación á la amable y simpática miss Emma,—observó monsier Félix.—Sé bastante acerca de la manera impertinente con que Angela

trata á sus profesoras; así, dejemos esto y vengamos al punto capital: es preciso y lo exijo como tutor, que tu hija se eduque como quien es. No seré ambicioso en este punto para ella; no pido que, como sus hermanas, lea y comprenda á Schiller y Metastasio; con tal que sepa algo más que el héroe de una ópera cómica de mi juventud, que sabía leer, escribir y contar, es bastante y me daré por satisfecho; pero una instrucción regular es indispensable.

—Soy del mismo parecer, tío.

—Sin esto no se casaría; un marido, una suegra, son algunas veces muy exigentes.

—¿Y qué hacer? La pobre niña es poco aficionada al estudio.

—Lo creo; como que la has dejado siempre á rienda suelta.

—Tío mío, yo no quisiera traer una institutriz á la casa; es un manantial inagotable de cuidados.

—Y además, ¿cuál habría que sufriese á esa enojosa niña? Pero ¿quieres un buen consejo, Susana?

—Decid, mi querido tío.

—Pide á Germana que se ocupe de Angelita; lo hará, y lo hará con verdadero amor.

—¿Creéis que consentiría en ello?

—Vamos á verlo,—dijo el tío Félix levántándose.

Y yendo á la puerta del salón llamó á la joven, que bordaba en el terrado.

—Hija mía,—le dijo su tutor tomándole la mano,—¿no es verdad que querrás ocu-

parte un poco de la educación de tu hermanita y enseñarle lo indispensable en historia, gramática y geografía? Es un servicio grande el que nos harás á todos.

—Sí, mamá y vos lo deseáis, tío mío, consiento en ello de todo corazón,—respondió Germana.

—Yo te quedaré muy agradecida, hija mía,—dijo madama Darboys;—¿le darás también lecciones de piano?

—Con mucho gusto, mamá.

Desde aquella misma noche, la triste niña empezó la penosa tarea de educar á su rebelde hermana; no obstante, Germana halló en ello una distracción forzosa á su pena siempre viva en el fondo de su corazón.

Al aceptarla, había previsto todas las contrariedades, todos los alfilerazos que el trato con Angela traía siempre. Pero Germana tenía un carácter tan dulce, tan suave, tan generoso y tan noble, que le daba las lecciones con el celo, la perseverancia y la bondad que empleaba en todo cuanto hacía.

Sin embargo, no podía menos de desalentarse por la mala voluntad, y la frialdad burlona de su educanda. Terca, distraída, de humor discutidor, propensa á contradecir, ligera para escaparse, fuerte para resistir, Angela ejercitaba de todas maneras la paciencia de su hermana.

Una ó dos veces creyó Germana deber quejarse á su madre; pero sus observaciones, por moderadas que las hizo, fueron acogidas de modo que no le fue posible renovarlas.

—¡Dios mío!—exclamó Susana dulcemente,— yo no te he obligado á ocuparte de tu hermana, mi querida hija. Pero ya que has tenido la bondad de consagrarle algunos instantes, ten la bondad también de usar ahora un poco de paciencia; más consigue la dulzura que la violencia, como tú sabes, hija mía.

Germana se acordó y se tuvo por advertida.

Una persona la comprendía, adivinaba y compadecía su tristeza; era la vieja señorita Honorina, hermana de monsieur Félix; viva, siempre alerta como su hermano: llevaba con alegría el peso de los años, amaba la juventud, y sobre todo, amaba á la dulce y modesta Germana. Se interesaba por su porvenir, y deseaba casarla á fin de sacarla de la casa de su madre, donde no había para ella ni simpatía, ni ternura, porque aunque era mucha la discreción con que la pobre niña velaba sus penas, la vieja señorita las adivinaba y se indignaba por ella.

—Si sigues encerrada, mi pobre Germana,— la decía,— te sucederá como á mí, no te casarás.

—¿Y qué he de hacer, mi querida tía?— respondió Germana sonriendo.

—¿Es que no deseas cambiar de estado?

—No digo eso.

—Era necesaria una ocasión favorable; era preciso buscar dónde informarse, y en vez de hacer esto, tu madre dice muy bajito al oído de sus amigas que piensa no tienes

ninguna inclinación al matrimonio, que eres melancólica, reflexiva, y que no te gusta más que la oración, el estudio y el trabajo.

—Mi querida tía, si mamá dice eso no puedo quejarme ni del pintor ni del retrato.

—Pero, niña, ¿piensas que esas cualidades son las que proporcionan maridos? ¡Sin duda, si hubiera que elegirlos entre los siete sabios de Grecia! ¿Por qué tu madre no te presenta en el mundo? ¿No es hora ya?

—Nunca he pensado en eso, tía.

—Yo sí: tu elegante madre espera para volver á los salones donde tanto ha brillado, á que Angela tenga diez y siete años y tú veintidos, y de seguro aquellos no serán tan bonitos y tan simpáticos como tus diez y seis de ahora.

—Mi buena tía, la sociedad no tiene ningún atractivo para mí.

—Y cuando llegues á treinta ó á cuarenta *sin alianza*, como dicen de los solterones de ambos sexos los viejos epitafios de la iglesia, ¿crees tú que eso será muy alegre?

—Entonces, tía, tomaré mi partido, como vos habéis tomado el vuestro.

— No es la misma cuenta, yo tengo un buen hermano del que no me he separado jamás.

—¡Ah, si Valentina no se hubiera ido, jamás hubiera pensado en casarme!

—Justamente por que ella se ha marchado es por lo que es preciso pensar en ello: hablaré de esto á tu madre.

La señorita Honorina, estimulada de ese

celo por el matrimonio que solo las solteronas poseen, habló, en efecto, á madama Darboys, pero no obtuvo gran cosa; dos ó tres pretendientes se presentaron, mas ninguno fue del agrado de Germana, que los rehusó. Su madre no se preocupó más del cuidado de establecerla y condujo hacia el porvenir de Angela todo lo que había en su alma de actividad y de maternal solicitud.

Así pasaron algunos años. Angela iba á cumplir diez y ocho; su bella juventud en flor cumplía todas las promesas de su infancia; no tenía la pura belleza, la gracia virginal de Valentina, pero su linda y orgullosa cabeza encantaba los ojos: tenía una figura elegante, un lenguaje vivo y fácil, y debía á la paciencia perseverante de su hermana una instrucción regular y talentos agradables, pues tocaba el piano, cantaba con gracia y pintaba más que medianamente.

Susana se decidió á presentar á sus dos hijas en el mundo; pero fiel al programa que ella misma había redactado en su mente, se reservó la dirección de los trajes de sus hijas, dando á la rubia Germana la apariencia de una persona de edad madura, y que ha renunciado ya á los frívolos placeres de la juventud.

Para Angela eran los vestidos ligeros de tul y de gasa, las coronas de margaritas y de campanillas rosadas, los peinados vaporosos que armonizan con la primavera de la vida. Germana, vestida de seda, con un peinado sencillo, con joyas de valor, parecía

melancólica como estaba siempre; asistía á las fiestas por deferencia á su madre, y por amistad á su hermana.

Sin embargo, la hermosa y espléndida masa de sus cabellos rubios, sus grandes ojos azules, su boquita de rosa y perlas, la dulce é inteligente expresión de su semblante sentimental, expresivo y simpático, su gracioso y elegante talle, y la distinción de sus maneras, bien valían lo que la gracia petulante de Angela, cuya tez morena y negros ojos daban á su belleza un carácter enteramente opuesto.

—¡Mi hija mayor me desconsuela!—decía madama Darboys con su eterno sentimentalismo á las amigas que elogiaban á Germana;—¡va á cumplir veintitres años, y rehusa todos los partidos! mucho temo que vaya á reunirse con su pobre hermana Valentina!

Este rumor se propagó, y el silencio y el aislamiento rodearon bien pronto á Germana, sin que ésta se inquietase mucho por ello; con su innata bondad, gozaba de la belleza y de los triunfos de Angela sin que el más leve movimiento de envidia turbase su generoso corazón, porque no era en aquellos casos superficiales donde la joven había colocado el origen de sus alegrías.

Germana prefería mil veces á las visitas, á las reuniones, á los conciertos, á los bailes y á los teatros, su vida diaria en el castillo de la Richardiere, sus trabajos de aguja y de dibujo, el cuidado de la iglesia y el de los pobres, dulce legado que había recibido de

Valentina; en fin, para llenar todas las horas de su vida, tenía su correspondencia con aquella hermana tan amada á la que seguía de lejos en sus austeras y penosas obligaciones, y á la que daba una cuenta fiel de su propio corazón.

Un lado, sin embargo, quedaba oculto bajo el velo del silencio; el que correspondía á su madre y á su hermana menor. Germana no quería ni quejarse ni afligir á Valentina, lejos de ella é imposibilitada de consolarla. Además, con una deferencia filial, enseñaba á madama Darboys todas las cartas que escribía, haciendo así imposibles expansiones dulces, pero peligrosas.

Madamoiselle Honorina provocaba sin cesar las confidencias de Germana; pero el respeto y el deber habían puesto un doble sello en los labios de la joven: escuchaba las filípicas de su tía, sufría algunas veces, pero no le daba jamás la razón.

—¡Y Angela se casará antes que tú!—terminaba siempre, cual otra nueva Casandra, madamoiselle Honorina.

—Lo deseo, si esto ha de complacer á mamá,—contestaba apacible Germana.

—¡Qué sabe tu madre lo que la complace! ¡Hasta de su yerno ha de tener celos! Y Angelita que no es modelo de respeto, no tendrá grandes consideraciones á su querida mamá, desde que salga de tutela.

—¡Todo lo veis negro, querida tía!

—¿Y qué medio hay de ver color de rosa? ¡Tú verás! He oído ciertos rumores...

—¿De qué?

—No quiero decir más, lo sabrás así que haya algo de positivo.

Dos días después la anciana señorita fue al castillo á la hora que sabía hallaría sola á Germana.

—¿No te había prometido novedades?—le dijo.

—Sí, tía mía.

—Pues aquí están: se ha presentado para tu hermana un partido excelente.

—¡Tanto mejor,—dijo Germana con alegría.—¡Mamá será muy dichosa!

—¿Conoces á madama de Emmeryn?

—Sí, tía, es una gran señora en toda la acepción de la palabra, de gran nacimiento, gran fortuna y gran mérito: conozco también á su hijo.

—Un hijo único, encantador, con brillante presente y grandes esperanzas para el porvenir; ese es el marido que se propone para la señorita Angela, que ha nacido de pie, como los gatos: ¡qué suerte! ¡qué suerte!

—¡Ah, tía mía! dejadme que os abraze por tan buena noticia, ¡qué feliz seré con la dicha de mi hermanita, de mi querida educanda! ¡porque yo la he educado!

—En verdad que eres demasiado buena,—dijo la tía con mal humor:—tú moriras soltera; ¡soy yo quien te lo dice! Por lo pronto, mañana, mi hermano y tu tío, presentarán aquí á Leopoldo de Emmeryn y á su madre, para tratar de la boda de esa muñeca de cera.

IX

La primera visita

Al volver de su visita á la Richardiere, madama de Emmeryn, se encerró en su cuarto y escribió la carta siguiente:

Tours, mayo 20 de 18...

Mi buena hermana: te prometí referirte lo que ocurriese en la entrevista que había de tener tan grande influencia en el porvenir de mi hijo. Ya sabes que he hallado en madama Darboys una antigua compañera de pensión; ¿no te acuerdas de la linda Susana Herbin, á la que sus padres enviaban tantos cajones de frutas, de pasteles y de dulces de Tours? ¡Pues bien, Susana es hoy madama Darboys!

Su marido, hombre de honor y de mérito, murió hace algunos años y ella quedó viuda con tres hijas; la mayor, que, según dicen por aquí, es preciosa, se ha hecho Hermana de la Caridad su hermana gemela, no se ha casado todavía

la menor, cuyo nombre es Angela, ha trastornado la cabeza de mi hijo Leopoldo, hasta aquí, como sabes, difícil de gusto.

La posición y la gran fortuna de esta familia nos convenían; así es, que aventuré una tentativa cerca del tutor de estas niñas, y esta tarde nos ha presentado á Susana y á sus hijas.

El pequeño castillo de la Richardiere, que estas señoras habitan, se halla á la orilla del Loira y en una situación encantadora: hemos hallado á las tres castellanas en el terrado, que domina un punto de vista delicioso: el parterre desciende en declive, y sus variadas calles, llenas de rosas, claveles, lilas, azucenas, verbenas, lirios blancos y azules, y guarnecidas de yedra y de madreselva se asemejan á un hermoso tapiz de Esmirna cubriendo el suelo.

Ya sabes cuanto precio tienen para mí el orden y el buen gusto; así, pues, la Richardiere me conquistó al instante, tanto mis ojos quedaron encantados de aquella elegante sencillez, de aquel gusto exquisito, que parece ser natural, y no una decoración preparada al efecto.

El recibimiento que se nos hizo fue un poco reservado, pero afectuoso y digno: madama Darboys es aún encantadora y amable hasta tal punto, que tengo que ponerme en guardia concra esta gracia del talento, que en ella me ha tautivado siempre.

Yo soy benévola para todo el mundo; pero cuando una persona hace sonreir á sus ojos para agradarme, cuando sus palabras son dulces, cuando muestra deseos de complacerme, entonces soy suya con más fuerte razón.

Las dos hijas de Susana se hallaban á su lado: la mayor marcaba con letras bordadas unas servilletas. Angela, trabajaba en un crochet, excesivamente fino: ¡qué bonita es Angela! Leopoldo dejaba adivinar en sus miradas, que era de mi mismo parecer; sin embargo, su amor naciente no ha impedido que se muestre lo que es: un joven amable y distinguido, del cual su madre está muy orgullosa: ya sabes que ha pasado el tiempo en que el amor hacía perder la palabra y el juicio á los enamorados.

En tanto que Susana y yo hablábamos, agotando todos los asuntos de conversación que pueden tocarse en una primera visita, yo observaba á la que parece destinada á ser mi hija, y puedo hacerte su retrato.

Angela es pequeña y graciosa, con tez trigueña y mate, hermosos ojos españoles y espléndidos cabellos, cuyas trenzas negras y brillantes, podrían hacer un manto á su estatura, que no llega á mediana: tiene talento, y su acento claro y rápido halaga el oído: sólo con verla se comprende el amor idólatra que le profesa su madre.

Al lado de esta niña, Germana, su hermana mayor, brilla también, lo que parece paradógico: es una joven de veinticuatro años, rubia y pálida, y cuyo rostro tiene una rara expresión de bondad, de dulzura y de inteligencia: he oído que no quiere casarse, que ha rehusado varios partidos, y que está dedicada por completo á las buenas obras: lástima es, á la verdad, porque haría una encantadora y excelente esposa.

Creo que es ella la que se ocupa del gobierno

de la casa, porque ella es la que nos ha hecho servir algunos refrescos. Ese parterre, de cuya bella disposición te he hablado, es ella quien lo ha dibujado sobre un croquis de su padre, y quien ha vigilado la ejecución. Quizá no es ella la hija más amada de Susana, pero es seguramente la más amante. Ya sabes que nuestro viejo Plutarco divide los amigos en amados y amadores. Angela pertenece á la primera clase, Germana á la segunda; emplea para hablar á su madre ese tono dulce, respetuoso, tierno, que nos conmueve á nosotras las madres, y que ha llegado á ser raro en la actual generación.

Germana parece querer mucho á su hermana menor: busca el ponerla á la luz más favorable, obscureciéndose ella misma todo lo posible; durante la visita ha hablado muy poco, y su modestia extiende un velo delicado sobre su talento y su corazón, que es preciso adivinar.

Yo me siento atraída hacia esta joven, y tanto más cuanto que me parece un poco melancólica; ¿aspirará á reunirse con su hermana en la vida religiosa? Muy sensible me sería, porque Germana serviría á Angela de guía perfecta y sería también para mi hijo una hermana llena de abnegación. ¡Ah! si los hijos tuvieran los ojos de sus madres, no sería á quien se dirigiese Leopoldo la niña de diez y ocho años, por más bonita y gentil que sea, sino á su hermana, probada ya por las penas de la vida, y que ha dado á su familia testimonios irrecusables de afecto: ¿no sería ésta una más digna compañera?

No quiero, mi querida hermana, detenerme

en estos pensamientos, porque me pondrían triste; y quiero emplear toda mi filosofía en ver los lados buenos de la unión que se prepara, Leopoldo ha salido encantado de nuestra visita: sólo ha visto á la hermana menor. Germana, con su figura dulce y casta, no ha fijado ni un instante su atención; madama Darboys le ha encantado tambien, y preveo, hermana mía, que muy pronto te invitaré á la boda de tu sobrino.

Yo no estoy descontenta: todas las conveniencias de fortuna, de posición, de edad y de educación se reunen para este enlace. Leopoldo lo desea, y en este punto mi gusto no debe prevalecer sobre el suyo. Ya tiene treinta años, su razón es sólida, su talento claro y su elección no puede ser desacertada por lo mismo.

En cuanto á mí, te lo confieso: al lado de la seductora niña he entrevisto una alma cuya belleza hace olvidar los ojos brillantes, el talle fino y la florida juventud de mi futura nuera, y para no ocultarte nada, si se confirma lo que preveo, amaré á Angela porque será la esposa de Leopoldo, pero echando de menos á Germana.

¡Esta es la vida! no hay en ella dicha sin sombras, ni votos completamente realizados. Si esta amable Germana no se casa, será mi amiga; ¿no será ella la tía de esos pequeños seres, en los que volveré á ver á Leopoldo niño? Los ojos negros de Angela me parecerán muy hermosos en mi nieta.

Adiós, hermana mía, te abrazo como te amo, y recomiendo á tus oraciones la dicha de mi hijo, y los proyectos que he formado.

CLARA D'EMMERYN.

La simpatía se siente y se adivina: es una cadena eléctrica que va de una alma á otra. Germana comprendió el interés que inspiraba á madama de Emmeryn, por el que ella misma sentía hacia aquella señora, buena, sencilla y distinguida; pero ocultó lo mejor que pudo este sentimiento y procuró seguir pasando desapercibida, obscura, y no atraer sobre ella la atención de la madre ni la del hijo.

Jamás una mujer celosa puso más cuidado en eclipsar á su rival, que Germana empleó para ocultar su gracia, sus habilidades, su talento; todo, en fin, lo que la hacía digna de amor y de amistad. La noble joven aborrecía hasta el pensamiento de ser un obstáculo á la dicha de Angela y de trastornar los proyectos del porvenir, sobre los cuales su madre fundaba tantas esperanzas.

—No te entiendo, querida mía,—le decía la señorita Honorina con su vivacidad ordinaria;—desde que madama de Emmeryn y su hijo han llegado estás muda como un pescado; ya no tomas parte en la conversación, á no ser para responder lo más indispensable; tiras de la aguja como si te hubiera de dar el pan del día, y no solamente te muestras poco amable, sino que apenas respondes á las espresivas frases de madama de Emmeryn, que no separa de tí los ojos. Perdona á tu vieja tía, pero esta manera de ser tuya ahora, me crispa los nervios. Yo que hubiera deseado que parecieses á los ojos de Leopoldo y de su madre lo que eres en realidad...

Si conociesen tu valor, ¿quién sabe lo que sucedería?...

—¿Qué había de suceder, querida tía?—dijo Germana sonriendo.

—Que Leopoldo hubiera visto claro, y que en vez de enamorarse de tu hermana, que es una niña mal educada, se hubiera inclinado á tí y te hubiera amado. ¡Ah mi pobre Germana! ¡qué casamiento tan excelente para tí! ¡Marido, suegra, todo inmejorable!

—¿Y mamá?—repuso Germana,—¿mi querida mamá, que desea tanto este matrimonio para Angela? ¿Hubiera yo podido afligirla y contrariarla, coqueteando con la madre y con el hijo?

—¡Ah! ¡ya dejaste escapar tu secreto! ¡como yo me figuraba, es por virtud por lo que te haces la insignificante y la desapacible!

—Yo creo, tía mía, que no se debe llamar virtud al sentimiento natural de no querer turbar la dicha de otro, por el solo placer de aparecer amable.

—¿Y no te encuentras ingrata para madama de Emmeryn, que te ama y te estima?

—No, tía mía: no seré jamás ingrata para los que me profesan afecto. Y si como lo espero, madama de Emmeryn llega á ser la segunda madre de Angela, si nos vemos más íntimamente, sabré probarle todo mi afecto.

—¡Qué buena eres, y qué injusta es tu madre para tí!

—Por Dios, tía...

La señorita Honorina se contuvo al ver la

expresión suplicante del rostro de Germana, la abrazó y se marchó moviendo la cabeza.

Las visitas de Leopoldo se hicieron más frecuentes: se hallaba bajo el encanto de la belleza de Angela, la que conociéndolo así, anudaba con esa destreza que poseen las hijas de Eva, las redes en que deseaba verlo envuelto; jamás la había visto nadie tan amable; la presencia de Leopoldo la transformaba: cuando él estaba á su lado, Angela hallaba en el momento oportuno atenciones para madama de Emmeryn, cariños para su propia madre, palabras expresivas y dulces para Germana. Entonces los criados no tenían que temer sus bruscos apóstrofes, hechos con voz alta y dura: los caprichos, el mal humor, el gesto desdeñoso ó irritado, los silencios sin motivo, habían desaparecido: el deseo de agradar y de atraer había hecho milagros, y la misma madama de Emmeryn se dejó seducir, á despecho de su experiencia y de su costumbre del gran mundo.

—Es una niña mimada,—se decía,—pero buena y afectuosa; y Leopoldo, á quien ama tanto, tendrá influencia sobre ella.

La petición de la mano de Angela fue hecha y acogida como era de suponer: la bella niña, radiante de gozo, miró en su dedo la noche del mismo día una sortija adornada de brillantes que Leopoldo puso en él, esperando el anillo nupcial, símbolo de la alianza santa que nada puede romper.

—Hubiera desado casar á Germana la pri-

mera,—decía madama Darboys á sus amigas al anunciar el matrimonio de su hija menor;—pero ella no ha querido; creo que no se casará jamás, y que mirará á los hijos de Angela como si fueran suyos.

Esta idea no tenía nada de desagradable para madamo Darboys, y á fuerza de insinuarla, llegó á creer lo mismo que decía. Deseos avaros, que jamás hubiera concebido por su cuenta propia, nacieron en su alma; le parecía natural y lógico que Angela reuniese para sí sola la fortuna de toda su familia, y que ya se le diese la parte mayor, puesto que iba á vivir en el mundo, y quizá dentro de algunos años sería madre de muchos hijos.

Estos pensamientos fermentaron en el espíritu de madama Darboys, y cegándola la pasión cada vez más, llegó á formar y á ejecutar un proyecto cuya sola idea la hubiera indignado en otro tiempo.

Esta es la marcha ordinaria; el alma que no arroja la tentación, llega á ser muy pronto su esclava.

X

Generosidad

—Tengo que hablarte, Germana,—dijo una mañana mademoiselle Honorina, con un tono más serio que de costumbre.

—Estoy á vuestras órdenes, tía.

—¿Nos hallamos del todo solas?

—Completamente. Mamá ha ido á paseo con Angela.

—Bien. Ahora, Germana, háblame con franqueza; ¿sabes la petición que tu madre ha hecho á mi hermano, vuestro tutor?

—No se nada, tía mía.

—¡Ah! ¡ya lo sospechaba yo! escúchame, pues. No ignoras que mi hermano posee una buena fortuna, ganada en el comercio, y que siempre ha pensado dejarla á su muerte á tí y á tus hermanas. Yo que tengo más años que él, aunque tenga el dolor de sobrevivirle, nada necesito, pues mi renta propia excede á mis necesidades; era cosa arreglada y así lo había dicho varias veces mi herma-

no á tu difunto padre: ¿sabes lo que tu madre ha dicho?

—No, querida tía; pero hablad, ¡me dáis miedo!

—Ha ido á buscar á mi hermano, y después de muchas zalamerias le ha comprometido á asegurar á Angela desde el presente, más de la mitad de sus bienes, bajo el pretexto de que Valentina se ha hecho religiosa y de que tú no quieres casarte. ¡Vuestra madre, pobres niñas, quiere quitaros lo que es vuestro!

Germana estaba dotada de una generosa naturaleza: el dinero era para ella un accesorio de la vida, y no lo principal de la misma; pero en aquel momento y por la primera vez, una cuestión de fortuna la turbó profundamente.

Estas palabras: *tu madre ha querido despojarte,* resonaban en sus oídos y despertaban en su mente un mundo de tristes recuerdos: las preferencias que había tenido que sufrir en su infancia, y que le habían hecho verter las primeras lágrimas; Valentina, desterrada voluntariamente de la casa maternal y separada de su lado; los años de la adolescencia y de la primera juventud, que se habían pasado tristes y sombríos, al lado de una madre cuya alma estaba cerrada para ella; mil pequeños acontecimientos de la vida diaria, cada uno de los cuales había dejado en su corazón una huella dolorosa; su porvenir, por el que nadie se había tomado cuidado alguno; los proyectos avaros que

se formaban en perjuicio suyo, y hasta sin consultarla; todo la irritaba, y una impaciencia amarga que jamás había conocido se agitaba en el fondo de su corazón.

—¿Qué dices?—le preguntó su tía.—¿No te sublevas al fin con tantas injusticias?

—¡Ah, sí; ya son demasiadas!—dijo Germana llorando y con el corazón oprimido.—¡Si mi padre viviera!...

—Por cierto que no lo sufriría; pero tranquilízate; no será lo que tu madre desea: hablaré á mi hermano, que hará lo que yo quiera.

—¿Madama de Emmeryn y su hijo han solicitado este aumento á la dote de mi hermana?

—¡De ningún modo! Ambos ignoran absolutamente esta combinación. Tu madre obra así para aumentar el bienestar de su favorita para que Angela sea más independiente y más rica. Todo por ella, es su divisa.

Germana iba hablar, pero se detuvo; la bienhechora costumbre del respeto selló sus labios. Mademoiselle Honorina declamó en un largo monólogo contra las preferencias y las injusticias; y después, como se hacía tarde, abrazó á Germana y se marchó.

La joven pasó un día muy penoso; un sentimiento que no había experimentado jamás la helaba á la vista de su madre; no podía responder á las bromas de Angela, quien por casualidad tenía buen humor aquel día. Después de la comida se excusó de acompañar á su madre y á su hermana á una visita,

y cuando hubieron salido de casa se fue sola, y con la libertad que da la campiña hasta la iglesia, lugar de asilo en otro tiempo, y siempre lugar de refugio para las almas heridas.

La casa de Dios se hallaba desierta. El sol poniente entraba por la puerta, abierta de par en par, doraba el tabernáculo, y animaba con sus tibios rayos los semblantes de dos ángeles en adoración, prosternados á los lados del altar. Un débil perfume de incienso decía que las oraciones de la tarde acababan de terminar, y aún parecían oirse en el coro las últimas vibraciones del órgano.

Germana sintió penetrar en su corazón un poco de calma y de recogimiento. Se arrodilló, reflexionó y oró largo rato; ¡de aquella hora se acordó después toda su vida!

Al salir de la iglesia tomó el sendero abierto entre las tumbas cubiertas de musgo de los aldeanos; aquella senda conducía á la tumba de su padre; en los brazos de la cruz de mármol blanco se enlazaban numerosas coronas; dos sauces acariciaban con sus ramas la piedra sepulcral, sobre la que se abrían efímeras y bellas muchas flores colocadas en vasos, y que Germana renovaba todos los días.

La joven se arrodilló; apoyó su rubia cabeza en la cruz, y dijo en voz baja:

—Padre mío, mi único amigo, ¿qué me aconsejas? ¿Tú que has dado la vida por salvar la de un pobre niño, me aconsejas que dispute una suma de dinero á mi madre y á mi hermana? ¡Oh, no! yo oigo tu voz queri-

da que me dice: *¡más vale dar que recibir!...* Yo me resignaré por tí, padre mío, y por el Dios de misericordia, que me envía este pensamiento.

Calló Germana, y durante mucho tiempo permaneció con la frente apoyada en el mármol de la cruz, y absorta en sus reflexiones; una dulce paz reemplazaba en su alma la dolorosa agitación, que tanto la había hecho sufrir, á ella extraña siempre á la cólera y á la amargura.

Ya la luna se levantaba en el firmamento. Germana cogió de la tumba una rama de heliotropo, la besó y la prendió en su pecho, diciendo:

—Te guardaré siempre en memoria de este día, y tú me dirás que ame siempre, y que ame, á pesar de todo.

Besó el mármol de la tumba, y levantándose, tomó el camino del castillo.

Al entrar en la gran avenida de tilos, que llevaba á él, Germana halló á su tío Félix que se paseaba esperando á Susana y á su hija menor; la joven se apoyó en el brazo del anciano y le dijo:

—Mi querido tío, sé que mamá os ha dirigido una petición; permitidme que una al suyo mi ruego.

—¿Qué dices, Germana?—preguntó el anciano asombrado.

—Nuestra Angelita se casa; logra un casamiento brillante, que es seguro la obligará á una gran representación, y á grandes gastos en el mundo: tendrá necesidad de di-

nero... Tío mío, puesto que tenéis la bondad de considerarnos como á vuestras herederas, hacedle á mi hermana alguna ventaja. ¡Valentina y yo nos alegraremos con toda el alma!

Monsieur Félix aseguró sus anteojos, y fijando sus ojos aún penetrantes en el tranquilo y dulce rostro de Germana:

—¿Me dices eso seriamente?—le preguntó.

—Muy seriamente, querido tío.

—¿Acaso renuncias á casarte?

—No sé si me casaré; pero mis gustos son modestos.

—¿No estimas el dinero?

—Me parece, tío, que su mayor valor consiste en que puede hacer la dicha de los otros.

—¿Y deseas que asegure á tu hermana una suma superior á la tuya?

—Me daréis con hacerlo una verdadera alegría.

Germana decía la verdad: todas las alegrías de la generosidad y de un noble triunfo sobre sí misma dilataban su corazón en aquel momento, y le hubiera parecido ligero el mundo si le hubieran ordenado levantarlo.

—Y si hago lo que me dices,—preguntó de nuevo monsieur Felix,—¿no culparás un día á tu viejo tío?

—Le daré las gracias y le bendeciré todos los dias.

—Háblame con franqueza, Germana; ¿por qué me haces esa petición?

—Para probar á mi madre y á mi hermana cuanto las amo, tío mío.

Monsieur Félix volvió la cabeza para ocultar las lágrimas que llenaban sus ojos.

—Bien está, hija mía,—le dijo,—ves las cosas de este mundo bajo su verdadero punto de vista, y aprecias el dinero en lo que vale; haré lo que deseas.

Germana le besó la mano con una alegría tan viva y tan sincera, que la emoción se apoderó de nuevo del buen anciano.

—No esperes, sin embargo,—dijo,—que me aparte de la justicia; satisfaré los nobles deseos de tu corazón; pero sin acordar á tu madre todo lo que me pide. Valentina tendrá también su parte para sus buenas obras. Guarda, Germana, guarda ese amor que profesas á tu madre... Mas tarde necesitará de él. Y cuando yo no esté ya con vosotras, piensa alguna vez en mí... ¡tú me has causado esta tarde una emoción que me ha rejuvenecido diez años!

El anciano abrazó á Germana con efusión, en tanto que esta volvía á darle las gracias. En aquel instante vieron á Leopoldo que entraba en la avenida. Germana le saludó, le dejó pasar, y luego se dirigió también al castillo y fue á encerrarse en su cuarto, porque sentía sed de soledad después del pequeño drama que había tenido lugar en el fondo su corazón.

Al día siguiente, cuando madamoiselle Honorina estrechó la mano de de Germana, le dijo:

—Lo sé todo... ¡Qué locura has hecho! ¡Y mi señor hermano que piensa que el mejor modo de recompensarte es complacerte!

—¡Oh, tía mía! ¡qué razón tiene! ¡Soy tan dichosa desde ayer!

—Entonces tanto mejor; sois felices y estáis contentos, encantados; á mí no me sucede lo mismo... el tiempo dirá si es mía la razón.

La joven procuró tranquilizar á la solterona, pero madamoiselle Honorina repitió:

—Es una generosidad loca, que nadie ha de agradecerte.

Germana tenía un gran contento interior y no necesitaba de las alabanzas de los otros; le bastaba con que su madre supiese un día su sacrificio y tuviese para ella una bendición más; en cuanto á Angela, su hermana no esperaba nada de ella, ni sentía ningún deseo que su hermana fuese instruída de una abnegación, que acaso no sabía comprender. Guardó, por tanto, silencio, y esperó tranquilamente el día del contrato.

Llegó por fin aquel día; las dos familias y sus amigos se reunieron en el elegante salón de La Richardiere; el Notario leía el contrato, que los dos contrayentes escuchaban distraídos, Angela porque no comprendía y Leopoldo porque sólo pensaba en mirar á su prometida. Mas al llegar á las ventajas hechas por monsieur Félix á su sobrina menor, todos prestaron atención. Madama Darboys se ruborizó y la alegría brilló en sus ojos. Madama de Emmeryn se ruborizó

también, frunció las cejas, y su semblante tomó una expresión de descontento muy pronunciada.

Germana, sola, quedó tranquila y alegre; cuando la lectura terminó, cuando todos hubieron firmado, madama de Emmeryn se apoyó en el brazo de madamoiselle Honorina y la llevó al hueco de una ventana.

Durante mucho rato hablaron en voz baja é íntimamente, y al fin se oyó decir á la madre de Leopoldo con una expresión indescriptible de pena y ternura:

—Ha sido Germana, hubiera debido adivinarlo, ¡ah! porque mi hijo...

Detúvose aquí, pero madamoiselle Honorina había comprendido su pensamiento.

XI

Una nueva casa

Al día siguiente del matrimonio, y en tanto que los nuevos esposos y madama Darboys habían ido á visitar á su tío y tutor monsieur Félix, al que todos amaban tierna-

mente, Germana se sentó delante de su pequeño buró, y escribió á Valentina la carta siguiente:

Querida y buena hermana:

El gran acontecimiento ha tenido lugar. Angela es ya madame de Emmeryn.

Ya sé que tú has rogado al cielo con nosotros, para que esta querida niña sea feliz, y para que haga dichoso al que la ha elegido por compañera, y que la ama tiernamente. Leopoldo será para nuestra hermana un apoyo, un amigo indulgente y fiel, todo, en fin, lo que debe ser el hombre á quien se confía su vida, y con el cual debe marcharse por sus ásperos senderos.

Toda medalla tiene su anverso; á mamá le parece que Angela es demasiado joven para llevar por sí sola el gobierno de la casa; además, hubiera sufrido mucho quedándose en la Richardiere y dejando á la hija de la que no se ha separado jamás. Por consiguiente, se ha decidido que vayamos todos á establecernos á Tours, y que mamá y yo vivamos en compañía de los jóvenes esposos. La mudanza se hará antes del invierno.

Voy, pues, á dejar este asilo querido. ¡Ah, mi buena Valentina! al pensar esto, mi corazón se oprime, y me parece que lo pierdo todo al dejar estos lugares, donde hemos vivido juntas, donde ha vivido con nosotras nuestro padre, donde los árboles y las piedras y los viejos muebles tienen para mí un lenguaje familiar y me dicen: ¿Te acuerdas?

Tú, Valentina, tan separada ya de las cosas

de este mundo, me culparás quizá, pero sé que me compadecerás también, porque subes que sólo vivo por mis afecciones, y cuando algunas de estas se pierden en el abismo del pasado, cuando ya no son más que una sombra, ¿cómo no adherirse á los sitios donde eran una dulce y poderosa realidad?

La Richardiere va á pasar á otras manos; yo no recorreré ya estas calles, donde paseábamos con nuestro padre, suspendidas á su brazo, este cuarto donde murió tan confiado, tan tranquilo, tan valeroso, ni estos dos aposentos que tú y yo hemos ocupado sucesivamente en aquellos hermosos días en que pensábamos que nada podía separarnos jamás. ¡Dios lo quiere, es forzoso quererlo también, y ver el lado bueno del porvenir que se prepara.

No me separaré de mamá: veré con frecuencia á madama d'Emmeryn, que como te he dicho; es en extremo simpática; pero echaré mucho de menos la visita y el cariño de nuestro tío Félix y de nuestra buena tía; nos alejamos de ellos, y ellos á su edad no pueden acercarse á nosotros... ¡Aún otro sacrificio!

Hablemos de tí: tú eres dichosa, hermana mía, y tu última carta pintaba bien el puro contento de tu alma. Siempre te sigo con el pensamiento en tu vida activa. Cuando el Angelus *me despierta por la mañana, me digo: ya hace dos horas que está Valentina levantada: ¡cuántos buenos pensamientos habrá tenido ya!...*

Más tarde te sigò al hospital, y te veo siempre de pie, siempre activa y no dejando pasar ningún minuto que no esté señalado por algún

bien. ¡Qué cosecha para el cielo, y qué paz para tu corazón!

¡Ah, Valentina, desde que conozco el mundo, conozco también que has elejido la mejor parte; pero no á todos es dado el aspirar á ella!

Tus pobres están buenas, excepto la viejecita Martina, que se va despacio y dulcemente hacia el reino de los pobres; hacia ese hermoso reino que no tendrá fin. Todos los días me habla de tí. Guarda como su única joya el crucifijo que la diste, y me ruega que lea algunas páginas en alta voz, en los mismos libros que tú tenías costumbre de hacerlo.

Todos los sábados, después de misa, llevo al sepulcro de nuestro padre un ramillete blanco en nombre tuyo: el último sábado lloré mucho al ver suspendida de los brazos de la cruz una corona de siemprevivas con esta inscripción en el centro:

AL SALVADOR DE MI HIJO.

—La ha traído una aldeana de cerca de Montrinchart, señorita, me dijo el sepulturero: llevaba un niño de la mano al que ha hecho poner de rodillas sobre la sepultura. El chiquitín ha rezado un padre nuestro, y concluído le ha dicho su madre:

—Hijo mío, el buen señor que está aquí, te sacó del río, y á él le debes la vida: por salvarte nefermó y murió.

El niño, rodeó la cruz con sus brazos y la besó.

Yo lloraba, como te he dicho, hermana mía.

¡Pero qué dulce era este llanto! Estoy segura de que también será muy preciosa á tus ojos esta humilde corona que representa la que nuestro noble padre habrá recibido de Dios, porque El *ha dicho que no hay nada más grande que dar la vida por nuestros amigos, por nuestros semejantes.*

Me he distraído escribiéndote, pero los pensamientos tristes me asaltan de nuevo. ¡Es preciso dejar la roca Corbon y esta tumba donde reposa nuestro buen padre, que tanto nos quería! ¡Es preciso dejar este país que nos vió nacer, estos pobres que nos aman desde su infancia!

Ruega por mí, Valentina, porque lo necesito mucho!

¡Adiós, hermana mía; te abrazo mil veces, no me olvides tú, y adiós!

GERMANA.

Madama Darboys, á quien la joven dió esta carta, pasó la vista por ella y dijo suspirando:

—Sensible es, en efecto, dejar la Richardiere, más ¿podemos abandonar á Angela, tan joven y tan ignorante del mundo? Espero, Germana, que comprenderás mi determinación.

La vida es *un largo adiós:* esta verdad se viene afirmando desde hace largo tiempo, y Germana probó su amargura, como había probado muchas otras.

A medida que se avanza en el viaje, los

compañeros del camino nos abandonan y descienden silenciosamente por el misterioso sendero que lleva á otras comarcas; ya no se vuelven á ver los mismos paisajes; y sobre todo, en nuestra época borrascosa tenemos que decir adiós á los sitios donde hubiéramos deseado vivir, á la dicha y hasta á los vestigios de la misma.

Apoderóse de la joven un desgarramiento de corazón al salir de aquella casa querida que ya no debía volver á ver, al dejar aquellos jardines en los que aún creía ver errar la sombra esbelta y ligera de Valentina; aquella iglesia donde las dos habían hecho su primera comunión, y cerca de la cual dormía su padre en su lecho de tierra; aquellos lugares tan familiares á sus ojos y en los que cada grupo de árboles, cada accidente del terreno le recordaban alguna cosa.

¡Allí dejaba á sus buenos amigos del pueblo, con los cuales había cambiado tantas visitas y tantos pequeños servicios! ¡Allí dejaba á los pobres, á los que estaba unida por el dulce lazo de la caridad!

¿Podría anudarse de nuevo la prolongada cadena de sus costumbres, tan bruscamente rota? ¿Dónde y cómo podría ser, caso de que fuese?

¡Qué penosos detalles rodeaban además aquel doloroso sacrificio! Madama Darboys, conformándose en un todo á los gustos de Angela, había vendido su mobiliario, que le parecía de forma anticuada, y Germana vió irse, uno por uno, los viejos muebles, por

los que sentía ese respeto y ese cariño que guardamos á los testigos de nuestra infancia.

Sacados de su sitio ordinario, expuestos á completa luz, parecían, en efecto, feos y usados por demás, y no obstante, la joven lloraba al verlos.

Ninguna péndola artística, ningún mueble de madera de rosa ó de encina esculpida, ninguna tapicería de Aubusson, valían á sus ojos lo que el reloj de mármol y de cobre, la mesa de familia, el buró de caoba donde su padre escribía, y los anchos sillones donde cuando niña se sumergía con su hermana.

Germana pudo salvar algunos de aquellos muebles, los más preciosos á sus ojos, y los guardó para su cuarto; el resto de la casa de Tours fue arreglado de la manera más espléndida y más elegante.

En los primeros días del otoño y al regreso de un viaje de bodas al Mediodía, Angela y su marido vinieron á instalarse en ella.

Madama Darboys la recibió con transportes de alegría: había sufrido mucho lejos de su querida hija. Su correspondencia, cosa siempre incompleta y más tratándose de Angela, no había consolado su corazón entristecido. Contaba los días, las horas que faltaban para terminar la ausencia, y cuando vió á su hija, cuando la estrechó contra su corazón, su pasión de madre estalló en lágrimas, en besos, en palabras entrecortadas.

Angela estaba risueña; risueña como la

situación que Dios le había dado. Volvía de un viaje de placer, su marido la amaba y no la contrariaba jamás; entraba en una casa elegante, y todos sus deseos parecían haber sido previstos.

El invierno iba á ofrecer á la joven desposada una serie de fiestas, en las que aparecería bonita, elegante y adornada con los regalos de su canastilla de boda. Todo le sonreía y contenta de la vida hizo el presente á su madre de algunas caricias, envió una sonrisa á Germana y dijo una palabra amable á madama d'Emmeryn.

Leopoldo parecía dichoso al volver á ver á su familia antigua y nueva, dichoso de hallarse en su casa, dichoso de volver á su trabajo diario, á sus estudios, única cosa quizás que había echado de menos en su viaje de bodas y que sentía no tener, bajo la influencia del astro que no luce más que una vez, de la serena luna de miel.

Bajo estas primeras impresiones Germana se reconvino á sí misma. Se dijo que sus temores habían sido exagerados; se acusó de haberse dejado llevar de un sentimiento hostil á su hermana y pensó que la vida sería más dulce y más fácil de lo que en un principio había creido. Abandonóse á esta esperanza y procuró crearse en casa de su hermana alguna distracción, como se procura acomodarse lo mejor posible en una tienda levantada para mucho tiempo.

Dos meses habían pasado desde la llegada de Angela, cuando su hermana creyó no-

tar por observaciones diarias y reiteradas que el humor de madama Darboys cambiaba sensiblemente.

Susana, que hasta allí había tenido un carácter dulce é igual, encantador, lo que justificaba, á pesar de su desdén, el amor de sus dos hijas mayores; Susana, aún bella, elegante siempre y que al lado de su hija menor hubiera desafiado todas las desgracias de la tierra; Susana, que á la sola vista de Angela parecía tener el corazón lleno de dicha y no pedía nada más; Susana parecía agitada, pensativa; no se vestía y su dulce acento de toda la vida habíase cambiado en el ronco y amargo que da una continua y dolorosa preocupación.

Su traje descuidado y lo enrojecido de sus ojos acusaban la pena, el insomnio y el llanto, y, sin embargo, Angela estaba allí, la veía á todas horas y la podía oir casi todo el día.

Germana advirtió con sorpresa que su madre hablaba á su hermana menor con una acritud brusca, que Angela recibía, asombrándose también de ella, de una manera muy poco respetuosa.

Una persona extraña, ni aun hubiera advertido aquellos ligeros matices que son el pan de cada día, y que se deslizan desapercibidos entre las personas que se aman; pero que son pretextos de querella en las familias desunidas.

—Angela,—preguntó una tarde madama Darboys:—¿saldrás esta noche?

—No sé, mamá,—respondió la joven:—no hay nada decidido.

—¡Muy bien! ¡tienes secretos para mí! ¡no debo saber lo que haces! ¡es muy justo! ¿qué significa una madre?

—¡Dios mío! ¿qué dices, mamá? ¿qué tienes? ¡secretos yo! ¡esto ya no es inquisición! ¡es persecución!

—¡Angela!

—¡Ya lo ves! ¡esto llega á ser fastidioso, irresistible! ¡Yo no puedo ser ya tratada como una niña! Leopoldo piensa como yo, y lo dice también...

Estas últimas palabras destilaron veneno en el corazón de madama Darboys. Estaba celosa con unos celos que no podia confesar, crueles, y que la devoraban en silencio, llenando todas las horas de su vida de amargura; estaba celosa del amor que su hija tenía á Leopoldo. Se la había dado con alegría, y ahora quería recobrarla; la idea de que Angela no le pertenecía ya, era superior á sus fuerzas, y lo eran también las pruebas de cariño que daba á Leopoldo y que por su novedad tenían mucha analogía con la pasión.

Angela amaba á Leopoldo, porque éste la adoraba, porque su único deseo era complacerla y verla dichosa, y la joven tenía por su marido atenciones que desgarraban el corazón de la infeliz madre.

Jamás la indolente afección que ésta había recibido á cambio de diez y ocho años de abnegación ciega y de sacrificios, jamás

se había parecido á la preocupación constante, á la franqueza llena de gracia, á la ternura familiar que la joven esposa demostraba al que había despertado su corazón, sacándola de las nieblas de la infancia, y por legítimo que fuese este amor, Susana no podía soportar la expresión de él.

Comprendía hasta qué punto sus celos maternales eran condenables y ridículos y los ocultaba; pero esto era ocultar en su seno una serpiente que la devoraba, sin que se atreviese á quejarse.

Su carácter se agrió; su alegría fue sofocada por las lágrimas; sus maneras perdieron su encantadora dulzura; hablaba duramente á su hija menor y la reñía; contradecía con malevolencia las opiniones que expresaba Leopoldo, y en cuanto á Germana, la trataba con más indiferencia que nunca.

Por desgracia, Angela no contaba la paciencia entre sus cualidades; replicaba á su madre con la libertad de sus relaciones, con la familiaridad que tanta indulgencia y tanta adoración habían autorizado. Madama Darboys callaba entonces y se confesaba vencida; hasta hacía tímidos esfuerzos para ganar de nuevo una afección sin la cual no podía vivir: seguía á su hija, le decía cosas dulces, agradables, tiernas; prevenía sus deseos de un traje nuevo, de un sombrero; se adelantaba á sus deseos de ama de casa y no se la veía tranquila hasta que la frente de Angela se aclaraba y proyectaba un rayo sobre la suya.

¡Ay! ¡esta calma era pasajera! Una palabra de la joven á su marido levantaba una nueva tempestad; y en seguida madama Darboys compraba la paz con nuevas concesiones.

Estos combates esparcían una especie de malestar en esta familia, que hubiera podido ser tan dichosa. Leopoldo, que presentía la causa de las agitaciones de su madre política, se dominaba en su presencia: trataba de no darle motivos de pena, y evitaba sobre todo el dirigir á su mujer alguna de esas palabras que demuestran una intimidad exclusiva. Ángela se callaba con frecuencia: pero su silencio no estaba exento de enojo. Madama Darboys, alegre y triste por intervalos, según su hija le había sonreído ó no, llevaba siempre con ella el malestar. Sólo Germana parecía tranquila: una larga costumbre de sentimientos dominados y de pesares ocultos no le permitían encontrar su posición difícil.

Las horas de las comidas eran sobre todo las más penosas: frecuentemente presidía en ellas un silencio sombrío. Leopoldo callaba, queriendo evitar todo motivo de disputa. Ángela callaba, porque estaba descontenta; su madre, porque estaba triste; Germana, porque no sabía qué decir. Sin embargo, sucedía algunas veces que esta última creía deber aventurar alguna palabra y hacer algún esfuerzo para disipar aquellas nubes y animar la conversación: hablaba de la lluvia ó del buen tiempo, ó de una visita

recibida, ó de un libro que había leído. Leopoldo sólo levantaba el guante y se cruzaban entre los dos algunas palabras amistosas.

En tanto que hablaban, Angela se sumergía en su mal humor y su madre en su tristeza cada vez mayor.

Pronto fue Leopoldo quien buscó la conversación de Germana, porque hallaba en ella los recursos de un talento cultivado por sólidas lecturas: la joven poseía riquezas de inteligencia que Angela no había conocido, y el joven esposo se dejó llevar del natural placer de cambiar algunas ideas: agradábale hablar de literatura, y Germana, que en su soledad de la Richardiere había leído mucho, podía discutir con él; hablaban del teatro alemán, que ambos conocían á la perfección. Leopoldo elogiaba á Goethe; Germana prefería á Schiller. El citaba á *Goetz de Berlichinguen*, y sus bellezas caballerescas. Ella respondía con *Guillermo Tell* y sus bellezas campestres, y los dos se animaban sin reparar en el aire de desaprobación de Angela y en la fisonomía pensativa de su madre.

—No hablemos más, hermana mía,—dijo un día Leopoldo levantándose de la mesa;—te leeré á *Goetz*, y te haré convenir, por lo menos, en que es muy bello, y que el génio de Goethe ha llegado en ese libro hasta una altura increible.

Al día siguiente madama Darboys se hallaba sola con Germana, que bordaba tran-

quilamente; de súbito la madre dijo á la hija con tono breve:

—Germana, tengo que pedirte una cosa.

—¿Qué es, querida mamá?

—Que no te apoderes de la conversación como lo haces en estos últimos días; no es conveniente para una joven aparecer instruída como un pedante de colegio; además, ¿no has pensado en que Angela puede ofenderse de tus frecuentes apartes con su marido?

—¡Mamá, sólo he hablado con Leopoldo en las horas de la comida, y cuando estamos todos reunidos!

—Es igual, y te repito mi observación.

—Confieso, mamá, que no creía haberla merecido.

Germana no dijo nada más, y encerró dentro de su corazón los sentimientos tumultuosos que pugnaban por salir de él; jamás una injusticia la había causado tanta pena, ni tan profunda herida á su delicadeza y á su altivez.

Madama Darboys, incómoda con lo que acababa de decir, salió de la estancia, y su hija, sola ya, lloró durante largo rato.

Germana sintió la necesidad de depositar esta injuria á los pies de un crucijo, y no rebró su calma hasta después de haberse quejado á Dios como á su padre.

Pero desde aquel instante deseó abandonar una casa donde sus intenciones más puras eran sospechosas, y en la que, dando á los que le rodeaban los nombres sagrados de

hermano, de hermana y de madre, no tenía protectores ni amigos.

Madama Darboys había hecho esta *ejecución* por complacer á su hija querida; á este precio había comprado la paz, porque Angela estaba disgustada y silenciosa desde hacía algunos días.

Germana se dió por advertida, y evitó todas las ocasiones que Leopoldo la ofrecía de hablar y de discutir; y al fin éste se dijo:

—Germana sería muy amable si ella quisiera, pero es mudable y fantástica como la luna.

XII

Un juez de paz

A contar de aquel momento, Germana se encerró más y más en esta vida interior de la que conocía los goces melancólicos. En su cuarto encerró el universo: allí encontraba su pequeño oratorio, sus libros, sus lápices, su aguja, todo lo que podía dulcificar sus tristezas y abreviar el curso de las horas.

Informábase lo menos posible de las revoluciones domésticas que la afligían, pero sobre las que no ejercía ninguna influencia. Leía con frecuencia *La Imitación*, que da tan suaves consuelos á las almas solitarias, y tan dulces consejos á los que tienen que sufrir con el carácter ajeno, y aun le estaban reservadas otras distracciones. La señorita Honorina venía á verla con frecuencia por la mañana, y la traía siempre un hermoso ramillete, cogido en la Roca-Corbon.

Por la noche madama de Emmeryn, iba con su labor, y mientras Susana y los jóvenes esposos iban al teatro ó á alguna reunión ó concierto, se instalaba cerca de la chimenea de Germana, y ésta, que no tenía ya ningún motivo para disfrazar los encantos de su carácter y de su corazón á la amable señora, que buscaba su amistad, hablaba con ella con la más grata confianza, y á pesar de la edad que las separaba, se habían enlazado con una verdadera y dulce amistad.

La señorita Honorina había contribuído un poco á esta afección; ella también se había hecho muy amiga de madama de Emmeryn, y como la boca habla siempre de lo que ocupa el corazón, la hablaba de Germana, y poco á poco la había revelado lo que la joven había ocultado siempre: el secreto íntimo de sus virtudes y de sus penas.

Estas confidencias entristecían á madama de Emmeryn: ya su experiencia de mujer de mundo la había iluminado acerca del carác-

ter de Angela, y veía hasta el fondo de esta alma egoista y ligera: había adivinado por una intuición de madre, los celos maternales de madama Darboys, y había asistido á algunas pequeñas escenas de interior, en las que el dolor imperioso, por una parte, y el desdén por la otra, la habían hecho temblar por la felicidad de su hijo.

—¡Ha pasado al lado de la dicha!—decía suspirando.—¡Ah, si yo hubiera conocido mejor á Germana le hubiera obligado á ser dichoso!

Estas ideas la preocupaban con frecuencia y hablaba discretamente del porvenir de Germana con madamoiselle Honorina.

—Mi hermano y yo quisiéramos verla casada,—decía la vieja señorita, dominada por su idea favorita.—Mas parece que esto no agrada á madama Darboys, porque no cesa de repetir á quien quiere oirlo, que Germana no tiene vocación por el matrimonio.

—¿Y es eso verdad?

—Mi querida amiga, Germana es demasiado delicada y demasiado noble para soñar novelas de amor, y si no se casa, tomará su partido, como he hecho yo y tantas otras; pero nunca me ha dicho que tenga resuelto ser célibe. ¿Y qué es lo que la puede hacer desear el permanecer soltera? ¿De qué dichas disfruta? ¿Quién la manifiesta afecto? Su madre sólo vé á Angela, y sólo en Angela piensa; la ama hasta el punto de estar celosa, y pasa su vida en quejarse de esta niña, y en adorarla... ¿Y qué hace en tanto

Germana? ¡Vive absolutamente sola! Félix y yo somos demasiado viejos para recibir gentes, para hacer relaciones que nos permitiesen elegirla un buen marido. Pero confieso que me causa mucha pena el verla soltera, á ella que sería tan buena esposa, tan tierna madre.

—¡Germana se casaría!—murmuró pensativa madama de Emmeryn;—¡bueno es saberlo!

Después de esta conversación la madre de Leopoldo tuvo frecuentes y misteriosas conferencias con madamoiselle Honorina y con Mr. Félix, hasta que una noche, sabiendo que Angela, su madre y Leopoldo habían ido á un baile, fue á ver á Germana.

—Está visto que cuando todos van á divertirse, vos os quedáis en casa, querida mía,—la dijo.

— Como Cendrillon,—repuso sonriendo Germana;—y ya veis, señora, que como ella, también tengo bellas visitas. No me gustan los bailes, como ya os he dicho.

—Y os doy por ello la enhorabuena. ¡Vamos! vedme aquí establecida en el sillón que tenéis la bondad de llamar *mio:* el fuego está como á mi me agrada, las cortinas están corridas: ¿no os parece que esta es la hora de las confidencias?

—Si tuviera yo que hacer alguna, no pudiera elegir mejor instante.

—¿Y si tuviera que hacerlas yo?

—Las escucharía con mucho gusto, querida señora.

—Pues bien, mi querida Germana, ya sabéis el afecto que os tengo, ¿no es verdad? El título de amiga no me basta, y quisiera acercaros á mí por los lazos de la familia... quisiera llamaros, por ejemplo, mi sobrina, y he encontrado el medio... ¿consentiréis en ello?

Germana se ruborizó, y respondió balbuceando:

—No sé si os comprendo, señora...

—Hablemos seriamente, hija mía; lo mismo que vuestra tía Honorina, deseo veros casada, y he pensado en un joven muy digno, próximo pariente mío, pues es hijo de mi prima hermana; mi deseo más vivo es haceros mi sobrina, él os ha visto y desea lo mismo que yo. Vos le conocéis también; ¿os acordáis de Armando Legléve, que era vuestro vecino de mesa en mi casa, hace unos quince días?

—Sí, señora.

—No se puede decir que sea un hombre de una elegancia refinada, ni se puede llamar un muñeco del gran mundo; pero yo respondo de su corazón; posee un espíritu sólido y juicioso, una instrucción profunda; sus maneras, como habréis podido juzgar, son sencillas y corteses; es un cristiano práctico, y tiene el alma más afectuosa y más llena de abnegación de cuantas conozco. Con él seréis dichosa y estimada, mi querida Germana. Hablemos ahora de su posición: es sencilla y sólida como el mismo Armando; es huérfano y posee una fortuna más que

regular, clara y limpia; para empler su tiempo y su inteligencia, es Juez de Paz en una de las residencias campestres de nuestra Turena; pasa su vida en hacer bien y en estudiar la agricultura del país, y aún más, la floricultura, porque es apasionado por la botánica. Ya lo véis, mi sobrino es una mezcla de Magistrado y de sábio, que promete á una mujer la vida más tranquila y la más honrosa; además, todas las prendas de su carácter convienen con el vuestro, y creo, mi querida niña, que este esposo reemplazaría á Valentina cerca de vos; ¿qué pensáis de lo que os digo?

Germana había escuchado con una atención profunda; cuando la madre de Leopoldo dejó de hablar, levantó sus dulces ojos y dijo:

—Monsieur Legléve ha elegido buen embajador.

—¡Ah, mi querida sobrina! mi querida hija,—exclamó madama de Emmeryn abrazándola repetidas veces,—decidme que consentís.

—Hablad á mi madre, querida señora; por mí, seré feliz con la suerte que me destináis.

—Mañana mismo hablaré á Susana; vuestro tío Félix está ya prevenido. Conoce á Armando y le quiere mucho, ¿pero vos os resignaréis á vivir en el campo, querida Germana? Sois joven, sois bonita, y debíais esperar compensaciones después de casada, por la soledad en que os han tenido hasta hoy.

—Me agrada la vida del campo más que todas las diversiones, mi querida y buena amiga.

—¡Oh, qué feliz será Armando!—exclamó madama de Emmeryn,—y vos también, querida mía, ¡os lo prometo en su nombre! ¡Dios mío! ¡qué dicha ha perdido mi pobre Leopoldo!

Detúvose la palabra en los labios de madama de Emmeryn y llevó el pañuelo á los ojos; la pobre madre sentía celos por una felicidad que se anunciaba tan pura y que no había podido dar á su hijo querido.

Madama Darboys, sorprendida, no halló de improviso ninguna objección que hacer; dijo, sin embargo, que era necesario consultar á Germana, y cuando ésta hubo dado su aquiescencia con su modestia acostumbrada, la casa fue abierta para monsieur Armando Legléve, al que presentó el tío Félix, que no cabía en sí de gozo.

Madama de Emmeryn no se había engañado. Muy pronto reconoció Germana en este hombre un poco tímido, el alma y el carácter que le convenían y que podían reemplazar la más cara afección de su vida; la de Valentina; dividido con él, el camino de la existencia le parecía seguró y fácil.

Monsieur Legléve poseía esa dulzura, esa bondad que dan tanto encanto á la existencia entre dos; la lealtad que tranquiliza y la nobleza de corazón, que hacen á la mujer estar orgullosa de su esposo.

Este hombre comprendía á Germana y la

amaba; ella le amó á su vez, y durante los seis meses que pasaron hasta su matrimonio, la joven olvidó el pasado y sus pesares, y no echaba de menos en las perspectivas rientes del porvenir más que dos figuras: ¡su padre y Valentina.

XIII

Días hermosos

El día del casamiento llegó por fin.

Germana, conmovida, y un poco pálida, abrochaba con mano trémula los corchetes de su traje blanco de seda, cuyo corte elegante hacía resaltar la gracia de su flexible talle.

En su rubia cabellera estaba ya prendido el ramo simbólico de azahar; su madre arreglaba los pliegues del velo que debía completar su traje nupcial.

Angela, siempre encantadora, y vestida con un traje de gran riqueza y exquisito gusto, prestaba poca atención á su hermana; de pie, delante de la chimenea, miraba con

atención un estuche donde llameaban con mil fuegos un soberbio broche y unos incomparables pendientes, todo de brillantes. Angela los movía y lanzaban todos los reflejos del arco iris; los alejaba, los acercaba, y parecía hallarse bajo el peso de una profunda preocupación.

—¿No te pones siquiera el broche?—preguntó á su hermana.

—No,—respondió ésta;—me lo pondré con los pendientes para la comida; ahora llevaré los pendientes y el collar de perlas que me ha dado mamá.

—¡Ah!—exclamó Angela con un ligero tinte de amargura en la voz,—es en verdad una extraña idea el regalarte brillantes á tí, que vas á pasar la vida en un pueblo.

—Por eso monsieur Legléve no ha comprado para mí esos diamantes; son de su madre, como él mismo dijo al dármelos.

—Ya lo sé,—repuso la joven,—y eres bien dichosa en casarte con un hombre que ha podido poner diamantes en tu canastilla, mientras otros...

Detúvose, y arrojó una mirada desdeñosa y enojada sobre los brazaletes que llevaba, y que no tenían más valor que el del gusto de la elección.

—¡Un brazalete de mosáico!—murmuró;—¡otro de turquesas!... ¡no hay miedo de que me cambien con la reina de Golconda!

—Pero, Angela,—exclamó Germana, á la que esta conversación causaba pena;—acuérdate de que tuviste opción entre las joyas y

los chales de cachemir; elegiste dos de estos últimos, uno blanco y otro negro... ¿por qué te quejas ahora?

—¡Mis chales! ¡ya me fatiga solo el verlos! ¡Leopoldo debía y podía regalarme también diamantes, que no cansan nunca!

—Mira,—dijo Germana,—si pudiera disponer de esas soberbias joyas que, como sabes, anoche mismo me ha traído Armando, en este instante te las daría; ¿qué tesoros se pueden igualar á la alegría interior que yo siento, que tengo en el fondo del alma? ¿qué tesoros no daría yo porque nada turbase la armonía de mis pensamientos, porque una nota discordante no turbase este íntimo concierto? pero ya sabes, hermana mía, que estas joyas las ha guardado siempre Armando para su esposa, y yo he aceptado con ellas el respeto á la memoria de su buena madre.

Madama Darboys sufría cruelmente con las reflexiones amargas de su hija menor, porque expresaban un deseo que no le era dado satisfacer en el mismo instante. De buena gana hubiera invocado la lámpara de Aladino, para arrojar á los pies de la hermosa joven las joyas maravillosas que aquel llevó á la hija del califa; mas por lo menos apuntó en su memoria un deseo que era para ella, como todos los caprichos de su hija, una orden imperiosa.

Angèla cerró el éstuche y lo puso sobre la mesa.

—¿Y te conformas sin viaje de boda?—preguntó á su hermana.

—¡Cómo, sin viaje de boda!—exclamó la desposada con animación;—¡se ha decidido que iremos á Cambray para ver á Valentina!

—¿A Cambray? ¡una de las ciudades más viejas de Francia! ¡hermoso viaje!

—¡Qué importa la ciudad, con tal que abrace á Valentina!

—¿Estás contenta? pues mejor para tí; yo fuí á los Pirineos y no me pareció demasiodo; no hay en la vida más que una luna de miel y un viaje de boda.

—Querida Angela,—interrumpió su madre,—ya es tiempo de que vayas á ponerte el sombrero y á avisar á tu marido; toda la familia está en el salón.

—¿Está también la tribu de los Leglève? ¡Vamos á ver figuras curiosas! Perdón, Germana; no creas que lo digo por Armando, que es muy agradable y simpático.

Angela salió riéndose, y Germana pudo anudar el hilo de sus pensamientos, dulces y graves á la vez.

Estaba tranquila como siempre y su semblante era el espejo de su alma, inundada de tranquilidad y de confianza hasta en las lágrimas que se deslizaron por sus mejillas al recibir las bendición nupcial, sintiendo la mano que debía conducirla en la vida, estrechar tiernamente la suya; hasta aquellas lágrimas estaban llenas de encanto, y durante todo el día de su casamiento, sólo tuvo un instante de penosa emoción; al separarse de su madre que lloraba, como había llorado el día que partió Valentina.

A la vuelta de su viaje de boda, piadosa peregrinación al país de la amistad, Germana fue en seguida á tomar posesión de su casa; de su querida casa, en la que entreveía toda una existencia de dicha y de santos deberes.

Fatigada por el ruído y el polvo de los grandes caminos, tuvo como una visión de paz, cuando á la vuelta de un sendero, su marido le mostró un lindo pueblecito y una casa un poco separada, cuya blanca fachada sonreía entre los árboles y le dijo:

—Mira nuestra casa, Germana. ¡Mi querida y dulce compañera, que seas bienvenida á ella!

Imposible era soñar un sitio mejor para abrigar la felicidad; aquella población, situada entre Climón y Richelieu, á la orilla de un río que lleva á Loira sus aguas transparentes, reune cuanto crea la belleza de los paisajes: el sol, la verdura, la ondulación de los terrenos, y el movimiento de las aguas.

La morada de monsieur Legléve estaba separada de la última casa del pueblo, que era grande, por una huerta inmensa, cuyos nogales y manzanos se doblaban ya bajo el peso de su fruto. La casa, antigua, era espaciosa y risueña; edificada con piedra blanca, el tiempo le había dado las tintas del ámbar; al lado del Norte, una hiedra la vestía con su tierna verdura. Al Mediodía, los jazmines, las glycinas, la madreselva y la clemátida, se enlazaban, subían y guarnecían las ventanas con sus guirnaldas variadas. En el

peristilo, los geranios purpúseos y las rosas blancas deslumbraban los ojos, y Armando enseñó á su esposa un banco preparado á la sombra, y en medio de las flores.

—Aquí nos sentaremos por las tardes,—le dijo,—y veremos ponerse el sol detrás de los castaños.

Entraron en la casa. Germana la amaba ya antes de haberla visto, y la amó mucho más después de tomar posesión de ella. Todo era sencillo y cómodo; el salón tenía muebles muy antiguos y grandes retratos, y sus ventanas se abrían sobre el parterre, tapizado de rosas; el dormitorio era modesto, pero blanco y risueño; el comedor, grande, amueblado con vieja encina, y en el techo se veían las antiguas vigas, como en los salones feudales; las ventanas se abrían sobre el frondoso castañar, que á la hora de la comida iluminaba el sol con sus últimos rayos.

En el gabinete de Armando se veían los tesoros de las noches de invierno, los libros antiguos y nuevos, los clásicos y los románticos reunidos en paz dentro de una vasta biblioteca.

El resto de la propiedad alegraba el alma y la vista; el parterre estaba florido, como un inmenso ramillete, y el huerto, ancho y cuidado, tenía campos de césped que servían de alfombra á los grandes árboles frutales, llenos ya de rica cosecha.

—Nuestros hijos jugarán aquí,—murmuró Armando con voz conmovida y estrechando la mano de su mujer.

Esta lo admiraba todo: las rosas, los albaricoques, las coliflores, los bosquecillos, que le prometían tan encantadores paseos, los cuadros de hortalizas, que prometían tan buenos platos. La amable joven halló palabras afectuosas para los criados, caricias para los perros de Armando y nombres familiares para la cabra, las palomas y las gallinas, á las que ofreció cuidar por sí misma. Era dichosa, en fin, y el recuerdo de Valentina, á la que acababa de ver dichosa también, ponía el colmo á su alegría.

No se describe la dicha, no se puede referir esa dulce monotonía de los días felices, ni esos acontecimientos tan pequeños para los indiferentes, tan grandes para los que aman.

Una corta ausencia que dulcifican las cartas, un paseo por los campos, la primera violeta encontrada á la entrada del bosque, una lectura hecha á dos, en la que la misma palabra, el mismo pensamiento, han despertado en dos corazones la misma emoción, y en fin, el más santo de los goces, el nacimiento del hijo tan esperado y tan deseado, todo esto fue para Germana un manantial inagotable de alegrías. Su alma estaba hecha para comprenderlas y se hallaba contenta viviendo lejos del mundo que distrae, disipa, extravía y pone con frecuencia los pequeños placeres en el sitio de las grandes felicidades; cambio digno de salvajes que dan el oro por el vidrio.

Nada fue perdido para Germana, ni en las

íntimas dulzuras de la vida *á dos*, ni en los primeros é incomparables goces de la maternidad: al cabo de tres años, dos cunas, dos huéspedes nuevos, ocupaban su casa y su corazón.

Veamos cómo contaba ella misma á Valentina su dicha, sin temor de excitar su envidia: porque sabía que su hermana, su fiel y tierna amiga, había colocado más alto que en la tierra su amor y sus esperanzas.

Mi querida y buena Valentina:

Armando está en el Tribunal, y juzga las pequeñas reyertas de nuestros aldeanos: Gabriela forma corderos de madera sobre el césped. Marcelo duerme con las manos cruzadas en su camita: yo estoy sola y libre y voy á hablar un rato contigo.

Puedes suponer lo dichosa que seré con el nacimiento de este segundo hijo tan deseado, es un motivo más de gratitud hacia Dios, que me ha quitado mucho, pero que me ha dado mucho también.

Cuando me veo en esta apacible morada, en medio de este paisaje, que un pintor envidiaría; cuando oigo como en este momento al ruiseñor prolongar sus trinos en mi bosquecillo de lilas y de jeringuilla; cuando pienso en mi marido tan bueno, tan perfecto para mí, alma gemela, que tu ternura ama y comprende tan bien, cuando pienso en mis hijos, que serán la corona de nuestra vida, mi corazón rebosa de gratitud, y necesito rezar...

Me has dicho, Valentina, que tú experimentas lo mismo al pensar en tu vocación; que al considerar por qué admirables resortes te ha llevado Dios adonde quería; al ver las manifestaciones directas de la Providencia respecto á tí, no podías menos de abismarte en un profundo recogimiento... Mi querida hermana, aunque marchamos por sendas diferentes, nos comprendemos, como siempre.

Una sola cosa me apena y me inquieta, y es la posición de nuestra madre. La veo triste, pensativa; envejece por días y ha perdido aquella encantadora alegría, aquella suavidad, que daban tan incomparable atractivo á sus maneras y á su conversación. No se queja de nada ni de nadie jamás, y no obstante, adivino que sufre. No me atrevo á preguntarle nada, porque ya sabes que no me respondería.

Angela está ya buena; largo tiempo ha sufrido las consecuencias del nacimiento de su hijo, al que no ha podido alimentar á su seno. Raoul es un niño delicado y hermoso y yo le encuentro mucho parecido con nuestra madre, cuya pura y distinguida belleza era nuestro encanto: ya sabes que el parecido suele saltar toda una generación.

Mamá y madama Emmeryn se disputan al niño, están locas con él, y llenan de tal suerte sus deberes de abuelas, que Angela no tiene que hacer por su hijo otra cosa que amarle. Ya lo ves: la vida de nuestra hermana continúa como empezó: en los senderos fáciles.

Su marido está entregado por completo á las exigencias de su empleo: yo le creo un poco am-

bicioso. No secontentaría él con ser Juez de Paz de C... y nosotros hallamos nuestra suerte tan bella!

Marcelo se despierta, y me obliga á dejarte. Adiós, hermana mía. Adiós, mi Valentina: te abrazo mil veces: ruega por Armando, por mis niños y por tu hermana

GERMANA DARBOYS DE LEGLÈVE.

Gabriela me pide muchas veces tu retrato para besarle: dentro de dos ó tres años te la llevaré.

Escribiendo así á Valentina, Germana vertía sobre el papel toda su alma, pero no todo su pensamiento; no quería llevar la inquietud al ánimo de su hermana, revelándole lo que sabía acerca de Angela y de su madre: no quería dar á Valentina, que había elegido la suerte del trabajo y del sacrificio una pena, añadida á la austeridad de su vida, y guardaba para ella sola las ráfagas de luz que le llegaban alguna vez, y que aclaraban dolorosamente la existencia de madama Darboys; madamoiselle Honorina y madama Emmeryn, eran las que, sin que ella los solicitase, le daban estos informes.

—Parece,—le decía la vieja señorita,—que Angela tenía sed de reinar: ha significado á tu madre que en adelante será ella quien dirija la casa, y que los criados recibirán únicamente sus órdenes.

—¿Y mamá ha cedido?—preguntó Germana.

—Según su costumbre. ¿No es la muy humilde y muy obediente servidora de Angela? ¿No teme ante todo disgustarla y hacer la vida en común imposible?

—Más en fin, ¿qué motivo da mi hermana? Mamá es una excelente ama de casa.

—Eso es justamente lo que la disgusta. la encuentra demasiado económica, demasiado *mirada:* dice que no está al nivel del progreso y que no adopta bastante pronto las invenciones del lujo; encuentra su manera de disponer estrecha y mezquina. Angela va á cambiarlo todo: lo que dará como resultado, el que tu madre estará en casa de sus hijos, y no sus hijos en su casa.

—¡Tanto peor!—respondió tristemente Germana.

—Es posible que sea peor: ¿Pero qué remedio? Tu madre no debía envejecer ni tener ideas antiguas y rutinarias: ¡no se puede envejecer cuando se depende de una hija egoista!

—Mi madre no depende de mi hermana.

—Depende por el corazón; ahí es donde su cadena está soldada, y para siempre. ¿Qué no hace para alcanzar de Angela una mirada dulce? El otro día fue el santo de tu hermana: al irse á vestir halló sobre la mesa de tocador dos botones de brillantes para las orejas, que completaban todo su aderezo; eran una pequeña atención de Susana á su hija.

—¿Y Leopoldo, qué dice?

—Poca cosa: se entrega por completo á sus negocios, y se cuida poco de su casa; entre nosotras, Germana, hay que convenir en que no ha hallado lo que soñaba.

Germana suspiró, pensaba en madama de Emmeryn, que había puesto en aquel hijo único su amor y su alegría y que sufría al ver que no era dichoso; la joven comprendía mejor que nunca el corazón de una madre, al lado de la cuna de Marcelo. Además, madama de Emmeryn no le ecultaba sus penas; su amistad por Germana era demasiado grande para no ser explícita y algunas veces le decía:

—Mi hijo ha tenido su ideal como los demás, pero se ha apercibido de que su ideal era sólo una ilusión; él hubiera sabido apreciar la dicha doméstica, su mujer y sus hijos hubieran tenido el sitio mejor de su vida, pero vuestra hermana no lo ha comprendido. Angela se ama, ante todo, á sí misma, y después ama al mundo que la halaga. Su interior está vacio y helado. Raoul, confiado á una niñera, apenas ve á sus padres; cuando Leopoldo vuelve á las horas de las comidas, es para asistir á una escena entre Angela y su madre, ó á otra escena más ruidosa entre Angela y los criados. Cuando no hay nubes en la atmósfera, la conversación rueda siempre acerca de los asuntos de la moda, y de los chismes de la sociedad, como por ejemplo:

—Ayer había veinte mesas de juego en

casa de madama A... madama B... llevaba unos magníficos encajes de Chantilly ¿cómo harán esas gentes para tener ese lujo?

—Madama C... ha estrenado el cuarto sombrero en esta estación.

Ya comprendéis, Germana, que mi hijo necesitaría otra cosa porque tiene corazón é inteligencia.

—¿Por qué no ha probado á ver si podía formar el carácter de mi hermana?

—Eso hubiera sido muy difícil: no se consigue nada con los séres secos y fríos; el mármol cede á los golpes del martillo, pero el carácter de Leopoldo no es para ser martillo.

—¿Ni yunque?—preguntó Germana sonriendo.

—Aún menos; mi hijo ha puesto el interés de su vida en otra parte: en la ambición.

Madama de Emmeryn había visto claro en el alma de su hijo: disgustado del hogar doméstico, había pedido al trabajo y al éxito un alimento para la actividad de su alma, y buscaba el subir con esa avidez que los empleados del Estado conocen solos, y al lado de la que la sed de dinero de un banquero judío es mucho menor.

Lo que se desea con voluntud se obtiene. Leopoldo ascendió y después obtuvo lo que tan ardientemente había anhelado, su nombramiento en París para uno de los puestos más importantes del Ministerio de que dependía.

Madama Darboys fue por sí misma á anunciar esto á Germana.

—¿Y vais á seguir á Angela, querida mamá?—preguntó Germana toda turbada con este cambio de situación.

—¿Y cómo haría sin mí la pobrecita? ya tiene dos hijos: Raoul, tan delicado, y Luisa que sólo tiene dos meses, un viaje, una mudanza, y mil dificultades que acompañan á un cambio de existencia! En París tendrá que frecuentar la sociedad á causa del destino de su marido... le seré necesaria, y me ha rogado que la siga.

El rostro de la pobre madre tomó una expresión radiosa; ser necesaria á Angela había sido el fin de toda su vida.

—Ahora veré á Valentina,—añadió, pues que está en Val de Grace y esto me hará muy feliz; y tú, Germana, ¿no vendrás á vernos también?

—Sí, mamá; pero no me será posible hasta que acábe de criar á mi pequeño Marcelo.

—Que será pronto, porque el niño está hermoso y robusto; los hijos de Angela son más endebles que los tuyos.

La conversación siguió así rodando sobre asuntos indiferentes. Ni Germana ni su madre se atrevían á abordar el fondo de la cuestión; ninguna confianza se cambió; por nada en el mundo hubiera confesado madama Darboys á Germana que no había hallado en su hija predilecta ese cariño tan esperado, tan deseado, y Germana tenía de-

masiada dignidad para forzar la confianza de su madre, y demasiada delicadeza para elogiar su dicha, delante de la que llevaba tanta tristeza en el fondo del alma, y algunas veces tantas lágrimas en el fondo de los ojos.

Así se separaron, sin que aquellos corazones, distantes desde hacía tanto tiempo, se reuniesen en una sola expansión; más por la noche Germana lloró con la cabeza apoyada en el hombro de Armando, y añadió á sus oraciones esta súplica:

—¡Dios mío, velad sobre mamá! ¡Dios mío, dadme un amor igual para todos mis hijos!

Las cartas que empezó á recibir de Angela y de su madre no le decían nada de íntimo: Germana sentía que un lado de la vida de aquellos dos séres permanecía para ella velado y oculto. Angela hablaba de París; decía que se divertía; le describía y enumeraba las brillantes relaciones que debía á la posición de su marido. Madama Darboys escribía brevemente; hablaba de la dificultad de establecerse, de los malos ratos que dan los criados, de las pequeñas dolencias de Raoul y de Luisa, y terminaba bruscamente con algunas palabras de afecto para Armando, de cariño para su mujer y sus hijos; en todas sus cartas evitaba cuidadosamente todo detalle personal.

—Es un alma cerrada,—decía Armando algunas veces.

—Para nosotros,—respondía su esposa con tristeza.

La situación de su madre era para la joven la espina oculta bajo las rosas; el dardo que se lleva en el fondo del pensamiento, y que impide que la dicha de aquí abajo sea completa.

Durante algún tiempo, Valentina pudo decirle de su madre lo que sabía, y sobre todo lo que adividaba; pero la habían alejado de París: acababa de ser nombrada superiora de uno de los hospitales de Tolosa. Tampoco ella había obtenido la confianza de su madre, y se había llevado en el fondo del alma una viva inquietud al alejarse de París.

Un día de junio, Armando y su mujer se hallaban sentados en el terrado y miraban al sol que se ocultaba en toda su gloria: sus hijos jugaban sobre el césped, á dos pasos, todo era apacible en su alma y al derredor de ellos: un criado entró llevando en la mano una bandeja llena de cartas, de libros y de periódicos.

—Aquí tenéis vuestro correo, señora,—dijo alegremente Armando, poniendo sobre la falda de su mujer un periódico y una carta.

Germana miró esta y dijo con no menos alegría:

—Es de Valentina.

Y empezó á leer á media voz; al llegar á la segunda página siguió leyendo con la mirada y dijo vivamente á su marido:

—Oye lo que me escribe, Armando.

Al salir de París, había rogado á la hermana Vicenta, que hiciese de cuando en cuando y según la regla lo permite, una visita á nuestra madre. Esto me tranquilizaba un poco, porque aunque mamá está en casa de otra hija, me parece que se halla como aislada en ese grande y descuidado París. Dos veces me ha hecho decir la hermana Vicenta que mi madre estaba buena; pero hoy me escribe ella misma y me dice que hablándome francamente cree á nuestra madre muy enferma ó muy desgraciada... La ha visto llorar; y cuando la hermana le ha preguntado con todo el calor de su buen corazón si tenía alguna pena, le ha contestado que no, y que su tristeza era efecto de un malestar nervioso.

Nuestra madre sufre, Germana: ¿qué sucede? Yo estoy sujeta aquí por la obediencia, no puedo ir á París, y sin embargo, mi alma vuela allí. Dios quiere de mí este sacrificio y es preciso someterse. Pero tú, mi amada Germana, eres libre, y tu ternura filial te inspirará lo que debes hacer.

Adiós, mi querida hermana; abraza por mí á tus hijos, y dí á tu marido que ruego todos los días por él que te hace feliz.

—¡Es preciso partir, es preciso ir á París!—dijo Armando con decisión.

—Yo lo creo también,—respondió Germana.—¡Ay!... ¿cómo hallaré á mi pobre madre?

—Probablemente muy desgraciada. ¿Cómo no ha de serlo en país extraño y colocada entre un yerno indiferente y una hija de un

carácter... personal, por no decir otra cosa más dura!...

—Y ¿qué hacer, Dios mío?... ¿cómo mejorar esta situación?...

—Tú harás lo mejor, mi querida Germana; tu corazón te dictará un buen pensamiento; y, ya lo sabes, si tu madre se halla cansada de París, nuestra casa está siempre abierta para ella. Yo te autorizo á que se lo digas.

—¡Ah, qué bueno eres, Armandc!—exclamó la joven abrazándole.

—Es preciso que partas mañana. ¡Ya verás qué bien cuido á los niños en tu ausencia!

—¿Separarme de tí?... ¿separarme de ellos? ¡Si no fuera por mi madre!...

Los tres niños entraron en aquel instante. Germana los atrajo hacia ella, los abrazó y dijo á los mayores:

—Voy á ver á vuestra abuela, hijos míos.

—¡Tráela aquí, mamá!—exclamó Gabriela,—para que me oiga decir las fábulas que sé.

—Yo llevaré mis tortolitas á su cuarto para que la diviertan,—añadió Marcelo, estimulado por las palabras de su hermana.

—Dile que estos inocentes la invitan á venir,—concluyó Armando, tomando á los niños en sus brazos y llevándolos en triunfo á su dormitorio.

XIV

Un corazón que se abre

Cuando Germana llegó á París, la noche estaba avanzada: tenía necesidad de reposo y se hizo conducir directamente al hotel. Después de escribir dos renglones á su marido, se acostó; pero el sueño huyó de sus ojos; el objeto de su viaje, la visita que debía hacer al día siguienie, el recuerdo de los queridos ausentes, la preocupaban vivamente y mucho antes del alba empezó á oir los ruidos de la gran ciudad, que fueron creciendo, y que contrastaban con el solemne silencio del campo, á que estaba acostumbrada.

Se levantó temprano, buscó una iglesia para oir misa y rogó como se ruega cuando se está ausente de los suyos, y encargado además de un asunto de importancia.

Al medio día tomó un carruaje y se hizo conducir á casa de su hermana, situada en uno de los barrios más elegantes de París.

Su corazón latía, cuando abrieron la puerta y con voz trémula preguntó por madama Darboys á la camarera que se presentó.

—¡Ah, madama Darboys!—repitió la camarera;—creo que sí está; en cuanto á la señora, no ha llamado todavía; tened la bondad de seguirme.

Germana atravesó una antecámara, un comedor y un saloncito, todo amueblado con un gusto original y encantador. Con una mirada pudo abarcar cuadros, armas, estantitos y veladores cargados de porcelanas, tapices y colgaduras de seda, flores, bronces, mil objetos de arte y de capricho, en fin, que anunciaban que Angela obedecía fielmente á las prescripciones de la moda: pasó después un obscuro corredor y la camarera abrió una puerta y dijo sin ceremonia:

—Aquí hay una señora que os busca, madama Darboys.

—Que pase,—dijo una voz que Germana no había oído jamás sin un sentimiento de amor y de respeto, y llena de emoción se halló en presencia de su madre.

Madama Darboys estaba sentada al lado de una mesa: levantóse, y antes de que pudiera hacer un movimiento, su hija la estrechó entre sus brazos, exclamando:

—¡Mamá! ¡querida mamá! ¡qué dichosa soy al veros!

Susana respondió á tan dulce presión, con otra muy débil y con un beso, pero dejándose caer de nuevo en su asiento, echó á llorar.

Germana no se atrevió á decir nada: no obstante, sabía que la alegría de volver á verla no era lo que hacía á su madre derramar aquellas lágrimas. Muy pronto recobró madama Darboys un poco de imperio sobre sí misma; alargó la mano á su hija y le dijo con dulzura:

—Tu visita me hace muy dichosa, hija mía; pero me ha sorprendido, y me he vuelto tan neciamente nerviosa...

No pudo acabar, porque nuevas lágrimas le cortaron la voz.

—Ya lo ves,—prosiguió,—he perdido mi bella salud de Turena; con la edad me he vuelto más impresionable.

—Mi querida mamá,—dijo Germana con franqueza —eso es lo que me trae á París. Valentina, al partir para Tolosa, os había dejado indispuesta; una de sus compañeras, le ha escrito que os hallábais pálida y desmejorada. Yo estaba inquieta, y Armando me ha dicho que viniese á veros; aquí estoy, y muy dichosa de verme á vuestro lado.

—¡Qué! ¿os habéis preocupado de mí?—dijo madama Darboys con una especie de sorpresa.

—Sí, mamá; nos escribís pocas veces.

—¡Ah! Es que en París el tiempo vuela... y además, mis ojos se debilitan... lo conozco por días.

Estas palabras, un poco incoherentes, fueron interrumpidas; la puerta se abrió bruscamente y una niña muy bonita, aunque delgada y de aspecto débil, entró saltando,

miró á Germana con curiosidad, y dijo con el tono imperioso de una criatura mimada:

—¡Abuela, vísteme! ¡Es cerca de medio día y aún no estoy arreglada!

—¿No es tuya la culpa, Luisa?—respondió con dulzura madama Darboys,—esta mañana, cuando te peinaba, te me has escapado.

—¿Quién es esta señora?—preguntó la niña, cuyos ojos vivos y movibles no se separaban de Germana.

—Soy tu tía, hija mía,—dijo ésta, atrayendo hacia sí á Luisa y dándole un beso; y estoy encargada de abrazarte en nombre de tus primos que están en Turena.

—¿Y por qué no vienen? Iríamos á jugar juntos en las Tullerías.

—Ya vendrán otro día,—dijo la abuela,—ahora ven á que te ponga el vestido.

Luisa se dejó arreglar con bastante docilidad, y en tanto que madama Darboys se ocupaba de su nieta, Germana extendió una mirada en derredor suyo.

La habitación donde se encontraban era grande, pero obscura y triste, y sus ventanas daban á uno de esos sombríos patios parisienses, abismos á los que sólo falta el agua para ser mortales; cavernas donde el sol no viene jamás á manchar sus puros rayos y donde los ojos encuentran sólo paredes grises y techos que cubren batallones de gorriones habladores.

El mobiliario que guarnecía la habitación, era viejo, descuidado, y faltaban en él el

orden y la armonía; ninguna de las magnificencias que madama Legléve había entrevisto en el salón de su hermana, se había deslizado hasta allí, é interiormente comparó lo que veía, á la elegancia campestre de la Richardiere, y á las riquezas artísticas que se lucían bajo el mismo techo.

En la alcoba había dos lechos, uno grande y otro pequeño, lo que probaba que Luisa compartía la habitación de su abuela. Estos lechos no estaban arreglados, la habitación no lo estaba tampoco. Germana reparó en un modesto desayuno, servido en tazas y platos desportillados é intactos sobre la mesa; cerca se veía un periódico viejo y un libro de oraciones entreabierto.

Esta rápida ojeada alrededor suyo, sugirió á Germana las más tristes reflexiones; la brusquería de Luisa, el tono casi insolente que usaba con su abuela, le hacían ver más allá todavía. Su madre, olvidada, abandonada, parecía ser la criada de la niña.

¡Era esta, pues, la suerte que la pobre madre había venido á buscar á París! ¡Cuantas humillaciones, cuanta tristeza este solo examen hacía presentir y adivinar!

Vestida ya la niña, echó á correr, diciendo:

—Voy á dar un paseo con la niñera antes que se levante mamá; adiós, tía.

La madre y la hija se hallaron solas de nuevo.

Iban á proseguir su conversación, que tanta pena debía hallar para reanudarse,

cuando volvió Luisa enfadada y encarnada de enojo.

—¡La niñera no quiere salir, porque dice que ya es tarde!—exclamó,—pero tú me llevarás á pasear, ¿verdad, querida abuelita?

—No puedo hoy, hija mía,—respondió madama Darboys;—está aquí tu tía, y además, aún no he almorzado, como ves.

—No quiero estarme en casa con tan hermoso día,—dijo la niña,—llévame á paseo, ¡en seguida! ¡en seguida!

Germana intervino en el debate, diciendo á su sobrina:

—Tus primos no dicen jamás *yo no quiero;* Luisa, deja en paz á tu abuela y calla.

—¡Yo no quiero!—gritó la niña hiriendo el suelo con el pie,—quiero salir, quiero que ella venga conmigo; si no le diré á mamá que no ha querido salir.

Germana tiró del cordón de una campanilla y acudió una doncella.

—Lleváos á Luisa,—dijo con acento firme;—necesito hablar con mi madre, y prevenid á mi hermana que deseo verla así que se levante.

La camarera sacó á Luisa á la fuerza y cerró la puerta; pero se oían sus gritos y sus lloros, mezclados con estas exclamaciones de cólera:

—¡Se lo diré á mamá! ¡déjame volver á entrar, lo quiero!

Germana corrió el cerrojo; los gritos de la niña se alejaron.

Madama Darboys miró tristemente á su hija y le dijo:

—Me has librado de un disgusto hija mía; ¡gracias! ¡hoy á lo menos estaré tranquila!

Germana se arrodilló delante de su madre; le besó una mano que guardó entre las suyas, y con una ternura que jamás se había atrevido á demostrarle, le dijo:

—¿Qué sucede aquí, mamá? ¿no sois dichosa?

La pobre madre dejó caer la cabeza sobre el hombro de su hija; su corazón se desbordaba y la confianza brotó de él á la vez que las lágrimas.

—¡Hablad, mamá!—dijo Germana, teniéndola abrazada;—estoy aquí en nombre de Armando y Valentina; ¡confiáos á nosotros!

—¡Hijas mías, os he desconocido á las dos! ¡pero cómo os ha vengado Angela! ¡No Germana, no me interrumpas, no defiendas mis sinrazones! es justo que me acuse yo antes de acusar á la hija que os he preferido. Si no la hubiera amado tanto, me hubiera respetado más. Mira esta habitación, Germana; aquí es donde vivo relegada, siempre sola, sin distracciones, sin amigos, sin consuelo... mientras que Angela va de fiesta en fiesta ó las da en esta casa, donde llega el ruído hasta mí.

—¿No véis, pues, nunca á mi hermana, mamá?

—Sí,—respondió madama Darboys sonriendo con amargura;—la veo en las comi-

das las pocas veces que come en casa, ó por la mañana cuando...

La voz faltó aquí á madama Darboys, que no pudo decir más.

—Yo creía,—observó Germana,—que ambas teníais las mismas relaciones.

—No, Germana; al llegar á París tu hermana me ha llevado consigo á casa de algunas personas influyentes, donde sin duda mi presencia hacía buen efecto. Esas señoras me hacen una visita cada seis meses, yo se las vuelvo y á esto se reduce todo... La sociedad de Angela se compone de jóvenes frívolas como ella, y cuando se reunen, tu hermana me hace comprender que estoy demás, y que una persona de mi edad entristece esas reuniones elegantes y alegres. No te diviertes aquí,—me dice,—solo vienen jóvenes, y esto te aburrirá; si te quieres retirar haré que te sirvan en tu cuarto. De este modo insensiblemente me ha desterrado de su círculo y me ha confinado en mi habitación.

—¿Y Leopoldo?—preguntó Germana, que escuchaba con dolorosa atención.

—Le veo muy poco y no se ocupa para nada de lo que en su casa sucede; está abrumado de trabajo y preocupado con la ambición, dos motivos que le hacen indiferente á los incidentes ordinarios de la vida; algunas veces desde las ocho de la mañana está conferenciando con el Ministro, come á toda prisa y se pasa ordinariamente trabajando toda la velada. Por otra parte, ¿es á él á

quien debería quejarme de Angela? Leopoldo no sabe lo que yo sufro. Tú, hija mía, lo has adivinado.

Germana fijó en su madre una mirada triste; las penas agudas, los cuidados, los dolores ocultos con empeño, estaban grabados en aquel semblante, que ella había conocido tan dulce y tan riente. La desgracia madura á los jóvenes, pero apresura la decadencia de los que han llegado á la mitad del camino de la vida, y con su dura mano había empujado á madama Darboys á las puertas de la vejez. Sus cabellos blancos, sus ojos hundidos, su talle encorvado, eran, para los indiferentes achaques de la edad; para su hija eran indicio seguro de un largo y secreto infortunio.

—Me hallas cambiada, ¿no es verdad?—preguntó la pobre madre al ver fija en ella la mirada de Germana.—No es extraño; ¡he sufrido tanto! Tú que tienes hijos, sabes cuánto se les ama. ¡Tú comprenderás lo que se debe sufrir cuando no se obtiene de ellos ni respeto, ni amor, ni confianza! Yo he acostumbrado demasiado á Angela á contar conmigo; sabe con qué ternura la quiero, y no me tiene ninguna consideración. Cuando hablo, nadie me escucha; mis reflexiones se reciben con desdén; mis consejos se rehusan con brusquedad, no tengo sitio en su corazón ni en su casa; sus criados apenas me obedecen... sus hijos... mis queridos hijos me traspasan el corazón. ¡Pobres criaturas inocentes! ¡No se les ha enseñado el respeto, y no

hacen otra cosa que copiar lo que ven!

—¿Os habéis encargado de Luisa, madre mía? ¡Eso es una gran fatiga para vos!

—La niña estaba olvidada y sufría; por eso ofrecí á su madre traérmela á mi cuarto, y consintió en ello.

—Lo comprendo; pero á lo menos hubiera podido alojaros de una manera conveniente.

—Poco me importaba eso, si estuviera satisfecha de tu hermana; cuando el corazón es rico, ¿qué importan las paredes y los muebles? Pero...

Madama Darboys se detuvo; el recuerdo de sus penas le arrancaba nuevas lágrimas; la ingratitud había abierto en el corazón de esta madre un manantial inagotable de llanto.

—Angela puede cambiar,—dijo Germana con dulzura...—¿me permitís que le hable, madre mía?

—¡Oh, no, no! ¡sabría que me he quejado de ella! Por otra parte, hija mía, ¡tus reflexiones no penetrarían en su alma! hay demasiado ruído alrededor suyo para que piense en mí.

—Entonces, mamá,—exclamó Germana con ternura,—venid con nosotros; os traigo la invitación de mi buen Armando, y nuestra casa os espera; concédednos algunos meses, el mayor tiempo posible; dejad á París, donde vuestra salud se ha alterado, y venid á Turens; ¡mis hijos serían dichosos al veros! ¡Ah, mamá, decid que consentís!

Madama Darboys, dominada por una emo-

ción profunda, abrazó estrechamente á Germana, y tomando después sus manos le dijo con voz trémula:

—¿Y qué, tú me amas? ¿me ofreces tu casa? ¿tu marido me invita á que vaya? ¿tus hijos me esperan? ¿quieres hacerme tanto bien á mí, á mí que en tu infancia, y aún después?...

—Mi querida mamá,—interrumpió Germana con acento suplicante,—sólo me acuerdo de vuestras bondades; pero dadme de ellas nueva prueba aceptando mi invitación.

—Hija mía, yo me confío á tí,—dijo madama Darboys;—devuélveme un poco de dicha, porque de hoy en más eso está en tu poder.

Susana se detuvo como si un recuerdo penoso la hubiera herido de repente.

—Durante algún tiempo,—continuó tras una pausa,—tengo que depender de tí en absoluto, Germana; he empeñado mis rentas por Angela, durante dos años... tu hermana debía, su marido ignoraba esas deudas, y yo las he pagado.

Germana besó la mano de su madre, y sin preguntarle nada, dijo alegremente.

—¡Ahora sois nuestra! Voy á escribir á Armando para que sea tan dichoso como yo.

—Madama de Emmeryn se ha levantado, y espera á su señora hermana,—dijo la camarera entreabriendo la puerta.

—No digas nada á Angela,—murmuró madama Darboys, probando así una vez

más cuan cruel era el yugo que la hacía doblegarse.

Germana encontró á Angela en un dormitorio encantador, que parecía haber sido copiado de algún grabado del siglo XVIII. El traje de la joven estaba inspirado por el capricho artístico de alguna de las modistas más afamadas.

La acogida que hizo á su hermana fue algo confusa, pero su turbación cedió ante la bondadosa cordialidad de aquella. Germana guardó un silencio absoluto sobre la conversación que había tenido lugar entre su madre y ella, y sólo demostró á Angela el afecto tierno é indulgente que para ella guardaba en el fondo de su corazón.

Se abrazaron y hablaron de sus hijos. Germana con íntima ternura, Angela con un sentimiento de vanidad, que explicaba bien la presencia del hermoso Raoul, adormecido á los pies de su madre.

—Pasarás algunos días conmigo,—dijo Angela,—quiero enseñarte París.

Germana accedió á todos los proyectos con el aire más amable, pues le parecía que la paz de la familia exigía estas ligeras concesiones; además, en el fondo de su alma sentía una piedad compasiva por aquella joven mimada, consentida, adulada desde la infancia, y que el amor de los placeres llevaba tan lejos de la dicha verdadera. Al verla tan bonita, pero tan delicada, tan graciosa, pero tan débil, fatigada por las fiestas, ocultando bajo su sonrisa cuidados y quizá remor-

dimientos, Germana no tenía valor para culparla; para ella se volvía la pequeña Angela, á la que se habían acostumbrado á perdonarlo todo sus dos hermanas mayores. Germana sentía que en todas las faltas hay mucha desgracia, y que al lado de la acusación debe haber siempre un sitio para la piedad.

La hora de la comida reunió á toda la familia. Leopoldo manifestó una gran alegría al ver á Germana. Aquella graciosa y elegante figura, aquella bella cabeza poblada de abundantes y sedosos rizos rubios, aquel dulce y plácido rostro, aquellos ojos azules, límpidos y rasgados, el encanto seráfico de toda la persona de Germana, habitaban su memoria como un grato é imborrable recuerdo, al que se unía el de su bondad, el de su inteligencia, el de su noble carácter, tan simpático á Leopoldo.

Madama Legléve habló al esposo de su hermana, de su madre, con una afección y un respeto que le enternecieron profundamente, y tendiéndole la mano, le dijo:

—Eres siempre buena y amable, hermana mía, y soy dichoso al pensar que mi madre está cerca de tí.

—Y yo os anuncio,—dijo madama Darboys,—á tí mi querido Leopoldo, y á tí también, Angela, que pienso irme á pasar algunos meses á Turena y á casa de Germana; mi salud está alterada y el aire del país la mejorará.

—Por mí lo apruebo,—dijo Leopoldo con

deferencia; — pero espero que volveréis:

—¡Cómo, mamá! ¿nos dejáis?—exclamó Angela con una sorpresa inquieta que no pudo disimular.

Germana tomó la palabra con un aire de cordialidad que disipó todas las sospechas de la joven.

—Te robo á mamá,—le dijo.—¡No debes ser tú sola la dichosa, querida Angelita! Mis pequeños no cesan de preguntarme por su abuela; mi marido desea verla, y nuestra tía Honorina dice que anhela abrazarla antes de morir: ya ves que somos múchos y que no puedes resistirnos.

—Yo no me opongo,—dijo Angela con su acento más gracioso;—durante su ausencia, haré arreglar la habitación de mamá que está algo descuidada.

—¿Y yo, dónde iré?—preguntó Luisa.

—A un colegio,—contestó su madre de mal humor.

—Y cuando lleguen las vacaciones vendrás con Raoul á mi casa,—dijo Germana dulcemente:—será el tiempo de la vendimia y tus papás os acompañarán.

—En cuanto á mí, acepto,—dijo Leopoldo;—confieso que un viaje á Turena me alegrará mucho; estoy cansado de números, de expedientes y de informes, y haré de buena gana una excursión de reposo y de aire libre: ¿qué dices tú, Angela?

—¡Que vendrá!—exclamó Germana, para animarla,—le prometo invitar en su honor á todos nuestros amigos de las casas de cam-

po inmediatas, ó sea la flor y nata del país: te daré fiestas, ¡de las que se hablará largo tiempo en la comarca!

Angela se sonrió, y arreglada de este modo la partida de madama Darboys, pareció ya una cosa natural.

Germana pasó algunos días en París, prestándose con complacencia á la voluntad de su hermana, que la conducía donde ella misma deseaba ir: las continuas excursiones á paseos, visitas, iglesias, museos, teatros, monumentos góticos y modernos, parecían tener por fin principal el alejar toda conversación, toda explicación, seria é íntima. Angela tenía miedo de la dulce y suave Germana, tan irreprensible y tan pura: por eso trataba á la vez de aturdirla y de conquistarla, y Germana, que no creía la ocasión oportuna, ni para un consejo ni para un reproche, se dejaba divertir con la mejor gracia del mundo.

Iba á todas partes, admiraba todo, colmaba á los niños de juguetes y de caricias. Un día que pasaban por la calle de la Paz, Angela se detuvo ante la tienda de un joyero y enseñó á su hermana un aderezo precioso de turquesas y brillantes.

—¡Mira qué lindo!—exclamó,—¡cuanto siento no poderlo comprar!

—Entremos,—dijo Germana,—y permíteme que te lo ofrezca como recuerdo de Armando y mío.

—¡Pero será muy caro!

—Siendo de menos valor, no sería digno

representante de lo que ambos te queremos; además,—añadió sonriendo,—puedo pagarlo; ya sabes que en Turena se vive á la vez con holgura y con economía, y traigo algunos ahorros.

El magnífico estuche fue puesto en la pequeña mano de Angela, que á través del delicado guante se estremeció de placer, y para la hora de la comida Germana puso en las ebúrneas orejas de su hermana los preciosos pendientes, entre sus cabellos un lazo de pedrería, un collar con medallón en su cuello y un admirable brazalete en su lindo brazo. Eran las piezas de que constaba el aderezo de brillantes y turquesas.

Germana habló largamente á Leopoldo de su madre madama de Emmeryn; sostuvo en secreto la resolución vacilante de su madre, que cada vez que veía á Angela parecía no poderla dejar; y por la noche, al hallarse sola en su cuarto de la fonda, descansaba rogando á Dios, leía con la cabeza inclinada algunas páginas y escribía á Armando y á Valentina.

Una de las cartas á esta última decía así:

Partimos dentro de dos días: me llevo á mamá á Turena; ¡oh, qué razón tenías al hacerme venir á París! Nuestra madre se moría de tristeza y de abandono; pero revivirá con el aire natal y en medio de mis queridos hijos.

Te acuerdas de que un día me dijiste:

—¿Nuestra madre te necesitará quizá?

Ese día ha llegado, y ¡yo bendigo á Dios!

He visto á tu digna compañera, la hermana Vicenta, y la he abrazado con todo mi corazón; ella ha sido la fiel y silenciosa consoladora de nuestra madre. Hasta en tu ausencia, tu espíritu velaba sobre esta madre querida.

Adiós, mi buena hermana: ¿cuándo te veré? ¿cuando podré abrazarte? ¡Haga el cielo que sea pronto!

El día de la partida llegó: á pesar de las sinrazones de Angela, un profundo dolor oprimía al dejarla el corazón de su madre. Durante largo tiempo la tuvo abrazada hablándola en voz baja, y sus lágrimas corrieron con abundancia cuando besó las cabezas curiosas y asombradas de los dos niños.

Germana la condujo al carruaje.

—¿Volveréis pronto?—preguntó Leopoldo.

Mad. Darboys respondió con un gesto indeciso mientras que sus ojos se fijaban con pasión en su hija, consternada también en aquel momento.

Germana estrechó la mano de monsieur Emmeryn, dió el último beso á su hermana y dijo con voz firme al cochero:

—¡Partid! ¡á la estación del mediodía!

Se llevaba triunfalmente á su madre.

El día declinaba cuando llegaron á C... y el cielo, la campiña y la casa parecían adornados para recibirlos.

Armando las esperaba á la puerta de la verja; ambas viajeras descendieron del ca-

rruaje, y después de abrazar tiernamente á su esposa, se dedicó por completo á la madre de ésta.

Atravesaron el jardín, embalsamado y lleno de flores: en el peristilo los tres niños ataviados con sus más lindos vestidos, las esperaban y gritaron alegremente:

—¡Mamá! ¡Mamá!

La más pequeña de todos, María, de tres años, se adelantó con paso vacilante y presentó á su abuela un gran ramillete, que ocultaba su rubia cabecita.

La habitación de Mad. Darboys era la más risueña de la casa; estaba arreglada con un cuidado exquisito, y según los gustos conocidos de la persona que debía ocuparla: un retrato de Angela, dibujado á tres lápices por Germana y de un admirable parecido, estaba colgado cerca del lecho, muchas macetas de flores adornaban el balcón, y por otras dos ventanas entreabiertas llegaba el perfume de la avena recientemente segada.

Marcelo había seguido á su madre y le dijo con acento misterioso:

—Voy á poner mis tórtolas en medio de las flores para que la abuelita las vea mañana, y yo vendré á hacerles algunas visitas.

La mesa, dispuesta para la comida, tenía también un aspecto de fiesta: los manteles adamascados, la plata, las porcelanas, decoraban la mesa como un día de gran recepción, y las más hermosas frutas de Turena formaban mezcladas con flores, un adorno

de mesa que hubiera envidiado un banquete regio.

—¿Es un festín?—preguntó madama Darboys sonriendo.

—Celebramos un dichoso acontecimiento,—respondió alegremente Armando.—¡Hace ya tanto tiempo que deseábamos teneros á nuestro lado!

. . . .

Por la noche, en el terrado, cuando las estrellas brillaban y temblaban en el cielo; cuando una brisa ligera hacía mover las hojas y traía en sus alas el perfume de las praderas; cuando reinaba el dulce silencio, Gabriela se adormeció en las rodillas de su abuela y Marcelo recitaba una fábula. En estos momentos de calma, ¡que lejos estaba París!... ¡como la tristeza y los disgustos se perdían en el pasado!... ¡qué facil era el olvidar los dias de pena!

Angela misma estaba olvidada en el corazón de todos excepto en el de su madre: no obstante, ésta gustaba todo lo que el reposo, el bienestar y el cariño tienen de delicias, y con un movimiento de gratitud tomó la mano de Germana y de su marido y exclamó.

—¡Qué bien me encuentro aquí! ¡gracias, hijos mios! ¡gracias!

XV

Tempestades

Los días, las semanas, los meses se pasaron, y su dulce monotonía encadenó también á Madama Darboys, que ésta parecía olvidar á París y sus pasadas tristezas: sentía el contagio de la apacible dicha que reinaba al derredor suyo como se siente hasta en las más violentas agitaciones del alma la influencia de la calma religiosa que habita bajo las bóvedas del templo, ó en ese gran silencio que habita los bosques.

Angela no estaba olvidada, porque las madres no olvidan; quizá el corazón de Susana, que tanto la había amado, ocultaba aún una herida secreta, un pesar silencioso, una inquietud que velaba siempre; mas á lo menos el exterior de la vida de madama Darboys había recobrado su calma y su dignidad, y rodeada de sus hijos afectuosos y complacientes, de sus parientes y de sus antiguos amigos, ocupada de sus nietos que la

amaban, tenía una parte de felicidad, y si lloraba era delante de Dios solo, porque sus lágrimas hubieran afligido á Germana, y esta había conquistado para siempre el amor de su madre.

Sólo en el instante en que llegaban las cartas de Angela, era cuando podía conocerse que el sentimiento maternal, tan poderoso en otro tiempo, no se había apagado bajo las frias aguas de la ingratitud: al recibir estas cartas, Madama Darboys se ruborizaba como una joven, las leía, las releía; quería adivinar en cada frase el sentido que podía contener: comentaba cada palabra, analizaba cada expresión y hasta quería interrogar los caracteres de la letra, más ó menos apresurada; lo más seguro era que después de este minucioso trabajo, doblase el papel con aire triste y desalentado, y le colocase de nuevo en el sobre.

Las cartas de Angela eran frías como ella, confusas y difíciles, como la situación en que se había colocado: cartas como las de las personas frívolas, á las que falta el tiempo para todo dejaban después de leidas una impresión de descontento y de tristeza. Sin embargo, eran siempre deseadas, esperadas siempre, y la hora del correo excitaba en el alma de Susana una penosa emoción. Era un alma que siempre tenía sed, y que jamás bebía lo bastante.

Germana adivinaba la situación de su madre, comprendía que había un sitio en aquél corazón que no llenaban ni sus cui-

dados ni su ternura; algunas veces se afligía más la seguridad de su conciencia, la satisfacción del deber cumplido, la tranquilizaban y ponían la serenidad en su frente, y el consuelo en sus palabras.

Las cartas de Angela faltaron de repente y la hora del correo llegó á ser para Madama Darboys una hora de dolor: acechaba desde lejos la llegada del cartero, distinguía su paso, su modo de llamar, y respondiendo á su pensamiento, decía en voz alta:

—¡Ahí está!

Pero los días sucedían á los días, sin que la linda letra de su hija pareciese en un sobre.

Una mañana, cuando estaban almorzando, entraron el tributo diario de cartas, billetes y periódicos, acontecimiento en casa de nuestros padres y costumbre en nuestros tiempos.

—¡Aquí hay una carta para vos, madre mía,—dijo Armando presentando á madama Darboys un gran pliego cuadrado con sello rojo y que no tenía el exterior lleno de la coquetería de la correspondencia de Angela.

Madama Darboys le tomó con indiferencia: creyó al pronto que la carta era de su hija, y no esperaba gran cosa de aquella misiva, que parecía salir del estudio de un Notario ó del despacho de un Agente de cambio.

Le abrió, sin embargo; fijó los ojos en él y se puso pálida; retiró su silla hacia atrás como para esquivarse en la sombra, y cuan-

do hubo leído lentamente dos páginas de una letra muy metida, las volvió á recorrer, dobló la carta y la puso en el bolsillo sin decir nada.

—¡Mamá!—exclamó Germana, que también había recibido su correo,—ved aquí una buena nueva y bien inesperada. Angela viene á sorprendernos esta noche. Leed su carta.

Madama Darboys leyó lo que sigue:

Mi querida Germana: Deseo pasar algunos días contigo y con nuestra madre; y como conozco tu carácter hospitalario, me anuncio sin ceremonia. Llegaré á tu casa el lunes 14 por la noche.

Adiós: te abrazo, como también á mama.

Mis afectos á tu marido.

ANGELA.

—Que sea muy bien llegada,—dijo Armando.—Haz preparar su habitación, querida Germana.

—Allá voy,—dijo ésta asombrada del silencio de su madre. Había creído que esta visita inesperada iba á causar la alegría más viva, y madama de Darboys parecía absorta en los más tristes pensamientos. No obstante, interpelada por Germana, dijo algunas palabras acerca del placer que tendría en ver de nuevo á su hija y así que le fue posible salió del comedor sin decir nada de la carta que había recibido.

—Tu madre parece preocupada,—dijo Armando.

—En efecto,—repuso Germana,—y es preciso que lo esté en alto grado para que la llegada de Angela no la haya comovido más.

—Quizá habrá recibido alguna mala noticia; pero ya sabes, amiga mía, que en tanto se halle con nosotros, los golpes de la fortuna no la alcanzarán.

Germana estrechó la mano de su marido con una ternura agradecida, que los años habían redoblado en vez de gastarla; y dejando á su madre en la soledad que buscaba y á su marido en los negocios que le reclamaban, fue á reunirse con sus hijos y dar sus órdenes para que se preparase una habitación á su hermana.

Todos esperaron la tarde con impaciencia: se había retardado la comida. Madama Darboys iba de una habitación á otra, prestando el oído al menor ruído, deteniéndose, haciendo callar á los niños cuando se oía á lo lejos el chasquido de un látigo; y no obstante, tan cerca de ver á su querida hija, no parecía dichosa. Germana daba la última mirada á la casa y al comedor. Armando se paseaba en el jardín y los niños jugaban sin inquietud ni por la hora avanzada ni por la visita que iba á llegar.

En fin, un galope de caballos y un ruído de cascabeles se dejó oir; una nube de polvo se elevó por encima del camino: un carruaje se deslizó rápidamente por la avenida enarenada y Angela se halló en el peristilo

entre su madre y su hermana. Germana la abrazó tiernamente y Madama Darboys, con una emoción extrema, repitiendo mil veces:

—¡Mi querida Angela! ¡Mi pobre hija!

—¿Vienes tú sola, querida pequeña?—preguntó Germana.—¿Has dejado á tu marido en París?

—Sí,—contestó brevemente la joven.

—¿Y tus hijos?

—Los dos están en pensión y con buena salud.

Germana, preocupada con el cuidado de hacer los honores de su casa, no reparó en el tono breve y concentrado de estas respuestas; pero cuando toda la familia se sentó alrededor de la mesa, cuando la claridad de dos grandes lámparas colocadas en ella, iluminó el gracioso rostro de Angela, se entristeció al ver el cambio que en ella se había operado.

Una extrema delgadez la desfiguraba, endureciendo las líneas de su rostro y dibubujando en sus sienes y alrededor de sus ojos y de su boca sombras profundas; aunque hacía esfuerzos para estar animada, parecía á la vez fatigada, enferma y triste.

La misma vivacidad con que sostenía la conversación y hablaba de las novedades del día y de los pequeños incidentes del camino, demostraba más la fiebre que la alegría.

Germana, que la observaba, no se dejaba engañar ni por el fuego de la mirada, ni por

la animación nerviosa de la palabra, y segura de que su herma disimulaba un sufrimiento verdadero, cayó en un triste silencio.

Madama Darboys parecía ser presa también de una grave preocupación; poco á poco la animación de Angela cayó como un fuego artificial que se apaga, y no deja detrás más que negras cenizas. Calló también, un abatimiento extremo apareció en su postura, su frente se inclinó pensativa, y quejándose de la fatiga del viaje, pidió permiso para retirarse.

—Te he colocado cerca de nuestra madre,—dijo Gemana inclinando su rubia cabeza con un gesto lleno de cariño, y apoyando en la suya la pálida mejilla de su hermana,—ven y te llevaré á tu cuarto, que tiene comunicación con el suyo.

—Gracias, hermana mía,—dijo la joven, y acercándose á un sillón se dejó caer en él y cerró los ojos.

—¡Qué tranquilidad hay en tu casa! ¿Eres dichosa, Germana?

—Sí, muy dichosa,—contestó ésta,—pero tú pareces fatigada... es preciso que pases una temporada á nuestro lado; el aire libre, la vida tranquila te hará bien... ¿lo oyes?—Y Germana besó la frente de la joven.—Ahora,—añadió,—descansa y hasta mañana.

Al día siguiente, y en seguida que se levantó Gemana, según tenía por costumbre, fue al cuarto de su madre. Madama Darboys estaba aun acostada, y Angela se hallaba sentada á la cabecera del lecho: ambas pa-

recían fatigadas como se está después de una noche de insomnio y de agitación, y madama Darboys hablaba con acento á la vez animado y suplicante.

—¿Os molestaré, mamá?—preguntó Germana.

—No, hija mía, siéntate,—contestó madama Darboys.

Germana se sentó al lado de Angela.

—¡Es preciso decírselo todo!—exclamó madama Darboys;—¡es preciso que tu hermana lo sepa todo!

—Decídselo, pues,—repondió Angela con un gesto altanero.

—Mi querida Germana,—empezó su madre;—nos sucede una gran desgracia... No he tenido valor hasta ahora para decírtelo; lee esta carta que he recibido ayer.

Germana reconoció el pliego cuadrado; le abrió y leyó lo que sigue:

Señora: Cuando tomé el título de esposo de Angela, no ignoráis cómo la amaba, y con qué ardor y sinceridad quería su dicha.

Pienso que ella no tendrá ninguna queja de mí: la he dado el cariño de un hombre honrado, una posición envidiable, una gran libertad, y los dos hijos que Dios nos ha enviado hubieran debido estrechar más unos lazos que no entraba en mi pensamiento romper jamás.

Vos, señora, habéis vivido con nosotros, y apelo á vuestro testimonio. ¿Me ha devuelto Angela en dicha doméstica lo que yo la llevé de amor y de abnegación?

La he encontrado siempre fría y ligera; mujer de mundo, más bien que mujer de interior; madre negligente, esposa sin ternura y agena á toda simpatía por mis gustos, por mis hábitos, por las necesidades de mi inteligencia y de mi corazón.

Sin embargo, yo he soportado sin quejarme estos defectos de su carácter; he hecho callar algunas veces mi justo descontento, y, sólo después de algunos años de pruebas, siempre reiteradas, sólo cuando mis últimas ilusiones se han disipado, sólo cuando he visto que me estaba vedada la felicidad de la familia, es cuando me he acogido á las ideas de medro y de ambición, dando un fin á mi espíritu, puesto que mi corazón no le tenía. Sólo pedía á mi mujer un poco de dulzura y de indulgencia en nuestras relaciones, y, si la era posible, un poco de amor para nuestros hijos. ¿Era exigirla demasiado?

Ya sabéis que desde que llegamos á París, Angela se ha dejado dominar por los goces disipados y dispendiosos del mundo. Más de una vez la he advertido del peligro que hacía correr á su reputación y á mi dignidad, descuidando relaciones honrosas y serias, por una sociedad de jóvenes de ambos sexos, locos por el placer, y que no guardan ninguna medida ni en sus acciones, ni en sus gastos. Angela se ha burlado de mi parecer, y ha continuado pasando su vida en fiestas, en bailes, en partidas de campo, en viajes, abandonando sus hijos á los criados y su casa al desorden.

Todavía tuve paciencia; pero cuando vos nos dejasteis, y no quiero buscar aquí los motivos

de vuestra partida, mis motivos de queja se hicieron más graves. Angela había contraído deudas y yo las pagué; pero además había adquirido una amistad estrecha con una mujer cuyo honor estaba gravemente comprometido; la prohibí que la viera; pero no hizo caso alguno de mis órdenes, y hace poco tiempo, á despecho de una prohibición formal, vuestra hija ha marchado á los baños de mar acompañada de esta amiga, mujer cuyo contacto mancha y cuya afección deshonra.

Mi paciencia ha llegado á su fin; en ausencia de Angela he inspeccionado sus notas y sus libros de gastos, y he hallado nuevas deudas causadas por el gusto desenfrenado del lujo. Aún hubiera podido perdonarla esto, pero su desobediencia, su falta de respeto por mi nombre, han colmado la medida.

Estoy decidido á que nos separemos amistosamente, sin ruído, pero también de una manera irrevocable. Debo guardar mi dignidad y el porvenir de mis pobres hijos.

Luisa y Raoul están en pensión; Angela irá á vuestro lado y convendrá con vos, señora, acerca del lugar donde haya de vivir. Yo preferiría que viviese á vuestro lado; pero sin duda ella reclamará más libertad y más diversiones.

Esta resolución que he madurado durante largo tiempo, me aflije, sobre todo por mi madre; sé hasta qué punto será cruel para ella la desgracia de su hijo. Me aflije también por vos, señora, pues sé hasta qué extremo Angela os es querida; pero apelo á vuestra justicia y á vuestros recuerdos, y me atrevo á esperar que no re-

husaréis acojer con la expresión de mi pesar, la de todo mi afecto respetuoso.

LEOPOLDO DE EMMERYN.

Germana quedó consternada después de leer esta carta; levantó temblando su dulce mirada, y la fijó en su madre, que sollozaba y en Angela, que volvió la cabeza con aire á la vez altanero y triste.

—¿Es esto sin remedio?—murmuró Germana á media voz.

—Creo que monsieur de Emmeryn no cambiará en su determinación,—contestó Angela con voz breve;—es muy orgulloso y está muy envanecido con sus derechos y con su nombre, como dice: á la vuelta de mi corto viaje á Dieppe es cuando me ha anunciado lo que pretendía...

—Ese viaje ha sido una locura, concédelo, pobre hija mía,—dijo madama Darboys.

—Sí, cien veces sí, convengo en ello; no debía haberme marchado sin el consentimiento de Leopoldo, ni viajar con mistres O-Brien, puesto que ésta le disgustaba; ella me convenció, lo confieso. ¿No basta esto?

—¿Y tus deudas,—preguntó Germana,—son considerables?

—Ni siquiera lo sé. He hecho como todas las mujeres de mi posición y de mi edad; no se puede vivir en sociedad sin hacer algunos gastos.

—Las deudas no importan nada,—dijo madama Darboys con viveza,—yo las paga-

ré, economizaré de mi renta; no te inquietes por eso.

En medio de tan gran pesar, Susana parecía dichosa al poder sacrificarse aún una vez por su hija; ésta la abrazó.

—¡Ah!—exclamó,—¡qué buena eres, mamá!

Madama Darboys tuvo un instante apoyada sobre su pecho aquella cabeza encantadora aun á pesar de su palidez, y como si la caricia de su hija hubiera reanimado la esperanza en su alma, dijo:

—No puedes vivir separada de tu marido y de tus hijos; es forzoso hallar algún medio para evitarlo, dí lo que piensas.

—Pues bien,—dijo Angela fijando en su hermana mayor una mirada tímida,—una sola persona tiene influeucia sobre el ánimo de Leopoldo: su madre. Si ella quisiera reunirnos, podría hacerlo.

—¿Lo oyes, Germana?—dijo madama Darboys con acento de súplica;—tú, á quien madama de Emmeryn ama tanto; tú, á quien tiene en tan alta estimación, podrías aproximarlos. La madre de Leepoldo no te rehusará nada, y además, por tu matrimonio eres sobrina suya.

—Tenéis razón, madre mía,—respondió Germana lentamente;—pero antes de comprometerme deseo que me diga Angela si desea sinceramente volver á reunirse con su marido.

Angela guardó silencio.

—Habla, hija mía,—dijo su madre tomándole la mano;—¿no quieres reunirte con

tu marido y con tus hijos? ¡estar lejos de ellos, es para tí un dolor y un peligro, hija mía! ¿y qué harán los pobres niños sin su madre?

Estas últimas palabras fundieron el hielo que cercaba aquel corazón orgulloso.

—¡Pobres hijos míos!—exclamó Angela, mientras dos lágrimas rodaban por sus mejillas.—¡Mi hermoso Raoul! ¡mi Luisa, tan bonita y tan viva! ¡oh, sí! ¡yo haré los más grandes sacrificios para poseerlos de nuevo! ¿Y crees, Germana, que yo no amo á mi marido? Es verdad que me ha olvidado un poco por sus trabajos, por su carrera; alguna culpa tiene él de las faltas porque me condena... mas en fin, ¿de qué me acusa? ¡de haber contraído deudas, y de algunas relaciones un poco ligeras, es verdad; pero tampoco tengo otras culpas!

—¿Y si consintiese en una reconciliación Leopoldo, aceptarías las condiciones que te impusiera?—preguntó Germana.

—Preciso sería... ¡la suerte de una mujer separada de su marido es muy triste!

—¿Puedo contar con tu promesa... con tu promesa positiva?

—¡Te digo que sí, hermana mía!

—Pues bien; esta misma tarde iré á ver á madams de Emmeryn.

—¡Ah, hija mía!... ¡ah, mi buena Germana!—exclamó madama Darboys, que había seguido ansiosamente este diálogo,—¡qué reconocida te estoy!... ¡Devuelve á tu pobre hermana su posición, su marido, sus hijos!...

¡Esa será la más bella obra de tu vida!

—Si el éxito depende de mí,—respondió Germana abrazando á su madre,—no estaréis largo tiempo inquieta, mi querida mamá, porque yo también anhelo que Angela sea feliz.

XVI

Horizontes puros

La conversación de Germana con madama Emmeryn duró largo tiempo.

Sólo con gran pena y á fuerza de instancias y de súplicas afectuosas había obtenido al fin la joven el éxito de la causa que defendía con tanto calor y con lágrimas tan sinceras.

—Si lo hago será por vos, Germana,—dijo al fin la madre de Leopoldo:—si no os quisiera como á una hija, si no deseara daros en una circunstancia tan grave una muestra de mi afecto, hubiera persistido en mi negativa, porque aprobaba la resolución de Leopoldo respecto á vuestro hermana. ¡Vos

no sabéis, por qué él no lo ha dicho más que á mí, hasta qué punto esa mujer le hacía desgraciado! Corazón afectuoso, no ha encontrado correspondencia; hombre de orden y de honor, ha visto la confusión de sus negocios, el desorden en su casa y en su vida, y su credito manchado por deudas locas! Celoso de la pureza de su nombre, ha visto á Angela ir á todas partes con mujeres de reputación perdida, haciéndose ella misma objeto de la crítica y de las bromas de los maldicientes. Padre tierno é ilustrado, ha visto á sus hijos abandonados á cuidados vulgares, á educación de antesala, y estos son sólo los grandes rasgos del cuadro; si entrase en los detalles...

—Angela se arrepiente; reconoce la justicia del descontento de su marido y se corregirá.

Madama de Emmeryn meció tristemente la cabeza.

—Angela ha sido mimada desde su infancia,—dijo;—sus defectos datan de la preferencia de vuestra madre; el egoismo y el orgullo son los graves defectos de carácter, y esa pobre madre ha sido castigada por la hija de su predilección.

—Mi madre se une á mí para imploraros por Angela, señora;—exclamó Germana estrechando las manos de Mme. Emmeryn.

La madre de Leopoldo quedó pensativa.

—¿Puedo asegurar que Angela se corrija y cree á mi hijo una vida soportable?—preguntó al fin.

—Sí, señora,—contestó Germana,—así lo espero. Mi hermana no había sufrido jamás; ahora sufre mucho, ahora echa de menos á su marido, á sus hijos... la desgracia es una gran escuela de reflexión. Señora, yo tengo ya vuestra promesa, ¿os dignaréis escribir á Leopoldo?

—Haré más: iré á París.

—Angela promete someterse á todas las condiciones.

—Se lo diré á mi hijo.

—¡Ah, señora, decidme si tenéis alguna esperanza! ¿Puedo llevar algún consuelo á mi madre?

—Mi hijo no me ha rehusado nada jamás; pero en un negocio tan grave, en el que su nombre y el porvenir de sus hijos está comprometido, no sé lo que hará.

—¡Esperemos y roguemos á Dios!

—Veo que vais á ganar el cielo para vuestra causa, Germana. Recomendadle á Angela, que bien necesita de vuestros ruegos.

Separáronse, y Germana volvió á su casa como la paloma, llevando el ramo de la esperanza; sus palabras fueron acogidas con entusiasmo por su madre, con una gratitud confusa por Angela. El alma de la joven, petrificada de orgullo, no quería mostrar las angustias de que estaba devorada. Creía vencer el dolor desafiándole; pero en el silencio de la noche, cuando pensaba en su porvenir perdido, en la vida que se extendía tan larga delante de ella, y que hasta la tumba se hallaría sola, siempre sola, sin mari-

do, sin hijos, sin consideración, entonces esta alma perdía su tensión, las lágrimas corrían y humedecían la almohada, el sueño huía ante estas tristes imágenes, y algunas veces se le escapaba este grito de súplica:

—¡Dios mío, tened piedad de mí!

La vanidad, herida, cerraba los labios de la joven delante de su madre y de su hermana: pero cuando estaba sola se abrían para rogar á Dios, padre de todos los afligidos.

Todas las noches de Angela estaban turbadas por las penosas ideas que se reproducían hasta en sus sueños: se levantaba antes de la aurora, y veía los primeros rayos del sol herir los cristales: oía en el silencio de la mañana los primeros cantos de la alondra que se elevaban en el bosque y los gritos melodiosos de los mirlos que se llamaban y saltaban de un árbol á otro.

Una mañana estaba de pie al lado de la ventana, abierta, mirando distraidamente las bellezas de la campiña, cuando de repente vió á Germana que, con paso ligero, atravesaba el jardín, y tomaba el camino de la iglesia. El último toque de misa resonaba en el pequeño campanario como una voz que llamaba dulcemente y que decía:

—Venid, antes de los trabajos del día; venid al altar; todos los que estáis tristes y fatigados, venid y descansaréis en mi seno.

—Voy yo también,—se dijo Angela,—la mañana está hermosa, y el aire puro refrescará mi cabeza.

Buscó de prisa su sombrero y su chal, y buscó también al derredor suyo un devocionario; pero no le halló. No importa, la campana la llama: sale de su estancia, atraviesa el jardín brillante de rocío, sube por el sendero que cruza la campiña, y llega á la pequeña iglesia, baja y sombría, pero rodeada de su pequeño y verde cementerio.

La misa estaba empezada: dos ó tres aldeanos, algunos ancianos, algunas jovencitas y unos cuantos niños que se preparaban para la primera comunión, formaban la asistencia: Germana estaba delante y en su sitio habitual, y no vió á su hermana que se arrodilló en el fondo de la iglesia asombrada de encontrarse allí.

Angela no rezó mucho; pero se calmó en aquella tranquilidad; pensamientos dulces y serenos llegaron á su alma como un tropel de pajarillos: pensó en sus hijos y pensó en su marido sin colera ni amargura: cuando llegó la comunión, Germana se levantó y fue á la santa mesa.

Angela, que desde hacía largo tiempo había olvidado las costumbres de la vida cristiana, quedo asombrada y se preguntó qué fiesta tenía lugar aquel día: más no se podía engañar; ninguna solemnidad particular había inspirado la piedad de Germana: era un viernes, un día ordinario y era preciso que la comunión fuese para madama Legléve una necesidad del alma, una dulce costumbre, para que fuese á recibirla cuando la

iglesia no convidaba con sus pompas al sagrado banquete.

La expresión del semblante de Germana cuando se levantó, asombró más á la joven: aquel rostro dulce y encantador resplandecía de alegría. parecía que llevaba escritas en todas sus líneas las palabras sagradas: *¡He hallado al que mi corazón ama!*

—¡Qué feliz parece!—pensó Angela.—¡Jamás la he visto esa cara tan radiosa!

Durante un rato reflexionó aún en silencio. Aquellas reflexiones valían una oración: eran meditaciones que del suelo elevaban su alma á las regiones celestes.

Antes de salir Germana rezó largo rato: su hermana se le reunió en el atrio y ella la miró contenta y sorprendida. Germana no se hallaba ya en el Thabor, pero su fisonomía tenía siempre una dulzura y una franqueza atrayentes.

—¿Has querido aprovechar tan bella mañana, hermanita?—le dijo abrazándola.

—Sí,—dijo Angela; y después de un corto silencio, añadió:

—¿Comulgas con frecuencia, mi querida Germana?...

—Sin duda.

—¿Y hallas placer en eso?

—Mucho. La comunión es mi sostén y mi mi fuerza; si tengo algunas penas, algunas dudas, se las confío á Dios: y El las disipa.

—Eres muy dichosa.

Angela calló, y su hermana la dejó entregada á sus pensamientos.

—Con quién te confiesas?—le preguntó bruscamente.

—Con el Párroco.

—¿Es bueno?

—Ya lo has visto: es un anciano lleno de luces y de experiencia.

—¿Pero es indulgente?

—¡Sí, es muy bueno... es un padre!

Las dos hermanas llegaron al jardín. Los niños, frescos como capullos de rosa, corrieron á buscar á su madre. Angela miró un instante este grupo, enlazado en un delicioso abrazo, y después volvió la cabeza y se fue precipitadamente á su cuarto.

El resto del día permaneció silenciosa, pero al anochecer, después de la comida, pidió á su hermana un libro de oraciones. Germana le abrió su pequeña biblioteca sin hacerle ni una observación.

Dos días después, en el momento en que muy temprano entraba en la iglesia vió salir del carcomido confesionario del anciano cura un pliegue de tafetán gris, y la punta de una manteleta de seda negra, que le era bien conocida.

Las lágrimas llegaron en tropel á los ojos de Germana. Dejóse caer de rodillas y jamás himno de acción de gracias ha salido de un corazón más profundamente agradecido. Ninguna alegría de la tierra se puede comparar á esas súbitas iluminaciones, que nos hablan de las prodigiosas revelaciones de Dios, como rayos de luz que hacen presentir una vida mejor.

Germana no quiso esperar á que saliese su hermana, porque temía todo lo que pudiese inspirar alguna desconfianza á aquel corazón receloso; mas apenas llegó á su casa, Angela fue á su encuentro. La joven parecía también dichosa.

—¿Me has visto?—le preguntó.

Germana la abrazó y la besó muchas veces en la frente, con la ternura de una madre para su hijo.

—Te he visto,—respondió,—y he dado mil gracias á Dios: ¿verdad que ahora estás más tranquila?

—Sí,—respondió Angela,—estoy satisfefecha de mí: se lo he confiado todo á ese buen Sacerdote, que me ha consolado y fortalecido; me ha dicho que vuelva dentro de ocho días: quiero contarle toda mi vida, desde mi primera comunión... Ahora veo claro en muchas cosas que antes no veía.

Germana no quiso preguntarle nada; temía comprometer la obra divina, el trabajo delicado, que el Soberano artífice operaba dentro de esta alma. Durante todo el día, Angela fue más cordial y más amable que ordinariamente, y usó con madama Darboys un tono de deferencia, al cual ésta no estaba acostumbrada. Por la noche, dijo la joven á su hermana:

—El Párroco me ha exigido que escriba á mi marido, y ya lo he hecho: me he humillado, y esto, te lo confieso, me ha costado mucho.

—¡Valor!—contestó Germana,—Dios re-

compensará esta victoria que has alcanzado sobre tí misma.

—¿Y me volverá mis hijos?

—Roguémosle para alcanzarlo.

—¡Tengo tanta ansia por verlos! ¡Ah! ¡Germana! ¡en tu casa he aprendido á conocer la dicha! ¡Dios me lo había dado todo, y yo no he conocido el precio de nada!

—Ten confianza. Dios te puede devolver esos bienes, que sabrás apreciar en adelante.

—¡Tengo tan poca esperanza! ¡ya ves que la madre de Leopoldo no contesta!

Nada era más cierto: los días se pasaban sin llegar la deseada carta, y Germana pensaba sin atreverse á decirlo, que Leopoldo no había cedido á las instancias de su madre, y que ésta no tardaría en notificar una sentencia irrevocable.

Madama Darboys se afligía en secreto, tanto más, cuanto que hallaba á su hija más amable y más afectuosa que nunca, y Angela no ocultaba ya sus angustias.

Quince días se habían pasado desde la partida de madama de Emmeryn, sin que ésta hubiera dado noticias suyas, y la esperanza iba dejando lugar á un profundo desaliento.

—¡Ha despreciado mi carta y mis ruegos,—decía un día Angela á su hermana;—¡jamás lo hubiera creído de él, que tanto me amaba!

—¿Te arrepientes de haberle escrito?

—No; á lo menos no tendre que reprocharme el haber dejado de hacer cuanto ha

estado de mi parte para una reconciliación.

—¿Y si Leopoldo persiste en su resolución, que harás?

—Alquilaré una casita vecina á la tuya, y rogaré á mamá que se venga á vivir conmigo; tengo que reparar muchas sinrazones con ella. Quizá Leopoldo me dejará ver de cuando en cuando á mis pobres hijos.

Angela se detuvo ahogada por el llanto; se adivinaba que su corazón estaba desgarrado. Germana la abrazó, pensando que muchas faltas podrían ser expiadas por tan amarga peua.

—¿Creerás,—prosiguió Angela,—que desde que Leopoldo se muestra tan severo para mí, se me figura que le amo más que nunca? ¡le temo, le respeto, y le amo con todo mi corazón! ¡Ah Germana! ¡si él volviese á mí, me hallaría muy cambiada!

Angela suspiró; y por un movimiento de íntima ternura que no había tenido jamás, apoyó la cabeza en el hombro de Germana.

—Hermana mía,—añadió,—mi buena hermana, tú eres muy dichosa y mereces serlo. Estoy segura de que Valentina es dichosa también. Sólo yo...

—Os anuncio una visita,—dijo Armando abriendo bruscamente la puerta-ventana que daba al jardín. ¿No has oído llegar un coche Germana?

—No, amigo mío; estábamos hablando.

Angela se había levantado: un presentimiento la agitaba, y estaba pálida y temblorosa. Un hombre llegaba tras los pasos de

Armando. Las dos hermanas exclamaron á la vez:

—¡Leopoldo!

Este recibió á su mujer en sus brazos, y la estrechó con fuerza sobre su corazón.

—¿Me perdonas?—dijo la joven con voz débil.—¿Puedes perdonarme?

—¡Todo!—respondió monsieur de Emmeryn.—¡Tu carta todo lo ha borrado!

—¡Es cierto lo que te decía en ella!

—No he venido solo,—observó Leopoldo;—¡mira!

Luisa y Raoul, que habían acompañado á su padre, se ocultaban detrás de éste.

Madama Darboys y madama de Emmeryn entraban en aquel instante.

—¡Yo estoy en el Paraiso!—exclamó la pobre Angela juntando las manos.—¡Oh, Leopoldo, qué bueno eres!

Angela abrazó á sus hijos con pasión, y llevándolos después hacia Germana les dijo les dijo con ternura:

—¡Abrazad á vuestra tía y amadla mucho, hijos míos! ¡á ella se lo debo todo!

Después, levantando los ojos hacia su madre, que la miraba dichosa con su dicha, le tomó la mano, y le dijo con ternura:

—¡Cuánto tengo que reparar, mamá mía, y cuánto tengo que amarte!

Cuando ya estuvo más tranquila se sentó entre su madre y madama de Emmeryn, y dijo á Lopoldo con aquella gracia suave y elegante que ponía en todo.

—¡Dicta tus condiciones!

—Espero que serán de tu agrado,—dijo Leopoldo,—saldremos de París.

—¡Qué dicha!

—Nos quedaremos en Tours, para donde acabo de obtener una plaza, y viviremos tranquila y dignamente, ¿te parece bien?

—¿Puedes dudarlo?

—Luisa se educará en Marmontier, donde lo fueron tus hermanas: Raoul irá al colegio de Pont-duroi, ¿le apruebas?

—Cuanto tú hagas, con tal que yo los vea con frecuencia... ¿y mamá vendrá con nosotros?

—Ese es mi mayor deseo,—contestó Leopoldo.

—Alto aquí,—interrumpió Armando,—reclamo por mí y por mi mujer.

—Viviré una temporada con Angela, y otra con Germana,—dijo madama Darboys con voz conmovida,—¿no las amo igualmente á las dos!

Sus dos hijas la abrazaron en silencio: cuando los corazones hablan la palabra expresa poco; y no se necesita.

Germana, contra su costumbre, veló hasta muy tarde aquella noche, porque sentada delante de su buró, escribía á Valentina la narración de todo lo sucedido.

¡Qué bueno es Dios!—decía al terminar.—*¡El, por su delicada misericordia, ha dado á nuestra familia más dicha de la que podía esperar! Nuestra madre, madre ya verdadera para tí y para mí, porque las dos no hacemos,*

como siempre, más que una sola, acabará sus días rodeada de ternura y de respeto: nuestra hermana, instruída acerca de sus deberes, purificado el corazón por una conversión verdadera, será para Leopoldo y para sus hijos, todo lo que pueden desear; yo misma veré mi felicidad acrecida por la suya, y ya en este momento, siento una paz tan deliciosa, un amor tan inmenso hacia Dios, y hacia todos los que me mandan amar, que sólo en el cielo puedo ser más feliz.

Demos gracias á Dios juntas, mi bien amada Valentina; yo quisiera que esta carta estuviera ya en tus manos, á fin de que las dos pudiésemos tener el mismo pensamiento, expresar las mismas acciones de gracias, y decir de común acuerdo y desde lo íntimo del alma:

¡Dios es bueno y todo misericordioso!

FIN.

HISTORIA DE UNA POBRE MUJER.

I

La infancia

Roubaix, es hoy una de las glorias industriales de la Francia; de sus vastos talleres salen esas telas brillantes, esas lanillas casi tan bellas como la seda, de las cuales los dibujos y el gusto exquisito sobrepujan á todo lo que Inglaterra nos puede enviar.

Roubaix, da la regla de la moda, tanto como Lyon; mas en Roubaix, como en Lyon la más floreciente industria, no ha podido impedir la miseria más desoladora; el Pactolo de las arenas de oro, no fertiliza sus riberas. Roubaix, la ciudad negra, cubierta siempre por una capa de humo, es triste, hasta en sus barrios más hermosos; lo es con mayor razón en las calles tortuosas de la antigua ciudad en los patios obscuros y profundos, donde vive la población trabajadora; estos patios son tan mal sanos como inno-

bles, á causa del agua estancada que se ve en el centro de todos ellos, y de los harapos que cuelgan de las ventanas; las paredes destilan humedad, y se ve, en fin, en estos recintos la lepra incurable de la miseria y de la incuria.

En esos barrios viven las numerosas tribus de los hilanderos, tejedores, urdidores, rastilladores, anudadores y peineros, regimentados desde la infancia al servicio del vapor y de las máquinas de hierro que peinan, hilan, cardan, tejen y brochan el algodón y la lana.

El sol y la alegría, no visitan jamás aquellos tristes lugares; la infancia crece sin risas y sin juegos; la juventud está encorvada bajo el peso del trabajo; el matrimonio está lleno de inquietudes y cuidados; la vejez aislada, y si la caridad no descendiese á esas tristes moradas, sus habitantes no conocerían ninguna de las bendiciones que Dios concede á los hombres.

No obstante, los salarios que reciben esas legiones de obreros, son bastante elevados; desde el niño hasta el anciano, todos ganan, todos son agentes del progreso material; pero la industria, tal como se la practica en nuestros días, la industria que olvida á Dios y desprecia su ley, tiene alguna cosa de fatal; engendra el vicio, y el vicio engendra la miseria; el dinero ganado en esas labores automáticas, donde la inteligencia y el corazón se hielan, ese dinero estéril, se gasta en la taberna; la moneda que debía dar el pan

se metarmosfosea en cerveza y en ginebra; el jefe de la familia y los hijos mayores, beben y se embrutecen; la mujer, los ancianos y los pequeñuelos sufren y gimen, y las generaciones arrastran sin poderse desenlazar de ella la pesada cadena de la miseria sujeta á sus pies.

En uno de los barrios más sombríos y más pobres, se elevaba una casa alta, estrecha y negra, donde una multitud de familias vivían hacinadas y se disputaban el aire y la luz; desde la entrada, se sentía el que penetraba allí sofocado por un nauseabundo olor, en el que se combinaban los vapores de la legía, del carbón de piedra, y el hedor de las míseras cocinas establecidas en los mismos cuartos de dormir: las voces de los niños que jugaban y reñían, los vajidos de los pequeñuelos, los ladridos de los perros, el cacarear de las gallinas, se mezclaban al ruído monótomo de las ruedas, y á los golpes regulares de los telares de los tejedores; los muros ennegrecidos destilaban el agua, y la escalera violenta espiral, á la que servía de pasamanos una cuerda, no conocía ni la escoba ni el cepillo.

Esta triste morada, formaba como una pirámide de miserias; en el patio le servía de base una mísera tiendecilla de patatas, de pan negro, de baquetas y de bolas de billar.

A medida que se subía, la pobreza era más angustiosa; en el primero y segundo piso habitaban obreros sujetos á una escasez constante y hereditaria, y más arriba, vege-

taban verdaderos mendigos; un ciego que imploraba la caridad á la puerta de las iglesias y dos barrenderas de las calles.

El piso tercero se componía de dos salitas ocupadas por una desgraciada familia; la primera de las dos estancias, era á la vez cocina, comedor, sala de recepción y uno de los dormitorios del matrimonio Senechal; á causa de estos diversos destinos, reinaba en ella un desorden indescriptible; sobre una estufa del todo igual á la que hay en los cuerpos de guardia, y toda rota, cocía una marmita llena de patatas, cuyas mondaduras grises yacían por el suelo; encima de una mesa, se veían algunos platos desportillados, esperando á que una mano activa los lavase; sobre todas las sillas había prendas de vestir en un estado deplorable; por el suelo estaban extendidos zapatos y zuecos de diversos tamaños; todos los muebles tenían una espesa capa de polvo; los vidrios de las ventanas, rotos en mil partes, se sostenían por medio de tiras de papel, amarillentas por el tiempo, y en medio de aquella confusión, se agitaba una mujer y se sofocaba sin adelantar nada, ocupábase en preparar la comida de su familia, comida del domingo, aunque el traje de Arsenia Senechal, no indicase que había ido á la iglesia.

El atavío de aquella mujer, guardaba con el mibiliario una perfecta y deplorable armonía; una chambra de lana obscura agujereada, una falda, estrecha y deshilada, y un delantal de indiana daban á esta mujer de

obrero, á esta madre de familia, el aspecto de una mendiga de Callot, el gran pintor de los miserables; todavía era joven, quizá su figura esbelta y delgada, su rostro colorado, sus cabellos de un rubio brillante, habían tenido su hora de lucimiento y de gracia efímera; mas ¡ay! ¡Qué lejos estaba aquella hora, y cómo la había reemplazado una temprana vejez!

El descuido, las arrugas, los ojos hundidos de aquella pobre criatura, revelaban una existencia de trabajo y de privaciones; su fisonomía, tenía una expresión singular, abrutada, idiota, llena de espanto, parecía que se hallaba bajo el peso de una amenaza continua y que el temor, las querellas, los golpes quizá, habían apagado la débil parte que debía á la naturaleza de inteligencia y de iniciativa.

Entre las esclavas de la antigüedad amenazadas sin cesar del látigo, de las esposas, ó del tormento de los alfileres de oro, debían hallarse rostros como aquel, estupefactos por el miedo, encorvados y petrificados bajo el yugo; mas al mirarla, causaba un profundo dolor el pensar, que se hallaba entre los cristianos.

En el fondo de la estancia se divisaba un lecho que cubría á medias un pedazo de indiana obscura; este lecho estaba siempre ocupado, lo mismo de día que de noche, en estío como en invierno, por una pobre mujer, madre de Santiago Senechal, que se hallaba atacada de parálisis: desde hacía muchos

años, estaba sobre un miserable jergón, medio sentada, y sostenida la espalda por un almohadón de estopa; su cabeza recta é inflexible, la mirada triste y fija, oía y veía lo que pasaba en derredor suyo, pero se mezclaba rara vez en la conversación, si así puede llamarse al cambio brutal de palabras que tenía lugar entre su familia.

Durante la semana hacía calceta; ¡pero con cuanta lentitud, y á costa de qué esfuerzos tan penosos! Esta labor tan poco productiva, tan abrumadora para su debilidad, era un último homenage que rendía á la ley del trabajo; á esta ley que había llenado toda su vida.

Los domingos, no se ocupaba de nada, á lo menos exteriormente; rezaba, y sus dedos procuraban hacer pasar á cada *Ave María*, un grano del rosario, que rodeaba su brazo moreno y enflaquecido; para un observador, aquel brazo nervudo, aquellas manos anchas y fuertes, hubieran sido toda una revelación, y el rostro tostado, y las facciones enérgicas de la vieja Aldegunda hubieran confirmado sus primeras observaciones.

Aquella mujer no era una débil planta de la ciudad, el sol y el aire libre habían bronceado su frente: niña, había conducido el rebaño á los prados: había manejado después la hoz de las segadoras, y arrojado ágil y robusta los rubios haces en la carreta de la cosecha: sus manos, como las de la mujer fuerte, se habían ejercitado en las duras labores, y sus pulmones se habían ensancha-

do lejos de las fábricas con el aire salubre de los bosques y de los campos.

¿Por qué anciana y enferma, le eran negados el aire puro y el radiante sol, bienes que Dios reparte á todos sus hijos? ¡ay! madre de un hijo único, que rehusó dedicarse á los trabajos del campo y á las sanas fatigas del labrador, le había seguido á la ciudad, y su triste existencia se deslizaba en medio de la miseria, de los disgustos, y de esos espectáculos de desorden, á los cuales su honrado corazón de aldeana no se podía acostumbrar.

Su nuera seguía agitándose, sin alcanzar á remediar si no muy poco el gran desórden del aposento: el fuego, alimentado por un poco de leña húmeda no ardía, el agua de la cafetera no dejaba oir ese canto tan agradable á los pensadores y á las amas de casa; nada se hacía, nada se preparaba, y el día llegaba á su mitad; las doce sonaron; no en el reloj de aquella habitación, pues jamás lo había tenido: sino en la péndula del vecino.

II

Al oir el sonido de la campana, Aldegonda procuró unir sus manos, y dijo á media voz el *Angelus* en latin, y tal sin duda como

se lo habían enseñado en época ya muy remota en la escuela de su aldea: después volviéndose hacia su nuera, le preguntó:

—¿Dónde está Eufrasia?

—Ha ido,—respondió Arsenia, á buscar un pedazo de carne para la comida.

—¿Y la misa?—preguntó la anciana con una voz triste:

—¡Para pensar en misas estamos!—repuso aquella: vamos abuela, Dios no hila tan delgado con los pobres como nosotros; que vayan los ricos á mascar sus rezos á la iglesia después de tener bien lleno el estómago de manjares esquisitos: y rezad vos, que no sabéis qué hacer de vuestros diez dedos.

La pobre anciana suspiró; guardó silencio algunos instantes, y dijo después:

—¿Y creés tú, Arsenia, que las cosas no irían un poco mejor si rezaras tú también alguna vez?

¡Eh! ¡dejadme en paz!—exclamó colérica Arsenia: ¿tengo yo acaso humor para oir vuestras sandeces? No me sobra con la miseria á que me condena vuestro hijo que no me trae ni la mitad del jornal de la semana? ¿No me sobra con lo que me quema la sangre ese alborotador de Juan y esa holgazana de Eufrasia? ¿Y qué tiene que ver Dios en todo esto? ya no puede darme otro marido, y por más que esté diciendo *oremus* de la mañana á la noche, Santiago no dejará de ser un borracho, y un hombre sin corazón!

En tanto que Arsenia Senechal hablaba así, una sombría cólera brillaba en sus ojos:

la cólera del esclavo temeroso, que se subleva y se atreve á hablar alto sólo cuando el dueño está lejos: la anciana abuela, estaba sin duda tristemente habituada á esas recriminaciones que tenían á su hijo por objeto y que dejaban ver tanto ódio hacia él, tanta indiferencia hacia los hijos, tristes frutos de aquel triste matrimonio: sin duda que sabía cuan inútiles eran las réplicas, y cuan vanos los consejos, pues guardó silencio, y este no se interrumpió ya hasta la llegada de Eufrasia.

Tenía ésta catorce años: era alta, y sus formas delgadas, como las de todos los niños que están creciendo, estaban además alteradas por una deplorable flacura; esta demacración y la falta de cuidado y de limpieza no permitían juzgar de sus facciones: tal vez, en una posición menos congojosa, hubiera parecido bonita: acaso si el peine hubiera alisado sus cabellos, que pendían en largos mechones, y si algunos cuidados delicados hubieran realzado las gracias adolescentes de su figura, hubiera parecido encantadora: si un traje limpio, aún el más modesto, hubiera puesto de relieve su pobre persona, acaso hubiera sido fácil apercibirse de que tenía facciones regulares aunque un poco gruesas: ojos obscuros, llenos de luz y de expresión, dientes blancos como las avellanas nuevas, y una cabellera espesa y negra, ruda y larga, como la cola de un joven caballo.

En el cuadro de incuria y de miseria en

que esta niña aparecía engastada, con su vestido manchado, sus zapatos en chancla, su fisonomía atrevida y brusca, se la creía una triste personificación de la miseria y de la degradación que trae consigo; ningún sentimiento dulce ó afectuoso prestaba gracia á aquel joven semblante: Eufrasia no había conocido ni la solicitud de una madre, ni la tierna gravedad de un padre, ni la dulce unión de la familia.

Habíase educado como había podido un poco en casa de las vecinas, un poco en la escuela de las buenas hermanas, otro poco en la calle; había trabajado en la fábrica desde la edad en que la fábrica había podido abrirse para ella: había conocido todos los dolores del trabajo, cuando todos los niños conocen únicamente la protección y el amor: habíase visto explotada á la edad en que debía ser amada solamente: se pedía un salario á aquellas pequeñas manos, que no hubieran debido dar más que caricias: así su corazón cerrado no podía dar lo que no había recibido, y si tenía apego á su familia, si soportaba sin decir palabra las violencias de su padre, si ayudaba á su madre en lo que podía, si tenía para su hermano pequeño algunas palabras de afecto, es que Dios ha impreso su sello en los lazos de la familia, y que son precisas muchas decepciones para apagar la llama sagrada de los afectos naturales y para romper las ligaduras invencibles que la misma sangre ha formado desde antes de nacer.

Una sola persona amaba á la pequeña Eufrasia: era su abuela, que tenía para ella un corazón de madre, y que era á la vez severa y tierna, vigilante y afectuosa: mas la pobre anciana nada podía, y cualquiera que fuese el peligro á que esta niña estuviera, abandonada, cualquiera que fuese el duro trato que se la infiriese, la abuela no padía ni abrigarla ni defenderla; un consejo, una caricia, era todo lo que podía darla, pues era solamente rica de una experiencia frecuentemente despreciada y de un afecto que á causa de la timidez que la ancianidad trae consigo, no se atrevía á manifestar.

—¿Por qué no has venido antes?—dijo Arsenia á su hija: ¡si tu padre llegase ahora, estábamos bien! ¡nada está dispuesto!

—No hay que temer que venga,—respondió la muchacha bruscamente; acabo de verle por las vidrieras del *Sol de levante*, sentado á una mesa con siete ú ocho tejedores.

—¡Ah, Dios mío! ¡qué desgracia!—exclamó Arsenia; ¡allí se gastará el poco dinero que aún nos queda!

Eufrasia se encogió de hombros, y dijo con filosofía.

—¿No sucede siempre lo mismo? más vale que nos pongamos á comer: ya oigo los pasos de Juan que vuelve.

Juanito era anudador de los telares, y tenía la figura correspondiente á su mísero empleo: era pequeño, raquítico, y había una triste armonía entre su tez pajiza y terrosa, sus ojos de un gris pálido y sus cabellos de

color de lino: el fuego de la vida no parecía arder en aquella débil criatura vieja en la infancia, triste en la edad de la alegría, temeroso en la edad en que los demás se explayan: aquel niño era triste y tímido, taciturno y vergonzoso cuando hacía algo bueno, brusco y desapacible cuando practicaba el mal, y aunque de un temperamento nervioso, se mostraba paciente hasta el estoicismo en los sufrimientos y las privaciones de los que el hábito le había hecho una segunda naturaleza.

Su madre le recibió con una mirada más afectuosa, que la que había acogido á Eufrasia; Juan era su Benjamín: era el último de sus hijos, y se le parecía.

—Ven: siéntate y come,—le dijo con cierta dulzura, y poniendo á su lado un pedazo de pan, y en su plato una buena ración de patatas, y un pedazo muy pequeño de carne de cerdo.

Eufrasia, antes de llegar á su porción, tomó la de su abuela, se la llevó al lecho, y la ayudó para que la comiera: la pobre anciana rehusó su pedazo de carne y dijo á Eufrasia:

—Llevátelo, y dale un poco á Juanito: vosotros lo necesitáis más que yo; comedlo entre los dos.

Arsenia oyó estas palabras, aunque habían sido pronunciadas en voz baja, y no queriendo perder aquella bella ocasión de quejarse y de acriminar, dijo ásperamente:

—¡Siempre os habéis de meter en lo que no os importa, abuela!—ya se comprende

que os gustaría más el buen caldo y la vaca: pero la culpa es de vuestro hijo, que es tan duro para los demás como tierno para sí mismo: cuanto más bebe el hombre, tanto menos comen la mujer y los hijos: ¿digo mal?—exclamó encolerizándose con sus propias palabras, ¿ó es que váisahora, según es costumbre en vos, á defender á vuestro hijo?

—Yo no digo nada,—repuso Aldegonda;—no defiendo á Santiago porque ya se que no se porta como debiera; pero tú, Arsenia, harías mejor en no hablar así del padre en presencia de sus hijos.

—¡Como si ellos ignorasen lo que su padre es!—repuso Arsenia con desprecio;—vamos, Juan, no te comas todo lo que resta ahí, es preciso dejar un poco por si al oso le da la gana de pedirlo cuando vuelva... si obedeces te llevaré á casa de tu madrina, que te dará una tostada y un poco de café.

—Vamos allá,—dijo Juan muy contento;—pero ¿y Eufrasia? ¿no viene también?

—No quiero salir,—respondió bruscamente la muchacha,—¿acaso me atrevería á salir á estas horas á la calle, vestida como estoy?

—Es preciso que digas eso á tu padre, hija mía,—dijo Arsenia;—demasiado se que es muy triste el trabajar incesantemente y no tener un vestido ni un chal limpio para los domingos; pero lo que Juan y tú ganáis no es bastante para vivir, y era preciso que tu padre diese algo de sus jornales. Háblale

tú para ver si puedes conseguir algo, yo no me atrevo.

Hablando así Arsenia andaba de un lado para otro, recogía la mesa y ponía un poco de orden en la habitación. Después, cubriendo con un viejo chal negro su miserable traje, salió llevando á su hijo de la mano.

Aldegonda y Eufrasia quedaron solas.

III

La niña fue á sentarse cerca de la ventana y dirigió á la calle una mirada triste. El sol de Julio penetraba hasta en aquel barrio solitario, hasta en aquel callejón sombrío y obscuro y lo llenaba de calor y claridad.

Ni los perfumes, ni la luz, tienen miedo en su espléndido candor de mancharse al contacto de los andrajos.

Todo parecía bañado de alegría; las jóvenes vecinas, ataviadas con sus trajes de fiesta, charlaban en los umbrales de las puertas, los niños, lavados y peinados, esperaban muy serios que les llevasen á paseo; un viejo trabajador y su mujer se iban asidos del brazo hablando amigablemente: Filemón y Baucis de los talleres, estaban contentos con sólo calentarse al sol y con poder contemplar el cielo azul. Las campanas de

vísperas sonaban alegres y graves á la vez, y se veían pasar grupos á la iglesia; los espléndidos carruajes se deslizaban por el pavimento y llevaban á la campiña á las familias opulentas. Eufrasia veía pasar como en un sueño aquellos trenes deslumbradores, aquellas jóvenes con vestidos blancos y color de rosa, sentadas al lado ó en frente de su padre y su madre.

Cada cual se aprovechaba del domingo para su placer, para su reposo, para su piedad, que es á la vez un reposo y un placer; cada uno olvidaba los cuidados de la semana y la alegría de los vestidos representaba fielmente la de los corazones.

Eufrasia veía, comparaba, y sin que pensase en enjugarlas, lágrimas amargas rodaban por sus mejillas; ese sentimiento que es á nuestro corazón lo que es la hiel á nuestra boca, la envidia, la poseía por completo. La pobre niña envidiaba todo lo que veía; aquellos viejos sonrientes, aquellos niños risueños, aquellas jóvenes obreras que parecían tan contentas de vivir y que hablaban de una puerta á otra, sin pensar en su infeliz compañera; aquellas jóvenes ricas y dichosas, á quienes el cielo prodigaba tantos bienes, todo era para ella objeto de envidia y de amargura; envidiaba hasta á la pobre golondrina que rozaba los muros, y que lanzaba al aire sus pequeños gritos salvajes; envidiaba la vida y envidiaba la muerte, porque una vez volvió los ojos hacia un rosalito que se hallaba en una maceta en el ángulo de la

ventana y que se había secado falto de cuidados, y murmuró:

—¡Yo quisiera estar muerta también para no ver ni oir! ¡oh, rosalito! ¡tú ya no sientes ni el frío ni el descuido de mi madre! ¡te ha olvidado y has muerto! ¡dichoso tú!

La pobre criatura inclinó la cabeza sobre el tronco seco que ya no daría más rosas, y prorrumpió en sollozos.

—¡Eufrasia!—dijo la débil voz de la abuela.—¡Eufrasia, ven aquí, á mi lado!

Esta obedeció. La anciana la miró con una profunda simpatía, y dos lágrimas se deslizaron también por sus flacas mejillas sin que sus muertas manos pudieran enjugarlas.

—¡Pobre hija mía!—murmuró,—¡qué triste estás!

—¡Todo va tan mal!—respondió Eufrasia confusa de haber dejado adivinar su pena.—Ya veis, abuela, que yo trabajo con todas mis fuerzas; algunas veces estoy rendida de permanecer en pie durante todo el día, entre esos telares, siempre prontos á herir, agoviada de calor, ahogada con el vapor del carbón piedra... lloraba ahora, pensando en las obreras que están en una situación menos dura, que están sentadas apaciblemente al lado de una ventana, y que cosen lindos vestidos; y, sin embargo, yo no me quejaría del trabajo si estuviera un poco mejor en casa; pero ya lo véis, abuela, apenas pan, nada de vestidos, y además, ¡no oigo nunca una palabra dulce! todo se puede sufrir por una palabra dulce, ¿no es verdad?

—Ten paciencia, hija mía, las cosas mejorarán quizás.

Eufrasia sacudió la cabeza, y dijo con la energía de la convicción:

—¡Jamás!

La anciana guardó un triste silencio, que parecía apoyar la convicción de su nieta. Esta continuó después de un instante:

—¿Y vos, abuela, érais dichosa cuando teníais mi edad?

—También era pobre, hija mía.

—Pero ¿era malo vuestro padre? ¿pegaba á vuestra madre?

A esta pregunta, las mejillas de la anciana se colorearon y respondió:

—Mi padre y mi madre eran las personas más dignas, las mejores cristianas que había en mi aldea. ¡Jamás oí entre ellos una palabra dura! ¡jamás un juramento! Nuestra casita era un Paraíso: mi padre tegía telas, mi madre hilaba; ambos iban á vender al mercado la pieza de lienzo que habían hecho juntos, y esto nos ayudaba á vivir; era el trabajo de las noches del invierno; teníamos, además, un campo que cultivábamos, y padres é hijos nos ocupábamos en él. Era yo pequeña y ya arrancaba las malas hierbas; más grande aprendí á segar; teníamos sólo lo justo para vivir, pero no pedíamos más; el pan, la leche convertida en queso y las patatas, estaban siempre á la disposición de nuestro apetito, porque mi buena madre era muy cuidadosa y muy activa. Teníamos dos vestidos y dos pares de zapatos para cam-

biar; un buen jergón cada uno, sábanas limpias para dormir, ¿qué más se necesita? Nuestra casa estaba tan limpia como el palacio de un Rey, y no he visto nunca más hermosas cerezas que las que daba nuestro gran árbol, que se cubría de flores blancas en el mes de Mayo. ¡Eran tan hermosos aquellos campos! Veíamos al sol levantarse por encima del bosque, y acostarse al final de una llanura que se perdía de vista. ¡Yo amaba mucho mis campos!

—¡Y aquí, mi pobre abuela, no tenéis nada de eso! ¡es tan triste este callejón! ¿Y siempre habéis estado tan bien, abuelita?

—Cuando me casé, sí, hija mía; tu abuelo era un buen hombre, temeroso de Dios, laborioso y servicial para todos; era capatáz en una hermosa casa de campo, y se quitó la vida á fuerza de trabajar.

—¿Y por qué mi padre ha venido á trabajar á una fábrica en lugar de seguir en el campo?

—Ese era su deseo,— respondió tristemente la abuela.

—Y vos le habéis seguido... ¿de modo que le amáis mucho?

—Sin duda, hija mía; una madre ama siempre á su hijo.

Eufrasia quedó pensativa; parecía reflexionar, y Aldegonda repasaba los recuerdos que acababa de evocar, y se decía que ya no volvería á ver más aquel cielo, los dilatados horizontes, en los que el sol vestía de púrpura por las mañanas, y la llanura que dora-

ba por la tarde, y los rostros queridos que ya cubría la tierra. Eufrasia meditaba también; pero ni aun en su pasado más lejano hallaba un rinconcito azul y risueño donde poder reposar; sobre el lienzo de su joven memoria sólo se dibujaban privaciones, miserias, desdén, escenas de violencia y de dolor. La abuela, al ver que se había entristecido de nuevo, quiso distraerla, y le dijo:

—¿Por qué no lees un poco en el libro que las buenas hermanas te han dado en premio?

—Probaré,—dijo Eufrasia;—¡mas apenas sé leer!

Las pobres criaturas sólo poseían un libro: *La vida de la bienaventurada Germana Cousin*, narrada con el estilo más sencillo é impresa en gruesos caracteres. Eufrasia se puso á leer lentamente aquella triste y tierna historia; era la historia de una angélica niña, pobre, enferma, maltratada por una madrastra, abandonada por un padre indiferente, desdeñada de todos, pero querida de ese Dios que vino á la tierra naciendo en un establo y que murió en una cruz. Su paciencia celeste las hizo llorar; ambas admiraron el dulce milagro de las rosas, y después de un rato de lectura dijo Eufrasia ingénuamente:

—¡Ha habido sobre la tierra gentes más desgraciadas que nosotras!

—Ya ves que sí, hija mía, y que Dios las ha recompensado.

—¿De veras, abuela?

—Segura estoy, respondió la anciana con una profunda convicción: cuanto más se sufre acá abajo con paciencia, más dicha hay en el otro mundo: ¡Dios es justo! tú tendrás muchas penas durante tu vida: súfrelas, hija mía, sopórtalas por su amor, y piensa en la bienaventurada Germana.

Ambas quedaron en silencio pensando en esta historia que tan poderosamente las había cautivado, y Germana, radiosa entre el coro de las Vírgenes, debío sonreir á estas pobres criaturas que su ejemplo consolaba en la tierra.

IV

Santiago Senechal volvió muy tarde aquella noche, y al día siguiente salió tan temprano, que su mujer y sus hijos no se habían levantado todavía: más al medio día volvió y fue á apoyarse en la chimenea, arrojando en torno suyo una mirada sombría y de mal agüero.

Era un hombre de poca talla, robusto y rechoncho: su figura basta, debía á la intemperancia de sus costumbres una expresión bestial, y en sus ojos azules, inyectados de sangre, se encendía á la más leve contradicción, una centella roja, indicio irrecusable de la violencia de su carácter.

Aquel día, su mujer que preveía el huracán, no se atrevía á hablar, y sin alzar los ojos, seguía lavando algunas camisas. Eufrasia se ocupaba en remendar la blusa de su hermano y éste jugaba con unas castañuelas, formadas por dos pedazos de teja: los niños flamencos aman mucho ese juguete remedo de las castañuelas de España.

La abuela, sentada sobre el lecho, hacía calceta en silencio.

—¡Cállate! dijo bruscamente Santiago á su hijo.

Yendo en seguida hacia su mujer, añadió:

—Dame dinero.

—¡No tengo ni un céntimo!

—¡Ni un cétimo! repitió Santiago: ¡mientes! ¿y lo que te dí el otro día?

—¡Se lo he dado al casero!

—¿Y la semana de los muchachos? preguntó de nuevo el marido cada vez más impaciente.

—¿No era preciso pagar el pan, y traer patatas y jabón para lavar? Si no quieres creerme, mira.

Arsenia, al decir estas palabras, volvió del revés los bolsillos de su delantal, arrojando á su marido una mirada irritada y medrosa á la vez. Oyóse un ruido metálico. Santiago se inclinó; pero sólo recogió del suelo el dedal de cobre de su mujer.

—¿Lo ves? dijo ella con aire de triste triunfo.

—Lo que veo, repuso Santiago mostrando por grados su cólera, lo que veo es que

los señoritos no ganan nada, y que es preciso poner orden.

—¡Es muy justo!—exclamó Arsenia irritada á su vez: cuando el padre no tiene el valor del trabajo, los hijos han de redoblar su tarea.

Un violento bofetón, cayó sobre la megilla de la pobre mujer.

Santiago, después de este acto de brutalidad, levantó bruscamente á Juan del suelo donde estaba sentado, y le dijo:

—Vas á venir conmigo á ver á monsieur Balfons: se te empleará en la cardería, y me ganarás algo más que un escudo á la semana.

—¡A la cardería!—exclamó Arsenia;—¡pero infame, deseas la muerte de tu hijo! ¡no tienes entrañas!

Santiago la rechazó con una puñada: y aunque su madre le llamaba con voz débil, salió llevándose á Juan que temblaba, como el rey de los *anlues*, en la balada, se lleva al reino de las sombras á un pobre niño espantado.

Las tres mujeres quedaron consternadas.

—¡A la cardería!—exclamó Arsenia rompiendo el silencio:—¡mi hijo será hecho pedazos y es el verdugo de su padre quien le envía allí!

La cardería es en efecto el lugar más peligroso de los talleres: expuesto para todos, es casi mortal para el aturdimiento de un niño.

Esperóse la noche con inquietud: más

cuando Juan subió á su casa, parecía ya familiarizado con el peligro: habló con cierto orgullo de los puntos agudos, de la rotación rápida de aquella terrible máquina, á la cual debía él con sus dedos de niño proveer de la lana que carda y divide: parecía muy contento de estar en contacto incesante con el peligro, y de estar á la vez más expuesto y mejor retribuído que sus camaradas.

Su madre se tranquilizó: al fin de la semana el aumento del jornal la consoló, y ayudando la poderosa costumbre, casi no pensó ya en el riesgo de mutilación ó acaso de muerte que amenazaba de contínuo al pobre niño, y que en una edad en que no hay memoria debía castigar el más pequeño olvido: además, cuando pensaba en esto, se decía:

—¿Qué puedo yo hacer? si mi hijo sufre, ¿es culpa mía?

No obstante, aquel corazón helado por la miseria, y endurecido por los malos tratamientos, aquel pobre corazón de madre, se despertó cuando después de pasadas algunas semanas vinieron á decirle que el niño, víctima de una ligera distracción, se había deshecho los dedos en el cruel encaje de ruedas dentadas, y que acababan de transportarle al hospital.

Arsenia sofocó con sus gritos la voz del contramaestre de la fábrica que le hacía saber esta triste noticia: las maldiciones contra su marido, las quejas más amargas sobre la suerte del pequeño Juan, se entremezcla-

ban en sus discursos, y sus lágrimas no pudieron detenerse, ni aun cuando el jefe del departamento donde trabajaba el pobre niño le dijo que estaba encargado por el dueño de la fábrica de prometerle una indemnización por la herida y por la pérdida de trabajo que ocasionaba.

—Preciso será aceptar, dijo la pobre mujer sollozando: pero yo quería más los dedos de mi hijo que todo el dinero que pudieran darme. ¡Ah! ¡más valiera no nacer, que nacer pobre!

Cuando Santiago supo que su hijo estaba herido juró, se encolerizó, y pasó en la taberna el resto de la semana.

En algunas transacciones de trabajador á dueño se encuentra un recuerdo de las leyes que regían á los galos y á los francos: la sangre vertida se paga con dinero, se evalúa en cifras exactas el perjuicio que ocasiona el mál físico: las dos partes se entienden amigablemente, y la mayor parte del tiempo, sin el concurso de los Tribunales, se aplaca con algunas monedas el dolor, y hasta la pérdida de un miembro mutilado y sangriento.

El fabricante dueño del trabajo del pobre Juanito, pagó generosamente: hizo llamar al padre del herido, y le entregó un paquete de monedas de plata; mas al dárselas, le dijo con tono serio y casi severo:

—Yo siento con toda mi alma lo sucedido, y vos sabéis que ha sido bien á pesar mío y sólo por ceder á vuestras ins-

tancias, por lo que he empleado en la cardería á un muchacho tan pequeño y débil: ¡tratad de conservar y de hacer producir á este dinero que tan caro cuesta á vuestro hijo! ¡sed para él un buen tutor y un buen padre para ese pobre ser que os ha dado todo lo que podía! ¡pensad bien en esto, Senechal!

Santiago bajó la cabeza y después de algunas palabras de agradecimiento, gruñidas más bien que pronunciadas, volvió á su casa sin detenerse en la taberna y dió á su mujer la suma á tanta costa adquirida.

Arsenia le ocultó en seguida á la cabecera de su lecho, no pudiendo presumir que tuviera mejor colocación, ni más útil empleo que estar guardado.

Monsieur Belfons, no había querido añadir ningún otro consejo á la suma: el desgraciado antagonismo que existe entre los dueños de las fábricas y los obreros, contiene sin cesar los testimonios de mútuo interés; el dueño vacila y observa; el trabajador desconfía; y este conjunto de luz y de fuerza, que unido, levantaría al mundo, es impotente para el bien general.

El dinero fue ocultado cuidadosamente y durante algún tiempo no se pensó más en él.

Juanito, dulcemente tratado en el hospital, se restablecía poco á poco: las buenas Hermanas de la Caridad le animaban: el cirujano, que había admirado su energía, mientras que el bisturí trabajaba la carne des-

trozada de su mano izquierda, le atendía con esmero, y jamás el pobre obrerito se había visto más dichoso que durante aquel tiempo de calamidad.

Sus megillas se habían puesto de color de rosa, y había engruesado. Una de las Hermanas le enseñaba á leer y pagaba con un pastel cada alfabeto bien dicho: el niño se hallaba muy bien en aquella triste morada, tenía miedo de dejarla, y no recordaba sin secreto y profundo temor la morada paternal, sombría y sucia, donde el silencio, el mal humor y la tristeza, eran sólo reemplazados por las lágrimas y los gritos de la cólera.

Á cada visita que le hacía su madre, repetía que se hallaba muy contento, y enumeraba con los ojos animados y alegres, los golpecitos en la megilla que le daba el Doctor, las dulces palabras de las religiosas, y terminaba diciendo:

—¡Qué bien se está aquí, mamá!

Estas noticias, que Arsenia llevaba á su casa, parecieron hacer sobre Santiago una viva impresión: recobró su aplomo, y con él, el camino de la taberna; tenía lugar por entonces una de esas fiestas populares demasiado frecuentes para las buenas costumbres de los obreros; Santiago la celebró y Arsenia se apercibió de que faltaban algunos escudos al rollo que contenía el porvenir de su hijo; quejóse con vehemencia á su suegra, cuando entró su marido.

—¿De qué hablas?—preguntó dirigiéndo-

se á ella con tono amenazante;—desde abajo se te oye chillar.

—¿Qué importa que me oigan?—gritó Arsenia fuera de sí;—¡he de contar á todo el mundo que tienes la infamia de robar el dinero de nuestro pobre hijo!

—¿Te callas?—rugió Santigo.—Yo soy amo en mi casa y mando en tí, en mis hijos y en todo lo que haya; ¿lo entiendes? y la prueba es que vengo á buscar el dinero, y que haré de él, el uso que me plazca; ¡déjame pasar!

—No, Santiago,—exclamó la pobre madre impidiéndole el paso;—¡no, tú no harás eso! ¡porque hacerlo sería un crimen! ¡no te iras á gastar en la taberna esa pobre suma, precio de la sangre de nuestro hijo, y su sólo porvenir! ¡no, no lo harás! ¡yo lo impediré! ¡iré á casa del Comisario, á casa del Procurador del Rey! ¡yo hallaré justicia si la hay en la tierra!

Santiago la cortó la palabra asiéndola por el cuello; arrojóla á tierra y la dió de puntapiés con un furor salvaje; la abuela, á costa de un esfuerzo supremo, alzó su brazo paralizado y exclamó:

—¡Detente, Santiago! ¡vas á matarla!

—Yo no os acuso á vos,—repuso Santiago,—conque ¡dejadme! ¡Vos sois mi madre, pero ella tiene que saber que yo soy su dueño!

Arsenia aterrorizada guardó el silencio y la inmovilidad de la muerte; pero cuando le vió salir de la habitación vecina llevado en

la mano el rollito de monedas, tan cuidadosamente conservado, no pudo dominar su cólera y su dolor, enderezóse y le gritó:

—¡Ladrón! ¡mal padre!

Santiago volvió sobre sus pasos; descargó sobre su mujer algunos golpes formidables; la tiró contra el suelo cubierta de sangre, y empujando sobre ella á Eufrasia, que volvía de la calle, y que quería defender á su madre, se dirigió de nuevo á la puerta.

—¡Desgraciado!—le gritó la madre;—¡no vayas á beber la sangre de tu hijo!

—¡Es mío el dinero, porque yo soy el amo!—repuso él precipitándose hacia la escalera, y dejando mudas de horror á las tres espantadas mujeres.

La taberna se enriqueció con aquel mísero despojo, y en algunos días de orgía, el dinero que debía crear un porvenir para el pobre niño mutilado, se gastó por su bárbaro y desnaturalizado padre.

V

El invierno que siguió á estas tristes escenas fue largo y riguroso: el trabajo no abundaba y los comestibles estaban muy caros: la familia Senechal, sintió más que otras la angustia pública; los momentos de crisis que son de escasez ó de dificultad para

algunos, son para otros la señal infalible del frío y del hambre: Santiago, que tenía mala reputación, se vió con frecuencia sin trabajo; el pequeño Juan no podía ya ganar nada, y la abuela, abrumada por el invierno y por las duras privaciones, se había puesto gravemente enferma.

Todo le faltaba á la pobre anciana, y sin embargo, no se quejaba jamás; sufría y se debilitaba visiblemente; su hijo y su nuera no se inquietaban nada, pero Eufrasia se preocupaba por todos, de aquel ser que tan tierna y sinceramente la amaba; veía y adivinaba los sufrimientos de la pobre mujer, y probaba en vano á darles algún remedio; nada tenía, ni aun fuego para calentar las tisanas que llevaba alguna compasiva vecina, ni aun los más miserables remedios, ni los auxilios más pequeños; una sola vez había venido el Médico de los pobres dejando una receta, que á pesar de haberse ejecutado, no había producido efecto alguno; después de examinar á la enferma había hecho un gesto significativo, y había dicho:

—Es preciso ir al hospital, buena mujer.

—No, caballero,—respondió Aldegonda,—quiero morir aquí.

La abuela pensaba en Eufrasia, y á su vez Eufrasia no pensaba más que en ella; temiendo perderla, había sentido redoblarse la ternura instintiva que sentía por su abuela, por el sólo sér que la había amado, guiado y defendido.

Sentía desgarrado su corazón á la vista de

la debilidad y de las privaciones de su abuela, y todo el día, y algunas veces durante toda la noche, pensaba en lo que podría hacer para darle, no lo supérfluo, no lo útil, sino solamente lo necesario; hay miserias tan profundas, que los más bellos sueños de los infelices que las padecen nos parecerían á los que vivimos con alguna holgura muy cercanos de la pobreza; un poco de miel para endulzar una bebida amarga, un alimento algo mejor, una pequeña cantidad de vino, una fruta, un huevo fresco, he aquí lo que la pobre Eufrasia hubiera pagado con la mitad de su vida, para poder dárselo á su abuela.

Apenas osamos mirar el fondo de los abismos de la desgracia; y sin embargo, ¡que lecciones tan elocuentes, qué comparaciones y hasta qué grandes consuelos podríamos hallar en ellos!

La pobre mujer declinaba hora por hora; una fiebre ardiente devoraba aquel cuerpo debilitado por el largo trabajo de la vida; algunas veces, delirando, se quejaba y pedía algún socorro; un día la oyó decir Eufrasia:

—¡No puedo beber esta agua tan fría... parece de nieve... pero tengo mucha sed! ¡Oh, si me dieran cerezas de nuestro árbol! ¡me estoy muriendo de sed!

Cuando por la noche volvió de la fábrica Eufrasia, fue al lado da la cama de su abuela, y medio oculta por la cortina dividió una gruesa naranja y la llevó á los ávidos labios

de la anciana, diciéndole en voz muy baja:

—Tomad, abuela mía, tomad esto, que os hará mucho bien.

Aldegonda, que se hallaba medio aletargada, tragó el jugo dulce y refrigerante, y se adormeció, como si aquel débil cuidado le hubiese traído un profundo bienestar.

A la mañana siguiente, después de una noche tranquila, llamó á Eufrasia y le dijo con voz débil:

—¿Estás sola?

—Sola con vos.

La abuela se incorporó, y mostrando con el dedo la corteza de la naranja que aún estaba sobre el lecho, preguntó:

—¿De dónde ha venido esto?

Eufrasia se puso colorada, y contestó:

—Yo la he traído para vos, abuela.

—Ya me lo figuro, hija mía; ¿pero cómo la has traído? ¿te la han dado?

La niña guardó silencio.

—¿Tenías dinero para comprarla?

Eufrasia siguió callando: la abuela la miró al rostro, y le dijo con profunda compasión:

—¡Habla, hija mía! ¡dime la verdad! yo sé que si has pecado, ha sido por un exceso de cariño hacia mí!... ¡habla, no temas!

La niña se dejó caer de rodillas, y ocultó su encendido rostro en el hombro de la anciana abuela.

—¡Sufríais tanto!—murmuró con voz trémula,—y erá para mí tan duro el veros beber teniendo fiebre esa agua helada... fría y cruda!... pedí á mi madre dos sueldos para

compraros alguna cosa, y me dijo que no tenía un maravedí... todo el día estuve pensando de qué modo os podría aliviar; se me ocurrió el ir á pedir algún socorro, alguna limosna, pedí en la calle á los que pasaban, y sólo una señora, me dió dos céntimos... he ido á casa del señor Cura, y me han dicho que no estaba y que no volvería hasta la noche... he vuelto á implorar la caridad en la calle, y un hombre, que tenía una barba muy grande y una voz muy gruesa me ha dicho:

—¡Lárgate cuanto antes, ó te hago prender por la Policía!

—He tenido miedo, viendo que era mal hecho pedir limosna, ya iba á entrar cuando recordé que vos no teníais nada que beber aún para esta noche; esta idea me ha penetrado el alma; he visto á la puerta de una tienda un cesto lleno de naranjas, y entonces...

—¡Desgraciada niña! ¡Has querido hacerme un bien, y me das la muerte!—exclamó la anciana, cuyo rostro devastado retrataba el más agudo dolor.

—Abuela, yo no pensé que el tomar una sola naranja fuese una falta tan grande,—murmuró Eufrasia.

—¡Tomar lo ageno! ¡Oh, hija mía! ¡Vale más morir mil veces, que alargar la mano para tomarlo! ¡Lo ageno es sagrado!... ¿Lo entiendes?

Eufrasia quiso hablar; vaciló, y dijo por fin balbuceando:

—El dinero de Juan, era también suyo, pues le costó perder la mano, y no obstante, mi padre...

—Tu padre ha cometido una gran falta,—dijo la abuela con firmeza,—¡que Dios le perdone como yo le perdono, aunque él me dió aquel día el golpe de muerte!... ¡Pero tú, hija mía, sé honrada! ¡No me dejes morir con el angustioso temor de que llegarás á ser una ladrona! ¡Es preciso, Eufrasia, que me jures de rodillas, y por el santo nombre de Dios, que jamás volverás á robar, aunque te mueras de hambre! ¡Júralo!

La palabaa y el acento de la anciana tenían tal solemnidad, que la niña no pudo resistir, extendió la mano hacia un crucifijo que coronaba el lecho, y dijo con una firmeza inteligente.

—¡Lo juro, abuela!

—Y yo, hija mía, te doy mi bendición, y te doy gracias ahora de lo que has hecho para aliviarme.

—¡Nada puedo para eso!—exclamó la niña llorando y abrazando á la abuela.

—Te equivocas dijo ésta; ve á casa del señor cura, y ruégale que venga á verme, ya es tiempo; pero aún exijo de tí otra cosa más difícil: ve también á casa del tendero, á quien has robado esta naranja, confiésale tu falta, y pídele perdón; dile que le ruega te lo conceda una pobre anciana moribunda; ¿lo harás?

—Sí, abuela, puesto que vos me lo mandáis, respondió dócilmente Eufrasia.

Siguiendo las instrucciones que le había dado su abuela, corrió á casa del cura, el cual se apresuró á llevar á la moribunda anciana los Sacramentos, supremos consuelos de la religión católica, los cuales abren al alma atribulada las eternas puertas de la felicidad y de la bienaventuranza sin límites.

Esta los recibió con santa unción, gozando después de esa tranquilidad de espíritu que comunican, y de esa fortaleza que hace que después de recibirlos en gracia, se mire frente á frente y sin temor á la muerte.

Eufrasia, luego, pálida y temblorosa, confesó su culpa á la frutera; ésta la oyó con bondad y le dijo:

—Hija mía, es preciso no volverlo á hacer; ya que tienes la fortuna de pertenecer á gentes honradas, tienes el deber también de no deshonrarlas; yo te perdono con todo mi corazón; iré á ver á tu abuela y le llevaalgún socorro.

Aquel testimonio de interés, llegó tarde; los últimos granos de arena habían caído del reloj de aquella vida pura y honrada; la abuela después de recibir el beso de paz de su Dios, se durmió tranquilamente, en una noche de invierno triste y obscura, para despertarse revestida de una juventud inmortal, en las riberas donde luce el día sin sombras y sin ocaso.

VI

El matrimonio

Diez años han pasado, largo espacio de tiempo, sobre todo en la juventud; entonces los años no se parecen todavía, y la esperanza en acecho dentro del corazón, espera cada noche alguna novedad para el día siguiente, y el placer, y el dolor por la intensidad de nuestras sensaciones, dan á cada hora un valor doble.

Aquellos diez años habían tenido para Eufrasia muchos momentos de pena, muchas horas sombrías, aclaradas por algunos puntos luminosos; hasta los veinte años, había trabajado y sufrido bajo la tutela de su padre y al lado de una madre á quien el exceso de las penas había vuelto idiota; á los veinte años halló un hombre, un obrero que la encontró bonita, y á quien ella amó.

Casáronse con la descuidada imprevisión de la juventud, aunque era, según la expresión de una vieja vecina, casar el hambre con la sed; eran pobres, en efecto, muy pobres, y no obstante, Eufrasia debió á este

matrimonio, á esta afección, á estas dulzuras del alma, los días dichosos que brillaban como diamantes en la trama obscura de la vida.

Durante un breve especie de tiempo, pudo creer, que no es todo desgracia aquí abajo, y que hay días dichosos en el valle mismo del destierro.

En la época en que volvemos á encontrarla estaba casada hacía cuatro años; tres veces había sido madre, y había perdido sus dos primeros hijos; había conocido los días de escasez, de sufrimiento y de dolor, y la pobreza, esta antigua compañera de su vida, que la había mecido y educado, había venido á sentarse á su hogar.

Nosotros, lector mío, volvemos á hallarla en una pequeña habitación, situada en uno de los barrios más apartados de Rubaix, y alumbrada por una sola ventana que domina la campiña; esta habitación no se parecía á la espantosa zahurda donde vegetaba su familia; era un asilo pobre, pero no miserable; un lecho decente, algunas sillas, una pequeña mesa y una cuna la llenaban casi por completo.

Sobre la chimenea se veía un espejito y tres figuras de yeso que los mercaderes piamotenses venden á bajo precio, y que son en su ingenuidad un reflejo lejano del arte, y un reflejo próximo de las ideas en boga: el pequeño museo de Eufrasia, se componía de una santa Virgen, y de las dos estatuitas representando el *Católico* y el *Hu-*

gonote tan abundantes hace algunos años.

Sobre la ventana, un reseda embalsamaba y un velo flotante de capuchinas y de guisantes de olor, guarnecía el marco de madera.

Eufrasia no trabajaba ya en la fábrica; cosía en su casa, y según lo había deseado en otro tiempo, estaba tranquilamente sentada al lado de la ventana, y no lejos de la estufa, donde cocía la cena; la cuna, de la cual salía un débil vagido, excusaba y justificaba su presencia, y todo alrededor suyo parecía decir que poseía esa dicha relativa que había faltado tan completamente á sus primeros años.

No obstante, la jóven parecía muy triste; su cabeza se inclinaba bajo el peso de un pensamiento penoso; reunía maquinalmente las piezas de una camisa que iba á coser y no salía de su meditación sino cuando la niña se agitaba en la cuna.

Tomóla al fin en los brazos y se puso á contemplarla con una atención melancólica: la niña, de edad de cinco meses, era débil y enfermiza: apenas parecía tener bastantes fuerzas para beber la vida en el seno de su madre: su piel, blanca y azulada como el nácar, acusaba una debilidad extrema en los brazosde una madre elegante; esta endeble criatura hubiera interesado vivamente; acostada en el regazo de la pobre obrera que trabajaba amamantándola, inspiraba una dolorosa compasión.

La niña cesó de mamar, y fijó en su ma-

dre sus dulces ojos, que la conocían ya. Eufrasia la miró triste y tiernamente y la volvió á su cuna: no la era posible desatender su labor y volvió á tomar la costura con una nueva energía, marcando, por decirlo así, el movimiento de su aguja, con el canto de una antigua canción sin palabras, que su abuela le había cantado con frecuencia en su infancia; la niña se durmió bajo la doble influencia de la leche y del canto y Eufrasia continuó su trabajo hasta la noche.

Cuando el último rayo de luz se apagó en los cristales, encendió su lámpara y volvió á tomar la labor. Pero entonces, la aguja no marchaba ya con su regularidad activa y monótona: con frecuencia se quedaba inmóvil, mientras que Eufrasia consultaba el marco de yeso que encerraba un reloj de plata: las ocho, las nueve, las diez, fueron señaladas, una después de otra, por ese dedo de acero que nada detiene; la joven suspiró profundamente, cuando vió que eran las diez y media y exclamó en voz alta:

—¿Por qué no vuelves? ¿dónde estás? ¿con quién?

La niña empezó á llorar.

—Duerme,—le dijo,—duerme: papá va á venir: te mirará, y estás muy bonita durmiendo: duerme, amor mío, y no llores cuando él venga: eso le incomodaría... ¡duerme!

La pobre joven esperó aún veinte minutos bien largos para sus fatigados ojos y para su corazón desfallecido: de repente un paso, joven y vivo, le hizo alzar la cabeza

y trajo un débil color á sus mejillas pálidas.

—¡Es él! ¡Fernando!—exclamó.

—Y bien,—dijo el recién llegado,—aquí estoy: ¿por qué me has esperado? ¿no podías acostarte?

—Quería verte... no has venido ni á comer ni á cenar... ¡Oh, Fernando! ¡Es la primera vez que me dejas sola un día entero!

Al decir estas palabras, apoyó la cabeza en el hombro de su marido y prorrumpió en lágrimas: él se retiró bruscamente, á riesgo de hacerla caer y le dijo brutalmente:

—¿Qué significan todas esas sandeces? ¡Que acaben pronto, ó me vuelvo á donde estaba! ¡no tienes más que añadir una palabra!

Fernando Lahouse no se parecía en nada á su suegro Santiago Senechal: éste era el tipo del obrero de fábrica embrutecido y desesperado buscando en la bebida el pasajero olvido de sus dolores y haciendo pesar sobre su familia entera, con un egoísmo ingenuo y feroz, el yugo más duro y las más amargas privaciones.

Fernando había aprendido en París su oficio de pintor de fachadas, y tenía el tono, las costumbres y la insolencia del obrero parisién.

No tenía el carácter violento: si juraba, era por hábito; jamás se embriagaba completamente; tenía un fondo inagotable de calembours, de cancionetas y de picardías aprendidas en los teatros de los boulevares, hablaba el *caló* con una facilidad rara, lle-

vaba la gorra sobre la oreja, la corbata á la Colín, reía de todo y no creía en nada.

—La vida se ha hecho para divertirse, y aunque es corta, se puede hacer buena; esta era su moral, y á la verdad, la alegría del yerno podía, en una hora dada, ser tan dura como el humor feroz del suegro.

Eufrasia había visto el exterior y su alma se había dado por entero al hombre que sólo tenía en los labios palabras agradables y pro mesas amorosas; al cabo de algunas semanas, empezaba á apercibirse de que se puede ser de la misma familia sin parecerse, que el mismo terreno debía producir inevitablemente los mismos frutos y que el egoísmo podía ser alegre y gentil, lo mismo que rudo y feroz.

Fernando la dejó llorar, mirándola con aire burlón... la niña unió de repente una melodía quejumbrosa á las lágrimas de la madre.

—¡Bonita serenata!—exclamó él impaciente,—¡parece un órgano de gatos! ¿Os callaréis las dos? ¡Silencio, digo!

Voy á tomarla y callará,—dijo Eufrasia, levantando á su hija en los brazos y empezando uno de esos paseos en los que las pobres madres gastan las fuerzas de su vida.

—Haz callar al renacuajo y no chistes tú tampoco,—dijo el hermoso Fernando;—yo me voy á acostar, buenas noches; y que no os oiga más.

Eufrasia se paseó silenciosamente hasta las dos de la mañana; estaba transida de

frío y agobiada de fatiga, pero la niña despertaba cada vez que la dejaba en la cuna; en fin, hacia el amanecer la vió profundamente dormida y pudo acostarse, más á las cinco, la costumbre, ese poderoso despertador, la arrancó al reposo; saltó del lecho y con el menor ruído posible, respetando el prolongado sueño de su marido, le preparó el desayuno.

Fernando se levantó á las seis, se estiró durante largo tiempo, se vistió con descuido y comió con abundancia; su mujer se multiplicaba en derredor suyo para obtener una mirada ó una palabra suave, como el perro que teme y lisonjea á su dueño; mas él parecía no poner ninguna atención y recibía sus cuidados sin decir nada y como cosa que le era debida; en fin, se levantó y tómó su gorra para irse á trabajar.

—¿Vendrás á comer?—preguntó Eufrasia con el acento de la timidez y de la súplica.

—¡Pardiez! ¿Crées que me quedaré sin comer? ¡No pienso en eso!

—¿Pero ayer?... ¿dónde has comido?

—¿Ya empiezas con tus preguntas? He comido con un camarada de París.

—¿Los dos... solos?

—No, tigre, no,—respondió riéndose y animado por la gran taza de café que acababa de tomar,—la *particular* del camarada hacía los honores.

Eufrasia palideció.

—¡Una mujer! ¡una parisién!—exclamó.

—¡Una mujer!—repitió su marido reme-

dándola,—y muy bonita; ¡con dos ojos como dos estrellas y un vestido que dejaba ver dos pies enanos y un gorrito que dejaba ver los más hermosos cabellos rubios! ¿quieres más informes?

Eufrasia arrojó una mirada de desesperación sobre sus pobres vestidos.

—¡Hasta la vista!—dijo el hermoso Fernando entreabriendo la puerta.

—¡Abraza á lo menos á la niña! ¡Ni siquiera la has mirado ayer noche!

—¡Uf! ¡Los chiquillos huelen siempre mal y son feos, y tú te vas haciendo también vieja y te vas poniendo flaca y amarilla como una caña!

—¡Son los efectos de la felicidad!—repuso Eufrasia con amargura.

Fernando salió dando un portazo. Su mujer se dejó caer llorando sobre una silla.

VII

La estación de Rubaix se parecía al valle de Josafat; todas las clases y todas las edades se hallaban allí confundidas; todas las cabezas, vueltas hacia el Norte, esperaban la locomotora que debía transportar á Lille los viajeros apresurados y vestidos de fiesta.

En el momento de la llegada del tren, tuvo lugar una confusión indescribible; una

joven, vestida de una manera vistosa, se esforzaba en vano por conquistar el estribo de un vagón de tercera clase, que estaba rodeado de gente y por reunirse á un compañero que la había precedido; hacíanla retroceder empujándola y haciéndola creer que la antigua cortesía francesa se había ido con las diligencias y los postillones; ya desesperaba de llegar, cuando un hombre joven y listo, llegando á su socorro, separó á los que se la adelantaban y la empujó al interior del carruaje, donde la siguió en seguida.

—¡Gracias, señor Fernando!—dijo ella vivamente; y volviéndose á su compañero añadió:

—¿Y tú, no podías ayudarme?

—¡Querida Rosina, cada uno para sí!—respondió el personaje,—tú no eres corta de genio y te he dejado hacer.

—Sí,—dijo Rosina con enojo,—¡lo de siempre! ¡arréglate como puedas! Es una cuenta cómoda para tí por más que á mí no me gusta; me acordaré de lo que has hecho y te advierto que no vengas á hacerme la rueda á la feria de Lille; el señor Fernando me acompaña.

—¡Está dicho!—respondió el marido de Eufrasia.—Nos pasearemos juntos.

El compañero de la señorita Rosina no pareció empeñado en manera alguna en reivindicar los derechos que podía tener sobre ella.

Rosina era el tipo de la costurerita parisién; delgada, pequeña, bonita, limpia como

un pájaro, vestida y adornada con gusto, con la mirada viva, la boca risueña y burlona, la palabra pronta y ligera, el corazón y la cabeza ligeros también; un movimiento de despecho le hacía olvidar al hombre que había seguido á Rubaix, y sin pensar más en él se volvió toda ojos y oídos para Fernando Lahousse.

Ambos pasaron el día juntos, errando desde las tiendas de la feria al campo de Marte; los circos, la mujer gigante, el diorama, la tentación de San Antonio, la tienda de los barquillos, la fritura de patatas, les atrajeron con sus encantos, y el dinero que Fernando llevaba en el bolsillo, precio del trabajo de quince días, pan de su familia, se fundió prontamente en el fuego de esos placeres.

Verdad es que la señorita Rosina no dejó de ver ningún espectáculo, que dió cuatro vueltas sobre los caballos de madera, riendo como una loquilla, y que se hizo regalar unos pendientes de doublé que fingían á maravilla ser de oro; ambos permanecieron en la feria hasta que se acabó la última moneda: por suerte tenían billetes de ida y vuelta.

¿Qué hacía Eufrasia durante este tiempo? Cosía al lado de su hija enferma, interrumpida á cada instante en su labor por los cuidados que reclamaba aquel pequeño sér, que de nadie podía esperarlos, y dando vueltas en su cabeza dolorida á mil amargos pensamientos, que cada uno la martirizaba de un modo distinto.

La joven amaba á su marido con pasión y se preguntaba si era amada. Empezaba á comprender que Fernando sólo había buscado en ella la flor efímera de su belleza, y que pálida en seguida por las fatigas, gastada por un trabajo rudo y sin descanso, no le agradaba ya.

Era aquel hombre, en efecto, incapaz de sentir la afección sólida que nace de la vida en común, de las pruebas soportadas juntos, ni de sentir por su mujer, fatigada antes de tiempo por sus penosas labores, esa tierna estimación que paga todas las penas y que es el noble salario de los sacrificios.

Desde que el nacimiento de su última hija la había dejado enferma, Eufrasia empezaba á columbrar el más triste porvenir. Fernando se alejaba de ella.

Otra pena agravaba esta: había tenido que contraer algunas deudas, y esperaba con angustia el salario de su marido, preguntándose si bastaría para pagarlas. Su pobre cerebro erraba de los cálculos domésticos á las suposiciones, á las reflexiones que nacían de su corazón herido. Se preguntaba á la vez si tendría pan y si su marido tendría aún para ella una palabra de bondad; se preguntaba si las rudas privaciones de su infancia iban á renacer; si iba á ser despojada para siempre de todo afecto; ¡si no habría jamás en su vida un rayo de sol!

En medio de estos pensamientos la niña gemía sin cesar y la desgarraba el corazón. ¡Y era preciso trabajar!

¡Oh! ¡qué terrible y desolador es el *Canto de la Camisa*, tal como le ha concebido un escritor popular en Inglaterra, y cómo hubiera estado en su sitio en los labios de Eufrasia!

Con los dedos fatigados y los párpados llenos de pesadez, una mujer cubierta de andrajos está sentada: cose punto tras punto y tira sin cesar de la aguja y del hilo... ¡trabaja, trabaja, trabaja!

Desde que el gallo ha cantado á lo lejos, hasta que las estrellas brillan en el cielo, ¡trabaja, trabaja sin cesar!

¡Anda, anda, cose hasta el vértigo! ¡trabaja hasta que sus ojos se velan! ¡reune costuras, camisas, vestidos, hasta que abrumada, parece ser víctima de un vértigo y que cose soñando!

¡Trabaja, trabaja, trabaja! ¡desde el lento sonar de una hora, al lento sonar de la siguiente, cuántos puntos habrá dado! ¡la desdichada cose, cose, cose, hasta que el corazón desfallece y el cerebro se entumece como la mano (1).

De esta suerte trabajaba la pobre mujer y, no obstante el salario que ganaba su marido, hubiera bastado á sus dos existencias; mas los feroces placeres de Fernando

---

(1) Esta siniestra canción ha sido escrita por Thomas Moore para excitar la piedad de las grandes señoras inglesas en favor de las pobres obreras.

En los países católicos esas enérgicas llamadas son menos necesarias.

devoraban frecuentemente este salario, y la pobre Eufrasia continuaba cosiendo *hasta el vértigo*. Terminaba su última camisa é iba á coser los botones de las mangas y del cuello, cuando se apercibió de que su último ovillo de hilo se había concluído. Tomó en sus brazos á la niña, que no se atrevía á abandonar, y corrió á la tienda.

Al salir del almacén donde acababa de dejar la última moneda de diez céntimos que poseía, tropezó con un hombre que pasaba en sentido inverso.

Este hombre la miró y la dijo:

—¿Sois vos madama Lahousse?

Eufrasia reconoció uno de los compañeros de trabajo de su marido; era el parisién del cual él la había hablado, y le saludó por su nombre.

—Sí, monsieur Morel, sí,—le dijo ella;—voy muy de prisa porque la labor me espera.

—¡Ah, sí! Ya sabemos todos que sois una mujer buena, que no teméis al trabajo.

—Y vos, ¿no trabajáis?

—Hoy es lunes y se celebra feria en Lille, el taller se queda desierto.

—¿Y Fernando?

—Fernando se divierte muy bien, yo os lo aseguro. Le he dejado en Lille con una jovencita llamada Rosina, que no es desagradable, á fe mía.

Eufrasia sintió que sus rodillas se doblaban al oir estas palabras; pero disimulando, dijo con un tono bastante tranquilo:

—No tardará en volver; nuestra niña está un poco mala.

—¡Muy bien le conocéis!—exclamó Morel, que parecía desear limpiar de bilis su corazón.—Escuchad: ya sabéis que yo he aprendido mi oficio en París, con vuestro marido; él volvió á Rubaix antes que yo, y se casó con vos; yo, no lo oculto, continué la vida de soltero, me he divertido en grande y no volví solo á Rubaix. Madama Rosina no quiso dejarme; hemos vivido á la parisién, y ya pensaba poner fin al juego y casarme con ella, cuando me apercibí de que coqueteaba con vuestro marido. Renuncié sin gran pena á mi idea. Hoy, en el camino de Lille, se me ha mostrado desdeñosa y me ha dicho que sólo quería la compañía de Fernando; la he complacido y los he dejado juntos en Lille, volviéndome de súbito á mi casa: estoy haciendo un pequeño cambio, y la señorita Rosina hallará el nido vacío. Yo deseo á Fernando mucho placer; mas si tuviese una mujer como vos, no la plantaría por todas las Rosinas del mundo.

Eufrasia guardó silencio.

Estaba aterrada y no hallaba valor para defender á su marido de los ataques de aquel hombre; todo lo que pudo decir fueron estas palabras:

—¿Es verdad lo que me decís?

—Os lo juro á fe de hombre de bien.

—¿Está con esa Rosina?

—¡Mi palabra de honor! Además, si dudáis, id esta noche á la estación á la hora

en que llega el último tren de Lille, y los veréis del brazo.

Eufrasia le escuchó con aire sombrío, le hizo un signo de cabeza y entró en su casa; cosió los botones *como en sueños*, según dice la canción; pero ¡qué sueños! todas las serpientes de los celos silbaban en sus oídos y le decían:

—¡Ya no eres bonita y él ya no te ama! ¿qué le importa que sufras y que llores? Te desprecia y se ríe de tí con su Rosina... Vé, vé á la estación; los verás y podrás confundirlos... es preciso no dejarse engañar.

. . . .

Después de las doce de la noche, los viajeros del tren de Lille entraron ruidosamente en la estación de Rubaix. Una joven se apoyaba en el brazo de un hombre joven también y le hablaba con animación. De repente una mujer se arrojó delante de ellos con violencia y dijo á Fernando:

—¡Eres tú! ¡y es por esa mujer por quien me dejas gemir sola! ¡miserable! ¡y vos váis á robar á otra su marido porque vos no le tenéis!

—Yo no sé lo que me quiere esta señora, ¡porque supongo que es una señora!—dijo Rosina en un tono burlón y arrojando una mirada sobre los desordenados vestidos de Eufrasia.

—Es mi mujer,—respondió Fernando que estaba lívido de cólera,—pero yo la haré entrar en razón. ¡Eufrasia! anda delante y silencio, ó ¡ay de tí!

—Os podéis marchar con la señora,—dijo Rosina,—yo no os necesito, y además, ya sabéis donde encontrarme.

Dichas estas palabras tomó una calle de travesía y se alejó precipitadamente, porque la expresión de los ojos de Eufrasia, le causaba un miedo indecible.

—¡Ah! ¡Tu me provocas!— exclamó Fernando, empujando rudamente á su mujer; á casa y en adelante... nos veremos!

VIII

Desde aquel día se empeñó entre estas dos mujeres una lucha violenta y sorda.

La una defendía su derecho con energía. La otra su capricho con sutileza, y el corazón vano y frágil de Fernando, se inclinaba hacia la que representaba á sus ojos el capricho, el placer y lo desconocido.

Solo los grandes corazones comprenden la gloria que hay en ser buenos, ha dicho Fenelon; estas palabras son verdaderas y profundas; es preciso ser generoso y fuerte, para tener piedad de los seres débiles, ¿y qué hay más débil que la pobre mujer del obrero, vieja antes de la edad por el trabajo, por los sufrimientos, sin adornos, sin artificio, no teniendo otra elocuencia que su derecho, ni

otra defensa que el hijo que lleva en los brazos?

Ningún prestigio rodeaba á la pobre Eufrasia; no tenía la fácil alegría de su rival ni su joven rostro sin cuidados, ni sus cintas ni sus vestidos, ni esa coquetería grosera quizá, pero peligrosa, que cautiva al hombre grosero á quien se dirige. Eufrasia no se defendía más que con las lágrimas de su dolor ó las explosiones de su cólera; era poco diestra porque amaba: inhábil, porque creía que bastaba tener razón; así en esta lucha desigual, fué rechazada desde luego, y al fin, completamente vencida.

Veía á su marido abandonar á la vez á ella, á su hija y al trabajo; su salario no venía jamás á casa; la pobre joven vivía de su labor; la niña vivía del seno de su madre; las deudas aumentaban cada día; la posición se iba haciendo cruel, y Fernando, al entrar en la morada conyugal, llena de sombras por su culpa, tomaba un aire de disgusto y de desprecio que hacía llegar á su colmo la irritación de Eufrasia.

—¡Diablo de casa!—dijo una noche al entrar el obrero;—es fuerte cosa que no ha de haber fuego ni aún para encender la pipa!

—¡Dame carbón! ¿Crees que tu hija y yo no tiritamos de frío?—respondió bruscamente Eufrasia.

—¿Quién te impide comprar carbón?

—¿Tengo acaso un sueldo para comprar algo?

—¡Trabaja! ¿O es que piensas que me voy

á fastidiar para ganarte la vida? ¡estás fresca!

—¿No tienes el deber de mantener á tu mujer y á tu hija? Mas ya sé que para eso hay que tener corazón y no dar lo que se gana á una miserable, ¡á una bribona que vive de robar el pan ageno! ¡Si hubiera una justicia en este mundo, se haría podrir en una cárcel á la parisién!

—¿Te callarás?

—¡No me callaré, porque sufro demasiado! ¿Qué tienes que reprocharme? ¿He ido yo á buscarte? Tú me has buscado cuando era joven y bonita; nos casamos porque te creía un hombre honrado, y te amaba; he trabajado cuanto he podido para tener la casa limpia y para verte dichoso; he velado á mis hijos, he llorado mucho cuando se han muerto! ¡Tu querida no se ha echado á perder los ojos con esa ocupación! ¡Yo he hecho cuanto he podido, y he aquí mi recompensa! Me desprecias, me abandonas y me tratas como á la última de las mujeres por una...

—¿Te callarás? ¡Basta de jeremiadas!

—¡Ah!—exclamó ésta prorrumpiendo en llanto; ¡qué duro eres Fernando! ¡Qué cruel eres para mí! Y no obstante, si quisieras, yo lo olvidaría todo, trabajaría como una esclava para que estuvieras bien, y educaríamos á nuestra niña...

—¡Música celestial!—repuso él brutalmente; — conozco todas estas historias, quiero ser libre y divertirme, eso es lo positivo.

Eufrasia le miró con aire sombrío y dijo:

—Eres más bárbaro, que los que juran y dan golpes; aquellos se dejan llevar por un momento de cólera; pero en tí el corazón es más duro que una piedra.

—¿Te agradaría más un hombre como tu padre? ¿Un animal salvaje?—preguntó Fernando con ironía.

La joven suspiró y guardó silencio; los recuerdos de su infancia llegaban á su memoria y hacían más amargos aquellos momentos.

—Lo mejor que puedes hacer,—continuó Lahousse es tomar el aire de catafalco que tienes de reserva: es el mejor medio de atraer á los maridos; ¿te dejó tu madre la receta?

—¡Pobre madre mía!—murmuró Eufrasia.

—¡Me fastidias en grande! —exclamó el marido; —me voy para no oirte suspirar. ¡Adiós! ¡Hay para rato hasta que me veas!

—¡No te vayas!—exclamó ella;—no me dejes ahora, Fernando, ¡yo te lo suplico!

El obrero rechazó á su mujer, que se había asido á su brazo, y bajó la escalera tarareando una canción de Beranger. Eufrasia no se atrevió á seguirle, y pasó la noche sola y abandonada á una impotente desesperación: agotó sus lágrimas; llamó en su socorro á su abuela, acostada desde hacía tanto tiempo bajo la hierba del cementerio, á su hermanito, muerto de miseria y de privaciones, pensó en su madre tan desgraciada, que viuda y aniquilada cuando aún era

joven, había buscado en el hospital un triste y postrer asilo, y se dijo:

—¿Por qué hemos sido tan desgraciadas? ¿Es Dios justo? ¿Hay un Dios?

IX

Fernando Lahousse, se fue con paso ligero á casa de Rosina, no experimentando otro sentimiento que el placer de verse libre de las quejas y de las lágrimas de su mujer: ¡iba á ver á Rosina! A Rosina, tan alegre y tan traviesa; á Rosina que reía siempre y no lloraba jamás.

Caminaba con paso apresurado; mas al llegar á la puerta de la casa, vió que estaba cerrada, y que la llave no se hallaba en la cerradura.

Una complaciente vecina apareció, y le dijo con tono malicioso:

— Rosina ha ido al teatro á Lille, no sé si vendrá á acostarse.

—¿Se ha marchado sola?—preguntó Fernando con voz ahogada.

—No puedo deciros nada; ¡esa muchacha conoce mucha gente! ya es Pedro, ya es Pablo, que entra y que sale; el humo se ve, pero no el fuego...

Fernando debía tener un corazón, porque

se sintió preso en el dogal de los celos; por largo tiempo anduvo errando por la calle desierta; después de muchas horas vió llegar á Rosina, riente y habladora, apoyada en el brazo de un joven; éste se despidió de ella á la puerta de la casa, y se marchó con el cigarro en la boca y el estribillo de una canción entre los labios; el obrero le siguió con los ojos y sin pensar en volver á ver á Rosina fue á concluir la noche en el café.

Al día siguiente, á la hora del almuerzo, Fernando llamó á la puerta de la pequeña habitación ocupada por la parisién.

—¡Entrad!—dijo una voz clara.

Fernando obedeció, y se halló en un cuartito de un aspecto alegre, alumbrado por un rayo de sol, y adornado de enormes ramilletes de dalias y de margaritas.

En medio de las fl ›res, Rosina trabajaba, porque era una hábil obrera; sus dedos rosados y ligeros manajaban con gusto el tul y las cintas, y cultivando esta industria de lujo, podía ser limpia, compuesta y coqueta á su gusto.

— ¡Buenos días! — dijo al ver á Fernando;—¿qué milagro es veros? ¡Yo pensé que habíais partido para California!

— He venido anoche, y estabais en Lille.

—¿Necesitaba vuestro permiso? ¡Creo que ya soy mayor de edad!

—¡No habéis ido sola, Rosina!

—¡Es posible!

—¡Os han acompañado hasta la puerta!

—¡Puede ser!

—¡Hice muy bien en no subir, porque hubiera roto la cabeza á ese hombre!

—¡Cielos! ¿De modo que sois feroz? ¿No se puede aceptar la cortesía de nadie?

—No soy amigo de reñir; pero no quiero, Rosina, que tengáis amigos.

—¿Y qué derecho tenéis sobre mí? ¿Acaso me mezclo yo en las cuentas de vuestra casa? ¡Podía estar celosa de vuestra feroz mujer!

—¡No me habléis de ella, que estoy muy harto!

—¿Os regaña, eh? ¿y acaso por mi causa? pues que se tranquilice, que no la molestaré: me voy á París.

—¿Qué decís?

—La verdad: ¿acaso pensáis que me voy á estar aquí toda la vida? ¡aquí se vuelve uno bestia! yo vine aquí con Morel: pero ahora que todo ha acabado entre los dos, me voy: los parisienses no pueden vivir fuera de París: á mí me hacen falta los boulevares, la Gaité, el cercado de las Lilas y quiero estar allí antes que se acabe el otoño.

Fernando Lahousse, reflexionaba en tanto que hablaba la joven y sin que se diese cuenta de ello, estaba en la hora decisiva de su vida: comparaba aquella mujer bonita, animada, provocadora, que reía, cercada de flores y de claridad, á Eufrasia y á su hija, pálidas y enfermas los dos, viviendo en aquella mísera habitación, sin fuego y sin sol, y no se preguntaba si aquel triste cuadro era su obra, tanto era lo que su alma se

inclinaba á lo que agradaba á sus ojos, y sonreía á su espíritu.

Jamás había sido en él la conciencia el contrapeso de los sentidos.

—¿Os empeñáis en iros á París?—preguntó pensativo.

—Me empeño,—respondió Rosina:—aquí me aburro.

—¿Y os iréis sola?

—Eso depende, contestó la joven dirigiéndole una mirada provocativa, de que halle una compañía que me agrade.

—¿Y si la halláis?

—No me iría sola.

—Rosina,—dijo Fernando, cuyos ojos brillaban,—es inútil que andemos con rodeos: ya sabéis que os amo: ¿me queréis por compañero?

—¡Vos!—exclamó Rosina—¿habláis seriamente? pero ¿y vuestra mujer? ¡con su genio feroz os hará volver á casa á paso redoblado!

—Lo veremos: ya hace tiempo que estoy harto de ella, y ahora es la ocasión de salir.

—Yo no andaré tampoco con rodeos: mi divisa es *todo ó nada:* me voy de aquí porque tengo miedo de esa mujer que tenéis, tan flaca, tan fea y tan furiosa; si me queréis, seguidme, y en París trabajaremos los dos, y nos divertiremos grandemente.

Cuando por la noche volvió Fernando á su casa, preguntó á su mujer con un acento más dulce que de ordinario, que por qué había llorado.

—Porque no hallo trabajo, dijo ella: la dueña del almacén no tiene ya qué darme.

—¿Por qué no vas á buscarlo á Lille?—preguntó Lahousse;—allí hallarás, sin duda, y mejor pagado.

—¿Lo crees así?—preguntó Eufrasia.

—Es cosa segura: ¿quieres probar? si quieres toma dinero para pagar el viaje.

Eufrasia miró sorprendida á su marido.

—¡Fernando!—exclamó: ¡eres bueno todavía! y si quisieras... si quisieras... aún podríamos ser dichosos!

Lahousse volvió la cabeza y dijo con tono brusco y embarazado:

—¡Déjame en paz, y no hables de lo que ha pasado!

—¡La dicha pasó, es verdad! ¡pero la desgracia podía pasar también!—dijo la joven tímidamente.

—Sin duda, sin duda: pero la niña empieza de nuevo su cantinela: procura que se calle, para que yo pueda dormir, pues me voy á acostar.

—Ya no llora, dijo la pobre madre tomando á la niña en sus brazos: ¡toma, dale un beso!

Fernando dió un beso á la niña que se sonrió.

Si Eufrasia le hubiera mirado en aquel instante, quizás hubiera adivinado la terrible verdad.

Al día siguiente, por la noche, Eufrasia, llevando en los brazos á su pequeña y delicada Elisa, se apeaba de unos de los coches

de tercera del tren de Lille: parecía fatigada y triste: había andado mucho en la ciudad y sin ningún fruto, pues volvía sin trabajo y sin esperanza de obtenerlo.

—¡He hecho cuanto he podido! se decía al volver á su casa, abrumada por la abundante lluvia que caía: ¡Fernando no me reñirá! ¿quién sabe? ¡acaso tendrá lástima de nosotras, y me dará su jornal: podremos pasarlo bien, porque yo seré aún más económica que hasta aquí... además, buscaré en qué ocuparme para no servirle de carga: yo lo haré todo si él quiere hacer algo, y tal vez quiera, porque ayer me habló con menos dureza!...

Meditando así llegó á su casa: dos ó tres vecinas que hablaban en el descanso de la escalera, empezaron á cuchichear al verla volver, y la miraron con aire de conmiseración.

Eufrasia subió la escalera, y quedó yerta de asombro al ver de par en par la puerta de su habitación: entró, tendió los ojos por el cuarto y lanzó un grito desgarrador: todo estaba vacío y desocupado; la cuna y la cama era lo único que quedaba, con una silla rota: los muebles, la estufa, el espejo, el reloj, las estatuitas de yeso y de porcelana, ¡todo había desaparecido!

—¡Nos han robado!—exclamó la desgraciada:—¡oh, Dios mío! ¿quién habrá sido?

Las vecinas, atentas y curiosas á lo que decía, acudieron al instante.

—¡Pobre mujer!—exclamó una.

—¡Es preciso que ese hombre sea bien infame!—dijo otra,—si no tiene entrañas para su mujer, ¿no debería á los menos tenerlas para esa pobrecita inocente?

—¡Cómo! ¡qué decis! Fernando... exclamó Eufrasia con una angustia indecible.

—Pobre mujer, vuestro marido ha venido esta tarde con un prendero, y se lo ha vendido todo: le hemos reconvenido, y nos ha dicho que estaba en su derecho: luego ha cobrado, se ha metido el dinero en el bolsillo y se ha ido.

—Sí, dijo otra vecina: se ha ido á París con una bribonzuela que vale tanto como él: ¡una muchacha que se llama Rosina!

—Vamos, consoláos, madama Lahousse,—añadió la de más edad: ¡no merece ese hombre ni que penséis en él!

Eufrasia permaneció inmóvil con los ojos extraviados, y repitió maquinalmente:

—¡Se ha ido! ¡se ha ido para siempre!

Ni una lágrima salía de sus ojos: las vecinas empezaron de nuevo á hablar contando cada una lo que sabía: cual había visto al prendero: cual los muebles que se llevaba: otra decía que su marido había visto á Fernando y á Rosina que tomaban sitio en uno de los coches del tren de París: todas se preguntaban, se contradecían, y cada una procuraba demostrar que ella sabía la historia mejor que sus compañeras.

La hora de la cena interrumpió su charla: los maridos, empezaron á llamarlas; la más anciana volvió al cabo de un instante y co-

loco un pedazo de pan y un plato de sopa sobre la única silla del cuarto del Eufrasia, diciendo á esta:

—Vecina, aquí tenéis algo para cenar.

Eufrasia inclinó la cabeza en señal de gratitud: y así que se halló sola, corrió á cerrar la puerta y puso el cerrojo.

Hallábase sola, en fin, y podía saborear su desgracia; esta era completa: ¡el abandono, la miseria, la desesperación habitaban en aquel recinto al que había vuelto por la noche, llevando en el corazón una última esperanza!

Sentóse tiritando sobre su lecho; estrechó contra su pecho á la niña que dormía, y miró sin lágrimas aquellas paredes que le aparecían desnudas y desoladas comosu alma.

Fernando había partido: ¡Fernando la abandonaba á ella, á su mujer y á aquella desgraciada niña! ¡La abandonaba después de haberlas despojado odiosamente, é iba á gozar con otra criatura despreciable del fruto de su espoliación!

Quizás se reía él en aquel instante de su amor y de su credulidad. ¡Eufrasia creía verle, oirle, y se veía á sí misma en la soledad, en las tinieblas, en el aislamiento!

A estos pensamientos, una fiebre devoradora arrojó el frío que poco antes la helaba; su sangre hervía en sus venas, y le parecía que si tuviera allí á su rival, le hubiera parecido poco la vida de aquella miserable mujer para que pagase las torturas que le hacía sufrir!

¿Cuánto tiempo se pasó así?

Eufrasia no ha podido decirlo jamás.

Los gemidos de la niña despertaron su instinto maternal, y aproximó á su seno la pobre criatura: esta abrió la boca con avidez, más al cabo de un instante sus gemidos empezaron de nuevo; la leche se había secado en el seno maternal y aquella fuente de vida no existía ya.

La niña gimió dolorosamente, y se agitó buscando su alimento en el pecho que acababa de agotarse por la fatiga y el dolor: su lloros redoblaron.

—¡Tu padre te condena!... dijo Eufrasia á media voz: ¡quiere que mueras!... ¡calla! ¡calla! ¡no quiere oirte llorar! ¡no quiere que vivas!... ¡cállate, digo!...

Apoyó su mano con fuerza sobre la boca de la niña, que se agitó débilmente y calló en efecto: la mano quedó inmóvil, y pesando sobre los labios, de donde el soplo de la vida había huído!

Todo era silencio en aquella habitación, cuando las vecinas entraron por la mañana, llevando un poco de pan y leche.

La niña, pálida y helada, estaba tendida sobre el lecho.

La madre, de rodillas, tenía sepultada la frente entre las ropas de la cuna vacía.

—¡Ella la ha asesinado!—gritó una de las mujeres: ved la boquita de la criatura, toda magullada!... ¡oh! ¡la miserable ha muerto á su hija!

Otras vecinas corrieron, la sacudieron los

brazos, la hicieron levantar, la preguntaron, la llenaron de injurias; exasperadas por una furia maternal, le enseñaron la niña muerta y helada, y la amenazaron; pero Eufrasia no respondió.

Llamaron á la policía y una hora después Eufrasia, sombría, pálida y silenciosa partió para Lille, escoltada por gendarmes, en medio de las invectivas y de las amenazas de las mujeres del barrio.

XI

El castigo

El Jurado se hallaba abrumado de fatiga: la atención de los magistrados, por acostumbrados que se hallen á la reconcentración de la misma, empezaba á cansarse, cuando después de dos infanticidios, dos robos calificados, y una reyerta en que había habido golpes é incapacidad de veinte días de trabajo, la voz monótona del ugier, anunció:

Eufrasia Senechal, esposa de Lahousse.

La acusada entró, escoltada por los gendarmes y fue á sentarse sobre el fatal banquillo.

Hallábase este colocado de suerte que los

Jurados pudiesen ver el semblante del reo y leer en su fisonomía esas impresiones fugitivas, esas palideces, esos rubores que venden frecuentemente el secreto que la boca no ha querido confesar.

Desde que Eufrasia se sentó, todos los ojos se fijaron en ella: se vió un rostro horriblemente pálido, unos ojos hundidos por el insomnio, unos labios contraídos y una mirada resuelta y terrible, que erraba inquieta como la de un animal feroz cogido en el lazo.

El escribano leyó con voz acentuada el acta de acusación: la culpabilidad parecía establecida de una manera evidente, y el carácter de Eufrasia aparecía bajo odiosos colores: todos los rasgos de vivacidad que se habían notado en ella, todas las palabras violentas que se la habían escapado en las disputas con sus vecinas ó con sus compañeras de trabajo, todo lo que la impetuosidad de la sangre y la ausencia de la educación habían podido dictar de acciones fogosas y de palabras irreflexivas, se había buscado, combinado, arreglado sobre la paleta de la instrucción, y contribuía á formar un retrato poco semejante quizá al original, pero seguramente espantoso y repugnante.

Los Jueces escucharon con la más grande atención, y luego reinó un largo silencio.

—Por fin, el Presidente, dijo á la acusada:

—Levantáos.

Esta obedeció.

—¿Cuáles son vuestros nombres y apellidos?

—Eufrasia Senechál, esposa de Fernando Lahousse,—respondió la acusada con acento duro.

—¿Cuál es el lugar de vuestro nacimiento?

—Roubaix.

—¿Qué edad tenéis?

—Veinte y seis años.

—¿Tenéis hijos?

Eufrasia, sin hablar, hizo con la cabeza un signo negativo.

—No tenéis hijos, puesto que estáis acusada de asesinato, sobre la persona de vuestra hija única, Elisa Lahousse: ¿os reconocéis culpable?

Eufrasia alzó sobre el Presidente una mirada de fuego, y respondió:

—¡Hay alguno más culpable que yo!

—¿Qué queréis decir?

La acusada no respondió nada: el Presidente continuó su interrogatorio:

—¿El día del asesinato habíais ido á Lille?

—Sí.

—¿Con qué motivo?

—Fuí á buscar trabajo, pues en Roubaix no tenía: tampoco allí encontré.

—Volvisteis á vuestra casa llevando la niña en los brazos, ¿no es verdad?

—Sí.

—¿Qué habéis hecho entonces?

—¿Qué había de hacer? ¡mirar!

—¿El qué?

—Mi habitación, donde no había ya nada: mi marido, el padre de mi hija, lo había vendido todo para irse con su querida.

—¿No recibisteis algún socorro de vuestras vecinas?

—Sí: un pedazo de pan.

—¿Os quedasteis sola?

—Sí.

—¿Y qué pasó entonces?

—¿Lo queréis saber? La niña gritaba: yo la dí el pecho: estaba seco, y ya no tenía leche.

—¿Y después?

—La niña lloraba mucho.

—¿Y luego?

—No tenía nada que darle: sufría mucho: pensé que se iría al cielo.

—¿Confesáis, pues, haber muerto vuestra hija por la compresión de los órganos respiratorios? ¿la habéis sofocado?

—Sí... ¿pero el otro culpable dónde está? ¡desde que he venido le estoy buscando y no le veo!

El Presidente guardó un instante de silencio.

—Calmáos,—le dijo: vuestro marido es muy reprensible; pero vos sola sois culpable: ¿cómo puede haber una madre sin piedad para el fruto de sus entrañas?

—¡Yo he tenido piedad de Elisa!—murmuró la acusada con voz sombría.

Los testigos comparecieron para ser examinados: todos dieron cuenta de los hechos y de los gestos de Eufrasia durante la noche fatal: las mujeres, las vecinas, satisfechas de desempeñar algún papel en aquella lúgubre tragedia, encontraron el medio de poner de

acuerdo las palabras y los gestos de la acusada, con el hecho funesto que la llevaba ante el Tribunal; las escenas que había tenido con su marido; sus gritos de desesperación al verse abandonada; todo fue interpretado de una manera funesta, y la actitud de Eufrasia, su fisonomía irritada y amenazante, acababa de corroborar aquellos testimonios desfavorables.

Los testigos de descargo fueron oídos después; pero eran muy poco numerosos y no dijeron más sino que Eufrasia había sufrido mucho en su infancia y que niña ó mujer había trabajado siempre valerosamente.

El sustituto, vestido con la toga encarnada, se levantó, cuando la lista de los testigos fue terminada y empezó su requisitoria; trozo de elocuencia, en el que, partiendo de las consideraciones más elevadas acerca de la familia y de la santidad del deber maternal, se llegaba á las conclusiones más severas.

—Es preciso, — dijo, — una reprensión ejemplar, á un crimen que ha llegado á ser demasiado común y el de Eufrasia Senechal de Lahousse, ha sido cometido en circunstancias especiales de egoísmo y de crueldad; no es un recién nacido la criatura que ha herido, no es un hijo ilegítimo, vergüenza de su madre, á quien ha quitado la vida; no ha cometido su crimen bajo el imperio de la fiebre que sucede al doloroso trabajo del alumbramiento, no; lo ha cometido á sangre fría para desembarazarse de una carga im-

portuna, y ha sofocado con mano despiadada la desgraciada niña que había hallado vida en su seno, que le sonreía, que la conocía ya, ¡que muy pronto la iba á llamar con el sagrado nombre de madre! la justicia misma, por austera que sea, se siente algunas veces desarmada é indulgente, ante la joven seducida, deshonrada, que cree salvar su honra cometiendo en el delirio del sufrimiento un nuevo crimen: pero recobra toda su fuerza cuando se encuentra en presencia de una madre desnaturalizada á quien ni los lloros, ni la sonrisa inocente de su hija han podido enternecer; la familia y la sociedad nos han confiado sus derechos y por esto hacemos un llamamiento á vuestra justicia, señores Jurados, y requerimos para esta acusada la aplicación de la pena que la ley marca.

Seguidamente el Procurador del Rey enumeró con voz monótona y por su orden los artículos de los dos Códigos.

Un silencio de algunos instantes siguió á la requisitoria; un joven abogado, nombrado de oficio, se levantó, intimidado con las miradas del auditorio y consultando algunas notas escritas, empezó la defensa; era un primer discurso y la pobre Eufrasia sintió las consecuencias de aquel estreno; el novicio orador no tenía ni energía ni imaginación; acaso una palabra viva y expresiva que hubiera pintado la existencia entera de Eufrasia, los sufrimientos de sus primeros años, los funestos ejemplos que había tenido á la vista, la pasión que alimentaba por su

joven marido, las amargas decepciones que habían lacerado su corazón, el bárbaro abandono, la desgarradora miseria y la vuelta á la casa desnuda y vacía, quizá decimos, un hombre de corazón y de talento, hubiera ganado la causa de la pobre abandonada; un abogado experimentado hubiera descrito con vivo colorido y frases elocuentes el dolor de Eufrasia y hubiera recordado que la noche, la soledad y el infortunio le murmuraban al oído horribles pensamientos; quizá si una boca elocuente hubiera pintado el cuadro, hubiera conmovido y la voz, partiendo del alma, hubiera vibrado en otras almas: más el joven abogado se atuvo á la discusión de los puntos de derecho, y se fijó sólo en demostrar que la premeditación no podía ser aceptada.

Terminado su discurso se sentó, dejando á su auditorio tan frío como él mismo lo estaba.

Digamos para excusarle, que Eufrasia, en sus entrevistas con él en la prisión, se había limitado á contestar á sus preguntas, sin abrirle en manera alguna su corazón, aquel corazón que había quedado como un sepulcro de piedra, mudo, sordo y sellado.

El Presidente resumió los debates y los jueces se retiraron; pasado un cuarto de hora, volvieron á entrar en la sala y el Presidente, apoyando las manos sobre el pecho dijo:

—¡La acusada es culpable!

Admitidas las circunstancias atenuantes

por el veredicto, el Tribunal condenó á Eufrasia Senechal, esposa de Fernando Laohusse, á diez años de reclusión y además á quedar por el resto de su vida bajo la vigilancia de la policía.

Los jueces se fueron á comer y Eufrasia, sombría, silenciosa, sin emoción aparente, absorta en un pensamiento interior, fue conducida de nuevo á la cárcel.

En el momento de pasar el umbral de la Sala de la Audiencia, alzó la cabeza como una persona que despierta de un sueño profundo y preguntó:

—¿Á qué ha sido condenado Fernando

XII

Jamás prisionera alguna llevó, al ir á encerrarse en los tristes muros de una reclusión, un alma más sombría, un corazón más henchido de hiel, un interior más helado y más feroz que el alma desolada, el corazón desgarrado y el rostro siniestro de Eufrasia.

No hablaba una palabra; desde que entró en la cárcel, las preguntas sólo recibían de ella una breve respuesta, replegándose en seguida dentro de sí misma, é internándose, por decirlo así, en el fondo de su pensamiento, que era para ella mucho más cruel supli-

cio que todos los que la justicia humana ha inventado para castigo de los culpables.

¿Qué le importaban, en efecto, á aquella pobre mujer, aquellas paredes desnudas, aquellas rejas, aquellos cerrojos? ¿tenía acaso sobre la tierra otra morada más risueña? el grosero alimento que le daban,¿ no hubiera hecho sus delicias en los días del hambre y de la miseria? ¿Acaso el pobre no envidia los vestidos de lana que son la librea del prisionero? ¿Puede asombrar el trabajo asiduo y regular á una hija de obreros?

No era en aquella misera existencia, por cierto, en lo que Eufrasia hallaba su castigo; en el fondo de su alma era donde se hallaba, porque aquella pobre alma estaba torturada, no por los remordimientos, sino por el odio inextinguible, profundo, que sentía hacia su marido y hacia su criminal cómplice; el asesinato que había cometido era para ella sensible y lo deploraba amargamente: pero arrojaba todo su horror sobre el que la había abandonado y lloraba á Elisa como si su padre la hubiera muerto ante sus ojos.

Con el pensamiento eternamente fijo sobre el mismo punto, se analizaba á sí misma y se decía que su voluntad estaba ausente en aquel instante fatal en que había sofocado á la vez los gritos y la vida de su hija; que su alma se había lanzado toda entera tras de las huellas del fugitivo, y que si en el transporte de la cólera y del dolor había cometido un acto odioso, la falta debía pesar

eternamente sobre el cobarde que la había abandonado.

¡Paz á la hija! ¡Odio á su padre!

En estas disposiciones de ánimo fue conducida Eufrasia á la casa central de corrección de Clermont; dejóse llevar sin rebelarse y casi sin pesar; ni una lágrima derramó por su libertad perdida, ¿que podía hacer de ella? ¿En qué lugar de la tierra, donde se hubiera dirigido, no hubiera hallado el trabajo y la pobreza?

Esta cautividad no tenía, pues, nada de espantosa para su espíritu y la vergüenza que llevaba unida no era tampoco sentida por ella; su inteligencia se hallaba absorbida por una idea que la aislaba del mundo y de los seres que en él había conocido; todas las fuerzas vitales parecían concentradas en su alma y la dejaban indiferente á las circunstancias exteriores: así fue que se sometió sin dificultad al régimen de la casa, á aquella disciplina claustral y severa, contra la cual se sublevan la mayor parte de las prisioneras.

Eufrasia la sufría con una docilidad pasiva; levantábase así que sonaba la campana, mullía y arreglaba su lecho, bajaba á la sala de labor, cosía sin descanso y sin levantar la vista, iba al refectorio y comía el mísero alimento con el aire de una persona cuyo espíritu se halla errante en otro mundo: seguía á sus compañeras al *recreo*, andaba como ellas con paso mesurado á lo largo de un patio sepulcral, y cuando llegaba la

noche se acostaba, siempre con una obediencia silenciosa y mecánica, que sorprendía á los que la presenciaban.

—¡Cualquiera diría que esta mujer ha pasado toda su vida en una casa correccional!—decían el Director y los Inspectores.

—¡Es un alma cerrada!—decían á su vez las buenas hermanas de la caridad que las vigilaban,—parece que sólo siente una necesidad, la de no hablar á nadie, la de huir del contacto de sus compañeras y á las investigaciones de sus superiores: ¿qué hay en el fondo de esto, conformidad ó desesperación?

Lo que más asombraba á todos era su pertinaz silencio; bien sabido es cuan difícil es hacer observar la regla que lo prescribe, y que tan útil es en las casas de corrección: esas mujeres irritables, tristes, vengativas, irritadas, ansían comunicar á las otras sus dolores y sus sentimientos: por medio de mil invenciociones ingeniosas, consiguen eludir la disciplina, y engañan cada día los ojos vigilantes que las guardan. El *caló,* las señas, las frases compuestas con los dedos, las miradas, las indicaciones mudas, sacadas de los objetos exteriores, las pajas puestas en cruz, las hebras de hilo anudadas de cierta manera, todos los lenguajes de convención que la industria de los hombres ha podido inventar, están en uso en las prisiones, y sobre todo en las de las mujeres; las recién llegadas son iniciadas muy pronto en este idioma secreto, y pueden tomar parte en el complot

sordo que se trama sin cesar en esos lugares de espiación.

Más Eufrasia se mostró singularmente rebelde á las lecciones que sus compañeras quisieron darle: no comprendía el *caló*, no miraba sus señas, se separaba con aire salvaje cuando querían hablarle bajo, y parecía decidida desde el primer día á vivir sola con su penas, y á no aceptar ninguno de los peligrosos consuelos que querían ofrecerle.

No obraba así por sistema: los sistemas no eran del dominio de su ignorancia; obedecía sencillamente á su instinto y á su carácter; el instinto la hacía ponerse en guardia contra esas mujeres más corrompidas, aunque quizá no tan criminales como ella, y su carácter, que se había vuelto sombrío y desconfiado, la impedía buscar comunicaciones y confidencias, de las cuales, su corazón amurallado por el dolor, no sentía necesidad.

Pero este silencio, esta sombría sumisión que confundían también á los jefes de la casa, que edificaban á las buenas hermanas encargadas de la vigilancia de las detenidas, dedicadas ellas mismas al silencio y á la obediencia, disgustaron singularmente á las demás reclusas, y después de algunos meses de prueba, Eufrasia llegó á ser para sus compañeras el objeto de una antipatía y de una desconfianza sin límites; no queriendo ser cómplice, fue tratada como enemiga.

Estos sentimientos de hostilidad se manifestaban de mil maneras; las miradas de

enojo que la dirigían, las palabras injuriosas dichas en voz baja, pero de modo que las oyera, los gestos amenazadores, todo le era prodigado, y muy pronto se sintió el objeto de un odio universal, que redobló los sentimientos amargos que oprimían su corazón.

Podía aquella pobre criatura desamparada de todos, podía haber hallado una fuente de consolación y de esperanza, fuente límpida que corre siempre, pero á la cual nadie venía á beber: por encima de las sombrías murallas del antiguo castillo de los condes de Clermont, hoy casa central de corrección para mujeres, se eleva una cruz: en medio de aquellas construcciones desnudas y rígidas, se abre una humilde capilla; en medio de la librea de los calaboceros se vé el traje de un sacerdote, en aquellas salas donde se trabaja siempre, donde no se habla jamás, una figura dulce y serena, vestida de gris y negro, una hermana de San Vicente, preside y arregla los trabajos; en fin, por severa que sea aquella morada de expiación, Dios habita en ella; el padre del pródigo, el amigo del ladrón penitente, el Redentor de los hombres, está allí, en el Evangelio, en el sacrificio, en el tabernáculo: las almas escogidas que no han querido de la tierra más que las espinas y la cruz, le representan también, en lo que el amor y la abnegación tienen de más puro; y no obstante, en medio de tantas criaturas desgraciadas, desesperadas, heridas en las profundidades del

alma, muy pocas reconocen al celeste médico; el embrutecimiento moral, el estupor que dá la costumbre del vicio, el despreciable respeto humano, que se desliza hasta la prisión, hasta la morada de la vergüenza, las tenía cautivas; en vano el labrador estaba pronto, la cosecha no estaba madura, y al fin de cada año, el pastor celoso, no podía llevar más que un haz bien ligero al rebaño del Señor.

Eufrasia había tenido en otro tiempo algunos sentimientos piadosos; el recuerdo de su abuela le había hecho respetables la religión y sus ministros; mas la vida común con su marido, obrero ignorante, impío y burlón, habían debilitado su fe, y su desgracia y su crimen reunidos, habían impreso á su carácter una regidez que rechazaba todo consuelo.

Aquella pobre mujer no había leído los autores antiguos, y sin embargo, se consideraba como una víctima de la ciega fatalidad, y se preguntaba eternamente ese temible *¿por qué?* que la fe y la esperanza resuelven solamente.

—*¿Por qué* he nacido pobre? *¿Por qué* he tenido padres sin virtudes? *¿Por qué* mi marido me ha tratado tan duramente? *¿Por qué* la desesperación me ha empujado al crimen? *¿Por qué* he sido tan severamente condenada?

La fe, si le hubiera dado acogida, le hubiera contestado:

—Has nacido pobre, pero Jesús ama la

pobreza, y á los pobres les es fácil la salud eterna; hasta en una familia sin virtud podías tú vivir virtuosa; al lado de un esposo sin costumbres, tú podías haber sido dulce y casta, y debiste perdonar la injuria; en la sociedad cristiana no faltan ni el ejemplo ni la enseñanza á las almas de buena voluntad; pero tú has escuchado tus pasiones y has sido justamente castigada. Dios te ama todavía, puesto que te deja tiempo para la penitencia.

Las dulces voces de la conciencia y de la fe, hablaron por largo tiempo sin ser escuchadas; cinco años de reclusión se habían ya pasado, sin que Eufrasia manifestase el deseo de aproximarse á Dios; en las casas de corrección ninguna violencia se hace para esto; las presas asisten á misa el domingo y también á los oficios; pero el Santo Tribunal no se abre más que á las que lo solicitan.

El Capellán invita y convence, pero no obliga jamás; suplica frecuentemente, jamás manda.

XIII

Era el Viernes Santo, y la solemnidad del día había llevado á la capilla á todas las detenidas: todas estaban uniformemente ves-

tidas de gris, y si una mirada hubiera recorrido sus rostros, hubiera hallado en ellos una expresión casi uniforme también de malicia y de brutalidad grosera; sólo algunas jóvenes ofrecían raras excepciones; mas todas las reclusas que se hallaban en la edad madura, presentaban al observador fisonomías capaces de desalentar al optimista más obstinado.

El vicio, el fraude, la mentira, la crueldad fría, las costumbres licenciosas, habían marcado un sello terrible en aquellos rostros marchitos y desgraciados, y el espíritu afligido se preguntaba, qué mano sería bastante poderosa para apartar aquellas criaturas del abismo de la abyección donde la miseria y el crimen las habían conducido.

Ninguna parecía prestar la más leve atención al sacerdote que hablaba en el púlpito; unas dormitaban, despertándose por bruscos sobresaltos, otras oprimían entre sus dedos polvos de tabaco, que sorbían con disimulo, ocultándolo á la vista de los vigilantes, otras empujaban con el codo á sus vecinas, y probaban á hablar con ellas por medio de signos; algunas otras, en bien corto número por cierto, escuchaban en actitud dócil, como si aún recordasen su primera comunión.

Algunas pobres mujeres llevaban hasta el pie del altar el aspecto insolente que no las abandonaba nunca; otras escuchaban con aire burlón, alzando de vez en cuando los ojos para asegurarse de si las hermanas las mira-

ban, y aseguradas de que las religiosas oraban con fervor, se reían de ellas con una osadía helada y cruel que daba miedo.

Eufrasia, sentada á la extremidad de un banco, estaba inmóvil y con la mirada pensativa como de costumbre.

Aunque el sacerdote no veía al pie del púlpito ese auditorio conmovido y atento, que excita el talento del orador, procuraba dar, nó obstante, á su palabra unción y claridad; refería á las pobres presas el gran drama del Gólghota, y había llegado á las siete palabras que cayeron de los labios espirantes del Hombre-Dios: el orador quería conmover aquellos corazones de piedra, anhelaba convencer, y cada vez que nombraba á Jesucristo, se sentía el amor que temblaba y vibraba en su voz.

Poco á poco, y animándose él mismo con una emoción profunda, el sacerdote había llegado á la primera palabra que nuestro dulcísimo Redentor profirió en el instante terrible en que, elevado en la cruz, suspendido sobre sus cuatro llagas, sintió en sus sagrados miembros el más cruel dolor, y destrozado para redimir nuestros crímenes, oyó aún las burlas inhumanas de la fiera turba.

¡Perdonadlos, Padre mío, porque no saben lo que hacen!

Esta palabra fue comentada por el sacerdote con acentos de una dulzura inefable; dirigióse á las pecadoras que le escuchaban y les habló de esta suerte:

¡El mundo os ha rechazado, pero Dios os ama!

¿Podréis dudar de su amor? Jesus ama á sus detractores, á sus jueces, á sus verdugos; ama á Pilatos, ama á Herodes, ama á esos soldados que han flagelado sus miembros con crueles azotes, que le han coronado de punzantes espinas; ama á esos verdugos que le crucifican y que le insultan crucificándole, que olvidan el respeto que una víctima inspira siempre, y ruega por ellos; y, ¿cómo ese Dios todo amor y misericordia no os amaría á vosotras? Vosotras le habéis ofendido, es verdad; pero él esta en la cruz para los pecadores, para los desgraciados pecadores; ¡allí, allí les espera siempre!

A estas palabras, Eufrasia levantó la cabeza, y sus ojos sombríos como su alma, se fijaron en el predicador; éste prosiguió:

—*Pero este perdón infinito que os asegura en el cielo todos los bienes que en el mundo os han sido rehusados, ¿sabéis el sólo medio de obtenerlo? ¡perdonando vosotras como él os ha perdonado!*

Eufrasia seguía escuchando; su mirada ardiente, no erraba ya en la capilla; miraba al orador, escuchaba y comprendía; el sacerdote prosiguió:

Las primicias de ese perdón, que el Hijo de Dios pidió á su Padre para los hombres, sus hermanos, fueron concedidas en seguida á un pecador penitente, compañero de su suplicio. Jesús, no sufría solo; para añadir la ignominia á la crueldad, los verdugos habían crucificado á su lado á dos criminales; ¿lo oís? ¡á dos criminales! ¡dos ladrones... dos asesinos quizá! Uno de ellos, tocado por la gracia celeste, con-

movido por las palabras del divino Salvador, volvió hacia él sus ojos moribundos y le dijo:

—¡SEÑOR, ACORDÁOS DE MÍ EN VUESTRO REINO!

¡Cuan generosa nente recompensada fue esta fe, que confesaba á Jesús crucificado, Dios y soberano del Reino celestial! El Salvador miró dulcemente al criminal, al malhechor, al ladrón y le dijo:

—HOY MISMO, ESTARÁS CONMIGO EN EL PARAÍSO.

En favor del pobre ladrón que le invoca, hace Jesucristo un acto de divinidad; le abre el cielo, le aplica el mérito de aquella sangre divina de que está inundada su cruz; cura esta alma y la purifica, la santifica y la asegura la felicidad inmortal!

Pues bien: Jesús es siempre el mismo, hijas mías, y el don inefable que hizo al ladrón crucificado, está dispuesto á hacéroslo á vosotras; mas es preciso confesar vuestra fe en su poder y en su misericordia; es preciso gritar con la voz humilde del pobre ladrón:

—¡ACORDÁOS DE MÍ, SEÑOR!

¡No dudeis, hijas mías, y puesto que nada tenéis que esperar sobre la tierra, arrojáos en los brazos de EL *que os puede salvar!*

Eufrasia lloraba; era la primera vez después de cinco años de reclusión; sus lágrimas corrieron al principio escasas y abrasadoras; después algunos sollozos levantaron su seno, cayó de rodillas sepultando el semblante entre sus manos, y sus lágrimas humedecieron el pavimento; sus compañeras la

miraban con curiosidad, pero sin atreverse á hablarla; las religiosas la miraban también, pero con una tierna compasión.

Terminado el sermón las religiosas cantaron el *Stabat Mater;* las reclusas salieron de la capilla en orden, y Eufrasia quedó sola, inmóvil, prosternada, y de tal modo absorta, que no se apercibió ni del ruído ni del silencio que reinaba en torno suyo.

La pobre Eufrasia violaba sin saberlo el reglamento de la prisión, que no permitía á una reclusa aislarse ni estar ociosa, ni aun para orar, y el guardián que hacía la ronda la descubrió en la sombra y la volvió bruscamente á la realidad sacudiéndola por un brazo.

—¿Qué hacéis aquí?—le dijo,—¿por qué os ocultáis?

—Yo no me oculto,—respondió Eufrasia levantándose y dejando ver su semblante pálido y surcado de lágrimas.

—¿Me replicáis?—repuso el guardián,—una palabra más, y os llevo al calabozo.

Eufrasia le miró con aire de reconvención; aquel hombre grosero montó en cólera y gritó:

—Me parece que quieres hacer alarde de insolencia y de rebeldía, pero yo te bajaré los humos: ¡anda delante al calabozo!

—¡No tenéis ni corazón ni alma!—murmuró la reclusa con voz sorda.

—¡Al calabozo hasta mañana!

El guardián la llevó asida del brazo hasta una galería obscura, donde se abrían mu-

chas puertas con barras y cadenas de hierro: abrió una, empujó á Eufrasia al interior y corrió de nuevo los terribles cerrojos; era la primera vez que se le daba este castigo por falta contra la disciplina.

El calabozo era una especie de cueva baja, obscura, y sólo ventilada por una tronera colocada muy alta; sus únicos muebles eran un jergón de paja y un banquillo.

Era por cierto una lúgubre morada; y no obstante, cuando la primera convulsión de cólera y de dolor hubo pasado, Eufrasia tuvo un movimientó de satisfacción al sentirse sola y al abrigo de miradas escrutadoras.

Con una especie de alegría, anudó el hilo de su pensamiento, y aquel pensamiento se había vuelto dulce; era Jesucristo el objeto; le parecía que en la sombra del calabozo veía al Redentor del mundo, coronado de espinas, pero rodeado de un divino resplandor, y diciendo á su eterno Padre estas palabras sublimes:

—*¡Perdonadla!*

Otras veces le oía repetir allá en el fondo de su pensamiento la dulce promesa hecha al ladrón:

—*¡Tú serás conmigo en el Paraíso!*

Su corazón se ablandaba como la cera vírgen que se aproxima al fuego, y lloraba, lloraba de dolor por haber desconocido durante toda su vida al amoroso Padre que murió por nosotros, y olvidaba hasta el castigo humillante que estaba sufriendo.

Ya era noche cerrada cuando se abrió la puerta del calabozo, y una débil luz penetró en él. Eufrasia alzó la cabeza y apercibió á la superiora de las Hermanas de San Vicente, que llevaba en una mano una linterna y una llave, y en la otra un vaso de agua sobre el cual estaba colocado un pedazo de pan de cebada; la religiosa entró, corrió de nuevo el cerrojo, dejó en el suelo la linterna, y se acercó á Eufrasia.

—Aquí está vuestra cena, hija mía,—dijo afectuosamente.

—Gracias, madre,—contestó la pobre prisionera bajando los ojos.

—Hija mía,—prosiguió la religiosa sentándose en el lecho y mirándola con una profunda conmiseración,—¿qué habéis hecho? ¿qué mal pensamiento os ha embargado?

—Yo no sé...—respondió Eufrasia,—el sermón... no me acordaba de que estaba presa, y me quedé en la capilla; el guardián llegó... me habló duramente... me ha parecido que caía del cielo al infierno... he respondido mal y me ha traído aquí...

—Este es un efecto de vuestra mala cabeza; pero no pensemos más en ello; mañana saldréis, y una noche se pasa muy pronto.

Eufrasia levantó sobre la religiosa una mirada tímida, y dijo:

—Madre mía, no siento estar sola; ¡pienso en tantas cosas nuevas!

Sor Clara del Santísimo Sacramento, se conmovió sólo al oir estas palabras, que sa-

lían de aquella boca tan obstinadamente cerrada; tomó en las suyas la mano de la reclusa, se aproximó más á ella, y le preguntó dulcemente:

—¿Pensáis en el sermón?

Eufrasia contestó sólo con un gesto afirmativo.

—La gracia del Señor os ha tocado,—repuso Sor Clara,—si queréis ir á ese hermoso cielo donde el ladrón penitente ha entrado el primero, el camino tenéis abierto, hija mía, ¿sabéis lo que Dios os pide?

Eufrasia guardó silencio.

—Decid, hija mía, ¿lo sabéis?—repitió Sor Clara.

—¡Sí, lo sé!—respondió sombríamente la reclusa;—¡lo sé, madre, y me parece que jamás, jamás podré hacerlo!

—¡No digáis eso, mi querida hija!—exclamó Sor Clara estrechando la mano de Eufrasia,—¿por qué no habéis de poder arrepentiros de vuestras faltas y confesarlas á un sacerdote que os recibirá lleno de misericordia? ¡Confesaos! ¡esto os parece imposible, y sin embargo, sólo tenéis que decir lo que habéis dicho en público ante los Jueces: bien podéis confesar eso mismo en secreto al ministro de Dios, que os perdonará en su nombre!

—¡No es eso!—repuso la reclusa con impaciencia;—¡no es eso! hay otro obstáculo... y no obstante, yo quisiera... sí, yo daría mi sangre por reconciliarme con Dios, por ir al al cielo!... ¡sufro tanto aquí!...

—¿Y qué se opone á ello?

—¡Es preciso perdonar!—dijo Eufrasia en voz baja,—¡y jamás podré! ¡no, madre mía! ¡yo no puedo perdonar á mi marido! ¡él es la causa de todo; por él estoy yo en prisión... y Elisa en el cementerio!...

—Mi pobre hija,—dijo la religiosa con tranquilidad,—abrid vuestro corazón al sacerdote, decidle todo lo que os oprime, todas las tentaciones que os asaltan, él os ayudará; entre tanto pensad cuanta necesidad tenéis vos misma de perdón; así os costará menos pena el perdonar.

—¡El es la causa de todo!—repitió sombriamente Eufrasia.—¡Escuchad, madre! Cuando me vi abandonada, cuando mi leche se secó en mi seno, no tuve más que una idea: ¡vengarme de mi marido! Hubiera dado la eternidad por hacerle tanto mal como yo sentía... la niña gritó... alguna voz me dijo interiormente. Si Elisa muriese, esto causaría pena á su padre, y además, esta pobre criatura, que yo no puedo alimentar y que está destinada á una vida de miseria y de lágrimas, ¿no sería más dichosa en el cielo? Acabemos, pues...

La religiosa, aunque hondamente conmovida, no quiso insistir más. Estrechó de nuevo la mano de Eufrasia, y desatando de su costado el crucifijo que había recibido el día de su profesión, dijo:

—¡Tomad! ¡os dejo con Nuestro Señor: miradle bien y veréis si podéis rehusarle alguna cosa!

Al amanecer del día siguiente, Sor Clara fué á abrir el calabozo. Eufrasia estaba de rodillas y tenía el crucifijo entre las manos.

—¡Madre mía,—dijo,—estoy decidida á confesarme, y si puedo y Dios me ayuda, trataré de perdonar á ese hombre!...

XIV

Obra divina es la corrección de un alma, y no obstante, como no se cumple sin el concurso de la voluntad humana, es frecuentemente lenta, difícil, detenida por las tentaciones, retrasada por los recuerdos del pasado, y algunas veces suspendida para siempre por la sequedad de la tierra donde ha caído el sagrado rocío.

—La perfección no es un vestido que se pasa de repente por la cabeza,—ha dicho San Francisco de Sales;—es una obra de tiempo, de trabajo y de paciencia.

Eufrasia había sentido en su alma, por tan largo tiempo desgarrada, ese deseo vehemente de Dios; ese deseo que hace la alegría de los elegidos, favorecidos por las visiones celestes, y que hará el eterno suplicio del infierno. Había obedecido, había corrido hacia su Dios, como el ciervo sediento corre á buscar el agua de las fuentes, y sostenida por la gracia, fortificada por los Sa-

cramentos, alentada por las exhortaciones del sacerdote, había hallado desde luego que nada es difícil, ni aun el perdón.

En el instante en que acababa de recibir la absolución en el Santo Tribunal, en el momento en que iba á recibir á Jesucristo en la santa mesa, ¿podía guardar hiel en su corazón?

Mas los instantes deliciosos en que la gracia divina se hacía tan vivamente sentir, se eclipsaban: la frágil naturaleza y las fuertes tentaciones volvían, y Eufrasia combatía frecuentemente durante largos días, para someter su corazón, para decir con sinceridad:

—Perdonad nuestras ofensas como perdonamos á nuestros ofensores.

La calma volvía entonces y podía rezar, podía llorar, y á los gritos de arrepentimiento no se mezclaba ya aquella sed de venganza que durante tanto tiempo había emponzoñado su vida.

Estaba, como en otro tiempo, triste y silenciosa; pero su fisonomía había perdido el aspecto feroz que el recuerdo del crimen y el sentimiento de la desgracia habían impreso en ella, y se notaba que cualesquiera que fuesen los sentimientos de antipatía que la manifestasen sus compañeras, sus sordas burlas, sus duros procedimientos, Eufrasia se mostraba siempre paciente y hasta caritativa.

Aquella grande obra no se cumplió ni en un día, ni en un año. Hubo en aquella vir-

tud naciente muchos desfallecimientos; mas lo fiel de la voluntad la elevaba sobre las debilidades de la naturaleza y la dureza del carácter. La pobre reclusa fue valerosa en las tentaciones, constante en el trabajo, ardiente en el deseo, y la fe arrojó al fin sus raices en aquella alma tan sólidamente, la esperanza enclavó su áncora con tanta profundidad, que las más rudas tempestades no podían hacerla vacilar.

Estos son los milagros de la gracia: sí, en esas casas despreciadas del mundo, en las cárceles, en las reclusiones, existen corazones penitentes lavados en las aguas santas de la confesión y que atraen la admiración de los ángeles. Para esas almas convertidas, esas moradas creadas por la justicia humana, son dichosas Tebaidas donde la segunda inocencia, adquirida por la contricción, está al abrigo de todos los peligros: esas almas que vuelven á ser puras, aman su cautividad, como la religiosa ama el claustro en que ha pronunciado sus votos; temen la libertad, porque para ellas la libertad es el abandono, es el peligro, es la separación de su Dios.

Habiendo conocido el mundo esas pobres almas, saben hasta qué punto es despiadado y tentador para las que pueden caer de nuevo. ¿Quién las defenderá de los malos consejos de la miseria, de la vergüenza fatal, de la injusticia que no ayuda al que se levanta cuando una falta le ha hecho caer? ¿qué casa recibirá á esos pobres seres? ¿qué mano les protegerá?

La sociedad, tan enérgica para castigar las faltas, parece no haber previsto el arrepentimiento, y la pobre mujer, y la joven desdichada que un primer delito ha conducido á una casa de corrección, y que quiere volver á la piedad y al honor, sale de ella cuando espira el término de su castigo, y se encuentra en el umbral de la prisión tan profundamente miserable y abandonada, que en la mayor parte de ellas, en este mismo instante, el arrepentimiento queda muerto y vencido.

Un poco de sol hubiera permitido á la flor dar frutos: el ambiente helado la hace languidecer y morir.

En medio de estas desventuradas las hay que resisten y mueren de miseria y de dolor; otras procuran cometer un delito *inocente*, si estas dos palabras pueden acordarse, á fin de volver á la reclusión y de volver á una vida de trabajo, de expiación y de honradez. Se cita una que perseguida por el hambre, solicitada por infames seducciones, entró en una iglesia y robó el mantel del altar de la comunión. Fue condenada, y dió gracias al cielo, porque la nueva pena era su salvación.

Otras luchan hasta el sepulcro y ocultan en la miseria más deplorable, sublimes virtudes; pero el mayor número vuelve á caer en el cieno, y si hubiera una asociación que tendiese sus brazos maternales á esas criaturas débiles y abandonadas, merecería la gratitud de la sociedad y el galardón del cielo.

A medida que Eufrasia adelantaba en la piedad, temía más salir de la reclusión, y pedía á Dios con frecuencia la gracia de morir antes que la prisión se abriese para ella.

—Aquí creo que moriría en la gracia de Dios y que reposaría tranquila en un ataúd; mas sin duda yo no he merecido tan gran favor,—decía algunas veces á la madre Clara, que tenía toda su confianza.

—Dios no os abandona, hija mía,—le contestaba la buena religiosa;—nunca nos deja El el primero. ¿No queréis vivir para expiar?

—Yo quiero lo que Dios quiera; pero ¡qué dulce sería morir!

XV

La prueba

La puerta de la casa de corrección se había cerrado y Eufrasia se encontraba sola y libre.

Los diez años de reclusión se habían terminado; aquella tenía en la mano un paquete de ropa y en el bolsillo cien francos, fruto de su trabajo, y volvía así al mundo con muy débiles recursos, en comparación de las

necesidades del porvenir, sin apoyo, sin afecciones, sin protección, sin esperanza.

Eufrasia dió algunos pasos vacilantes; el brillo del día, el aire libre, la vista de los pasantes, la turbaban: sus ojos se volvían hacia los viejos muros de la prisión como hacia un asilo; tanta libertad la oprimía y la causaba miedo; advirtió que la miraban, salió á la calle y echó á andar al azar por la población.

Llegada delante de una iglesia se arrojó hacia ella con el apresuramiento de la cabrilla perseguida por los cazadores y que halla en el fondo de los bosques uno de sus retiros favoritos; allí sintió que su alma y sus sentidos turbados se tranquilizaban bajo aquellas bóvedas silenciosas, donde flotaba aún el incienso de la víspera; en el fondo de la iglesia un sacerdote decía la última misa, y los niños esperaban la hora del catecismo. Eufrasia se deslizó detrás de una columna y se puso de rodillas; no podía orar, pero reposaba en Dios y con Dios; desde hacía muchos años, Él era su único confidente, su amigo, su protector; ella no hablaba más que á Dios solo, y estaba habituada en el silencio eterno de la prisión á quejarse á Dios, á escuchar á Dios, y lo mismo que en el mundo vamos hacia nuestros amigos, ella iba delante del Supremo Hacedor de todas las cosas, hacia ese amigo inmortal y perfecto, que nunca engaña y que no falta jamás á los que le buscan.

—¡Tened piedad de mí!—le dijo Eufrasia

desde el fondo de su corazón,—¡defendedme! ¡Soy sola! ¡Soy pobre! ¡Asistidme! ¡He pecado! ¡Tened piedad de mí!

La respuesta, que es el consuelo interior, no se hizo esperar.

La misa se había terminado y ella permanecía de rodillas; su mirada se hallaba fija en una niña de diez años, que sentada en un banco estudiaba sin levantar la cabeza su lección de catecismo; seguía con su dedito blanco y rosado la línea, y se repetía en voz baja lo que iba aprendiendo; hallábase tan absorta que no veía las miradas tristes y ardientes que parecían querer devorarla.

Era la primera vez después de diez años que Eufrasia veía una niña... aquella era delicada, rubia, pálida, pobremente vestida, era una figura encantadora, grave y dulce... á medida que Eufrasia la contemplaba, un dardo agudo penetraba en su corazón: la pena de la criminal había terminado, lad e la madre... debía ser eterna...

La niña se levantó; una campanilla llamaba á la doctrina; hizo una reverencia al altar y salió de la capilla sin ver á la desgraciada á quien su presencia arrancaba lágrimas. Eufrasia se levantó también, pues aún estaba de rodillas, y dijo otra vez desde el fondo de su corazón la dulce frase de las almas penitentes.

—¡Tened piedad de mí!

En seguida salió de la iglesia sin atreverse á volver los ojos hacia el lado de la nave donde se elevaban las voces infantiles que

entonaban el cántico. *Espíritu Santo, descended á nosotros.*

Aquel mismo día partió para Valenciennes, ciudad que le había sido designada para residencia.

Ya era noche cerrada y obscura, cuando el tren del camino de hierro la depositó á la entrada de aquella población desconocida, y débil, fatigada, se alojó en un pobre mesón, dejando para el siguiente día la instalación de su vida nueva, en la cual entraba llena de espanto y de temores.

Eufrasia sabía bien que nada hay fácil para el pobre. Presentía además, que todo es difícil para la que ha estado reclusa por la ley; la desconfianza pública la rodea y toda su vida arrastra la pesada cadena de la vigilancia, barrera que la sociedad ha levantado entre ella y el que una vez fue culpable.

Eufrasia sintió todo esto desde el día siguiente al comparecer ante el comisario de policía y responder al duro y despreciativo interrogatorio que el magistrado cansado de trabajar, y mal prevenido contra todos los que habían estado en prisión, le hizo sufrir.

La pobre mujer salió de la oficina de policía en la que tantos sufrimientos y miserias se encuentran cada día, fatigada, humillada, desalentada, y volvió á su posada evitando el que la vieran, y sin osar ponerse delante de nadie; comió un pedazo de pan comprado en la esquina de la calle, y permaneció silenciosa y triste en su cuarto, re-

pasando en su espíritu todas las penas de su situación, y diciéndose que más la hubiera valido morir en la casa central, que afrontar el mundo despiadado para los que una vez han caído.

Comprendía que según la expresión enérgica de un jurisconsulto, la vigilancia es parecida á la marca, pero una marca que los vestidos no disfrazan, y hojeaba con ojos extraviados aquellos papeles en los cuales la policía había puesto su sello y que llevaban escrito con todas sus letras:

Eufrasia Senechal de Laohusse, reclusa cumplida después de diez años de prisión por infanticida.

—¡Dónde se puede ganar el pan con semejante pasaporte! —se dijo con amargura,—¡quieren acaso que robe! No, no robaré jamás; lo he jurado á mi abuela; ¡moriré de miseria y Dios me perdonará! ¡Oh, Dios mío! ¡Dios mío! ¡Tened piedad de mí!

En este instante llamaron á la puerta, y el ama de la casa entró sin esperar la respuesta.

—Vengo,—dijo,—á pediros vuestros papeles, para inscribiros en mi registro: sin esto sería multada por la policía.

—Me llamo Eufrasia Senechal,—respondió ésta con voz turbada,—soy costurera, pero aún no tengo cédula de vecindad aquí.

—¡Oh, ni es necesaria! El testimonio de vuestro comisario de policía, su certificación

de buena vida y costumbres, como ellos dicen, me basta.

—No voy á permanecer en vuestra casá,— dijo Eufrasia esforzándose por aparentar un aire tranquilo, y cuento marcharme mañana, ¿no basta con que sepáis mi nombre?

La huéspeda que no estaba acostumbrada á recibir príncipes ni embajadores, comprendió poco más ó menos, guiñó el ojo, y como estaba pagada por adelantado, se dió por satisfecha.

—Basta con el nombre, — dijo, — puesto que os vais mañana; no me gusta tampoco ser curiosa, pero esas gentes de policía se meten en todo; ea, buenas noches, ¿queréis un vaso de cerveza?

—Gracias,—contestó la triste Eufrasia,— voy á acostarme.

—Otra todavía que no tiene el corazón tranquilo,—dijo la huéspeda al alejarse.

Al día siguiente, al amanecer, Eufrasia se despidió del ama del *Gran Pato,* y con su paquete en la mano, empezó á errar por las calles consultando con la vista las casas, aún cerradas, y buscando la indicación:

Cuarto para alquilar.

Diferentes veces se ofreció á sus ojos, pero indicando alojamientos de una apariencia demasiado holgada y demasiado cómoda para que pudiera pensar en ellos; no podía pensar en ninguna de las calles principales, y fue en el dédalo de las pequeñas que serpentean lejos de los barrios privilegiados, donde buscó un abrigo pobre para su pobreza,

una morada ignorada para ocultar su vida.

Vió por fin detrás de los vidrios verdosos de una tienda de legumbres un letrero manuscrito que decía:

Boardilla para alquilar.

—Por largo tiempo vaciló en el umbral de esta humilde morada y su corazón palpitaba cuando levantó el picaporte y se encontró delante de la tendera, mujer ya de edad avanzada, y que pareció á la pobre Eufrasia muy imponente.

—¿Podría ver, le dijo, el cuarto que tenéis para alquilar?

—Sí, por cierto, respondió la tendera, os lo voy á enseñar.

Atravesaron la botica, llena de tarros de manteca y de crema, de patatas y legumbres secas, y subieron una estrecha escalera que les condujo á un descanso obscuro, en el cual se abrían muchas puertas, detrás de las que se oía el ruido matinal de las familias que despiertan: la tendera abrió la puerta más retirada y dijo:

—Esta es.

Y retrocediendo dejó ver una bohardilla pequeña, blanqueada con cal, alumbrada por una pequeña ventana, y que ofrecía el espacio justo para que una criatura pudiese trabajar, respirando y viviendo con no poca pena.

—Su precio son cinco francos al mes, dijo:

—Bien está: si me la queréis alquilar la tomo, dijo humildemente Eufrasia.

—¿Tenéis muebles?

—Iré á buscar los necesarios, y si queréis os pagaré tres meses adelantados.

—¿Tenéis corrientes vuestros papeles? no os ofenda la pregunta; pero es que no quiero alojar en mi casa vagabundas, ni mujeres de mala vida.

Eufrasia palideció: el terrible instante era llegado.

—Os enseñaré los papeles, dijo.

—Bajemos, pues.

La vieja tendera volvió á ocupar su sitio detrás del mostrador, y Eufrasia le presentó el papel que el comisario de policía había firmado: la tendera se puso sus anteojos, y leyó no sin mucha pena: dejó escapar una exclamación, y alzó los ojos sobre Eufrasia.

—¿Salís de la reclusión?—le dijo duramente.

Eufrasia no pudo contestar: su rostro pálido y desolado suplicaba por ella: la vieja medio conmovida por aquella elocuente mirada dijo:

—Al fin no habéis robado: ¿os ha herido para hacer eso alguna desgracia?

—Estaba desesperada, repuso Eufrasia: oid lo que me sucedió.

Contó brevemente á la tendera lo sucedido, y esta dijo:

—Sí, habéis sido muy desgraciada, ¿podéis pagar los tres meses adelantados?

—Sí, contestó Eufrasia sacando del bolsillo tres monedas de á cinco francos.

La huéspeda las miró por todos lados.

—Está bién, dijo, el cuarto es vuestro por tres meses: tratad de portaros bien, porque mi casa es muy tranquila, y si no andáis derecha me quejaré á la policía.

Eufrasia bajó la cabeza: no se hallaba con derecho para ofenderse, y para captarse mejor la voluntad de la vieja compro algunas provisiones, y le rogó que le procurase un catre de tijera, una silla, una mesa y una estufa.

Cuando se vió sola en su cuartito amueblado con lo extrictamente necesario, un sentimiento de calma se extendió por todo su ser: ¡estaba en su casa! ¡nadie vendría á inspeccionar su risa, su llanto! ¡iba á estar sola, ella que durante diez años había visto su vida unida á la de otras criaturas malvadas y hostiles! ¡iba á ser libre, ella que durante diez años no había podido disponer de ninguno de sus movimientos, ella, de quien los pensamientos mismos sufrían la inspección de otro, hasta cuando se reflejaban en su rostro!

Esto constituía un goce, y la pobre mujer lo saboreó.

Suspendió á la cabecera de su lecho una estampa que representaba á Nuestro Señor en la cruz, dón de la madre Clara, al dejar á Clermont por otra residencia que le habían designado sus superiores.

La buena religiosa había escrito bajo el crucifijo con una letra clara y hermosa:

Venid á mí, los que sufrís, y yo os aliviaré.

Eufrasia, para consagrar su nueva morada, se puso de rodillas delante de esta imagen y rezó lentamente primero su rosario y después el salmo *Miserere*, que á fuerza de repetirlo, había aprendido de memoria.

—¡No estoy sola del todo!—dijo levantándose y mirando con amor á Jesús crucificado. Dios está en todas partes: Dios está aquí, y puesto que quiere que viva, El me enviará pan.

XVI

Ya se sabe que los casos de reincidencias son muy raros en las mujeres que han sufrido la pena de prisión, y la cifra sería menor aún si la prisión legase á las infelices que la abandonan un medio de vivir, si al lado del castigo saludable, hallasen un preservativo saludable para el porvenir.

No sucede así: en las casas centrales el trabajo, el santo trabajo, ese auxiliar poderoso de la religión y de la moral, es confiado desgraciadamente á los contratistas, que no ven en él más que el origen de una fortuna fácil. Trescientas mujeres detenidas pueden traer diez mil francos de beneficio al que tiene la contrata de los trabajos: mas para llegar á este resultado es preciso que este trabajo sea excesivo, que cada obrera ha-

ga una sola cosa, siempre la misma, á fin de hacerla con prontitud y perfección.

Así Eufrasia durante diez años, había pespunteado pecheras de camisas, trabajo mecánico en el que se habían gastado sus ojos, es verdad, pero que aseguraba al contratista la clientela de muchos grandes almacenes de lencería: ella salía de la reclusión á los treinta y seis años, con los ojos fatigados, una salud quebrantada, ¡sin oficio y sin recursos! ¡y cuántas otras son así arrojadas cada año á las calles de nuestras ciudades! ¡qué Dios y los hombres tengan piedad de ellas!

Eufrasia fue, pues, á ofrecer su aguja y su pequeña industria á los almacenes de confección de la ciudad: el trabajo no era abundante en esta época del año: así en las seis ó siete primeras casas donde se presentó, le dijeron solamente:

—No tenemos trabajo que dar.

O bien:

—Tenemos ya nuestras obreras.

Eufrasia se retiró tristemente con los pies y el corazón igualmente fatigados.

Al pasar por delante de un hermoso almacén entró, y dirigiéndose al mostrador, dijo á la señora que se hallaba sentada delante, con una voz llena de timidez:

—Busco labor, señora; si quisieráis dármela, os quedaría muy agradecida.

El rostro pálido y aún bello de Eufrasia interesó á la señora, que respondió:

—En verdad que necesitamos buenas ofi-

cialas: pero toda la obra que damos es muy fina: son camisas de lujo: ¿sabéis pespuntear y preparar á la vez?

—Yo pespunteaba muy bien; pero ahora... tengo como una niebla ante los ojos, cuando es preciso contar hilos: por lo que hace á preparar, sólo he cortado camisas de telas gruesas...

—Entonces, pobre mujer, no os puedo dar ocupación: no tenemos tiempo para enseñar porque hay siempre exceso de trabajo: id al fin de esta calle, á casa de madame Jeannim, y Dios os de buena suerte: su almacén se llama *El Aldeano de Artois.*

—Gracias, señora.

Eufrasia se dirigió al instante á casa de madame Jeannim: un hombre de fisonomía ruda estaba sentado al mostrador: la pobre mujer repitió su demanda en tono suplicante.

—¿Costura queréis? por cierto que tenemos, y no poca: pero yo no la doy á desconocidas: ¿traéis vuestros papeles?

Eufrasia vaciló.

—¿No los queréis dar? pues buenos días: no tengo tiempo que perder con vos.

Y volviendo á tomar la pluma, le mostró la puerta.

Eufrasia sacó del bolsillo el desdichado papel que le cerraba todas las puertas, segura de que aquella se le cerraría también: el hombre la miró, se lo devolvió, y dijo:

—Idos de aquí.

La desgraciada se halló de nuevo en la

calle, sin otro pensamiento que el de que se daría por muy contenta con morir.

Durante largo rato estuvo errando á la ventura, sin darse cuenta de lo que hacía: en fin, el sentimiento de la necesidad volvió: suplicó á Dios desde el fondo de su corazón que la asistiera: y buscando con la vista las muestras, entró en una obscura tienda, sobre la cual se leía:

TELAS Y CONFECCIONES.

Dos personas, el marido y la mujer, se hallaban en el mostrador. Eufrasia se adelantó hacia ellos con el valor de una persona que intenta un esfuerzo desesperado, les saludó y les dijo:

—Yo desearía trabajar: si me queréis dar labor me contentaré con lo que queráis pagarme: salgo ahora de la cárcel: aquí están mis papeles.

La esposa leyó: fijó en Eufrasia, que toda temblorosa se apoyaba en la pared, una mirada compasiva, y alargó el papel á su marido: éste lo leyó, dió á su fisonomía un aire severo y dijo á media voz á su mujer:

—Ya sabes que no acostumbramos á servirnos de semejantes gentes.

La esposa, que era joven, dijo con tono suplicante:

—Amigo mío, ¡mira qué desgraciada parece!

—Señor,—dijo Eufrasia,—por caridad, dadme algún trabajo: ¿qué haré yo si nadie

quiere ocuparme? ¡tendré que volver á la prisión!

—¡Pardiez!

—¡Ah, caballero! no temo á la reclusión; allí se vive tranquila, y se pueden reparar las faltas: ¡pero es que no quiero hacer lo que es preciso para volver á ella!

—Ese es el acento de la verdad, amigo mío,—dijo la mujer á su marido.

—Tú eres demasiado buena y crédula,—dijo el esposo.

—¡Por esta sola vez, probemos!

—¡Vamos, como quieras! prueba si el corazón te lo aconseja: pero verás cómo te arrepientes.

—No lo creo yo así.

La amable y caritativa joven se levantó, tomó de un estante un paquete de gruesas camisas cortadas, y dijo á Eufrasia:

—Aquí hay una docena de camisas de hombre, de una hechura muy sencilla: dadme vuestras señas.

Eufrasia dijo donde vivía, y presentó con la frente cubierta de rubor el fatal papel: la joven no le miró: se lo devolvió con una sonrisa, y le dijo:

—¡Valor, pobre mujer!

Eufrasia salió con el corazón alegre, y el marido repitió á su mujer.

—He aquí, según todas las apariencias una caridad muy mal colocada.

Eufrasia tenía ya labor, pero la más grosera de todas: esos trabajos de los grados inferiores de la escala, que dan apenas pan,

son los que consumen el tiempo, los ojos, las fuerzas de la obrera: es preciso estar sentada todo el día, con la cabeza doblada, los ojos fijos siempre en la costura, la mano bajándose y levantándose como una máquina, durante doce, catorce, diez y seis horas, para ganar un salario de cincuenta ó sesenta céntimos.

¡Oh! bien lo dice la desgarradora canción que copiamos en la segunda parte de este libro, y que se titula: *¡El canto de la camisa!*

Y sin embargo, Eufrasia no se quejaba de su suerte, ni aun á Dios: la encontraba dulce y soportable para una alma penitente, para un ser que quería y debía espiar tan largo tiempo como le fuera permitido.

Durante el invierno, sus pobres recursos le faltaron muchas veces: no pocos días se halló en una ociosidad forzosa, comiendo con temor un poco de pan pagado con lo que le quedaba, y buscando en vano el modo de utilizar su buena voluntad y su pequeña industria: el ama de la casa, á quien pagaba siempre adelantado, y que por esto la miraba con misericordia, le daba á veces algún trabajo, algunos vestidos viejos que componer, algunos quehaceres domésticos que desempeñar: estos eran míseros recursos, mezquino salario que evitaba todo lo más el que Eufrasia se muriese de hambre: pero ella veía cuando llegaban, como una intercesión milagrosa de la Providencia. Era el pan de Elías en el desierto, y aunque no le recibie-

se más que miguita á miguita, lo recogía, bendiciendo á Dios.

Nada es perdido para los que viven de la fe: en aquella soledad incesante en que Eufrasia vivía, la oración, su solo consuelo, la aproximaba á Dios: le veía en todos los accidentes de su vida, porque estaba sin cesar presente á su corazón: el sufrimiento también aproxima al cielo, y cuando al fin de un riguroso invierno, Eufrasia se postró enferma con una fluxión al pecho, sintió más que nunca la mano de su divino Amigo, y aceptó la enfermedad con una suerte de alegría, haciéndose este sencillo razonamiento:

—Si crece el mal que sufro, pagaré mis deudas con Dios: si muero me llevará consigo.

Los primeros días pudo soportar el mal y la fiebre sin pedir auxilios; pero un cruel dolor de costado la obligó á acostarse: el ama de la casa subió á su cuarto, y la rogó que la diese un poco de agua de cebada: además las vecinas, con esa compasión generosa que se halla como encarnada en el pueblo, vinieron á su vez, y cada una tomó á su cargo algún pequeño servicio: una mullía la cama, otra cuidaba del fuego, y otra cocía en su casa una tisana, que después de azucarada, ponía al alcance de la mano de la pobre enferma.

Eufrasia empeoró: un obrero, vecino suyo también, fue á buscar al médico de los pobres, un niño corrió á la botica, y otra anciana de la vecindad, fue á ruegos de la en-

ferma, y edificada de la demanda, á prevenir su confesor: todo el mundo se interesaba por ella sin conocerla, y sólo porque era desgraciada.

Una viuda, cuyo cuarto estaba al lado del suyo, adelantó sin decirle nada el dinero necesario para los remedios y los caldos: y cuando Eufrasia, libre de la fiebre, volvió al sentimiento de la vida y de las cosas actuales, se conmovió profundamente al ver la bondad de Dios, manifestada por la bondad de las criaturas.

Su convalecencia fue larga y consumió las últimas monedas, traídas de la casa central de Clermont: no podía volver á trabajar sino muy despacio, y su cuerpo, al que no podía conceder nada de lo supérfluo, no recobraba las fuerzas.

No obstante, estaba resignada, y se tenía casi por dichosa: la luz de la fe le mostraba la eternidad, término de tan doloroso viaje, y sus sufrimientos le aparecían como una moneda preciosa, con la cual rescataba el pasado y pagaba el porvenir.

En los decretos de Dios, la cruz misma es con frecuencia aligerada, y la amargura del cáliz, mezclada de alguna miel: un pequeño socorro ofrecido por la señora para cuya tienda trabajaba, y los mudos testimonios de interés de la viuda Robert, su vecina, sostenían el valor de Eufrasia en los momentos extremos, y le enseñaban la presencia, siempre próxima de su Dios.

—No parecéis estar inquieta, y sin embar-

go, os halláis bien sola!—le dijo un día madama Robert.

—No lo estoy del todo, señora: creo que Dios se halla conmigo.

—Tenéis razón,—repuso la viuda estrechando su mano, Dios no olvida ni los pobres, ni las viudas, ni los huérfanos.

Eufrasia miró su mano que esta honrada mujer acababa de estrechar, y se dijo:

—¡Si supiera lo que esta mano ha hecho! Dios perdona: ¿pero los hombres pueden perdonar? Mme. Robert es muy pobre, debe trabajar mucho; pero ha debido ser siempre buena y honrada, y además tiene una niña, bonita como un ángel... ¡qué dulce consuelo!

Estos pensamientos eran más amargos que la pobreza y que la enfermedad, y aunque deseaba vivamente la amistad de su buena vecina y deseaba verla frecuentemente, lo evitó, y volvió desde que se halló buena á su soledad acostumbrada.

El estío se pasó lento y melancólico, y Eufrasia sentada todo el día al lado de su ventana, desde la cual no veía más que las torres agudas y sombrías del hospital de Valenciennes, se preguntaba cuantos estíos sin flores y sin sol vería aún ella sobre la tierra: sólo salía para ir á misa y para buscar labor: cambiaba con sus vecinas raros saludos, y vivía rodeada de un cordón de sanidad, hilado por sus manos y que nadie franqueaba.

Un día, sin embargo, halló en la escalera al pizarrero su vecino. que la saludó diciendo:

—Buenos días, vecina.

—Muy buenos, monsieur Paulin,—contestó afablemente Eufrasia.

El obrero se detuvo, la miró y pareció reflexionar.

—¿Os llamáis Mme. Lahousse?—le preguntó al fin.

—Para serviros.

—¿Sois viuda?

—No,—respondió ella después de vacilar un poco: ¿por qué me lo preguntáis?

—Yo os lo diré: he pensado en un compañero que se llama como vos... Lahousse... Fernando Lahousse, de oficio pintor, y mala cabeza si los hay...

Palideció Eufrasia, y dijo con voz sorda:

—Ese hombre... ese hombre... ¿os ha hablado de mí?

—No, jamás: soy yo quien ha pensado en ello... ese Fernando, ese loco que se burla de todo, ha sido hoy atacado de cólico... el cólico de los pintores, que es atroz... le hemos puesto en una camilla, y le hemos llevado al Hospital: se retorcía como una culebra porque sufría atrozmente: á la puerta ha sido preciso decir sus nombres y apellidos: he buscado su cartera en el bolsillo, y he visto que está casado con Eufrasia Senechal, nacidos ambos cónyuges en Rubaix: es vuestro nombre de Eufrasia lo que me ha llamado la atención, porque no es muy común, y me he dicho:

—Este es quizá el legítimo de la vecina, y es por causa de este perdido por lo que

ella está siempre tan triste: porque Fernando es de veras un mal sugeto, sin igual para beber, y debe haber causado muchas penas á una mujer tan buena como vos. ¿No es verdad todo esto?

—Sí,—dijo ella,—es verdad; soy su mujer y no sabía...

—¿Que estuviese tan cerca de vos? Francamente, no perderíais gran cosa; porque Fernando no tiene jamás un sueldo, á causa de que todo se lo bebe. Ahora lo paga bien caro.

—¡Enfermo... y en el hospital!...—murmuró Eufrasia pensativa.

—¿Y dónde había de ir? Ya os digo que no tiene un sueldo ni nada que lo valga; vive en una casa de huéspedes y no se ha cuidado de mandar á la Caja de Ahorros con qué hacerse curar en caso de enfermedad. Este es el fin del obrero sin cabeza... ¡cuánto habéis debido sufrir con él!

Esta insistencia de Paulín, más curiosa que delicada, turbó á Eufrasia, que respondió solamente:

—Siempre hay culpa en estas cosas por las dos partes, monsieur Paulín.

—Por más que digáis, vos sois una buena mujer, laboriosa, arreglada y que habéis debido tener veinte años notablemente bonitos; ¡qué lástima de compañera para semejante bribón! y sin embargo, sentís que se hable mal de él... ¡Ah, si yo hallase una mujer como vos!... basta por hoy, que ya he dicho bastante.

Eufrasia se sonrió tristemente, se despidió del obrero y entró en su cuartito.

. . . .

. . . .

¿Qué pasó en su corazón durante aquella noche? ¿qué combate, qué lucha, entre el sentimiento del deber y las pasiones humanas? entre la religión, que manda la humildad y el olvido de las injurias, y el odio orgulloso, que rehusa perdonar y ser perdonado?

La viuda Robert fue despertada por los sollozos de Eufrasia, pero no se atrevió á interrogarla acerca de su dolor.

Por la mañaña Paulín vió á su vecina que llegaba á buscarlo, pálida, con los ojos hundidos por el insomnio y las lágrimas.

—Cuando vayáis á ver á Fernando, monsieur Paulín,—le dijo,—avisadme: yo iré con vos.

—Al medio día iremos. ¡Bien decía yo que erais la flor y nata de las mujeres!

XVII

Fernando Lahousse había pasado una noche de torturas, durante la cual se había temido verle espirar en las angustias de esa cruel enfermedad, más cruel aún cuando

ataca una organización arruinada por los excesos.

Hacia la mañana, los calmantes hicieron su efecto y cayó en un sueño pesado y febril; ya estaba despierto desde hacía algún tiempo, cuando la mano discreta de la Hermana de la Caridad, que le velaba, entreabrió las cortinas del lecho y le dijo:

—Vienen á veros.

—Soy yo, Lahousse,—dijo Paulín,—y no vengo solo, ¡mira!

Fernando se incorporó en las almohadas y Eufrasia se aproximó á él. Estaba mortalmente pálida y sus manos y sus labios temblaban bajo el esfuerzo de su voluntad.

—¡Fernando!...—murmuró.

El enfermo la reconoció y respondió con un tono á la vez asombrado y burlón, que ni aun el sufrimiento atemperaba:

—¡Ah! ¡eres tú, vieja! ¿Qué milagro te trae?

—Yo he advertido á tu mujer de que te hallabas aquí,—dijo el honrado Paulín.

—¿Te has metido en eso? ¡Muchas gracias!

—Fernando,—dijo Eufrasia inclinándose hacia él,—¡olvidemos lo pasado!

—¡Ah! ¡el pasado, vieja, no ha sido agradable para tí! Comprendo que lo quieras olvidar... ¡Diez años de prisión y la vigilancia dejan verdaderamente mal recuerdo!

A esta revelación funesta hecha por Fernando con aire burlón y satisfecho, Paulín fijó en la pobre mujer una mirada de espan-

to. Esta había enrojecido, y bajando la cabeza dijo con una humildad sincera:

—¡He cometido una gran falta... lo sé! Pero Fernando, si no hubiese sido empujada á la desesperación, ¿crees que yo hubiera cometido semejante crimen?

—¡Ah, mi historia con Rosina! ¡ya es antigua!

—Yo te he perdonado, y á mi vez te pido perdón. Sólo soy una pobre miserable... pero Fernando, ¡no sabes tú lo que he sufrido!

Lahousse pareció dulcificarse un poco, y dijo:

—Vamos, vamos; es preciso no entristecerse. No se vive más que una vez: á lo menos. ¿Estás bien de cuartos?

—¿De dónde quieres que los saque?—dijo Paulín un poco indignado.

—He aquí cuanto tengo,—dijo Eufrasia poniendo sobre la colcha tres décimos.

Fernando tomó aquel óbolo de la miseria y dijo:

—Haz por venir mañana y por traerme un poco de ginebra, esto me alegrará; ¡ea! vuelve mañana.

—¡Adiós!—le dijo Eufrasia.

Paulín la siguió con aire embarazado, y á la puerta del hospital se quitó su gorra y la dijo:

—Ignoro lo que ha pasado; mas no me quitarán de la cabeza que vos sois una mujer honrada, en tanto que él es un bribón.

Cuando Eufrasia volvió al hospital el día siguiente, llevando, no aguardiente, si no

algunos bizcochos comprados á gran precio, vió que su marido no tenía ya la fisonomía burlona de la víspera. Parecía sombrío y abatido.

—¿Sabes,—le dijo,—la embajada que me ha traído el Doctor?

—No.

—Pues bien; pretende que no curaré en mi vida y que tengo el brazo derecho muerto. Mira, no lo puedo mover.

—¿Y no hay remedio?—dijo Eufrasia con voz alterada.

—Ese pájaro de mal agüero dice que no. ¡Estoy bien! En el oficio de pintor no se hacen ahorros para la vejez. ¡Yo acabé ya!

Tanto como la víspera, su palabra era altanera y burlona, tanto era entonces profundamente desalentada. Eufrasia le miró y sintió miedo y piedad. Este repitió:

—¡Yo acabé ya!

—¿Qué vas á hacer?—preguntó ella.

—¿Y qué quieres que haga? No iré á mendigar, seguramente. ¿No me darán un sitio en los Inválidos? Ya hallaré modo de acabar si me hallo en demasiada miseria, el río corre para todo el mundo, ¿no es así?

—¡Ese es un mal pensamiento! ¡que Dios te envíe otro!

—¿Te has vuelto devota? Tu Dios no te ha dado rentas, sin embargo, á lo que veo.

—Yo no me quejo.

—La verdad es que tú tienes tus brazos y tus piernas, y no hay que quejarse en tanto que se posean sanos.

—Yo espero verte mejor mañana.

No sucedió así: la paralisis persistía é invadía ya hasta los miembros inferiores. Los remedios fueron ineficaces ante la terquedad de la enfermedad, y después de todos los ensayos que la ciencia puede sugerir, fue reconocido y declarado que Fernando Lahousse estaba enfermo á perpetuidad.

—Y, por consecuencia,—dijo á su mujer,—tengo que salir del hospital, que no ha sido edificado para la paralisis. Me van á poner á la puerta, y me tendré que ir á vivir en medio de la calle recibiendo la lluvia y el frío.

Dejó súbitamente este tono burlón, y sumergiendo su cabeza en la almohada, echó á llorar, procurando ocultarse el rostro con la mano que aún tenía sana.

Eufrasia le había odiado. En aquel momento no le amaba. Al pensamiento de aproximarse á él, sentía una repugnancia invencible, y no obstante triunfó de su propio corazón.

—Fernando,—dijo tomando la mano de su marido,—cuando salgas del hospital vendrás á mi casa; yo trabajaré para los dos.

—¿Harías eso?—exclamó Fernando mirándola fijamente.—No me harás mal como á...

Eufrasia palideció horriblemente. Este no se atrevió á continuar la expresión de su fatal pensamiento. Un largo silencio se interpuso entre ambos; pero cuando ella fue á partir, él la dijo esta sola palabra:

—¡Gracias!

Tres días después Fernando se instaló en el pobre recinto donde su mujer había trabajado tanto, sufrido tanto, rezado tanto y Eufrasia empezó al lado de su marido una vida nueva de miseria y de sacrificios.

Del escaso salario que bastaba apenas á su vida, tenía que separar ante todo la parte del enfermo; sus noches, acortadas ya por el trabajo, eran interrumpidas á cada hora por los dolorosos quejidos ó los bruscos llamamientos de Fernando; por el día cosía al lado de éste; por la noche se acostaba en el suelo sobre un delgado jergón, que el ama de la casa le había prestado, y hubo á su parecer, como al de todos, una especie de milagro en la conservación de sus fuerzas, en medio de tantas privaciones y trabajos.

Dios la guardaba y los hombres tuvieron piedad de ella; sus pobres vecinos la ayudaban y le daban para su marido un pedazo de pan más blanco, una taza de caldo, ó algunas frutas secas; la señora que le daba la costura, le ponía de vez en cuando en la mano una moneda de plata, en vez del poco de cobre que constituía su paga y ella misma además se sentía animada de un valor sobrenatural, que no le habían inspirado sus propias necesidades y que todo el mundo aplaudía.

Un solo hombre se exceptuaba y este hombre era Fernando; el trabajo, la abnegación, la paciencia de su mujer, le hallaban igualmente insensible, y ni aun parecía

apercibirse de las fatigas que él le causaba; sus exigencias, sus apetitos de enfermo, que manifestaba con altanería, desgarraban el corazón de la pobre Eufrasia; algunas veces ésta lloraba; pero no eran ni la injuria ni la burla lo que le arrancaban lágrimas; lloraba porque el enfermo deseaba un poco de vino, un trozo de asado, un pastel, y ella no podía dárselo.

—Tómalo prestado,—le dijo un día.

—¿Y quién prestará á unos pobres como nosotros?

—Ve á la tienda, llora, laméntate; las mujeres sabéis muy bien representar comedias y te darán lo que pidas.

—No podría pagarlo y sería robar; he jurado no robar nunca.

—Has hecho bien en jurar, puesto que esto te ha puesto en paz con el Código; mejor quisiera yo robar que matar.

Eufrasia no respondió, pero por la noche, por la primera vez, pidió á la dueña del almacén para donde trabajaba, la limosna de un poco de vino.

La vida de Fernando se gastó antes que la paciencia de su mujer; sufría desde hacía un año y desde hacía algunos meses sus fuerzas se debilitaban y luchaban evidentemente con una descomposición próxima.

Los cuidados y las penas de su mujer se redoblaron; no se cansaba y se volvía ingeniosa para ganar un poco de dinero y procurar á su marido ese superfluo que tan necesario es á los enfermos.

Hubiera dado lo que más amaba en el mundo, para atraer una sonrisa á los labios de este hombre, que ella odiaba en otro tiempo y en quien veía la causa de todas sus desgracias y de todas sus faltas; le amaba entonces, no con el joven amor de los primeros años; le amaba como se ama á un niño enfermo y débil, le amaba como se ama al ser á quien se sacrifica, como se ama al alma que se quiere salvar, y daba sus fuerzas y su reposo y hubiera, dado su sangre por él, por él á quien maldecía otras veces.

¿Dónde bebía Eufrasia este amor noble y difícil?

En la misma fuente donde bebían el suyo los Apóstoles y los Mártires; en las llagas de Jesucristo.

El otoño declinaba y las fuerzas de Fernando parecían bajar con el sol y con el calor; la fiebre devoradora y continua le aniquilaba, creía poder contar aún con meses, con años de vida, y ya le quedaban muy pocos días sobre la tierra.

Una crisis de dolores extremos le puso al borde del sepulcro; él comprendió el peligro y el temor del juicio divino penetró en su alma; á la luz que brilla para los moribundos, leyó las páginas de su vida, páginas, llenas de negras y terribles manchas.

Entonces poco á poco cedió á las súplicas de Eufrasia y consintió en recibir la visita de un sacerdote que, antes de confesarle, debía instruirle; antes de absolverle, iluminarle; ¡en qué noche de ignorancia estaba

sumergida aquella alma orgullosa y cuantas horas de paciencia fueron precisas para hacer penetrar un poco de luz en aquella inteligencia ciega, para extender un poco de bálsamo sobre las heridas de aquella alma gangrenada, para dulcificar con el aroma de las misericordias aquel corazón endurecido!

El Señor del tiempo y de la vida, dió la vida y el tiempo y Eufrasia contó entre todos los días de su existencia, por el más dichoso aquel en que vió á su marido reconciliado con el cielo y recibiendo los últimos Sacramentos, antes de llegar á las puertas de la bienaventurada eternidad.

La noche de aquel mismo día llamó al lado de su lecho á Eufrasia, le tomó la mano y la miró con una expresión de ternura desacostumbrada en él.

—¡Adiós, Eufrasia,—dijo,—y perdóname! ¡yo soy el verdadero culpable! así lo diré á Dios y á nuestra hija... si la vuelvo á ver... ¡yo he sido la causa de todo, pero bien vengada estás... Rosina!... ella me arruinó, ella me embruteció... no sabes lo que he pasado... sin ella hubiéramos sido dichosos... ¿me perdonas?...

Eufrasia le abrazó llorando y él añadió:

—Si veo á Elisa le diré que debe amarte... ¡ruega, ruega por mí!...

Fernando murió al día siguiente, haciendo el último acto de contricción. Eufrasia le lloró amargamente, mas en medio de sus lágrimas bendecía á Dios y le parecía en el ardor de su plegaria que veía aquella alma

purificada, conducida por una niña ó por un ángel que tenía las facciones de Elisa, hasta el trono de Dios.

Sola ya, amortajó el cuerpo que iba á ser devuelto á la tierra, y le extendió de nuevo sobre el lecho, donde durante diez y ocho meses le había visto agitarse y sufrir; mas en el instante en que terminaba aquellos lúgubres cuidados, llamaron á su puerta.

Era su vecina, la viuda Robert, que le dijo sencillamente:

—Vengo á velar con vos á vuestro esposo y á rezar por él.

XVIII

La recompensa.

El helado y rudo invierno ha llegado; los paseantes se apresuran y corren para evitar el áspero cierzo que hiela y corta como un cuchillo; un frío de Siberia reina en la calle; mucho frío hace en las bohardillas de las pobres gentes, y sin embargo, el cuarto de la viuda Robert no presenta un aspecto demasiado triste; el fuego canta en la estufa, la atmósfera es tibia; una lámpara, puesta

sobre la mesa, reparte una viva claridad sobre un grupo laborioso y recogido, compuesto de dos mujeres y una niña.

Esta última, de edad de once años, tenía una figura encantadora, ingénua y dulce, que Greuze hubiera retratado de buana gana; trabajaba con una ardiente aplicación en una obra de punto de media, que visiblemente crecía entre sus hábiles dedos; á su lado se hallaba sentada Josefina Robert; la mirada tierna y atenta con que cubría á la niña, el gesto acariciador con que se inclinaba sobre su hombro para examinar su trabajo, todo revelaba á la madre, aunque no hubiese gran semejanza entre aquel semblante pálido y fatigado guarnecido de cabellos grises, y las facciones graciosas, la frescura delicada y los cabellos obscuros y rizados de la niña, así como tampoco existe entre el tronco añoso del árbol y la rama florida que del mismo brota.

La madre robaba á su trabajo los momentos que empleaba en contemplar á su hija; el crochet de marfil, después de un segundo de suspensión, continuaba su marcha, y un chal de vivos colores adelantaba rápidamente bajo aquellos dedos laboriosos.

Un poco oculta por la sombra, se hallaba otra mujer que manejaba igualmente la lana y las agujas, y trabajaba con una asiduidad constante; mas cuando alzaba la cabeza, cuando buscaba con la mirada á sus compañeras, apenas se podía reconocer á Eufrasia, tan satisfecha y tranquila parecía.

¿Habían ya pasado los malos días de aquel ser infeliz?

¿Había desaparecido la pobreza?

No: los vestidos de la antigua reclusa, aquellos vestidos de viuda, eran bien miserables; sus manos trabajaban sin descanso, su actitud era la de la obrera que no posee otra cosa en el mundo más que su labor: su bohardilla, situada, como ya hemos dicho, al lado de la que habitaba la viuda Robert con su hija, era indigente, fría, desnuda como otras veces, y no obstante, todo había cambiado: un soplo bienhechor había pasado sobre esta existencia, y parecido á las brisas de mayo, al pasar sobre ella había hecho nacer sobre el suelo desnudo y árido el verdor y las flores.

Esta transformación databa de la velada funesta en que Josefina Robert había acompañado á la viuda de Fernando Lahousse.

Aquella caritativa mujer no la abandonó, ni durante la noche, larga y pasada en oración, al lado del ataud, ni al día siguiente cuando tuvieron lugar las últimas ceremonias; después, al volver del cementerio, cuando la viuda se disponía á volver sola á su cuarto solitario, Josefina la atrajo dulcemente hacia ella, y la llevó hacia su propia habitación, diciéndole:

—Ya somos viudas las dos; esta es una razón para que seamos amigas; venid á comer conmigo, después iremos á poner todo en orden en vuestro cuarto, y en seguida vendrés á trabajar á mi lado: no podéis es-

tar sola porque eso sería demasiado triste para vos.

Eufrasia enrojeció de vergüenza, y quiso resistir á la mano que la atraía.

—¡Vos no me conocéis, Josefina,—murmuró con los ojos llenos de lágrimas,—no sabéis lo que he hecho!

—Ya lo sé,—respondió la viuda;—no ha faltado quien ha venido á decírmelo; más Dios perdona, ¿por qué no he de olvidar yo?

Desde aquel momento, después de aquellas palabras, una amistad profunda nació entre aquellas dos mujeres que habían seguido en la vida caminos tan diferentes.

Nada más tranquilo y apacible que la senda por donde había marchado Josefina; no había faltado la cruz para su hombro, mas la cruz no es jamás un obstáculo ni una barrera; la cruz es un fanal, un estandarte que conduce al fin.

Era hija de padres obreros, pero buenos y de vida arreglada, y que á pesar de su humilde posición jamás habían abandonado la fe y el honor; Josefina recibió una buena educación; es decir, que se la instruyó bien en sus deberes, y se la hizo practicar la virtud; huérfana, se casó con un relojero, con quien hubiera vivido muy dichosa si la salud de su marido no le hubiera causado continuas inquietudes; su dicha no tenía ni seguridad ni base.

Josefina tuvo que llorar la muerte de tres hijos, y experimentó días de dolor amargos, de gran pobreza y de profunda desolación,

ya pensase en el pasado, ya en el porvenir; pero Dios, á quien ella se confiaba, proveyó á todo, y cuando después de quince años de matrimonio, perdió á su marido, halló una poderosa razón de vivir, puesto que le quedaba una niña, la última y la más preciosa.

Josefina vivió y trabajó por ella y para ella; y su labor constante, su rigurosa economía, le adquirieron en pocos años una especie de bienestar, que procuraba aumentar para Cecilia.

Entonces fue cuando la pobre Eufrasia llegó á ser su vécina, y aunque ambas estaban á los ojos del mundo sin posición y sin fortuna, existía, sin embargo, un abismo entre la reputación pura, la virtud severa y el trabajo hábil y retribuído de la una, y la existencia marchita, el arrepentimiento agitado y la labor miserable de la otra; no obstante, se reunieron, se amaron y las existencias de las dos se confundieron.

La pobreza de Eufrasia y su actitud tímida habían escitado la piedad de la viuda; le prestó desde luego algunos servicios, pero con prudencia, porque empleaba su experiencia de la vida en librar á su hija de toda influencia perniciosa.

La llegada de Fernando la contuvo también; pero la proximidad de las dos habitaciones le permitía observar y admirar algunas veces la abnegación y la paciencia de Eufrasia; veía su miseria, oía las palabras groseras que recibía por recompensa de sus cuidados; adivinaba sus penas, y no tardó

en saber, por efecto de esa promiscuidad que existe entre los pobres, qué crimen y qué castigo habían pesado sobre su vida; empezó á amarla al saber que era tan miserable, y al verla tan resignada, y en el momento en que Eufrasia se creía abandonada de todos, en el momento en que los duros reproches de su marido la habían envilecido á sus propios ojos, en el momento en que se juzgaba indigna de interés y de piedad, en aquel momento, una amiga fue hacia ella y la tendió la mano.

La afección y la caridad de la viuda llevaron á la existencia de Eufrasia un cambio inmenso: se hallaba aniquilada de cuerpo, de alma y de recursos; todas sus facultades se encaminaban á un solo fin desde hacía muchos meses; á la conversión de su marido: este fin lo había conseguido, y ahora sus facultades eran inútiles y parecían aniquiladas; ya no se sentía con fuerzas para trabajar ni para soportar la pesada carga de la vida; era preciso que algún otro le ayudase, y Josefina fue la ayuda que le envió la Providencia.

Manifestó estimación á Eufrasia, y la levantó; le demostró amistad, y le inspiró el gusto de la vida; la soledad, en la cual la antigua reclusa había vivido, cesó; pasaba los días en casa de Josefina; y ésta, que manejaba con igual talento el estambre, el crochet y la lanzadera, enseñó á su compañera trabajos más fáciles y mejor pagados que los que hasta entonces le habían dado el pan;

los bolsillos estaban separados, pero la existencia era casi común.

La amistad tierna y caritativa de una parte, agradecida de la otra unió sus corazones, mas la cadena indestructible que los ligaba sobre todo, era una profunda religión; Josefina había amado siempre á Dios, y le había servido desde los días de su infancia con un amor sencillo y filial; pertenecía á ese pequeño número de seres dichosos que han llevado desde la infancia el yugo del señor. Eufrasia arrancada al crimen y á la desesperación por la voz dulce y elocuente del Salvador, tenía la piedad de las almas penitentes, temía mucho, amaba más aún, y aquellas dos pobres viudas, en sus largas horas de trabajo, gustaban hablar del Padre querido que velaba sobre ellas; las noticias del mundo, la moda, la política, los placeres, les eran desconocidos; se preocupaban sólo de lo invisible, y les agradaba hablar de esa patria, en la que la inocencia y el arrepentimiento encuentran igualmente una morada.

Otra afección las unía aún; la niña que crecía entre ellas, que las alegraba con su alegría, que las asombraba con sus pequeños conocimientos y su razón precóz, que las enternecía por su bondad y sus maneras acariciadoras, era para Eufrasia casi tan amada como si la hubiera dado ella misma á luz; mas por una singular delicadeza, apenas se atrevía á demostrarla su amor; parecíale que no tenía ella el derecho de amar á un

niño... y no obstante, amando á Cecilia era Elisa á quien amaba; á Elisa que hubiera contado su misma edad; estos dos sentimientimientos se mezclaban y se confundían de una manera tan extraña en su alma, que algunas veces estaba celosa de Cecilia por Elisa, y le parecía que era un amor robado á su hija el que profesaba á la hija de su amiga.

Esta afección tímida no se expresaba con palabras; jamás se hubiera atrevido á decir á Cecilia: *¡Abrázame!* pero tenía por la niña mil cuidados, los cuidados á la vez de una madre y de una criada; calentaba sus zapatitos, componía sus vestidos y sus delantales, la conducía cuando llovía bajo su paraguas; si salía, un minuto de tardanza la inquietaba; se privaba de mil cosas, y ahorraba de sus pobres medios para comprarle una estampa, un libro, una cestita para la labor, y cuando la niña iba á ella y la abrazaba con todo su corazón, temblaba de alegría y sus ojos se llenaban de lágrimas.

Frecuentemente, Eufrasia lloraba en la soledad de sus noches, pensando que su hija reposaba en el ataúd, y que la que ella amaba tan tiernamente, le era extraña, que sus caricias eran la limosna de la piedad, una gota de agua concedida á la sed de amor maternal que la consumía.

—Si yo hubiera tenido hijos, ¡cuánto les hubiera amado!—se decía;—y sin embargo... ¡oh, Dios mío perdón!

Este sentimiento iba creciendo en el alma

ardiente de Eufrasia; acusábase frecuentemente delante de Dios de amar demasiado á aquella niña, que tenía otra madre, y temía mostrar á los ojos de Josefina la extensión, la profundidad del amor que tenía á Cecilia; había en su corazón un combate contínuo: hubiera querido abrazar, besar, llenar de caricias á la niña que le recordaba á Elisa, y temía que la verdadera madre se ofendiese de sus extremos, y que los celos alterasen esta amistad preciosa y hasta allí tan pura. Dominábase, y sofocaba las aspiraciones de su corazón amante, de su pobre corazón siempre desdeñado; desconfiaba de sí misma, y se mortificaba diciéndose de antemano:

—Hoy no quiero abrazar á Cecilia.

Pero si la niña iba á ella con los brazos abiertos, si la buena viuda Robert sonreía mirándolas, brotaban lágrimas de los ojos de Eufrasia; su amiga fijaba en ella su tranquila mirada y le pregnntaba:

—¿Qué tenéis? ¿Os disgusta que Cecilia os abrace?

Cuando por la noche volvía Eufrasia á su habitación, Josefina sentaba á su hija sobre sus rodillas, y le decía de buena fe:

—Cecilia, no acaricies demasiado á nuestra buena vecina, porque piensa en su hija que ha perdido, y esto la causa pena.

La niña obedecía; Eufrasia se entristecía en silencio, pero hasta estos pesares tenían su dulzura: la pobre mujer era feliz al ver que á pesar de tantos golpes como la habían

magullado, su corazón era aun sensible y capaz de amar.

—¡Yo no había nacido cruel,—se decía,—había en mi alma ternura para todos, y ahora es cuando lo siento!

Mas la humildad hablaba en seguida en su alma y exclamaba:

—¡Mas por lo mismo soy más culpable! cedí al odio y á la cólera, y maté á mi propia hija! ¡Oh, gran Dios! ¡tened piedad de esta miserable criatura, y no permitáis que halle consuelos en este mundo! ¡yo no los merezco!

Tuvo, sin embargo, un consuelo, pero severo como su destino: una noche se quejó Cecilia de un fuerte dolor de cabeza; al día siguiente, y apenas se hubo levantado, fue acometida de un desmayo; se la volvió á acostar, y una fiebre violenta se declaró en seguida: se llamó al médico que la observó, y dijo fríamente:

—Ha sido acometida de la fiebre tifoidea que reina ahora.

Estas palabras atravesaron como una espada el alma de Josefina; su mirada llena de desolación se fijó en su amiga: ésta la estrechó la mano, y la dijo con fervor:

—¡La salvaremos!

Desde aquel instante ambas velaron á la cabecera de aquel lecho, donde descansaba una criatura pálida y aniquilada, cuya sola vista desmentía las promesas de la esperanza.

El mal se anunció grave, terrible; la niña

perdió el conocimiento desde el segundo día; las dos mujeres, siempre de pie, siempre vigilantes, no la perdían de vista un momento. Josefina no consintió en ceder á Eufrasia uno sola noche de vela, un solo día de fatiga; permaneció en su puesto de madre combatiendo el mal, rezando, suplicando y velando, hasta que aquel mal enemigo la venció á ella misma.

Cayó mala al lado de su hija, y Eufrasia quedó sola, sola entre aquellos dos lechos de sufrimiento, sola en presencia de la pobreza, sola en presencia de la muerte que se aproximaba, y de la cual era necesario triunfar.

Volvió á hallar su gran valor de otros días, y no pudo bastar para su árdua tarea; sin cesar iba de la una á la otra cuidando con el esmero más extremado á sus queridas enfermas; sabía las palabras que consuelan y que calman; tenía el instinto de lo que alivia; la almohada mullida, el cobertor separado del pecho oprimido por el peso del mal, la luz velada para los ojos demasiado débiles y el aire renovado á tiempo; la limpieza, esa salud de los enfermos, llevada á cabo en silencio; todos estos detalles eran llenados por Eufrasia con una delicadeza exquisita; todos sus movimientos eran dulces; todos sus pensamientos tiernos y vigilantes; el médico se asombraba de que sus prescripciones fuesen observadas con tanta exactitud y diligencia; y se hubiera asombrado mucho más si hubiera sabido contra qué dificulta-

des tenía que luchar la enfermera que con tanto valor las cuidaba.

En el momento en que Josefina Robert había caído enferma, apenas tenía dinero en su poder; pero poseía un fondo de economías al que contaba echar mano para atender á su hija; el adormecimiento y el delirio la embargaron, y no pudo expresar sus intenciones á Eufrasia, ni ésta abrigó por un momento la idea de tocar á aquel pequeño tesoro cuya existencia conocía; un sentimiento confuso de probidad la retenía; el recuerdo del pasado la hacía temerosa, y se decía que una mujer que había estado reclusa debía ser más delicada, más reservada que otra cualquiera.

Además, ¡le parecía tan facil y tan dulce el sacrificarse por sus amigas!

Desde que la muerte de Fernando le había permitido hacer algunas economías, del producto de su trabajo, poseía dos ó tres vestidos, un poco de ropa blanca y un pequeño armario de nogal que encerraba su reducido guarda-ropa; el armario fue lo primero que se vendió, y el boticario, gracias al dinero en que fue vendido, dió todos los medicamentos ordenados por el doctor.

Agotada la pequeña suma, Eufrasia, con el corazón lleno de alegría, vendió su mejor vestido negro. Cecilia iba mejor, y ya se le podía dar un poco de caldo; después del vestido, se vendió el chal de cuadros negros y blancos. Josefina pedía jarabe, alguna cosa que fuese muy fresca; después, y poco

á poco, vendió toda la ropa blanca, reservándose sólo sus dos peores camisas; estaban ya la madre y la hija en convalecencia, y necesitaban buen alimento y un poco de vino generoso.

Durante este tiempo Eufrasia vivió sólo de pan y leche.

En cuanto la viuda Robert fue capaz de formular un pensamiento, se informó de lo que pasaba.

—¿Cómo hemos vivido?—dijo á Eufrasia;—¿deberemos algo? ¡decidmélo, mi buena Eufrasia!

Madame Lahousse la tranquilizó, y Josefina con la cabeza fatigada dijo solamente:

—Mi querida amiga, tomad dinero del cajón de la cómoda, y dad á Cecilia cuanto le haga falta.

Recobraron al fin la salud las dos. Eufrasia no hallaba palabras bastante tiernas para dar gracias á Dios y á la madre de las misericordias, á los que tan fervorosamente había invocado durante aquellas tres semanas de prueba.

Fue un hermoso día aquel en que madre é hija pudieron hacer juntas la primera comida; ambas expresaron á su fiel enfermera tan tierna gratitud, que el Señor le había pagado con usura su deuda de felicidad sobre la tierra.

Cuando la convalecencia iba ya adelantando, Josefina rogó á un Sacerdote de su parroquia que dijese una misa en acción de gracias: mas en el momento de ir á la igle-

sia la madre y la hija, vestidas con sus mejores trajes, notaron que Eufrasia no se disponía á seguirlas.

—¿Por qué no venís también?—le preguntó Josefina.

—Tengo trabajo que corre prisa,—respondió Eufrasia,—y no puedo dejarlo.

—¡Oh, qué mala razón!—exclamó Cecilia;—idos á vestir; aún os podemos esperar.

Eufrasia se puso encarnada; la era imposible vestirse porque no poseía nada: Josefina que la observaba, sorprendió este rubor; salió vivamente de la habitación y volvió un instante después.

—¡Eufrasia!—exclamó,—¿qué habéis hecho? ¡Lo habéis vendido todo por nosotras! ¡vengo de vuestro cuarto y está vacío! ¡ni un solo vestido! ¡y no habéis querido tocar ni á mi reloj, ni á mis cubiertos, ni á mis vestidos, ni á mi ropa blanca, ni aun á mi dinero que veo allí intacto! ¡eso es demasiado, mi generosa, mi tierna amiga! ¿Por qué no habéis obrado conmigo con la franqueza de una hermana, puesto que como á tal os miro? ¡Es preciso que vengáis á la iglesia, y que os pongáis mi vestido, mi chal, mi gorro, y todo cuanto os haga falta!

Al decir estas palabras abrazaba á Eufrasia que estaba sofocada de alegría, y que se dejaba vestir por la madre y por la hija, sin saber lo que hacían; partieron juntas, y sin duda Dios recibió como un incienso de exquisito perfume las plegarias que elevaban hasta su trono, aquellas dos mujeres, aque-

llas dos madres, y su hija vuelta á la vida; el reconocimiento desbordaba de sus almas; este sentimiento tan raro entre los grandes y los dichosos de la tierra, que olvidan dar gracias al cielo por los dones que les prodiga, llenaba el alma de las dos pobres viudas, que bendecían á Dios por la salud recobrada, por la amistad cimentada para siempre, como hubieran podido hacerlo por las más raras munificencias; la niña rogaba por su madre curada y por la amiga de su madre, y desde este día, la tierna unión de aquella familia de amigas, unida por la desgracia, fue más íntima que nunca.

Algunos años se pasaron así. Cecilia era casi una joven; ya no iba á la escuela y hahabía llegado á ser una diestra obrera; trabajaba siempre entre su madre y su amiga, y le gustaba en sus largas conversaciones, en los recuerdos de su corta vida, traer á la memoria la abnegación de Eufrasia, que la había velado, cuidado, salvado, mientras la fiebre tifoidea había puesto en tan grave peligro la vida de su madre y la suya.

—Cecilia mía, — le decía su madre, — tú debes amar casi como á mí á esta pobre Eufrasia. ¡Qué hubiera sido de nosotras sin ella, enfermas las dos y solas!

—¿Y yo, qué hubiera hecho sin vosotras? — decía á su vez Eufrasia;—sólo he conocido un poco la dicha desde que os conozco, Josefina!

—Nada más natural que el prestarnos ayuda acá abajo; pero vos habéis hecho más que

ayudarnos; día y noche os habéis sacrificado por nosotras, nos lo habéis dado todo, todo lo habéis vendido, y aunque estaba bien mala ya veía que hacíais por Cecilia lo que hubiera hecho yo que soy su madre. ¡Ah! No sabéis la dicha que he sentido al ver que la amáis.

Josefina repetía esto con frecuencia, y parecía que á ello estaba unida alguna idea particular; desde que había sufrido la fiebre su salud había quedado delicada, y algunas veces Eufrasia la miraba con espanto, encontrándola cada día más débil y más lánguida que la víspera: perdía fuerzas sin cesar y no las recobraba por grandes que fuesen los cuidados de que la rodeaban; eran precisas semanas y aún meses para que este cambio fuese visible á otros ojos que á los de una vigilante amistad.

Cecilia, que estaba en la edad en que se ve todo al través del velo de la esperanza, se engañó durante largo tiempo. Su madre estaba débil porque hacía calor; estaba pálida porque se había atareado demasiado la víspera para terminar un lindo trabajo; subía con pena porque la escalera era muy mala; tenía opresiones, pero el médico decía que era un efecto nervioso y nada más que nervioso. Hacíase aún estas ilusiones, cuando ya hacía largo tiempo que la esperanza había huído del corazón de Eufrasia.

Esta no se atrevía á decir nada á su amiga, pero Josefina fue quien la previno; una tarde de otoño estaban solas, pues Cecilia

había ido á casa de las señoras que dirigían la escuela donde se había educado; hallábanse sentadas al lado de la ventana, desde donde se veía el sol poniente que iluminaba los cristales de las ventanas del hospital vecino.

—¡Qué bello día es el que acaba!—dijo Josefina mostrando con el dedo el sol moribundo y el cielo azul, donde brillaban ya las primeras estrellas: Eufrasia, yo creo que ya no tengo que pasar muchos días sobre la tierra... la noche llega también para mí...

Eufrasia la miró espantada, nunca la había visto tan pálida: su cabeza apoyada en el respaldo de aquel sillón de enferma, que no dejaba ya, se asemejaba á la de una imágen de cera: su amiga se dejó caer de rodillas y exclamó entre sollozos:

—¡Oh, Josefina! ¡No muráis! ¡No me dejéis! ¿Qué haré yo sin vos? ¿Y Cecilia?...

Josefina levantó al cielo su apacible mirada y la inclinó llena de compasión hacia su amiga que lloraba á sus pies.

—Escuchad, mi querida amiga,—le dijo,—deseo hablaros y me queda muy poca fuerza, ahora estamos solas... Dios es para mí lo que ha sido siempre, un padre; así lo reconozco y por ello le doy gracias. Si vos no os hallarais cerca de mí, yo moriría inquieta, porque la suerte de Cecilia me preocuparía en mi última hora; mas vos estáis aquí... y yo estoy tranquila.

—¡Yo!—exclamó Eufrasia con el acento de la humildad más sincera, ¡yo! ¿Y qué

puede una pobre miserable como yo soy?

—Eufrasia, yo he oído decir á un predicador que Dios arroja nuestros pecados á su espalda para no acordarse de ellos; los hombres son más severos, porque no son más que hombres; pero no tienen nada que ver aquí en el asunto que nos ocupa. Yo tengo confianza en vos, os conozco y es preciso que me obedezcáis.

—¿Qué deseáis, Josefina? Decidlo y lo haré aunque deba morir de pena.

— Pues bien, cuando yo no esté ya aquí, es preciso que viváis con Cecilia, que no la dejéis y que hagáis con ella las veces de madre... yo sé que la amáis, y que ella os ama también y sólo en vos tengo confianza para dejaros encargada mi hija.

— Pero, Josefina, ¿habéis pensado en lo que yo soy?

—Sois una mujer honrada, una buena cristiana á quien una madre moribunda puede confiar su hija.

—Pensad en que he estado presa durante diez años.

— Habiéndoos mostrado tan valerosa en vuestra pobreza, tan generosa con vuestro marido, ¿no se os deben contar por algo estas virtudes? A mis ojos todo está borrado, y yo quiero, ¿lo oís, Eufrasia? Yo quiero que ninguna otra, sino vos, se encargue de Cecilia; la última vez que he podido salir, he ido á casa de un escribano y le he hecho escribir mi voluntad; vos cuidaréis de Cecilia y de su pequeña fortuna: tiene dos mil

francos colocados á su nombre; vos sola me inspiráis bastante confianza para confiaros á mi hija y el dinero que he ganado para ella... respondedme, amiga mía, ¿me obedeceréis, no es verdad?

Eufrasia no podía contestar; demasiados sentimientos diversos oprimían su corazón; mas el que la dominaba era una inmensa gratitud hacia Dios y hacia su amiga; sentíase como rehabilitada; la confianza de una madre, purificaba el pasado de una infanticida.

La emoción sofocaba su voz: muchas veces quiso hablar y no pudo; en fin, volvió á ponerse de rodillas, tomó la mano de Josefina y elevando al cielo la derecha, dijo:

—¡Prometo delante de Dios que me oye, amar á Cecilia y velar por ella... no me atrevo á decir como por mi hija, sino como por una cosa santa, de la que daré cuenta á Dios y á vos, Josefina!

—Gracias, cuento con vos y Dios os ayudará,—dijo dulcemente la viuda Robert.

Josefina no murió hasta la siguiente primavera: los cuidados de su hija y de su amiga la disputaron á la muerte; espiró con la serenidad de los santos que han combatido y que vislumbran la corona inmortal; algunos instantes antes de morir y después de bendecir á su hija, dijo á Eufrasia:

—Vos sois su madre ahora; acordáos de vuestras promesas, y yo rogaré por las dos.

Eufrasia empezó desde aquella hora á llenar la tarea que le parecía á la vez tan grande y tan dulce, ¡y con qué delicado amor la

llenaba! La madre ausente y muerta la dirigía siempre: de ella hablaba sin cesar á Cecilia, y procuraba mantener viva la llama de aquel recuerdo sagrado: temía ocupar el lugar de la que ya no existía y robarle una parte del amor de su hija y todo se hacía según las ideas, las miras y las costumbres de la que había gobernado con tanta prudencia y amor aquel pobre hogar y aquella niña querida; parecía que Eufrasia recibía órdenes invisibles, y no hacía otra cosa que ejecutarlas.

Sus intenciones fueron benditas; Eufrasia podía alzar los ojos al cielo y decir á su amiga:

—¡Vuestros votos se han cumplido! Vuestra hija es pura, vuestra hija es dichosa como si aún estuviera á vuestro lado, he tomado para amarla vuestro corazón, pero no he tomado el suyo en cambio: éste es vuestro, yo soy sólo su servidora y vos seguís siendo su madre.

La niña correspondía á aquella ternura y correspondía aún más de lo que Eufrasia hubiera deseado. Cecilia era expansiva y cariñosa, y después de haber llorado á su madre por largo tiempo, volvió hacia la que la reemplazaba la ternura de su alma afectuosa. Pero Eufrasia, no osaba disfrutar de aquellos bienes, á los que ponía, sin embargo, tanto precio; su corazón penitente no sabía ya llevar el peso de la dicha, y se mostraba siempre á Cecilia humilde y grave.

Aquella le decía algunas veces:

—¡Tú me quieres como si yo fuera hija tuya, ya lo sé! ¡Pero no quieres acariciarme ni jugar conmigo!... Mamá lo hacía, no obstante... ¿por qué eres tú tan seria?

—He sufrido tantos pesares, que ya no sé reir; pero estad cierta, Cecilia, de que nadie en la tierra os ama tanto como yo: me sería muy fácil morir por vos.

Eufrasia se reconvenía algunas veces por esta gravedad que había llegado á serle natural, y temiendo que Cecilia hallase la vida triste y monótona, la instó para que volviese á ver á algunas amigas, jóvenes virtuosas y de buena reputación, que habían sido compañeras suyas de colegio, y á pasar con ellas las tardes de los domingos en casa de las buenas hermanas que las habían educado.

Aquel pasatiempo era bien inocente, y no obstante, una noche Cecilia, tan tranquila y alegre de ordinario, volvió de la reunión con los ojos encarnados y el aire abatido.

Eufrasia la observó con inquietud en tanto que cenaban; la joven apenas comió, y así que se levantó de la mesa, fue á sentarse cerca de la estufa, pensativa y sin mirar á su compañera.

La pobre Eufrasia tenía el rorazón prensado de angustia; ¿qué había sucedido? ¿por qué había tantas sombras en la frente de su hija? ¿por qué aquel silencio? ¿por qué lloraba? no se atrevía á pesar de su pena á romper el silencio, aunque sentía por instinto que el silencio y el misterio abrirían un abismo entre ella y su hija, porque el silencio y

el misterio, son el tormento de las madres.

El reloj dió las diez, la hora de la oración y del retiro; Eufrasia se levantó y tomó su devocionario: la joven se había levantado también, y de repente prorrumpió en lágrimas y se apoyó contra la chimenea.

—¿Qué tenéis, hija mía?—exclamó Eufrasia.—¿Por qué lloráis? ¡Oh, decídmelo!

Y al pronunciar estas palabras, Eufrasia, que se había aproximado, estrechó á la joven en sus brazos. Cecilia permaneció un instante inmóvil, fijando una mirada de espanto sobre el rostro inquieto que se inclinaba tan tiernamente hacia ella. En fin, pareció dominar con esfuerzo una especie de repugnancia, y tomando la mano de Eufrasia en las suyas, le dijo:

—¿Verdad que vos no habéis hecho eso?

—¿El qué?...

—Vuestra hija... Elisa... no, es imposible que vos la hayáis...

Eufrasia palideció; sus brazos, que estrechaban á Cecilia, y que se apoyaba amorosamente en los hombros de la joven, cayeron desfallecidos; sentóse, procuró recobrar algún aliento, y preguntó en voz baja:

—¡Cecilia! ¿os han hablado de eso?

—Sí; una joven que ha ido hoy por la primera vez á la reunión de las hermanas, me ha dicho:—*¡y qué, señorita Robert! vos vivis con una mujer que...*—No, continúo, Eufrasia, no puedo repetir lo que me dijo, pero el oirlo me causó un dolor mortal; eso no es cierto, ¿verdad, querida amiga?

Eufrasia había logrado calmarse por un grande esfuerzo de su voluntad; en aquel instante puso en las manos de Dios aquella ternura, aquella confianza de Cecilia, únicas cosas que la unían á la vida, y queriendo rendir homenaje á la verdad, respondió:

—¡Es cierto; vuestra madre lo sabía, y no obstante, Cecilia, ella misma os dió á mí!

—¡Tenéis razón!—exclamó la joven,—y yo quiero que me lo digáis todo, para que mi corazón os pueda justificar.

—No habléis de mí á los demás, hija mía, eso sería inútil; yo debo además llevar esta pena, debo soportar el ser despreciada por los que no conocen mi arrepentimiento; pero vos, Cecilia, vais á saber mi triste historia; veréis que he cometido un gran crimen, que he sufrido mucho y que Dios ha sido para mí todo misericordioso.

Eufrasia dijo todo lo que la joven podía oir, y sin saberlo ella misma, reveló en aquella narración empapada de lágrimas, un alma ardiente, bella y que las aguas de la penitencia habían lavado como un nuevo bautismo.

Cecilia la escuchó, primero con ansiedad, y respeto, después con una emoción creciente, y cuando Eufrasia dijo al terminar:

—¡Vuestra madre ha visto mi arrepentimiento, mi amor por vos, y ha tenido confianza en mí!

—¡Oh!—exclamó Cecilia,—¡qué razón ha tenido mi buena madre!—y arrodillándose delante de su amiga, prosiguió:

—La que está en el cielo me dio á vos; pues bien, desde ahora me doy yo misma; ¡no estéis ya triste jamás, madre mía, porque soy vuestra para siempre!

En el momento en que escribimos estas líneas, Eufrasia toca en la vejez; pero ¡cuan poco se parece el término de su vida al principio de la misma! ¡todo es paz, calma y luz en esta alma, donde todo fue tempestad y turbación! Eufrasia ha cumplido la tarea á la vez penosa y llena de delicias, que le había legado su amiga; ha sido para Cecilia una segunda madre, tierna, generosa, previsora, y Cecilia es una hija para ella.

La señorita Robert se ha casado con un excelente obrero mecánico; tiene dos niños, y Eufrasia vive con su hija, su yerno y sus nietos; ayuda á Cecilia en los cuidados de la casa, viste á la niña y al niño, los pasea por las tardes bajo los grandes árboles de las Tullerías, y vive rodeada de atenciones, de amor y de respeto.

Sus vecinas la aman y la consideran, hasta la autoridad ha aligerado para ella el yugo de la vigilancia, y un día que la vió otra antigua reclusa, dijo á una mendiga, mostrándola con el dedo:

—Esa es Eufrasia, viuda de Lahousse, á la que he conocido en la prisión de Clermont; ¡hoy tiene el aire muy orgulloso!

—No es nada orgullosa, contestó gravemente la mendiga; es buena, caritativa, bondadosa y dulce para todos, y por esto mismo, estimada de todo el mundo.

—¿De veras?—preguntó con una sonrisa de burla la antigua reclusa;—¡como si eso pudiera ser habiendo estado en reclusión!

—Si estáis en la población y en el barrio, tres días nada más, podréis saber hasta qué punto es estimada madama Lahousse, y hasta dónde llegan su piedad, su probidad y sus bellas cualidades.

Eufrasia es dichosa, y no obstante, anhela en secreto, después de sus largas pruebas, el momento en que irá á reunirse á su abuela, su hija y su amiga, solos corazones que la han amado; anhela el momento en que su alma purificada, una última vez en la sangre de Jesucristo, entrará en posesión de ese reino *donde toda lágrima será enjugada.*

Añadiremos, para no olvidar á nadie, que la *Gaceta de los Tribunales* ha dicho hace poco á sus asiduos lectores, que Rosina Ferrant, convencida de complicidad en un asunto de robo del que tiene conocimiento el Tribunal de Versalles, ha sido condenada á cinco años de reclusión.

Los debates han revelado los escándalos de su vida; y el castigo que la ley ha impuesto á la más ostensible de sus faltas, no parece más que una débil corrección para las manchas de su vida entera.

¡Ojalá encuentre también en el castigo el arrepentimiento!

FIN



[illegible]

[illegible] se dónde llegue su [illegible] bellas enseñanzas.

[illegible]

[illegible]

[illegible] de su vida [illegible]

[illegible]

[illegible]